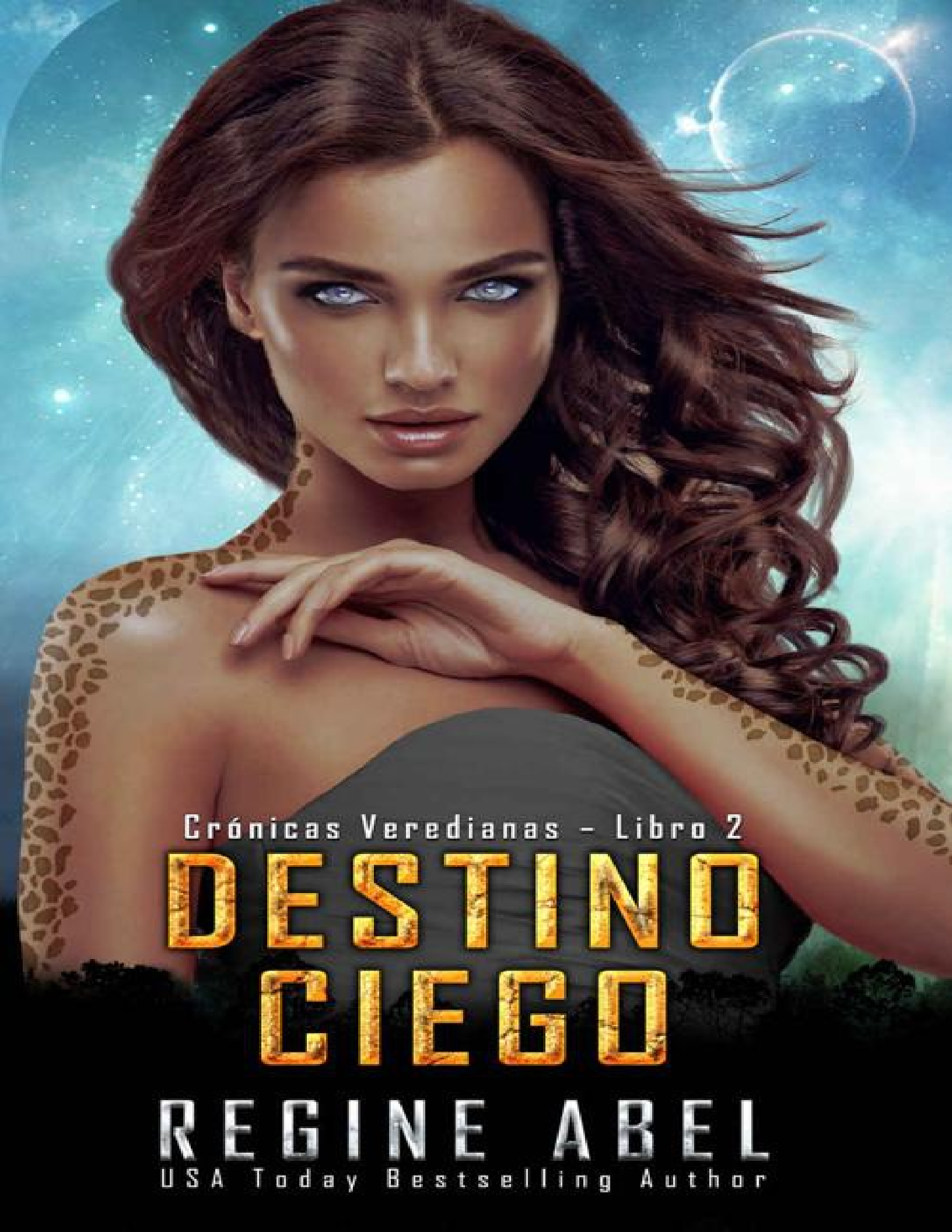

Crónicas Veredianas – Libro 2
DESTINO CIEGO
REGINE ABEL
USA Today Bestselling Author

DESTINO CIEGO

Crónicas Veredianas - Libro 2



REGINE ABEL

DISEÑO DE PORTADA POR
Regine Abel

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS
Copyright © 2024

ADVERTENCIA: La reproducción o distribución no autorizada de esta obra con derechos de autor es ilegal y está penada por la ley. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida electrónicamente o en forma impresa sin el permiso escrito del autor, excepto en el caso de breves citas plasmadas en reseñas.

La autora prohíbe expresamente a cualquier entidad el uso de esta publicación con fines de entrenamiento de tecnologías de inteligencia artificial (IA) para generar texto, incluyendo sin limitación tecnologías capaces de generar obras del mismo estilo o género que esta publicación. La autora se reserva todos los derechos de licencia de uso de esta obra para el entrenamiento de IA generativa y el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Este libro utiliza un lenguaje adulto y contenido sexual explícito. No está dirigido a menores de 18 años.

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, sucesos o lugares es pura coincidencia.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Epílogo

Otras Obras de Regine Abel
Acerca De Regine

DESTINO CIEGO

Mentiras. Traición. Engaño.

Nacida en un recinto de cría, Valena nunca ha conocido un día de libertad. De niña, su amo le quemó las retinas para impedir que controlara la mente de quienes la miraban. Pero aún controla los pensamientos de los demás al tocarlos. Vendida a las Casas de Sangre de Xelix Prime, se ve obligada a utilizar su habilidad para mantener obedientes a las demás esclavas. Cuando el destino pone en su camino a un poderoso Consejero, ella trama y planea utilizarlo para escapar, hasta que sus sentimientos por él complican las cosas.

A medida que los planes de su amo toman un cariz más oscuro, las mentiras, la traición y la tragedia amenazan cualquier esperanza de un futuro mejor.



DEDICATORIA

A mi familia.

Gracias por su apoyo infinito y por animarme a seguir mis sueños, por muy locos y alocados que sean a menudo.



CAPÍTULO 1

VALENA

Esperé pacientemente a que Lentín eligiera a la hembra a la que le haría el siguiente salto mental. Con suerte, elegiría a Tessa. Su mente era fresca y maleable, más fácil de influenciar que la de otras hembras. Demasiadas de ellas se estaban volviendo inmunes a mis compulsiones. Cuando eso sucedía, significaba malas noticias para ellas.

Si la Diosa quería, hoy no habría ninguna.

Lentín canturreaba y se agitaba, incapaz de decidirse entre las seis hembras que tenía delante. Era su costumbre. Pronto entraría uno de los guardias y le diría que se diera prisa. Eso también era un patrón.

Lentín no era su verdadero nombre; daba uno a cada cliente en función de su comportamiento, olor o pensamientos. Y este llevaba la lentitud a un nivel ridículo.

Llevaba tres años viniendo a la Casa de Sangre. Uno pensaría que ya se habría dado cuenta de que beber de esta hembra o de aquella no suponía ninguna diferencia. Su oxitocina sabía igual y afectaba a los machos Xelixianos de la misma manera.

Justo a tiempo, tres golpes agudos nos avisaron de que iba a entrar un guardia. Miré hacia la puerta cuando se abrió. A pesar de mi escasa visión, pude distinguir la silueta borrosa del recién llegado. La altura y la anchura de los hombros me indicaron que se trataba de Sheb o Ghil.

—Por favor, haced vuestra elección, *Sehr*, o tendremos que hacerlo nosotros por vos —la voz de Sheb zumbaba de impaciencia—. Como bien sabéis, otros clientes esperan.

—S… Sí... sí, por supuesto —Lentín dio un par de torpes pasos hacia las hembras. Un brazo delgado y borroso señaló el tercer de los seis catres alineados en la habitación—. E… Esta.

—Tienes dos minutos —Sheb se marchó, cerrando la puerta tras de sí.

Eligió a Camwin, una hembra Aveana. No era la mejor elección, pero era decente. Usando mi bastón, navegué con seguridad junto a su catre. A pesar de mi ceguera casi total, no necesitaba el bastón. Durante los últimos cinco años, lo había hecho casi a diario. Sin embargo, el impacto contra su catre cuando lo golpeé avisó a la hembra de que había sido elegida para que pudiera prepararse para mi toque.

Para proteger la identidad de los clientes en caso de que las esclavas de la Casa de Sangre

fueran liberadas, todas las hembras llevaban los ojos vendados y tapones para los oídos. También estaban atadas a sus catres para que no pudieran rechazar a los machos que las elegían.

Cuando mi bastón golpeó dos veces su catre, Camwin giró la cabeza hacia la izquierda, dejando al descubierto su cuello. Puse la mano sobre su cabeza, con el pulgar apoyado suavemente en la frente. Sus pensamientos inundaron mi mente. Algunos eran imágenes oníricas y otros, emociones. El resto era una cacofonía de palabras que zumbaban en mi cabeza como un enjambre de insectos. De entre este miasma, destacaban unas pocas palabras, que indicaban el foco de sus pensamientos. La más destacada era la de Kaladan, su prometido. Era un macho apuesto, con la típica piel azul oscuro de los Aveanos, pelo blanco plateado y grandes ojos azules.

Camwin estaba de camino a su mundo natal para el apareamiento cuando la secuestraron. Me aferré a la imagen de su primer beso y la transformé en la de él dándole un orgasmo alucinante. Mi habilidad psíquica era el control mental. Para mí, los pensamientos eran como arcilla que podía remodelar, moldear y doblar a mi voluntad. Las mentes eran como lienzos sobre los que podía crear libremente, o hacer pedazos. Pero cuanto más manipulaba la mente de alguien, más resistencia oponía. Los pensamientos de Camwin eran como la arcilla que se seca, y había que engatusarlos para que adoptaran la forma deseada. Aun así, solo tardó unos segundos y Camwin gritó cuando alcanzó el clímax virtual.

Mantuve mi mano sobre ella mientras lo aguantaba. Casi podía sentir la oxitocina liberada por su cerebro en el torrente sanguíneo. Seguía estremeciéndose cuando me alejé unos pasos, indicando a Lentín que ya podía beber de ella.

Su silueta borrosa se acercó y se inclinó sobre ella. El suave jadeo de Camwin me dijo que había hundido sus colmillos en su garganta, drenando su oxitocina recién producida. La hormona combatía la Mancha que le afectaba a él y a la mayoría de los machos Xelixianos. Beberla con regularidad prolongaba su esperanza de vida de unos míseros cuarenta años a los ciento treinta y cinco normales para los Xelixianos. Tras unos segundos, se enderezó, murmuró un gracias y salió de la habitación.

Había paños desinfectantes en el cubículo de la cabecera de su catre. Su aroma cítrico me hizo cosquillas en la nariz mientras le limpiaba el cuello donde Lentín la había mordido antes de cerrarle los agujeros a lametazos. Aunque no podía verle la cara, su ligero temblor y su respiración entrecortada me indicaron que estaba luchando contra las lágrimas. Antes de que pudiera hablar, la puerta se abrió y entró otro cliente. Le acaricié suavemente la mejilla y le di un pequeño apretón de ánimo en el hombro antes de alejarme.

Gracias al aroma especiado de su colonia, reconocí de inmediato al enorme macho que entraba. Se trataba de Magnánimo, o Mag para abreviar. Si pudiera decir que me gustaba alguien dadas las circunstancias, sería él. No era exigente ni quisquilloso. Sabía que cada vez que usaba la compulsión con las hembras, aumentaba su resistencia hasta que se volvían inmunes. La inmunidad significaba ser enviada al otro lado de la Casa de Sangre—el burdel. Por lo tanto,

Mag siempre elegía a la última que se había emborrachado, conformándose con los restos de oxitocina que quedaban en su sangre en lugar de una dosis completa.

Por suerte, Lentín no era un bebedor codicioso. Se esperaba que los clientes no drenaran por completo la oxitocina de una hembra, ya que la dejaba entumecida y apática. Sin embargo, no estaba prohibido, ya que pagaban por ello. La mayoría de los machos solo bebían la mitad, que era más que suficiente por visita.

—¿Cuál fue la última? —preguntó la voz profunda y retumbante de Mag.

Me acerqué a Camwin y giré suavemente su cabeza, dejando al descubierto su cuello una vez más. Esta vez no pudo contener sus suaves sollozos, sabiendo lo que significaba.

—Lo siento —dijo Mag, acercándose sin embargo a ella para beber.

La brusca inhalación de Camwin fue seguida de un leve gemido segundos antes de alejarse de ella. Entonces supe que le había inyectado parte de su veneno Thylin antes de retirar los colmillos. El Thylin actuaba como una droga recreativa y provocaba euforia, compensando el haberla agotado por completo. Pero, como muchas drogas, podía crear adicción, por lo que debía consumirse con moderación.

Mag se marchó y pasaron una docena de clientes más antes de que se decretara el descanso. Camwin había sido golpeada por tercera vez; había terminado por los próximos cuatro días. Ghil desató a las hembras y las llevó a sus habitaciones, mientras Sheb, en lugar de llevarme a mi propia habitación, me escoltó hasta el despacho de Varrek.

Eso nunca era bueno.

Aunque la Casa de Sangre siempre era bastante tranquila, el silencio resultaba inquietante ahora que se había marchado el último cliente. No nos cruzamos con ninguno de los otros guardias, ya que quedaban pocos desde los asaltos a dos de las cuatro Casas de Sangre.

En Xelix Prime, los delitos sexuales y la violencia contra las hembras se castigaban hasta el extremo. Cuando el ejército descendió sobre ellos, los guardias se quitaron la vida antes que ser capturados. Con la feroz determinación del General Praghan de encontrar y desmantelar las dos Casas restantes, el reclutamiento era casi imposible y renunciar no era una opción para los que seguían en el trabajo. Varrek solo creía en la forma “permanente” de jubilación.

Antes de que Sheb pudiera pulsar el comunicador fuera del despacho, la puerta se abrió de golpe. Varrek nos había visto en su sistema de vigilancia. Entré en la habitación y me senté en mi silla habitual, a la izquierda de su escritorio. Sheb no entró. Dio media vuelta y la puerta se cerró tras él, dejándome a solas con mi amo.

—Hola, mascota —la voz de Varrek no era profunda, pero siempre sonaba grave, como si acabara de levantarse de la cama.

—Amo.

Tecleó algunas instrucciones en el teclado que tenía delante. Aproveché la oportunidad para quitarme la capa con capucha. Su despacho era sofocante. A los Guldanos les gustaba el calor, ya que su genética era capaz de soportar altos niveles de calor—aunque los Veredianos no tanto. En

su caso, era extraño teniendo en cuenta que solo era mitad Guldano, ya que su madre era Xelixiana. Al menos, Varrek calentó la habitación con rocas volcánicas Guldanas que difundían de forma natural un rico aroma terroso, haciéndola más agradable.

Después de doblar la capa, la coloqué sobre mi regazo y apoyé las manos encima. Odiaba llevarla, pero Varrek la exigía para ocultar mis marcas Veredianas. El dibujo moteado me recorría en línea recta la nuca y los costados de los brazos y las piernas. Solía pensar que era una tontería, ya que muchos de los clientes las habían visto durante mi primer mes aquí, hacía cinco años. Pero Varrek no quería llamar demasiado la atención sobre mi pertenencia a una especie que se creía extinguida. Así que me obligó a llevarla a partir de entonces.

Por aquel entonces, la mayoría de los Xelixianos no me habrían reconocido por lo que era. Hoy, sin embargo, la previsión de Varrek dio sus frutos. Las Veredianas eran un tema delicado desde que Khel Praghan, general del ejército de Xelix Prime, se había apareado con Amalia, la única Verediana conocida públicamente. Como yo, ella era el producto del programa de cría creado por el padre de Varrek, Gruuk. Había sido una de las mascotas favoritas de Gruuk hasta que consiguió escapar hace un año. Desde entonces, Varrek y su padre habían intentado en vano recapturarla o silenciarla. Al final, Gruuk murió, dos de las cuatro Casas de Sangre fueron desmanteladas y se instauró un embargo total sobre todos los barcos comerciales Guldanos.

Empecé a sentirme inquieta, esperando averiguar por qué Varrek me había convocado. Pero sabía que no debía presionarle. Se dirigiría a mí a su debido tiempo.

La pantalla de video de la pared frente a su escritorio se iluminó.

—Madre —dijo Varrek.

—V, nuestro número sigue disminuyendo —dijo su madre, yendo directamente al grano—. ¿Qué estás haciendo para rectificar la situación?

—Lo estoy haciendo de maravilla. Gracias por preguntar, querida Madre —la silla de Varrek crujió al recostarse en ella—. En cuanto a los números, ¿por qué te muestras tan sorprendida?

—¿Por qué? —preguntó ella, sonando irritada—. Han pasado más de siete meses desde la última incursión. Todo ha estado totalmente estacionado. Nuestras cifras deberían volver a subir o, al menos, estabilizarse.

Las cosas se veían sombrías para Varrek. Había perdido a la mitad de sus esclavas de sangre, liberadas durante las incursiones, y no podía reponer sus filas. Los muelles estaban demasiado vigilados como para permitir la entrada de hembras frescas. Su clientela también había disminuido. Tras la primera redada se descubrió que los machos dejaban marcadores de ADN en las esclavas de las que bebían, lo que llevó a su detención.

—Madre, ¿conoces a mi mascota? —Varrek señaló en mi dirección.

—Sí, y te dije que dejaras de exponerme a tus esclavas —dijo entre dientes apretados—. ¿Y si la liberan?

Resopló.

—Primero, debo recordarte que llamaste, sin avisar. Segundo, Valena es ciega. Pero aunque

no lo fuera, eso no te salvaría. Ella lee la mente, ¿recuerdas? Si la liberan, que sepa de ti será la menor de nuestras preocupaciones.

—Te estás volviendo descuidado. Tu padre...

—No me hables de mi padre —espetó Varrek—. Fue derrotado por una niñita, su maldita mascota, y casi derriba toda la operación con él. Décadas y miles de millones de créditos se esfumaron porque permitió que cayera el baluarte de la cría de Crebios. La última generación de híbridas Veredianas que habíamos creado mostraba las habilidades psíquicas más poderosas hasta la fecha. ¿Y dónde están ahora? Con los putos Tuureanos —golpeó el escritorio con el puño.

Me marchité en la silla, intentando no llamar la atención. Era la primera vez que veía a Varrek alterarse. Eso me asustaba más que su habitual calma mortal y su voz suave cuando estaba a punto de matar o mutilar a alguien. No sabía de lo que era capaz un Varrek enfurecido.

Su padre, Gruuk, había construido un imperio esclavista. Había establecido fortalezas de cría por toda la galaxia, donde los machos Korletheanos eran obligados a aparearse con Veredianas. Los Korletheanos eran poderosos psíquicos, sus principales habilidades eran la telepatía, la telequinesis y la previsión. Los híbridos de las dos especies mostraban nuevas habilidades únicas y poderosas.

Hace un año, con la ayuda de los Tuureanos, el General Praghan asaltó la fortaleza de Crebios y liberó a todos los esclavos. Nadie se metía con los Tuureanos. Sus avances tecnológicos y sus letales habilidades de combate les garantizaban la victoria.

—Hay otras fortalezas —dijo la madre de Varrek, con voz conciliadora.

—Todas nos son inútiles a menos que consigamos levantar el embargo —dijo Varrek—. Mascota, por favor, dile a mi madre cuántas esclavas quedan en esta Casa de Sangre.

—Sesenta y ocho, Amo.

—¿Y cuántas hay en la Casa de Sangre del Distrito Capital?

—Ochenta y tres, Amo.

—¿Cuántas de ellas son actualmente inmunes a tu toque?

—Treinta y cinco aquí, y cuarenta y siete en el Distrito Capital, Amo —se me hizo un nudo en la garganta.

La madre de Varrek intentó intervenir.

—¿Qué tiene eso que...?

—¿Cuánto falta para que todas las hembras sean inmunes a ti? —preguntó Varrek, interrumpiendo a su madre.

—Con la proporción actual de visitante por hembra, cinco semanas, seis como mucho —mis manos se agarraron a mi capa. No quería pensar en lo que me pasaría cuando eso ocurriera. Las otras hembras serían trasladadas al burdel, pero yo, solo la Diosa sabía qué iba a pasar conmigo.

—Entonces, Madre, ¿quieres saber por qué están bajando los números? —el tono de Varrek indicaba sarcasmo—. Tenemos que racionar las bebidas para que las hembras duren más. La

mayoría de los machos Xelixianos también tienen problemas con las hembras del burdel. Les remuerde la conciencia forzar a una hembra —el desprecio en su voz era inconfundible—. Parece que meter los colmillos en una hembra que no quiere es más aceptable que sus pollas. Y eso sin contar a los clientes que han abandonado desde las redadas. Hablando de eso, se rumorea que hay otra inminente.

Se me cortaba la respiración. ¿Otra redada? En las dos redadas anteriores, yo había estado en otra Casa de Sangre. Una parte de mí se sintió desolada por haber perdido esa oportunidad de libertad. Pero otra parte se sintió aliviada de seguir con las cautivas. Odiaba mi papel facilitando que estos machos tomaran de las cautivas lo que ellas no habían ofrecido libremente. Sin embargo, sin mí, las hembras serían violadas. No dudaba de que Khel Praghan nos encontraría y nos liberaría. El tono del General durante sus entrevistas en las noticias estaba lleno de sombría determinación. Solo esperaba que fuera pronto, porque nos estábamos quedando sin tiempo.

—¿Cómo? —exclamó la madre de Varrek, con voz incrédula—. ¿Quién podría darle información sobre la ubicación de las Casas de Sangre? No has vuelto a atacarle, ¿verdad?

Varrek resopló.

—¿En serio? ¿Me crees tan estúpido como para volver a agitar el nido de ese krillik?

—No fuiste precisamente discreto en tu último ataque contra él —dijo ella.

—Eso fue hace más de un año —la voz de Varrek era desdeñosa—. Aun así me encantaría saber cómo coño sabía que veníamos y dónde estaban situados los lanzamisiles. No debería haber sido capaz de responder tan rápido ni con tanta precisión. Incluso si hubiera sobrevivido al ataque, el daño a su fuerza de élite debería haberle dejado gravemente lisiado.

—Sea como fuere, aun así falló. Y eso le dio esclavas que hablaron —dijo la madre de Varrek—. Por eso perdimos a Crebios. Si no lo hubieras estropeado...

—Cuidado, hembra —dijo Varrek con esa voz dulce y suave que me daba escalofríos—. Recuerda tu lugar. Tu compañero puede tolerar tu boca, pero yo soy Guldano.

—Eres medio Xelixiano, *hijo mío* —replicó ella apretando los dientes.

—Un inconveniente que es mejor olvidar.

El crujido de mi silla al moverme resonó en el ensordecedor silencio que siguió. Incluso sin la capa, tenía la espalda húmeda de sudor. La tela barata de mi vestido hacía que me picara la piel al pegárseme. No necesitaba estar aquí para su tiempo de “unión” familiar. Además, el calor abrasador no pegaba conmigo. Un gran tazón de aire fresco me llamaba como si su vida dependiera de ello. Bueno... más bien de la mía.

—Ahora, volviendo al tema que nos ocupa —dijo Varrek, como si no acabara de despreciar a su madre—. Las Casas de Sangre, como nuestras principales fuentes de ingresos, ya son cosa del pasado. Es hora de seguir adelante.

—Pero... —dijo su madre.

—Pero nada. Aunque consigamos levantar el embargo, Praghan nunca dejará esto en paz. Este negocio está terminado. Ordeñaremos lo que quede de las Casas de Sangre, y luego a los

laboratorios.

—A algunos contactos de alto rango les prometieron bebidas —dijo la madre de Varrek.

—Entonces ocúpate de cumplir con tus obligaciones lo antes posible. Mis fuentes dicen que es cuestión de días, si no de horas, antes de la próxima incursión.

—Tengo algunas ofertas extremadamente generosas a cambio de beber de una Verediana. Tu mascota está aquí y disponible.

Mis uñas se clavaron en mi capa. Los clientes me pedían beber regularmente. Varrek siempre decía que no, pero la petición nunca había venido de su madre. Se volvió hacia mí. Daría cualquier cosa por poder verle la cara ahora mismo, o mejor aún, tocarle para conocer sus pensamientos.

—No —dijo Varrek.

La suave risita que siguió me dijo que había oído mi involuntario suspiro de alivio.

—Pero...

—Madre, estás empezando a aburrirme. ¿Por qué coño iba a dejar que tus clientes bebieran de mi mascota? Para ser una hembra inteligente, a veces eres muy estúpida. Quieren beber de ella porque esperan que los cure como Amalia curó a sus compañeros.

—Exacto —su tono indicaba claramente que estaba ofendida.

—¿Cómo coño tiene sentido que hagamos eso? Regla básica de la industria farmacéutica: no curas a los pacientes. Les das una versión diluida para que los síntomas sean soportables y sigan volviendo a por más, para siempre.

—Soy muy consciente de ello, muchas gracias —espetó—. Pero necesitamos saber si es un rasgo Verediano o una casualidad. Podrían servir como ratas de laboratorio.

—Usaremos las nuestras en un entorno controlado. La respuesta es no, y punto. Ahora, ve a resolver tus obligaciones con respecto a las Casas de Sangre. Necesito hablar con Dervhen. Ya es hora de que contribuya una vez más a la causa.

—Zhul es el nuevo Consejero. No será tan fácil de manipular como su padre.

—Déjame a los Dervhen a mí. Ellos *cooperarán*. Ahora vete. Hablaremos en otro momento.

Sin darle oportunidad de responder, Varrek terminó la comunicación. La pantalla se oscureció. La silueta de Varrek levantándose de su silla y acercándose a mí me pareció aún más siniestra. Estaba sentado al borde de su escritorio—o apoyado en él, no sabría decirlo. A veces deseaba estar ciega de verdad. No veía lo suficiente para saber lo que estaba pasando, pero sí lo suficiente para asustarme. La mente me daba vueltas. Varrek no creía en los desechos. No renegó de su madre por mí, ni por la razón que le dio. Habría sido un argumento válido si las Casas de Sangre tuvieran un largo futuro por delante, pero no era así. Me estaba salvando para un propósito diferente, y mi instinto me decía que sería algo aún peor.

—Valena, sé que estabas prestando atención. Así que te das cuenta de que las Casas de Sangre están llegando a su fin y también tu utilidad para mí —el tono de Varrek era despreocupado, como si simplemente hablara del tiempo y no de mi futuro.

—Sí, Amo —para mi alivio, mi voz salió más firme de lo que sentía.

—Pero no temas. Tú, mi mascota, eres preciosa para mí y tengo otros planes para ti que te contaré a su debido tiempo. Por ahora, continúa como antes. Sin embargo, no te quedarás en las Casas de Sangre. El General estaría demasiado satisfecho de sí mismo si te pusiera las manos encima. Has sido una buena mascota, y seguirás sirviéndome bien.

La pregunta era, ¿cómo pretendía que yo le sirviera? Tenía mis sospechas, y me asustaba mucho.

Desde que Amalia había conseguido curar a sus compañeros de la Mancha, todos los machos Xelixianos deseaban aparearse con una Verediana. Y ella no solo curó la enfermedad incurable. Los informes médicos que Varrek había conseguido robar de la clínica del Dr. Minh Volghan revelaban que la oxitocina de Amalia en realidad había mejorado a sus parejas. Los hacía más fuertes, más rápidos y aumentaba la potencia de sus venenos. Conociendo a Varrek, querría conseguir lo mismo con otro Xelixiano y conmigo.

Eso significaba problemas.

—El General Praghan te ha puesto en un aprieto —dijo Varrek. Se rio al ver la expresión de confusión en mi rostro—. Dentro de unas semanas cumplirás veintidós años. No solo estarás en tu apogeo sexual, sino que además estarás al mismo tiempo que comienza tu período. Con el embargo, no habrá hojas de Rehmannia para ti.

Oh, preciosa Diosa...

Una vez comenzado mi período, estaría en celo de tres a cuatro semanas. Durante ese tiempo, mi nivel de agresividad se dispararía. Solo el té hecho de hojas de Rehmannia podía mantenerlo —y mi impulso sexual—bajo control. La planta no crecía aquí, en Xelix Prime, y había que importarla. Tras la primera incursión, el General Praghan había descubierto que Varrek tenía una hembra Verediana en Xelix Prime. La Primera División, los militares de Xelix Prime, intervinieron al puñado de distribuidores de hojas de Rehmannia para averiguar la identidad de sus compradores. Sin el cuidadoso plan de contingencia de Varrek, lo habrían rastreado hasta él. Ahora no se podía adquirir sin levantar grandes sospechas.

—Como habrás oído, otra redada es inminente —dijo Varrek—. Por lo tanto, te trasladarás esta noche a una nueva ubicación y solo vendrás a las Casas de Sangre a trabajar. Nuestros mejores guardias se turnarán para cuidarte en el piso franco. Dedica las próximas semanas a conocerlos, y elige al que te resulte más agradable para que atienda tus necesidades cuando llegue tu período. Si no lo haces, lo haré yo y probablemente no te gustará mi elección. Pero elige con cuidado, porque todo esto continuará hasta después de tu período.

Se me cayó el estómago. Llevaba mucho tiempo esperando esto. Además de curar a sus compañeros, Amalia también había dado a luz con éxito al primer macho Verediano vivo de la galaxia conocida. El joven Vahleryon Praghan era un milagro y el futuro de toda una especie. Los coleccionistas ofrecían escandalosas recompensas a quien consiguiera al niño, o a cualquier macho Verediano. Varrek querría aprovechar esa oportunidad.

En cierto modo, debería estar agradecida de que me hubiera dado la oportunidad de “elegir” cuando las demás Veredianas de las fortalezas de cría no podían. Pero eso no facilitaba las cosas. Tragué saliva, pero asentí con la cabeza.

—Bien. Una última cosa —dijo Varrek, y su voz adquirió ese tono tranquilo de “obedecerás si sabes lo que te conviene”—. Si intentas escapar mientras estás en tu refugio temporal, si te metes con tu guardia e intentas deformarlo mentalmente, castigaré a las hembras de las Casas de Sangre. Mataré a cada una de ellas lenta y dolorosamente y todo será por tu culpa. Sabes que yo no bromeo, así que no intentes nada estúpido. Y no olvides tu implante rastreador. Siempre te encontraré.

Y lo hará. Las hembras habían perdido toda utilidad para él. Se desharía de ellas sin piedad para mantenerme a raya. Eran demasiadas vidas para tener en mi conciencia.

General, por favor, sálvanos. Por favor, sálvame.



CAPÍTULO 2

ZHUL

Marché hacia el despacho de mi padre en la casa principal de nuestra hacienda. Mis pasos resonaron en el gran pasillo de relucientes baldosas blancas y paredes gris claro. Por lo demás, reinaba un silencio inquietante, al igual que en el resto de la casa. Atrás quedaban los días de mi juventud, cuando la casa bullía de vida, entre Rhal y yo haciendo travesuras, y el personal de la casa intentando seguir el ritmo de las innumerables reuniones sociales de mi madre. Menos mal que los Xelixianos no decoraban mucho sus casas. Un huésped que viniera hoy no sospecharía cuántas obras de arte y objetos raros de coleccionista se habían vendido a lo largo de los años para pagar las deudas de mi padre y mantener a mi madre en su lujoso estilo de vida.

Yo ya no vivía en la casa principal, sino en mi propia mansión privada en la hacienda. Cuanto menos veía a mis progenitores, mejor nos iba a todos. Mi padre también procuraba evitarme, prefiriendo no oír las duras verdades que yo no tenía reparos en echarle en cara. Que me convocara para un asunto importante era un mal presagio. Sabía que no debía pedirme créditos, así que, en nombre de Gharah, ¿qué podía querer?

Llamé a la puerta de su despacho y la abrí sin esperar a que me invitara a pasar. Mi padre estaba de pie junto a la ventana, mirando hacia el árido campo que había detrás de la casa. Décadas atrás, había allí un extenso huerto de ryspak. El ryspak, una fruta muy codiciada por sus propiedades medicinales y anabólicas, era el centro de la dieta Xelixiana. También constituía la principal exportación de nuestro planeta y la principal fuente de ingresos de mi familia. Con la Mancha envenenando la tierra, habíamos talado los árboles para dar al suelo una oportunidad de sanar—y así fue. Sin embargo, pasarían muchos años antes de que esta parte de nuestra tierra volviera a ser productiva.

Mi padre estaba de pie, con los hombros ligeramente encorvados y un aspecto frágil, con su delgada silueta enmarcada por los grandes ventanales. A pesar de tener solo cincuenta y pocos años, su pelo, antes negro, estaba casi encanecido. Con una media de vida de ciento treinta y cinco años, los Xelixianos no solían encanecer antes de los sesenta. Nhed Dervhen solía ser un macho orgulloso y fuerte, con una sonrisa contagiosa y un carisma irresistible. Hoy no era más que una sombra de lo que había sido.

Cómo han caído los poderosos.

Para mi alivio, una rápida inspección del amplio despacho me indicó que no se había vendido nada más desde mi última visita—no quedaba mucho por liquidar. Le prohibí que vendiera el gran escritorio de madera negra tallada—una reliquia familiar. Enfrente, un sofá de tres plazas con una mesa baja en el centro constituía la zona de estar. Detrás del sofá había un pequeño bar. La única decoración que quedaba en la pared era un retrato familiar de cuando yo tenía dieciséis años y mi hermanita Lelah cinco. Aquel verano, por fin me di cuenta de que todo se había venido abajo. A su lado, una foto de mis padres el día de su Unión.

Aparté la mirada.

—Requeriste mi presencia —dije, acomodándome en el sofá—. Aquí estoy.

Mi padre se volvió hacia mí. Apenas pude disimular mi sorpresa ante su aspecto. Su rostro parecía demacrado, profundas bolsas oscuras bajo sus ojos verde bosque daban fe de noches sin dormir y mala alimentación. Incluso su piel gris parecía pálida y enfermiza. ¿Cómo era posible que un macho tan apuesto y poderoso se hubiera marchitado tanto? A pesar del desprecio que me inspiraba mi antiguo héroe, ahora no sentía más que lástima por mi sire. Se unió a mí, sentándose en su silla habitual frente a mí.

—¿Cómo estás, hijo? —preguntó mi padre con forzado entusiasmo.

Oh, Diosa, aquí vamos.

—Los dos sabemos que en realidad no te importa, así que ¿qué tal si nos saltamos la cháchara y vamos al grano? —pregunté, con el habitual tono frío que reservaba para mis padres —. ¿Qué quieres?

Mi padre se aclaró la garganta.

—Tengo curiosidad por saber cuál es la situación del embargo Guldano y cuándo se levantará por fin.

¿Qué?

—¿Por qué ese repentino interés? ¿Qué ganas con ello? —pregunté, lanzándole una mirada suspicaz.

Era cierto que antes de sus problemas de juego y dinero, mi padre había sido un poderoso Consejero y brillante Embajador de Xelix Prime. Pero a medida que aumentaban sus problemas de pareja, su interés por la política disminuía. Primero, cedió su papel de embajador a Bhek Zirthen, y luego su comportamiento errático empezó a ser preocupante. No tuve más remedio que obligarle a dimitir en mi favor para que nuestra familia no perdiera su puesto en el Consejo. La política había dejado de importarle mucho antes y había mostrado una indiferencia absoluta por ella en los dos años transcurridos desde que yo había asumido el título.

—¿Por qué no iba a importarme? También está perjudicando a nuestra economía local. Muchos de mis amigos comerciantes se quejan de que no pueden abastecerse de productos que solo los Guldanos pueden adquirir. Hay que levantar la prohibición. No tiene sentido castigar a toda una raza por las acciones de un puñado contra una niña alienígena.

—Toda esa raza aprueba la esclavitud y, según revelaciones recientes, es responsable de la acelerada desaparición de las Veredianas. También trajeron las Casas de Sangre aquí a Xelix Prime y proporcionaron las hembras esclavizadas allí. Así que no, Padre, las molestias económicas de algunos de tus conocidos no justificarán el levantamiento del embargo.

Guldar era uno de los pocos planetas miembros del Consejo Galáctico que aún practicaba la esclavitud. Aunque se permitían los sirvientes contratados—personas que se ponían al servicio de otra durante un tiempo determinado—el comercio de carne y la esclavitud estaban prohibidos en el Cuadrante Occidental. Cuando el General Praghan se emparejó con Amalia, no solo sacó a la luz que las Veredianas seguían existiendo, sino que los Guldanos estaban implicados de algún modo en su esclavitud y, potencialmente, en la de otras Veredianas. El General se mantuvo extremadamente hermético al respecto, alegando la protección de los inocentes.

Mi padre se frotó la cara con la palma de la mano, nervioso, antes de apretar las manos sobre el regazo. Se me revolvió el estómago de miedo. Reconocí ese lenguaje corporal; el que mi padre mostraba cuando perdía más de lo que podía permitirse y se debatía entre reducir sus pérdidas o apostarlo todo.

—¿Qué pasa? ¿Quién te ha pedido que intervengas en su nombre? ¿Y cómo es que estás en deuda con ellos?

La culpa y la vergüenza en su rostro me dijeron que había acertado. Se me cayó el estómago y me preparé para un nuevo golpe.

—No es tan simple, Zhul.

No tenía tiempo para esta mierda.

—Solo escúpelo —espeté—. ¿Quién es y qué tiene contra ti?

—No sé quién es, Zhul —dijo mi padre en voz baja.

—Padre... —dije, con una advertencia en mi voz.

—Te juro, hijo, que no sé quién es —suplicó mi padre—. Nunca le he visto. Solo hemos hablado por el comunicador o por texto. No sé su nombre, solo que responde a la letra V. Dijo que quiere que se levante el embargo en las próximas dos semanas o habrá consecuencias.

La sangre se me escurrió de la cara. Esto no podía estar pasando.

—¿Estás en deuda con V?

—¿Le c… conoces? —preguntó mi padre.

—¿Tienes idea de con quién te estás metiendo? —pregunté, horrorizado.

Mi padre negó con la cabeza, asustado por mi reacción.

—Según Praghan, V es el cerebro detrás de las Casas de Sangre y el macho que ha estado intentando que maten a Amalia. Por favor... por favor, dime que no estás involucrado en las Casas de Sangre.

—Yo no... no estoy...

—¿Qué coño tiene contra ti? —grité, con el estómago revuelto por el miedo.

—Fue hace tanto tiempo, Zhul... Diez años... No lo sé —gimoteó mi padre—. Lo único que

pidió fue inmunidad diplomática para poder ir y venir a su antojo y que no registraran ni escanearan su nave para poder comerciar con productos exóticos. Se renovaba automáticamente cada dos años y eso era todo. Nunca pasó nada malo, así que...

—Oh Diosa, Padre... ¿Qué has hecho?

Con los codos apoyados en las rodillas, enterré la cara entre las manos. Durante el último año y medio, Khel Praghan había intentado culparme de todos los crímenes. Creía que yo dirigía las Casas de Sangre. Yo era inocente y sabía que él no podría encontrar nada. Así que verle tambalearse tratando de probar mi culpabilidad no me agradaba ni un poco. Pero ahora, la evidencia vinculaba a la familia Dervhen con las Casas de Sangre. Era solo cuestión de tiempo antes de que Praghan lo descubriera.

—Lo siento, Zhul.

—¿Lo sientes? ¿Lo SIENTES? —grité—. ¿No hay fin a lo bajo que llevarás a esta familia? ¿Cuándo vas a parar? ¿Una vez que nos hayas destruido a todos? ¿Te das cuenta de que Praghan sospecha de mí? Acabas de pintarme una diana en la espalda.

Agachó la cabeza avergonzado, pero no dijo ni una palabra. Me pasé los dedos por el pelo antes de levantarme y pasearme por la habitación.

—Le dirás que no hay trato —mi tono no admitía discusión—. Le recordarás que ya no eres Consejero ni Embajador. No hay nada que puedas hacer por él y no involucrarás a tu hijo en este lío.

Los labios de mi padre temblaron mientras me dirigía una mirada tan llena de pena y desesperación, que supe que su respuesta sería un golpe aún mayor.

—Yo... ya se lo he dicho, Zhul —mi padre se encogió sobre sí mismo, mirándome con miedo —. Dijo que ya tiene autorización diplomática, pero quiere que consigas que se levante el embargo. Si no lo haces, hará públicas pruebas irrefutables de que mataste a la familia del General Praghan.

Aunque sus últimas palabras fueron susurradas, resultaron ensordecedoras para mis oídos. Dejé de pasearme y me quedé mirándole, incrédulo.

—¿Pruebas? ¿Qué mierda de pruebas puede tener? —pregunté—. Yo no tuve nada que ver con sus muertes. Puede que Praghan sea un santurrón de mierda y puede que yo quisiera sus tierras, pero eso no me convierte en un asesino.

—Lo sé, hijo, pero te incriminará si no cooperas. Por las muertes de los Praghan y por las Casas de Sangre.

Dirigí a mi padre una mirada asesina. Al caer en la trampa de V, también me había salpicado. Tampoco había forma de salir de este lío. Podía ir directamente a las autoridades, pero no me creerían a menos que delatara a mi padre. E incluso entonces, eso podría no ser suficiente. Por mucho desprecio que sintiera por él, era mi padre. Aún recordaba una época, décadas atrás, en la que él había sido el héroe que yo aspiraba a ser.

La cabeza me daba vueltas. Sentí náuseas por la enormidad de la situación. Aunque no se

hubiera dado cuenta de las consecuencias de su codicia, mi padre estaba implicado en un delito grave. Tarde o temprano tendría que responder por ello. Pero lo peor era que me había arrastrado a mí. A pesar de mi mala opinión de las hembras en general—gracias a mi madre—seguía siendo Xelixiano. Protegíamos a las hembras.

Tenía que haber una forma de salir de este aprieto.

Al recordar a mi padre, me di cuenta de que estábamos llegando a un punto sin retorno. Se había convertido en un cáncer en mi vida que había que extirpar antes de que siguiera extendiéndose y matara lo bueno que me quedaba dentro—lo poco que quedaba.

—¿Cuándo vas a parar, padre? ¿Cuándo vas a darte cuenta por fin de que ya es suficiente? ¿Qué hace falta? —pregunté, sin ocultar la pena que sentía por lo que se había convertido—. ¿No te basta con haber tirado por la borda tu brillante carrera por esa hembra? Ahora también sacrificas a tus hijos por ella. ¿Y para qué?

—No hablaré de tu madre contigo —dijo mi padre con frialdad, recuperando una pizca de la columna vertebral que una vez tuvo.

—¡Ella es la razón por la que aceptaste este trato! La razón por la que todo mi futuro está ahora en peligro. Así que hablarás de lo que yo te diga que hablemos —gruñí.

—¡No te dirigirás a mí con esa falta de respeto en mi propia casa! —gritó, poniéndose en pie de un salto.

Solté una carcajada triste.

—¿Tu casa? ¿Has olvidado ya que no tienes casa? ¿Que de hecho no eres dueño de nada desde que lo perdiste todo en el juego? Recuerda bien que la única razón por la que el patrimonio familiar sigue perteneciendo a un Dervhen es porque yo recompré todo lo que perdiste. Tienes un techo sobre tu cabeza por mi misericordia. Así que siéntate, *Padre*, y escucha bien.

La vergüenza y la humillación en su rostro mientras volvía a sentarse me desgarraron. Aplasté el sentimiento. Nos había hecho daño demasiadas veces como para que volviera a caer en eso. Me acerqué a la barra y me serví un vaso de agua. No tenía sed, pero toda esta experiencia me había dejado un sabor amargo en la boca que nada me iba a quitar del todo.

—La próxima vez que V se ponga en contacto contigo, dile que ya no puede hablar contigo, nunca más. Que hable directamente conmigo. ¿Entendido?

Mi padre asintió, el alivio se reflejaba en su rostro.

—De algún modo, sacaré a nuestra familia de este último apuro. Pero considérate advertido —dije, señalándole con un dedo amenazador—. Si descubro que te has metido en algún otro negocio turbio para ganar créditos rápidos y te sale mal, te echaré de casa y cortaré todos los contactos. Estoy harto de pagar por tu debilidad. ¿Está claro?

Una vez más, asintió en silencio.

—Una última cosa —dije, tragándome lo que me quedaba de agua—: el acuerdo de transferencia de custodia de Lelah estará listo el viernes. Mamá y tú lo firmarán sin rechistar.

El rostro de mi padre se torció de ira.

—Es mi hija. Sean cuales sean nuestros desacuerdos, no puedes llevártela.

—Mamá y tú no son buenos padres —abrió la boca para discutir, pero lo interrumpí—. ¿Crees que ignoro las ofertas que me has hecho?

Palideció y tuvo la decencia de parecer avergonzado.

—Son solo conversaciones. Ya se está haciendo mayor.

—Ella no es un bien mueble que vender para reponer tu reserva de créditos —grité.

—¡No voy a venderla!

—¿De verdad? Entonces, ¿por qué aceptas ofertas? —pregunté, golpeando mi vaso vacío contra la barra.

Cuidado con eso. No tenía por qué cortarme los dedos.

Ya tenía bastantes problemas.

—Solo... solo me aseguro de que quien se la quede tenga la estabilidad económica para cuidarla como es debido.

La mirada de desprecio que le dirigí dijo todo lo que pensaba de su patética justificación.

—Firmarás —dije con voz controlada—. Y le dirás a mamá que si no ha firmado para el viernes al final del día, dejará de recibir la asignación que le estoy pagando en tu nombre.

Mi padre tragó saliva, pero no dijo nada.

—Que tengas un buen día, *Sehr*.

Me fui sin decir nada más.

El paseo de cinco minutos desde la casa principal hasta mi mansión privada en la hacienda hizo poco por despejarme la cabeza, pero al menos disminuyó la furia que se desataba en mi interior. Menos mal que Lelah había estado en el colegio—no tenía por qué ver nada de esto. La quería en mi casa y a mi cargo lo antes posible. Mientras crecía, el terrible ejemplo de nuestros padres sería la peor de las influencias para ella.

A pesar de las graves pérdidas sufridas a causa de la Mancha, nuestra familia era una de las más ricas de Xelix Prime. Mis antepasados habían demostrado ser implacables a la hora de adquirir buenas tierras a cambio de casi nada una vez que se instauraron las Leyes de Propiedad. Según la ley, un macho Manchado debía aparearse a los treinta años o perdería sus tierras para ser subastadas al público. En la segunda generación posterior a la Mancha, las hembras ya eran un bien escaso, especialmente las Primes. Innumerables familias veían impotentes cómo les despojaban de sus tierras.

Nuestro éxito financiero fue algo ofensivo, teniendo en cuenta que mis codiciosos antepasados fueron en gran parte responsables de la Mancha. Habían sido los defensores más acérrimos del uso extensivo de las semillas ryspak de bioingeniería, pesticidas sintéticos y fertilizantes para aumentar nuestra producción. Amasaron una fortuna durante ese tiempo. Cuando apareció, la Mancha golpeó con más fuerza nuestras tierras. Menos de la mitad de nuestra enorme propiedad quedó utilizable. La tierra tardaría unas décadas más en sanar.

Una crisis financiera sacudió la nación tras la Mancha. Sin embargo, las tierras limpias y

fértiles que mis antepasados adquirieron de los Manchados nos permitieron recuperarnos rápidamente. Dado que el ryspak era nuestra principal fuente de exportación y, por tanto, de ingresos, muchas familias quebraron. Sus frutos Manchados no eran aptos para el consumo ni el comercio. Mi gran padre dejó una enorme riqueza a su prematuro fallecimiento. Mi padre la administró responsablemente durante los primeros años, hasta el fatídico día en que se casó con Ruthy Rawlhin. Era hermosa, refinada y una mariposa social—la pareja perfecta para el prometedor Consejero y Embajador.

Se enamoró perdidamente de ella.

Ella se enamoró de su riqueza y estatus.

A Madre le encantaba organizar reuniones sociales en la hacienda para la élite o las delegaciones extranjeras que pasaban por Xelix Prime. Aunque el Consejo reembolsaba algunos gastos, pronto se vieron obligados a limitar estas cantidades, ya que la extravagancia de mi madre aumentaba exponencialmente con el tiempo. Al principio, mi padre pagaba gustosamente la factura para mantener contenta a su joven compañera. Pero pronto, la presión sobre nuestras finanzas se hizo tangible.

Se las habría arreglado si solo se hubiera conformado con las reuniones sociales. Sin embargo, Madre era muy exigente: ropa, zapatos y accesorios de alta costura, visitas periódicas a spas de lujo, más joyas de las que podría llevar en toda su vida, cenas en restaurantes de lujo, viajes exóticos, etcétera. A los doce años, cuando mi hermano gemelo Rhal murió, devorado por las fieras, mi madre ahogó su dolor con interminables episodios de frenesí de compras. Al poco tiempo, mi padre se vio obligado a buscar nuevas fuentes de ingresos para complementar sus ingresos. Mi madre gastaba a la semana más créditos de los que la familia ganaba en un mes.

Al final, se enfrentó a ella por sus excesos. Ella amenazó con dejarlo por un compañero menos tacaño si no se acomodaba a sus necesidades. Según la ley Xelixiana, una hembra podía dejar a su compañero cuando quisiera, sin necesidad de justificación. Un macho, sin embargo, estaba ligado a su hembra hasta la muerte, a menos que ella cometiera uno de los muchos delitos inaceptables. Temeroso de perderla, Padre cedió. Eso marcó el principio del fin. Debería haberla dejado ir. En lugar de eso, creó un monstruo mayor.

En aquel entonces, me ahogaba en el dolor por la pérdida de mi otra mitad. No me había dado cuenta de la brecha que se había abierto entre mis padres desde la muerte de mi gemelo y el nacimiento de mi preciosa hermanita el año anterior. Cuando lo vi, el daño ya no tenía remedio. Lelah me mantuvo cuerdo durante los años siguientes. Tras su nacimiento, Madre se negó a tener más descendencia, considerando que ya había cumplido con sus obligaciones. También empezó a "pasar el tiempo" con otros machos ricos que pudieran compensar el declive económico de mi padre.

Nuestra madre solo amaba los créditos. Asegurarme de que Lelah nunca sería como nuestra madre me dio un propósito.

Al subir al porche de mi mansión, sentí que se me sumó el doble de mi edad. ¿Cómo coño

iba a salir de este lío? Solo Gharah lo sabía. Mi única bendición era que Praghan ya no ocupaba el asiento del Consejo. Se lo había pasado a su primo y consorte, Lhor Kirnhan. A él, lo respetaba y podía manejarlo. Pero nunca aceptaría levantar el embargo Guldano, no después de cómo habían atacado a su compañera. Tenía que ganarme su confianza y, de algún modo, darle la vuelta a este lío para ayudar a acabar con las Casas de Sangre de una vez por todas.

La pregunta era: ¿cómo?

Como siempre, entrar en mi casa me producía una sensación de paz. Era mi paraíso, mi refugio de la locura de este mundo que despreciaba. La había construido con la herencia de mi gran padre. Los fondos me fueron concedidos cuando cumplí veintiún años. Según el testamento de mi gran padre, si Rhal o yo moríamos antes de la mayoría de edad, el gemelo superviviente heredaría la parte del otro. Destiné esos fondos extra a adquirir nuevas tierras, recomprar la parte de mi padre en el negocio familiar e intentar reponer lo que había perdido en el juego.

Era el típico hogar Xelixiano, todo en blanco y gris desde que dejamos de producir tintes después de que los recursos naturales utilizados para fabricarlos también se contaminaran. Además de mi dormitorio y la futura habitación de Lelah, la casa contenía tres habitaciones de invitados, todas ellas situadas en la segunda planta de la mansión de dos pisos. En la planta baja, la zona de recepción estaba junto a mi despacho, con una gran sala familiar más allá, un acogedor comedor y, últimamente, una sala de entrenamiento bastante descuidada. Durante mucho tiempo me debatí entre tener una piscina en la parte trasera, pero al final decidí que no. No solo apenas se usaría, sino que querría un estanque natural, lo cual no era recomendable en tierras Manchadas.

Hasta hace unos meses, mi casa personificaba la pureza Xelixiana con el escaso mobiliario en tonos blancos o grises claros. Entonces, los Praghan hicieron una visita guiada por su casa en la cadena nacional. La explosión de color que recibió a los telespectadores al llegar a la segunda planta de su casa me impactó. Al principio me pareció chillón y vulgar. Pero a medida que avanzaba el programa, me iba gustando. Cuando terminó el programa, mi casa me parecía fría, clínica e impersonal. Los colores cálidos y vivos daban vida a su casa y hablaban mucho de las personalidades de Amalia, Lhor y Khel en cada una de sus habitaciones. Y así, el color se abrió camino en mi casa, en su mayor parte importado.

Entré en mi despacho y me dirigí a mi escritorio de madera negra. Estaba en la esquina izquierda de la habitación, junto a una gran ventana que daba a la parte delantera de la casa. Aparte de mi hermana pequeña, tenía pocas visitas. Si venían sin avisar, quería ver cómo se acercaban, sobre todo porque estaba solo en casa. A medida que nuestras finanzas fueron decayendo con los años, me acostumbré a que ya no tuviéramos personal doméstico. Ahora, aunque podía permitírmelos, me gustaba la paz y la tranquilidad.

Un par de machos Manchados en las últimas fases de la enfermedad venían dos veces por semana a limpiar la casa y a hacer los trabajos ligeros de jardinería que fueran necesarios. Como ya no podían realizar los duros trabajos que eran habituales para los Manchados, esto les permitía

mantener un techo sobre sus cabezas y comida en sus estómagos. Nhim, otro Manchado en fase avanzada, venía todos los días a prepararme la comida, a menos que eligiera hacerlo yo mismo o comiera fuera.

Además de pensar que yo había asesinado a sus padres, el General Praghan tenía otro concepto erróneo de mí. Hace un año, cuando Khel desmanteló la primera Casa de Sangre, presentó una moción para restablecer el salario mínimo en Xelix Prime. Tras el estallido de la Mancha, la economía Xelixiana se hundió, haciendo casi imposible que los empresarios pudieran pagar a su personal. Se puso en marcha una medida temporal llamada Remuneración Justa en Función de los Medios. En esencia, significaba que un empresario podía pagar a su personal lo que considerara justo en función de su capacidad de pago. Por lo general, se situaba muy por debajo del salario mínimo. En algunos casos, a los empleados no se les pagaba con créditos, sino con comida, ropa, alojamiento gratuito o cualquier otra opción que tuvieran sus empleadores.

Se trataba de una medida temporal. Décadas después, aunque la mayoría de los empresarios que no habían quebrado se habían recuperado—se seguía abusando de ella. Desde el momento en que me hice cargo de la empresa familiar, hice cumplir la norma del salario mínimo con aumentos anuales basados en el rendimiento. Y sin embargo, para mi sorpresa, se me acusó de ser uno de los que más abusaban de ella. Según las acusaciones, el salario diario de mis empleados equivalía a la cantidad que les cobraba al día por comida y alojamiento en mis huertos y minas.

Obviamente, había sido mentira. Por lo tanto, fiel a mi naturaleza mezquina siempre que Khel Praghan estaba implicado, impugné su moción. Sin embargo, no habría intentado impedir la aprobación de la moción cuando llegó el momento de la votación.

Excepto que, en realidad, no había sido una mentira.

Después de salir de la Sala del Consejo ese día, la idea de que podría haber algo de verdad allí me carcomía. Aunque no me había acusado de abusar de mi personal, la insinuación había estado a la vista de todos. Khel era un macho prudente. A pesar de estar convencido de que yo había asesinado a sus padres, nunca me acusó abiertamente. Carecía de pruebas y la difamación era un delito grave en Xelix Prime. No habría hecho tales insinuaciones sobre mis empleados sin estar seguro de tener derecho a ello.

Al volver a casa, volví a comprobar los registros de pagos de todo el personal y los salarios. Para mi horror, me di cuenta de que mi padre se había estado embolsando la mitad de los sueldos del personal. Todo el tiempo, todos pensaron que esa orden venía de mí. Aquel día estuve a punto de echar a mi padre a la calle, cortando todos los lazos.

No había sido más que uno de una serie de golpes que vieron mi poder dentro del Consejo menguar mientras el de Praghan aumentaba. Hoy, sin embargo, gracias a la Diosa, era con su primo Lhor con quien tendría que luchar. Obviamente, él tampoco tenía una buena opinión de mí. Necesitaba ganármelo, no para concederle a V sus deseos, sino para enterrar a ese bastardo y a sus Casas de Sangre sin hundir a toda mi familia con ellos. Con Lhor de mi lado, Khel se

echaría atrás.

Encendí el ordenador y empecé a examinar las próximas mociones que se presentarían en la Sala del Consejo. Ya era hora de que Lhor Kirnhan empezara a verme como un colaborador y no como un enemigo.



CAPÍTULO 3

VALENA

El vuelo desde la Casa de Sangre hasta la casa abandonada que ahora llamaría hogar duró treinta minutos. Ghil se *ganó* el derecho a ser el primero en vigilarme en la Casa de Cortejo, como yo llamaba a mi nueva prisión. Ghil era simpático—bueno, simpático para un macho que se ganaba la vida asegurándose de que las hembras reacias permitieran que los clientes se salieran con la suya. En ese sentido, envidiaba a mis hermanas de los criaderos. Aunque los machos con los que se apareaban les eran impuestos, esos machos también eran esclavos, obligados a esa situación. Aunque no existía amor entre ellos, podían empatizar con la difícil situación del otro. En mi caso, tendría que yacer con los mismos machos que me mantenían prisionera en esta vida infernal.

Aterrizamos en un campo abandonado. Por lo poco que podía ver, las llanuras rodeaban la silueta de un edificio—mi nuevo hogar—que podía distinguir más adelante. Una suave brisa acarició mi piel cuando salí de la lanzadera. Llevaba un sutil toque del dulce aroma del ryspak. Debía de haber un huerto cerca, pero a bastante distancia. No oía ningún pájaro entre el piar y el zumbido de los diversos insectos y bichos que correteaban por allí. No es de extrañar, dada la ausencia de árboles en los alrededores.

Ghil me agarró del brazo con su mano enguantada y me condujo al interior de la casa. Llevaba un par similar, proporcionado por Varrek para bloquear mi habilidad. No podía arriesgarse a que controlara mentalmente a su súbdito en campo abierto. Un intrincado mecanismo de bloqueo en las muñecas me impedía quitarme los guantes. Manipularlo causaba un dolor tremendo. Solo podía desactivarlo con una orden de voz de Varrek o con un mando a distancia que tenían mis captores. Aunque podía utilizar mi habilidad con otras partes del cuerpo, era extremadamente lenta e imprecisa. Peor aún, a menudo provocaba una sensación de zumbido en la nuca del objetivo, advirtiéndole de mi intento de influencia. Con mis manos, era instantáneo. A menos que utilizaran un inhibidor neural—o desarrollaran resistencia con el tiempo—nadie podía resistirse a mi compulsión.

Cuando llegamos al porche de la casa, Ghil me advirtió de los tres escalones y, al abrir la puerta del pequeño edificio, nos recibió un olor rancio y mohoso. Alguien había abierto las

ventanas y activado el sistema de filtrado del aire, pero el desagradable olor perduraría un rato más. Ghil me soltó el brazo y utilicé el bastón para orientarme en mi nuevo entorno. La puerta principal se abría a un vestíbulo que daba paso a una pequeña sala de estar. Había un gran sofá, una mesa baja y una forma oscura en la pared que supuse que era una pantalla de video. En el lado opuesto había una mesa de trabajo. A su lado, un estrecho pasillo daba acceso a una cocina del tamaño de un armario con una mesa lo bastante grande para dos personas. Enfrente, un dormitorio con espacio suficiente para una cama individual y un aseo insignificante con inodoro, lavabo y ducha de partículas. No había utilizado uno de esos desde que dejé el recinto de cría hacía casi diez años.

A pesar del olor poco fragante de la casa, las mantas de la cama olían a fresco. No había polvo y el aroma cítrico del producto de limpieza aún persistía en la fresquera y la cocina. La nevera contenía comida suficiente para una persona durante varios días.

Tras completar el breve recorrido, me di cuenta de que Ghil había salido mientras yo exploraba mis nuevos dominios. Acechándole, le oí hablar con alguien cuya voz no reconocí.

—¿Qué se supone que debo decirle a Zhul? ¡Eso no formaba parte del trato! —dijo el desconocido.

—Podéis hablar de eso con V —dijo Ghil—. La chica se quedará aquí hasta que se hagan nuevos arreglos.

—¿Y cuándo será eso? —preguntó el desconocido.

—Cuando sea el momento —Ghil parecía aburrido.

—¿Para empezar, por qué está ella aquí? ¿Vais a empezar a traer aquí también a esas otras pobres hembras?

—Por qué está ella aquí no es asunto vuestro. Y no, no habrá otras hembras —dijo Ghil—. Ella no dará problemas. No os metáis con ella y no habrá problemas.

No pude distinguir bien la gran figura que se movía detrás del desconocido. Sin pensarlo, di unos pasos hacia delante esperando que la forma borrosa se volviera identificable.

—¡Oh, Diosa! —dijo el desconocido, sonando horrorizado—. ¡Es Verediana! ¡Habéis traído una Verediana a mi propiedad! ¿Estáis loco? ¿Tenéis idea de lo que Praghan le hará a mi familia si se entera?

La voz del extraño subía con cada palabra, terminando en un grito. Por supuesto, se escandalizaría. Antes de Amalia, el mundo creía que los Veredianos se habían extinguido. Que descubrieran que tenían a una cautiva provocaría la ira del Consejo Galáctico, por no mencionar la del General Praghan y los Tuureanos. La evidente angustia del desconocido pareció alterar a la masa amorfa que tenía detrás. Emitió un sonido a medio camino entre el relincho y el gruñido.

¡Oh, Diosa! ¡Un cavas! ¡Un cavas de verdad!

Estaba tan asombrada que la respuesta de Ghil no me llegó. Con mente propia, mis pies avanzaron.

—¿Qué está haciendo? —dijo el desconocido, su voz goteaba preocupación.

—Valena, vuelve aquí —la voz de Ghil era severa y tensa.

—¡Es un cavas, Ghil! Quiero tocarlo, por favor. Solo quiero tocarlo una vez.

Seguí avanzando, esperando que no me detuviera. Pero no era lo único que quería. Una vez superada la sorpresa y el placer iniciales, me propuse sacar provecho de la situación.

—¿Es seguro? —le preguntó Ghil al desconocido.

—S… Sí. Pyrhin es dócil.

Los cavas eran bestias omnívoras, con preferencia por la carne cruda. Como monturas, eran extremadamente rápidos y fuertes. Leales hasta los huesos a su amo—o a cualquiera que consideraran parte de su manada—despedazaban con saña a cualquiera que los pusiera en peligro.

—Pyrhin —susurré—, un hermoso nombre para una criatura maravillosa.

De pie frente al cavas, me di cuenta de que era mucho más alto de lo que había imaginado. A pesar de medir un metro ochenta, mi barbilla apenas llegaba a la parte superior de su espalda. La montura de seis patas tenía la piel suave y curtida, con escamas en el bajo vientre hasta el cuello y la cara. Pyrhin tenía un largo hocico, dientes afilados como cuchillas y garras retráctiles en sus enormes patas. Los cavas eran de varios colores, desde el blanco al marrón, pasando por el negro. Este parecía ser negro.

No se inmutó cuando le pasé la mano desde la frente hasta la punta del hocico, sino que se inclinó hacia mí. Intenté quitarme el guante derecho para sentir la textura de la piel de Pyrhin, pero el mecanismo de seguridad me hizo saltar, haciéndome jadear.

—Valena... —advirtió Ghil.

—Solo quiero sentirlo —le supliqué—. Por favor, Ghil. Solo una mano. Probablemente nunca vuelva a ver otro.

—Sabes que no puedo permitir eso.

Como el infierno, claro que no puedes. Es hora de jugar sucio.

—Por favor, Ghil. Significaría mucho para mí. No olvidaría tanta amabilidad.

Su silencio me dijo que entendía lo que quería decir. Dejé que la implicación flotara entre nosotros. Cuatro machos, incluido él, se turnarían para vigilarme hasta que comenzara mi período. Elegiría a uno de ellos como mi pareja. Ghil sabía que cada punto ganado aumentaba sus posibilidades. Siendo él el primero en la rotación, le convenía ganar tantos puntos como fuera posible. Sin embargo, aunque sentir al cavas sería un sueño hecho realidad, era al desconocido a quien quería tocar. Incluso unos pocos segundos me permitirían recoger algunos de sus pensamientos, recuerdos recientes, e incluso una visual de la disposición de la propiedad. Pero, sobre todo, podría darme la oportunidad de plantar una orden.

—No hagas que me arrepienta de esto, Valena —advirtió Ghil.

—No lo haré. Me comportaré.

Seh, claro.

Ghil tocó el mando a distancia y sentí que el mecanismo de apriete soltaba su agarre en mi

muñeca. Me quité el guante, flexionando los dedos con placer por su nueva libertad. Volví a acariciar la frente de Pyrhin, sorprendida por el tacto suave de las duras escamas que cubrían su rostro. Usando mi habilidad, me introduje en su mente. Los animales eran mucho más difíciles de leer o manipular. Sus patrones de pensamiento eran demasiado extraños. La bestia no me dijo mucho más que estaba contento. También vislumbré algunas imágenes de la propiedad, de una joven luchadora y de un macho apuesto y melancólico. Todo era muy caótico. Desconecté mi mente de Pyrhin antes de acabar con un fuerte dolor de cabeza.

Deslicé la mano por su cuello y a lo largo de su costado, deleitándome con la suavidad de la piel curtida de la criatura, cubierta de pelo corto. Ghil se acercó para vigilarme. Sus pasos crujían sobre el suelo cubierto de pequeñas rocas y juncos erizados. Reprimí una sonrisa de satisfacción y pasé junto al desconocido mientras me acercaba a la parte trasera del cavas.

—Qué criatura tan magní... ¡Ah! —jadeé, simulando torcerme el tobillo y cayendo de rodillas.

Como era de esperar, el desconocido se apresuró a ayudarme a levantarme. Agarré la mano que me tendía. Al instante, un torrente de imágenes, pensamientos y emociones me inundó. Ghil gritó mi nombre, con una voz mezcla de rabia y preocupación, mientras avanzaba hacia nosotros. No tenía tiempo para nada complejo. Planté una simple orden en la mente del desconocido y me alejé de él antes de que Ghil pudiera ordenármelo. Tenía que pensar que la caída había sido real.

—¿Estáis bien, *Seha*? —preguntó el desconocido.

—Sí, estoy bien, gracias, ¿*Sehr*...?

—Dervhen —dijo—, Nhed Dervhen.

Lo sé. Lo saqué directamente de tu mente.

—Encantada de conoceros, *Sehr* Dervhen —dije con falsa vergüenza—. Mi nombre es Valena Rounis. Suelo ser más cuidadosa por mis ojos, pero me emocioné tanto con el cavas...

—No es ninguna molestia, *Seha* Rounis.

Podía sentir la intensa mirada de Ghil. Después de acariciar a Pyrhin una última vez con la mano desnuda, volví a ponerme el guante. Con mucho cuidado—como si lo necesitara—me acerqué a Ghil, como una buena mascota. Reactivó el mecanismo de cierre alrededor de mi muñeca.

Nhed se aclaró la garganta.

—¿No habéis pensado en arreglarte los ojos? La tecnología de hoy en día ofrece una gran variedad de opciones, sea cual sea la naturaleza de vuestro problema de visión.

—Es complicado —dije sin comprometerme.

—Claro —dijo Nhed.

—Valena, ¿por qué no vuelves adentro? —dijo Ghil—. Me reuniré contigo en breve.

No me gustó cómo sonaba eso, pero asentí con la cabeza y volví al interior de la casa. Al cabo de unos minutos, Ghil entró. La siguiente media hora fue de lo más incómoda, ya que intentó entablar conversación y congraciarse conmigo. Le seguí la corriente, pero me mantuve

distante. Al fin y al cabo, aún me quedaba más de un mes para decidirme.

Al final, se marchó. Una vez fuera de casa, me encerró. Desactivó la seguridad de mis guantes para que no tuviera que pasar la noche con ellos puestos. Al principio, temí que esperara dormir en la pequeña casa conmigo. Sin embargo, al parecer Varrek ordenó a mis guardias que durmieran en la lanzadera con el dispositivo de ocultación activado. Eso explicaba por qué no habíamos viajado en las pequeñas lanzaderas personales en las que normalmente me transportaban. Aun así, el sueño me era esquivo, pues temía que Ghil se colara en la casa mientras yo dormía.

No lo hizo.

Al día siguiente, Ghil me llevó a la Casa de Sangre del Distrito Capital. El vuelo desde el distrito de Xelhen, donde se encontraba la Casa de Cortejo, duró mucho más. Lo odiaba. Estar confinada con alguien que me desagradaba durante un largo periodo de tiempo era un asco. Además, no podía ver la inmensa belleza de Xelix Prime que había vislumbrado ocasionalmente a través de los pensamientos y recuerdos de otros. El lujoso planeta poseía un cielo verde pálido, dos soles brillantes cuyos rayos acariciaban la piel y te calentaban hasta los huesos, y una hierba interminable de color beige claro. Por lo que había averiguado, Xelix Prime era principalmente llano, con muy pocas montañas o elevaciones, pero con muchas masas de agua y bosques.

Después de un día de “trabajo” sin incidentes, estaba ansiosa por volver a casa, esta vez con Chem como guardia—para ver si Nhed Dervhen había cumplido mi orden. Antes, ninguno de mis guardias me hablaba mucho—pues Varrek había dejado claro que yo era intocable. Pero ahora, Chem escupía un flujo interminable de palabras que no podían importarme menos durante el interminable vuelo a casa. Al menos estaba tan ocupado balbuceando que yo no tenía que contribuir más que con un asentimiento ocasional. Sus intentos de despertar simpatía por las penurias de su juventud me dejaron indiferente. Era imposible que lo hubiera pasado peor que una esclava Verediana.

Mientras charlaba, dejé que mi mente volviera a los pensamientos que había captado de la mente de Nhed Dervhen. Era un macho torturado, con una retorcida obsesión de amor—odio hacia su compañera y una extraña mezcla de amor-culpa-miedo hacia su hijo, Zhul.

Zhul... Un macho tan impresionante.

La mente del cavas me dio una visión temblorosa de él. No le hacía justicia comparado con la vívida imagen de la memoria de su padre. Había estado mirando fijamente a su padre, pero cada vez que reproducía esa escena en mi cabeza, me parecía que me miraba fijamente a mí. Cada vez, me daba como un puñetazo en las tripas, seguido de una sensación de calor y cosquilleo en la boca del estómago. Me resultaba extraño tener una reacción tan fuerte ante alguien, especialmente ante un macho al que ni siquiera había conocido en persona. Sin embargo, había algo en él que me intrigaba, que me llamaba.

Por lo poco que pude deducir de las memorias de su padre, Zhul podría ser un aliado con la influencia, y la espina dorsal, para realmente ayudarme a mí y a las otras hembras. De alguna

manera, necesitaba enviarle un mensaje sin levantar las sospechas de mis guardias. Zhul no vendría simplemente a la Casa de Cortejo porque su padre se lo dijera. Tenía que atraerlo hasta aquí y hacer que a todos les pareciera—incluido a mí—que nos había encontrado por accidente.

El transbordador aterrizó por fin bajo un cielo despejado y el resplandor de los soles gemelos. Me obligué a ir a paso lento con Chem en lugar de apresurarme hacia la casa, como me apetecía hacer. A medida que nos acercábamos, agudicé el oído y pronto fui recompensada por un siseo molesto. Mordiendo una sonrisa, volví una cara de sorpresa hacia Chem.

—¿Qué fue eso? —pregunté, intentando sonar preocupada.

—¿Qué cosa? —preguntó Chem.

—Escucha.

Nos detuvimos para evitar que el crujido de las rocas bajo nuestros pies tapara los sonidos que nos rodeaban. Otro siseo nos alcanzó, sobresaltándolo esta vez. Se puso delante de mí en posición protectora. Por el movimiento de su brazo, supuse que había sacado su pistola. Reprimí un fruncimiento de ceño y esperé que no escogiera apretar el gatillo—matar a la criatura no entraba en mis planes.

—No temas, Valena. Te mantendré a salvo.

Puse los ojos en blanco y apenas pude reprimir un bufido. En otras circunstancias, podría haber resultado simpático.

—Gracias, Chem —dije, haciendo acopio de toda la gratitud posible.

No necesitaba ojos para saber que hinchaba el pecho. Caminamos con cautela por el lateral de la casa para descubrir el origen del sonido furioso.

—Oh —dijo Chem, desinflado.

Necesité toda mi fuerza de voluntad para no echarme a reír.

Hoy no vas a hacer ninguna exhibición heroica.

—¿Qué pasa? —pregunté, sabiendo ya la respuesta.

—Es un neption perdido —dijo, enfundando su bláster—. Está intentando agarrar algo atascado en la base de la casa.

—¡Oh, quiero tocarlo, por favor! ¡Me encantan las mascotas!

...lo cual era cierto.

Si mi vida hubiera sido diferente, probablemente me habría hecho veterinaria, criadora de animales o habría desempeñado algún otro trabajo relacionado con el cuidado de animales. Aunque fuera algo irracional, me encantaban los neptions, como a la mayoría de los Xelixianos. Esas pequeñas mascotas peludas y manchadas eran tan adorables como exasperantes. Solo tenían tres objetivos en la vida: comer, dormir y destruir cosas. Los neptions no solo eran inútiles y molestos, sino que no tenían tiempo para ti a menos que quisieran que los acariciaras. Eran especialmente estúpidos, sobre todo cuando intentaban llegar a alguna comida o golosina inaccesible. Repetían la misma acción una y otra vez a pesar de que claramente no funcionaba—como era el caso ahora.

Siguiendo mi orden de anoche, Nhed Dervhen trajo el neption de Lelah a la casa poco antes de nuestro regreso. Ocultó algunas hierbas keeleh bajo una roca. La mascota seguiría intentando cogerlas hasta que otra cosa más atractiva llamara su atención o se quedara dormida.

—De acuerdo —dijo Chem de mala gana—. Pero ten cuidado con él.

Chem me llevó hasta la inofensiva criatura y ambos nos agachamos junto a ella. Nos ignoró, todavía concentrada en la golosina inalcanzable. Chem levantó la roca y agarró las hierbas antes de que el neption pudiera cogerlas. Fue un gesto considerado. Aunque por lo general eran criaturas indiferentes, alimentar a un neption siempre los hacía más amables.

La criatura aulló y ronroneó al ver las hierbas en mi mano e intentó subirse a mis rodillas para alcanzarlas. Tenía el tamaño de un recién nacido y cabía cómodamente en mis brazos. No se resistió cuando lo abracé, estaba demasiado ocupado mordisqueando con avidez el keeleh. Un fuerte ronroneo retumbó en su pecho.

—Me gustaría quedármelo —dije con voz suave.

Chem vaciló, y mi corazón latió con fuerza al pensar que podría negarse. Gruñó su bendición y me acompañó al interior de la casa. Durante casi una hora soporté la insípida conversación con Chem, que una vez más intentaba venderme sus innumerables virtudes. Por fin, se marchó y, una vez fuera de la casa, soltó el seguro de mis guantes.

La criatura se había quedado dormida en mi regazo. Me quité los guantes y le acaricié suavemente la cabeza. Los patrones de pensamiento de los neptions eran básicos y fáciles de manipular. Sin embargo, no eran muy inteligentes. Tardaría unos días en imbuirle mis órdenes sin hacerle daño. Lelah amaba a su mascota, Zhul amaba a Lelah, y yo quería a Zhul.

Lo traería a mí.

~

Los dos días siguientes transcurrieron sin incidentes. Cada noche, reanudaba la impresión de la orden en el neption. Esta noche o mañana pondría en marcha mi plan. En su esfuerzo por ganarse mi afecto, Chem demostró ser bastante útil trayéndome más hierbas keeleh para la mascota. Esto aceleró significativamente el proceso de vinculación con la criatura, que de otro modo sería antisocial. Chem prometió traerme más en unos días, cuando regresara a la Casa de Sangre del Distrito Capital.

Mi tiempo se dividía entre las dos Casas de Sangre restantes. Hoy volvía a la del distrito de Xelhen. Para mi gran alegría, esto también significaba viajes más cortos con mi guardia nocturno, Sheb. Nos acercábamos a la Casa de Sangre cuando varios objetos enormes aparecieron de repente tanto en el aire como en el suelo alrededor de la Casa de Sangre.

Lanzaderas. ¡Oh, Diosa, una redada!

Sheb maldijo violentamente y rápidamente dio la vuelta a nuestra lanzadera. Varrek avisó. De algún modo, alguien le avisó, de ahí la nave camuflada en la que viajábamos, que nos

permitía retirarnos sin ser detectados.

Cinco minutos más y habríamos estado allí con ellos. A mí también me rescatarían. El estómago se me retorció de rabia, decepción y desesperación. ¿Sería siempre yo la que dejarían atrás? ¿Nunca sería libre?

Por un momento, consideré la posibilidad de atacar a Sheb para obligarle a realizar una mala maniobra que delatara nuestra presencia. Sin embargo, sería una estupidez. Era mucho más fuerte que yo. Aunque lograra dominarle, con mis ojos inútiles no sabría cómo desatracar la lanzadera, y mucho menos aterrizar con seguridad. Con los puños y los dientes apretados, me tragué las amargas lágrimas que me escocían los ojos.

Casi se me sale el corazón del pecho cuando sonó la señal de emergencia del comunicador de la lanzadera. O el General había detectado nuestra presencia, o Varrek nos estaba llamando para confirmar que su mascota especial seguía bajo custodia.

—Sheb —respondió.

—Dime que está a salvo —dijo la voz de Varrek por el comunicador.

Imagínate... Fui tan estúpida por tener esperanzas...

—Sí, V. Está conmigo —la voz de Sheb zumbaba con tensión—. Volveremos al piso franco. Seguimos camuflados y no hay señales de persecución.

—Bien. Contacta conmigo cuando hayas aterrizado. Y Sheb —dijo Varrek, con la voz en ese tono aterradoramente tranquilo—, si la rescatan, reza a la Diosa para que te maten en el proceso. Porque cuando llegue hasta ti, y lo haré, el mismísimo Ghara me rogará que te muestre clemencia.

—S… Sí, V.

Varrek cortó la comunicación y Sheb tragó saliva mientras regresábamos a la Casa de Cortejo.



CAPÍTULO 4

ZHUL

Desde la ventana de mi despacho, vi cómo la elegante lanzadera personal de mi madre iniciaba el descenso sobre la pista de aterrizaje de la casa principal. Las visitas improvisadas de Ruthy Dervhen solían significar problemas o una petición de créditos adicionales. Hoy sospechaba que se trataba de mi exigencia de que renunciara a su patria potestad sobre Lelah. A mi madre no se le permitía entrar en mi casa; por eso había ido directamente a la casa principal. Me preparé para lo desagradable que se avecinaba y me dirigí hacia allí.

Desde la entrada se oían las voces de mis padres discutiendo en el despacho de mi padre. Miré preocupado hacia las escaleras que conducían a los dormitorios, con la esperanza de que Lelah estuviera en su habitación, fuera del alcance de los ruidos. Pasé por delante de la sala de estar y el aseo de invitados y entré en el despacho de mi padre.

Estaba sentado en el sofá, sujetándose la cabeza con las dos manos, mientras mi madre estaba de pie junto a la ventana que daba al patio trasero, reprendiéndole. La escena, demasiado familiar, me produjo un nudo en el estómago de ansiedad enfermiza.

—Agradable reunión, como siempre —dije, poniéndome junto al sofá frente a mi padre, lo que me situó a la misma distancia entre mis padres.

—¿Qué es esta tontería de la custodia de Lelah? —preguntó mi madre, cruzando sus delgados brazos sobre el pecho.

La fulminé con la mirada. Mi madre era una hembra hermosa de la que había heredado el pelo negro como el carbón, los ojos grises como la plata y unas pestañas largas y espesas. Su cara en forma de corazón y su nariz delicada le daban un aspecto de muñeca, a menudo estropeado por sus finos labios apretados con disgusto. Era alta y de piernas largas. Mientras que la mayoría de la gente la describía como sexy y en forma, yo la veía delgada y seca. No me hizo falta mirar la etiqueta de su reluciente vestido de hilo plateado que le llegaba por encima de la rodilla para saber que era de alta costura.

—Algo que debería haber hecho hace mucho tiempo —dije, con una voz tan fría y dura como la mirada que le dirigí.

—No me vas a quitar a mi hija —espetó.

—¿Tu hija? —mi voz rezumaba desprecio—. ¿Cuándo fue la última vez que hablaste con Lelah o pasaste algún tiempo con ella?

—Eso es irrelevante —dijo levantando la barbilla en señal de desafío.

—Eso es lo *único* relevante —le espeté—. No eres madre. Solo has sido un útero para nosotros.

Jadeó, con el rostro enrojecido por la ira.

—¡Zhul! —dijo mi padre, levantándose de su asiento con las manos en puño.

—No me llames Zhul —le sostuve la mirada, inquebrantable—. Al menos, fuiste un padre medio decente en nuestros primeros años, hasta que dejaste que esa sanguijuela te convirtiera en una ruina.

—¡No nos hablarás así! —chilló mi madre.

—No quiero hablarles en absoluto. Así que haznos un favor a todos y firma los documentos sin rechistar. Ya saben que lo harán. Esto no es una negociación.

—¿O qué? —desplegó los brazos y puso las manos en las caderas, retándome—. No tienes motivos para obligarme a esto. Solo buscas una excusa para que Nhed ya no tenga que pagarme la manutención.

—Créditos —le dije, sacudiendo la cabeza con disgusto—. Contigo siempre se reduce a créditos, ¿no?

Apretó la mandíbula, sin mostrar remordimiento.

—Tengo derecho a esos créditos.

—No tienes derecho a nada —le dije—. La manutención solo debe pagarse si estabas separada y criabas al niño por tu cuenta —señalé con un dedo a mi padre—. Si ese tonto quiere malgastar en ti los créditos que no tiene, es su problema. Pero no permitiré que venda a Lelah al mejor postor para seguir alimentando tu codicia.

Sus ojos se desviaron hacia mi padre y sus labios se separaron en señal de asombro. Él agachó la cabeza, avergonzado. Ella no se había enterado de este último acontecimiento y, por un segundo, me atreví a albergar esperanzas. La expresión de mi madre se transformó lentamente en una expresión especulativa. Se lamió los labios al ver el potencial que esto ofrecía.

En ese momento, todos los sentimientos que me quedaban hacia mi madre murieron.

—Es nuestro derecho considerar opciones que garanticen a Lelah un futuro lo más cómodo posible —dijo mi madre, como si siempre hubiera estado de acuerdo.

—He terminado con esta conversación. Tienen hasta mañana al final del día para firmar. Si no lo hacen, los arrastraré a los tribunales —dije, mirándolos a cada uno por turno—. Tú, Ruthy, serás avergonzada en todo Xelix Prime una vez que exponga lo madre negligente y compañera infiel que eres. Veamos entonces cuántos de tus ricos “amigos” siguen gastando en ti.

Jadeó y se llevó la mano al pecho para contener el latido de su corazón.

—No puedes. Necesito esos créditos, Zhul.

—Te odio.

Sobresaltados, todos nos giramos para ver a Lelah de pie en la puerta. Su voz había sido un susurro lleno de un mundo de dolor.

—Créditos... eso es todo lo que soy para ti.

—Lelah, cariño... —dijo mi madre, poniendo una expresión compasiva en su rostro.

—No lo hagas —espetó Lelah—. He terminado contigo. Firmarás o solicitaré la emancipación. Con Zhul como mi cuidador, pasará.

El pánico llenó los ojos de mi madre mientras su boca se abría y cerraba sin sonido.

—Lelah... —dijo mi madre.

Ignorándola, Lelah se volvió hacia mi padre, con los ojos rebosantes de lágrimas.

—¿Cómo has podido pensar en venderme? Y por ella. ¡Por ella! —gritó, señalando a mi madre con el dedo—. Ni siquiera te quiere. No quiere a nadie más que a sí misma. Soy tu hija, no otra antigüedad que vender por su codicia. Al menos, creía que me querías.

El rostro de mi padre se arrugó de vergüenza, sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Te quiero, Lelah.

Pero ella ya no escuchaba. Salió corriendo con un sollozo desgarrador. Mi padre hizo ademán de ir tras ella, pero yo se lo impedí.

Señalé a cada uno de ellos con un dedo amenazador.

—Tienen hasta mañana por la noche. Encárgate de que esté firmado.

Salí furioso de la casa tras mi hermana pequeña.

Corrió hacia mi casa, aunque la alcancé a mitad de camino. Con quince años, pronto dieciséis, mi hermana pequeña era una joven inteligente y fuerte y mi mayor orgullo. Lelah necesitaba mi apoyo, no un discurso ni palabras vacías de ánimo. Le pasé el brazo por los hombros y ella se apoyó en mí, aún sollozando y sorbiéndose los mocos.

La gente frunciría el ceño ante esta muestra de afecto. Desde la Mancha, el contacto físico entre los Xelixianos era casi inexistente, excepto entre compañeros durante la intimidad. Al principio, era por miedo a que la enfermedad fuera transmisible. Después de que se demostrara que no era así, fue por repugnancia a los oscuros capilares que cubrían los cuerpos de los Manchados. Ahora se trataba simplemente de la etiqueta adecuada—una etiqueta que a Lhor y Amalia parecía importarles un bledo. Cada vez que los veía juntos en la Sala del Consejo, se mostraban algún tipo de afecto, ya fuera cogidos de la mano, un beso, un abrazo, una caricia... Era muy inapropiado y, sin embargo, envidiaba el amor genuino que había entre ellos.

Lelah se secó las lágrimas de la cara con el dorso de la mano, sus sollozos se habían calmado.

—¿Te sientes mejor? —pregunté, rompiendo por fin el silencio.

Asintió con la cabeza, aún lloriqueando.

—Siento haber dado tanto espectáculo.

—No seas tonta —le dije, besándole la cabeza—. Tienes toda la razón para estar enfadada.

—¿Crees que me habría vendido? —preguntó en voz baja.

Dudé, pensándolo sinceramente.

—A pesar de todos sus defectos, Papá te quiere de verdad. Puede que haya tenido ofertas, pero al final, no creo que hubiera sido capaz de hacerlo.

Levantó unos ojos esperanzados, del mismo verde bosque que los de nuestro padre. Lelah tenía la cara en forma de corazón y la nariz delicada de nuestra madre, pero por suerte los dos teníamos los labios carnosos y la barbilla hendida de nuestro padre. Le limpié los restos de humedad de las mejillas con el pulgar y le besé la frente. Ella sonrió y me dio un abrazo que le devolví encantado.

—Tenemos que preparar tu nueva habitación —le dije mientras reanudábamos la marcha hacia la casa—. Quiero que te mudes este fin de semana, en cuanto hayan firmado.

—¡Sí! —chilló, aplaudiendo.

Le dediqué una sonrisa indulgente.

—También tenemos que pensar en algo para esa pequeña amenaza tuya. Hablando de eso, ¿dónde está el pequeño demonio?

Eso la paró en seco.

—Pouki —susurró, mirando hacia la casa principal—. Bajé a buscarlo cuando te oí hablar. Hace días que no lo veo, aunque lo he buscado por todas partes. Su cuenco de comida sigue lleno desde hace tres días.

Fruncí el ceño. Cuando se trataba de comida, el neption de Lelah era un pozo sin fondo, como solían ser esas criaturas. Algo debía de haber ocurrido para mantenerlo alejado tanto tiempo. Aunque la fauna de Xelix Prime podía ser feroz, no había depredadores al alcance de la hacienda.

—¿Dónde lo buscaste?

—Por toda la casa principal, y por la tuya —dijo con expresión avergonzada.

Sonreí, no me importaba que entrara y saliera de mi casa a su antojo.

—También he mirado en el patio, en el jardín delantero, incluso he ido al huerto. Ni rastro.

Vale, eso era raro. Pouki nunca se alejaba mucho de la casa. Algo debió asustarle o atraerle, a no ser que se quedara atrapado en algún lugar intentando llegar a alguna fuente de comida.

—¿Qué tal si vamos a dar una vuelta y lo buscamos? —le pregunté.

—¿No te importa? —sus ojos brillaron con esperanzada anticipación.

—Me ofrecería siempre con gusto ante cualquier petición tuya —dije, golpeando la punta de su nariz con un dedo—. Vamos.

No había muchas cosas que me gustara hacer como pasatiempo. Sin embargo, montar a caballo, ya fuera en un cavas o en una aeromoto, siempre me hacía feliz. Me gustaba la velocidad y mis cavas eran monturas formidables. Zhenax, el semental, y Tharin, la yegua, solían competir en carreras y habían ganado bastantes.

Yo montaba a Zhenax y Lelah a Tharin. Faltaban un par de horas para el mediodía, así que pudimos recorrer bastante distancia antes de tener que volver a casa para comer. Tras llegar al

pequeño estanque del rincón occidental abandonado de la propiedad, hicimos una pausa para dejar beber a los cavas. Volvimos a montar y emprendimos el regreso hacia la casa cuando un movimiento repentino en el límite de mi visión captó mi atención. Al principio, no vi más que hierba alta. Momentos después, la hierba se abrió y Pouki asomó la cabeza.

—Ahí está —dije señalando a la criatura.

—¡Pouki! —una gran sonrisa se dibujó en su cara.

El neption ladró, pero en lugar de correr hacia Lelah como hacía normalmente, se dio la vuelta y salió corriendo.

—¡Oye! —Lelah espoleó a su cavas para que persiguiera a Pouki.

Por muy perezosas que fueran esas malditas criaturas, cuando decidían correr, lo hacían muy bien. Lo perseguimos a un trote relajado. Pouki huía, hacía una pausa, esperaba a que nos acercáramos y volvía a correr. La tercera vez que repitió este patrón, por fin caí en la cuenta de que nos estaba guiando a alguna parte. Aquello era extremadamente extraño y un comportamiento inusualmente inteligente para un neption, sobre todo para aquel. Frunciendo el ceño, comprobé nuestros alrededores con renovada vigilancia.

La persecución duró unos diez minutos. Para entonces, Lelah también se dio cuenta de que algo no iba bien. Llegamos a la cima de la pequeña colina que dominaba el huerto abandonado y la vieja casa del supervisor. Pouki volvió a ladrar y corrió hacia la casa. Iba a seguirlo sacudiendo la cabeza cuando me di cuenta de que los paneles solares de la casa estaban al descubierto. Los habíamos tapado cuando cerramos la casa para protegerlos del polvo, el polen y la suciedad.

—Espera —le dije a Lelah, sospechando.

Vimos a Pouki llegar a la casa y arañar la puerta. Se me cayó el estómago cuando, instantes después, un macho la abrió para dejar entrar al neption.

¿Quién coño es ese y qué hace en mis tierras?

—¿Quién es ese? —pregunto Lelah.

—No lo sé, pero voy a averiguarlo —dije, intentando mantener un tono ligero a pesar del miedo que florecía en la boca de mi estómago—. Vete a casa. No te entretengas. Cuando lo haya solucionado, te llevaré a Pouki.

—Pero...

—No discutas, Lelah —li tono era firme pero suave—. No sé quién es y no voy a ponerte en peligro. Probablemente no sea nada, pero más vale prevenir que curar.

—¿Y tú? —dijo, con los ojos llenos de preocupación.

—No preocupes a tu linda cabecita. Si las cosas se ponen difíciles, tengo un bláster. Vamos —le dije haciéndole un gesto con la cabeza para que se pusiera en marcha.

Se quedó boquiabierta cuando mencioné el bláster. Me encogí internamente. Aquello iba a preocuparla aún más.

Aunque no era raro que los Xelixianos anduvieran por ahí con una espada, un bláster, o

ambos, eran sobre todo los Manchados quienes lo hacían, ya que un gran porcentaje de ellos se alistó en el ejército. Una muerte gloriosa en la batalla era preferible a la lenta y dolorosa muerte por la Mancha tras toda una vida de duro trabajo. Sin una pareja que les diera oxitocina para detener el avance de la Mancha, la única opción que les quedaba era el esfuerzo físico frecuente para producir algunos restos de dopamina que ayudaran a ralentizar la enfermedad. Así, los que cumplían los requisitos de aptitud física se alistaban en el ejército, los demás realizaban trabajos manuales; cuanto más extenuantes, mejor.

Es cierto que bastantes civiles también iban armados, pero solían ser los que vivían en zonas donde los depredadores y los animales salvajes merodeaban a menudo. Nunca había sentido la necesidad de ir armado... hasta V.

Aunque estaba preocupada y quería interrogarme más, Lelah asintió y dio la vuelta a su montura antes de galopar de vuelta a casa. La observé hasta que fue un pequeño punto en el horizonte antes de dirigirme colina abajo hacia la casa.



CAPÍTULO 5

VALENA

Había pasado menos de una hora desde nuestro regreso a la Casa de Cortejo. Sheb estaba sentado conmigo en la sala de estar, pero esta vez lo último en lo que pensaba era en flirtear. Pasó por los canales de la pantalla de video, esperando noticias de la redada. De momento, nada.

No era de extrañar.

Había sesenta y ocho hembras en la Casa de Sangre Xelhen, solo un puñado de guardias, pero bastantes clientes. Dado que las dos incursiones anteriores se produjeron a media tarde, los clientes acudían cada vez más temprano, con la esperanza de esquivar la siguiente.

Qué equivocados estaban.

En ambos casos, el General Praghan no avisó a los medios hasta que se llevaron a las hembras a salvo, con los guardias y los clientes bajo su custodia y debidamente inmovilizados. Aun así, no pasaría mucho tiempo antes de que los medios se volvieran locos con la noticia.

La amenaza de Varrek exasperó a Sheb—algo comprensible. Al igual que su padre, Gruuk, Varrek no creía en el abuso de sus esclavas. Mientras se comportaran y obedecieran, no sufrirían ningún daño. Lo mismo se aplicaba a su personal. Pero cuando te castigaba, se aseguraba de que fuera tan memorable que nunca más pensaras en fallarle. Tampoco creía en los castigos genéricos. Por el contrario, los adaptaba específicamente a la víctima para obtener el máximo efecto. Lo que más valorabas o lo que más temías, eso era lo que él usaba.

Sheb estaba pasando de nuevo por los canales cuando sonó el detector de proximidad. Ningún animal salvaje al azar lo activaría—teníamos visita. Sheb maldijo antes de apresurarse hacia la puerta.

—Quédate dentro —ordenó antes de salir.

El corazón me latía con fuerza. O bien el General Praghan nos había encontrado de algún modo, o bien el neption había actuado por mí atrayendo a Zhul a la casa. Cualquiera de las dos opciones me valía, aunque sospechaba que sería la segunda. Me acerqué sigilosamente a la puerta y abrí ligeramente la ventana sombreada que había junto a ella para poder—con suerte—oír lo que ocurría fuera.

No se oía el aterrizaje de ninguna lanzadera.

El crujido de varios pies sobre el patio delantero cubierto de rocas me hizo creer al principio que había varios intrusos. Entonces llegó a mis oídos el relincho de un cavas.

Zhul.

Intenté contener mi excitación, esperando que esta vez fuera el hijo y no el padre.

—Dervhen —la voz apagada de Sheb gritó—: No deberíais estar aquí.

—Por supuesto que debería estar aquí, joder. ¿Quién sois y qué hacéis en mis tierras?

Aunque también amortiguada, la voz de Dervhen sonaba profunda, asertiva, con un borde duro. Me produjo escalofríos... de los agradables. Incluso sin verlo, sabía que era Zhul; la voz de su padre era más aguda.

—Si tenéis problemas con nuestra presencia, podéis hablarlo con V —Sheb sonaba arrogante, sin duda convencido de que soltar el nombre de V acobardaría a cualquiera.

—¿A quién te referís con *nuestra presencia*? Y aún no habéis respondido a mi pregunta de qué hacéis aquí.

—Yo no respondo ante vos. Como os dije, hablad con V.

Un golpe seguido de crujidos me indicó que Zhul había desmontado y se acercaba a Sheb.

—Deteneos ahora, Dervhen —dijo Sheb en advertencia.

—Esto es lo que va a pasar —dijo Zhul, su voz amenazante—. Vais a decirme quién más está aquí con vos y qué estáis haciendo, o sino os volaré la puta cabeza. Estáis invadiendo y según la Ley de Propiedad, puedo disparar a matar.

—¡Oye! Guardad ese bláster —la voz de Sheb estaba tensa por la preocupación—. V no es...

—Última oportunidad —interrumpió Zhul.

No dudaba de que Zhul lo decía en serio: mataría a Sheb. Aunque no podía importarme menos lo que le pasara a Sheb, sabía que habría graves repercusiones para Zhul. Cuando se trataba de venganza, Varrek era una bestia rabiosa. No solo castigaba, aplastaba. Sin pensarlo más, abrí la puerta y salí al porche.

—¡Valena! Vuelve dentro —el tono de Sheb era a la vez furioso y preocupado.

—Por favor, no le hagas daño, *Sehr* Dervhen —dije con voz suave, ignorando a Sheb—. Solo sigue órdenes.

—Una Verediana —susurró Zhul—. ¿Habéis traído a una Verediana a mis tierras?

Por alguna razón irracional, la ira en la voz de Zhul dolía. Era lógico que estuviera molesto por nuestra presencia. Sin embargo, el no querer una Verediana en sus tierras se sentía como un rechazo personal. El sonido inesperado de un bláster disparándose y un destello brillante me hicieron dar un grito ahogado.

—Alcanza vuestro bláster de nuevo —dijo la dura voz de Zhul—, y perderáis esa mano.

—Escuchad, Dervhen —Sheb dijo.

—¿Estáis herida, *Seha*? —preguntó Zhul, ignorando también a Sheb.

—N… no, *Sehr* —dije, con el corazón aún latiéndome por el susto—. Estoy bien. Sheb es mi

guardia.

—¿Hay otras ahí dentro contigo?

—No, *Sehr*. Solo yo.

Antes de que Zhul pudiera hacer otra pregunta, su comunicador se disparó.

—Levantad las manos y no te mováis, joder —dijo Zhul. Incluso ciega, sabía que dirigía esas palabras a Sheb.

—Sí —dijo Zhul. Hizo una pausa para escuchar a su interlocutor—. ¿Qué noticias hay? Ahora mismo no estoy en casa. ¿Qué ha pasado? —otra pausa—. ¿QUÉ?

Supe entonces que las noticias sobre la redada habían salido.

—¿Cuántas hembras fueron rescatadas? —otra pausa—. ¿Alguna prisionera? ¿Atraparon a V? —una pausa más larga—. De acuerdo. Primero tengo que ocuparme de algo aquí. Te veré en la Sala del Consejo.

La tensión en el aire era palpable después de que Zhul terminara la llamada.

—¿Os asaltaron, y la trajisteis aquí, a mis tierras? —Zhul preguntó, su ira apenas contenida —. ¿Os siguieron?

—No. Hemos estado aquí una hora. Todavía estábamos en el aire y en modo sigilo cuando comenzó la incursión —dijo Sheb—. Si nos hubieran dete...

El comunicador de Sheb sonó, interrumpiéndole.

—Tengo que contestar. Es V —dijo Sheb.

Por un momento, deseé que Zhul dijera que no. Sheb no se arriesgaría a la ira de Varrek por no responder. Las tensiones aumentarían y Zhul podría dispararle, liberándome de mi captor. Pero entonces, podría ser él quien saliera herido si Sheb intentaba devolver el fuego, y Varrek tomaría represalias.

—Ponedlo en altavoz —dijo Zhul—, y no intenteis nada estúpido.

Sheb obedeció.

—¿Por qué has tardado tanto? —la voz de Varrek dijo por el comunicador.

—Lo siento, V. Estáis en el altavoz —dijo Sheb, con un ligero temblor en la voz—. Zhul Dervhen está aquí desafiando nuestra presencia.

El tono de Varrek se suavizó.

—Consejero, una sorpresa inesperada.

—Una desagradable, sin duda. ¿Qué hace tu secuaz en mis tierras? ¿No te advertí que trataras directamente conmigo, no con mi padre?

—Tranquilo, Consejero. Tu padre no fue consultado. Necesitaba un lugar seguro para alejar a mi mascota de Praghan y este lugar se ajustaba perfectamente a nuestras necesidades. Solo lo utilicé. Fin de la historia.

Esperaba que Zhul le gritara a Varrek, que lo regañara, algo que indicara que no se dejaría intimidar. En lugar de eso, siguió un silencio sepulcral. ¿Tan fácilmente se acobardaba? Mi corazón se hundió, dándome cuenta de que tal vez no era un macho tan fuerte como yo había

supuesto por los pensamientos de su padre.

—Lo sabías —susurró Zhul al cabo de un rato—. La trajiste aquí porque te avisaron de la redada.

Varrek rio entre dientes.

—Guapo e inteligente. Estoy impresionado, Consejero.

—Me importa una mierda si estás impresionado —espetó Zhul—. Quiero a tu jornalero fuera de mis tierras, y si vuelvo a ver a otro, dispararé a matar.

Junté las manos frente a mí, luchando contra el impulso de chillar de placer. Zhul tenía espina dorsal. La preocupación ahora era si provocaría a Varrek a hacer algo radical, lo que no sería una buena idea.

—Nunca me has parecido alguien que se entregue a la violencia gratuita, Consejero.

—No es gratuito exterminar alimañas. Bastardos, merecen arder en las fosas más profundas de la Guarida de Gharah por lo que están haciendo a estas hembras.

—Eres Prime —gruñó Sheb—. No sabes lo que es estar Manchado.

—Silencio, Sheb —dijo Varrek—. Dervhen, sean cuales sean tus sentimientos sobre mis operaciones, ahora formas parte de ellas y te portarás bien con tus nuevos colegas.

—Y una mierda —gruñó Zhul—. No eres mi dueño.

—Oh, pero sí que lo soy.

El tono engañosamente dulce de Varrek presagiaba algo malo. Un escalofrío recorrió mi espina dorsal, preguntándome qué tendría en mente. El comunicador de Zhul se apagó.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó Varrek.

Probablemente envió una foto o un video de la hermana pequeña de Zhul o de alguien—o algo—que le importaba profundamente.

—Ahora, basta de tu rabieta. Valena se quedará allí hasta que se puedan hacer nuevos arreglos. Nos acomodarás sin alboroto.

—Y yo te digo que tengo mi bláster apuntando a este pedazo de mierda que llamas Sheb. Si no se ha ido en los próximos minutos, le volaré la puta cabeza. También quiero que esa nave militar que sin duda tienes camuflada en mi propiedad se vaya inmediatamente. ¿Cómo de estúpidos son para traer algo así a las tierras del principal sospechoso de Praghan?

—Dervhen... —dijo Varrek, su tono era amenazador.

—No me llames por mi nombre —interrumpió Zhul, imperturbable—. *Seha* Valena puede quedarse conmigo, pero si vuelvo a ver a ese cabrón o a cualquier otro de tus empleados en mi propiedad, se mueren.

El silencio que se instaló entre nosotros fue casi físico. Espeso y ominoso, incluso los insectos y la fauna salvaje parecían contener la respiración junto con nosotros.

Varrek, por favor, acepta.

Esto sería incluso mejor de lo que había planeado. Esperaba que una vez que supiera de mi presencia, Zhul vendría a verme de vez en cuando. En cada visita, lentamente plantaría una

compulsión, aprovechando su posición de Consejero para liberar a las otras y a mí misma. Pero con acceso permanente a él, el riesgo de que la compulsión se debilitara entre las visitas desaparecería. Podría lograr mi objetivo aún más rápido.

Me moría de ganas de intervenir, pero un exceso de impaciencia podría hacerme perder el control.

Después de una eternidad, Varrek soltó una risita.

—Creo que me agradas, Dervhen. ¿Valena?

—¿Sí, Amo?

Zhul resopló con disgusto. Me sentí a la vez avergonzada por mostrarme tan servil en su presencia y eufórica de que pareciera encontrar realmente repulsiva la esclavitud. En la época en que el General Khel Praghan era Concejero de su propio distrito, los medios de comunicación se empeñaron en hacer sensacionalismo de la enemistad entre él y Zhul Dervhen. Como Khel era mi héroe, siempre me preocupó que Zhul pudiera ser un villano. Plantar una compulsión para rescatarnos sería mucho más difícil si él favoreciera la esclavitud.

—Parece que te has conseguido un nuevo guardia.

Sheb jadeó. No necesitaba ver su cara para saber que estaba furioso. Su billete para una posible cura se le escapaba de las manos, pero sabía que no debía discutir. Tuve que controlar mi expresión para no revelar lo mucho que me emocionaba la noticia.

—Sí, Amo.

—No olvides lo que te he dicho. Se le aplican las mismas reglas que a tus antiguos guardias.

Y una mierda.

—Por supuesto, Amo.

—Buena chica —dijo Varrek en ese tono condescendiente que tanto odiaba. Su voz se llenó de burla cuando volvió a dirigirse a Zhul—. No te hagas ilusiones de jugar al héroe, Dervhen. No querrás descubrir lo creativo que puedo llegar a ser lastimando a la adorable pequeña Lelah.

Se me retorció el estómago. Varrek era el macho más perturbado que había conocido. No parecía sentir un placer especial infligiendo torturas o castigos. Sin embargo, cuando lo hacía, era un trabajo minucioso y metódico. En cuanto a la creatividad, se me revolvió el estomágo al recordar algunas de sus “obras maestras”.

—Ahórrate tus amenazas, V. Estás malgastando tu aliento y mi tiempo —Zhul sonaba aburrido.

Quería besarle.

—*Seha* Valena, por favor, recuperad vuestras pertenencias para que podamos abandonar este lugar.

—Espera —dijo Varrek—. Ella debe quedarse en esta casa.

—Y una mierda. La casa y el huerto fueron abandonados por una razón. Esta porción de tierra todavía está demasiado Manchada y no es apta para ser habitada. Se quedará en mi casa.

Hubo otro rato de silencio. Me puse en pie y volví a pedirle a Varrek que aceptara. Creía que

la única razón por la que se lo había planteado era porque la última incursión le había puesto en un serio aprieto. Las Casas de Sangre ya habían estado operando con una tripulación mínima. Perder un par de manos extra solo para cuidarme era más de lo que podía permitirse en ese momento.

Después de un tiempo, el comunicador de Zhul sonó de nuevo.

—La traerás a estas coordenadas mañana a las 9:00 de la mañana. Recibirás nuevos conjuntos de coordenadas cada mañana a partir de entonces.

—¿Quieres que la lleve a algún lugar para que abusen de ella? —gruñó Zhul.

—Está bien, *Sehr* Dervhen —dije, dando un paso hacia él. No era el momento de que su justo enfado desbaratara lo que había resultado ser más que perfecto—. No abusan de mí. Nadie me toca ni bebe de mí. No pasa nada.

—Bien. Ahora saca a esa alimaña de mis tierras —le dijo Zhul a Varrek.

—No, no, no. Estás hiriendo sus sentimientos —se burló Varrek—. Ya le has oído, Sheb. Vuelve a nuestro punto de encuentro.

—Sí, V —la voz de Sheb era amarga y llena de rabia apenas contenida.

Reprimí una sonrisa. Al girarme para entrar en la casa y recoger mis escasas pertenencias, recordé los guantes que me encadenaban.

—¡Amo! —le dije—. ¿Qué pasará con mis guantes?

Hubo otra breve pausa y, por un momento, pensé que ya había terminado la comunicación. Entonces oí su suave risita.

—Estás jugando a un juego peligroso. Recuerda: si me traicionas, todas sufrirán graves consecuencias.

Tragué saliva.

—Sí, Amo.

—Desbloquea los guantes, Sheb. Y mascota, asegúrate de que los llevas puestos cuando te recojamos por la mañana.

—Gracias, Amo.

Sentí que los guantes se desbloqueaban y me los quité rápidamente, aplastando el ardiente deseo de gritar de alegría. Su consentimiento no era que se estuviera ablandando conmigo. Sospechaba que no quería darle a Zhul demasiadas explicaciones sobre lo que mis manos podían hacer. Como me había advertido de sobra que no me metiera con la mente de Zhul—o eso creía —no pensaba que yo lo traicionara. Pero aunque lo hiciera, el Consejero no sabía nada de los asuntos de Varrek. Por eso mi amo no estaba preocupado por mi posible desobediencia.

—Ahora, largaos de mi propiedad —dijo Zhul.

—Con mucho gusto —gruñó Sheb—. No tenéis ni idea de dónde os habéis metido. Estaré en primera fila riéndome cuando la mierda llueva sobre vuestra cabeza.

Lo que hubiera dado por ver la expresión de la cara de Sheb. Sin decir nada más, descapotó el transbordador y subió a bordo. Zhul se acercó a mí, llevando sus cavas tras él mientras la

lanzadera despegaba.

—No me temáis, *Seha* —dijo Zhul mientras acortaba la distancia entre nosotros—. Nunca os haré daño de ninguna manera.

—De acuerdo —dije, intentando parecer intimidada mientras luchaba contra la dolorosa necesidad de tocarle. Lo que había visto a través de los pensamientos de su padre me hacía desear más. Teniéndolo al alcance de la mano, con las manos libres de esos miserables guantes, el deseo era casi un tormento físico.

—Mi nombre es Zhul Dervhen, pero por favor llamadme Zhul —su voz profunda era suave y se deslizaba sobre mí como la cálida caricia de una brisa de pleno verano.

—Hola. Mi nombre es Valena Rounis. Es un placer conoceros, Zhul —me gustó el sabor de su nombre en mi lengua—. Por favor, llámame Valena y no dudes en tutearme. No soy muy formal.

—Muy bien, Valena. En cuanto hayas recogido tus pertenencias, te llevaré a un lugar mucho más adecuado para alojarte.

—De acuerdo —dije, juntando las manos delante de mí para evitar que vagaran.

Volví a entrar y preparé la única bolsa que contenía todo lo que poseía: dos vestidos de esclava adicionales, dos camisones, mi capa con capucha, unas cuantas mudas de ropa interior, un cepillo para el pelo, artículos de aseo de higiene básica y un par de zapatillas. Eso es todo. Bueno, a menos que añadas el alijo restante de hierba keeleh que Chem me dio para el neption. Me avergonzaba y deprimía a la vez darme cuenta de que, después de casi veintidós años de existencia, esto era todo lo que poseía.

La voz excitada de la reportera Nikha Drubhen me llegó desde la sala de estar. Zhul estaba poniéndose al día sobre los acontecimientos de la redada mientras yo recogía mis cosas. Me apresuré a volver, ansiosa por saber si todas las hembras habían sido rescatadas sanas y salvas. Era una bendición de la Diosa que hubiera ocurrido ahora. Muchas más hembras habrían sido trasladadas al burdel en los días siguientes, a medida que su resistencia a mi compulsión se hiciera demasiado fuerte.

—Las sesenta y ocho hembras cautivas en este horrible antro de desesperación han sido rescatadas por el General Praghan y una unidad del Departamento de Policía del Distrito Capital, bajo la dirección del Detective Behn Gravhin —dijo Nikha a través de la pantalla de video.

Zhul se giró al ver que me acercaba. Lo que daría por ver la expresión de su cara ahora mismo, en lugar de esta silueta borrosa.

—¿Estás lista, Valena? —preguntó suavemente.

Diosa, cómo me gusta la forma en que dice mi nombre.

—Sí, Zhul.

Apagó la pantalla de video y se acercó a mí.

—¿Eso es todo lo que tienes?

Se me calentó la cara.

—Sí.

—Ok. Déjame llevarlo por ti.

Le entregué la bolsa. En lugar de llevarnos fuera, se quedó de pie delante de mí en silencio. Podía sentir su mirada fija en mí.

—¿Pasa algo? —pregunté, sintiéndome cohibida.

—¿No deseas utilizar tu ayuda óptica?

—Oh, hmmm. Bueno, no tengo —dije, colocándome el pelo detrás de la oreja.

—¿Por qué no?

Me puse rígida ante la brusquedad de su tono.

Suspiró.

—Perdóname. No pretendía asustarte. Es solo que, en los tiempos que corren, no hay razón para que andes por ahí completamente o casi ciega.

—No pasa nada. Y, no estoy segura de por qué mi Amo no me dio, una. Es... complicado.

—Por favor, no le llames así —dijo, su voz endureciéndose de nuevo—. Al menos no cuando él no está cerca.

—Lo siento —dije, sin sentirlo ni un poco. Cuanto más protector se sentía conmigo, más probable era que me ayudara.

—No lo sientas —su tono se suavizó de nuevo—. Te conseguiré una ayuda óptica hoy mismo.

¡Oh, Diosa!

El corazón me latía con fuerza. Volvería a ver. Es cierto que no vería todo el espectro de colores, pero ¿a quién le importaba eso? Vería su rostro de verdad, no distorsionado por los recuerdos de otro. ¡Y el cielo, y la hierba! Habiendo crecido confinada en un complejo de cría en una luna estéril, nunca había visto la naturaleza más que a través de una pantalla de video. Cuando fui lo bastante mayor—y útil—para salir del recinto, Gruuk ya me había quitado la vista quemándome las retinas.

—Eso es muy generoso. Gracias —esta vez, la emoción en mi voz era genuina.

—No es nada —dijo, con una sonrisa en la voz—. Vamos, salgamos de aquí. Haré que alguien lo cierre bien más tarde.

Asentí mientras me guiaba hacia la entrada, con sus fuertes dedos rodeando suavemente la parte superior de mi brazo. Era difícil leerle con este tipo de conexión. Solo me llegaban débiles ecos de sus pensamientos, principalmente preocupación por su familia y protección hacia mí. Aunque me sentía un poco culpable por haberle metido aún más en este lío, me invadió un sentimiento de calidez al ver que alguien expresaba su preocupación desinteresada por mí. Hacía demasiado tiempo que alguien no se preocupaba de verdad por mí.

—Pouki, pequeña rata, ven aquí. Nos vamos a casa —gritó Zhul.

El neption aulló y salió corriendo de la casa.

—Así que ese es su nombre —dije.

—Sí —dijo Zhul, sonando divertido—. Esa mascota es una amenaza. No entiendo por qué mi hermana la quiere tanto.

Me encogí de hombros.

—Me encantan los neptions. Son adorables.

Zhul se rio y sacudió la cabeza.

—Debe ser cosa de hembras entonces.

Sonreí.

—Me temo que tendrás que montar mi cavas conmigo —dijo Zhul, con voz compungida—. Pero no temas, Zhenax no te hará daño.

La bestia era enorme. Zhul me hizo ponerme frente a ella mientras le acariciaba un lado del cuello.

—Zhenax —le dijo al cavas—, esta es Valena. Es una amiga de la familia. Forma parte de nuestra manada.

Zhenax me olfateó durante unos segundos para familiarizarse con mi olor y luego frotó el lateral de su hocico contra mi mejilla, indicando que me aceptaba.

El corazón se me apretó en el pecho, pero aplasté la emoción tan rápido como floreció. Ansiaba volver a pertenecer a una familia, pero esta situación distaba mucho de serlo. Por mucho que me avergonzara admitirlo, estaba utilizando a Zhul para lograr mis objetivos. Con suerte, ni él ni sus seres queridos sufrirían ningún daño. Sin embargo, si fuera necesario, lo sacrificaría para salvar a las cautivas y a mí misma.

Zhenax se arrodilló ante mí y Zhul me ayudó a subir a la espalda de la criatura. Su mano se sintió cálida contra mi vestido de algodón. Zhenax se puso en pie y Zhul me entregó mi bolsa antes de subir detrás de mí.

Se me cortó la respiración. Nunca había estado tan cerca físicamente de un macho. Su fuerte pecho me oprimía la espalda y un brazo nervudo me rodeaba la cintura mientras el otro cogía las riendas del cavas. Era como estar envuelta en un cálido capullo del que no quería salir nunca. Como era de esperar en los Primes, Zhul llevaba una camisa sin mangas. Incapaz de resistir más la tentación, puse mi mano sobre su antebrazo desnudo. Zhul me miró, pero no desafió mi acción.

Apoyada contra el poderoso macho que ahora era mi guardián, dejé que sus pensamientos fluyeran dentro de mí.



CAPÍTULO 6

ZHUL

¡P*or los dientes de Gharah, es preciosa!*

Su piel cobriza brillaba como la miel bajo el sol. El pelo rizado y castaño rojizo le llegaba hasta los muslos y enmarcaba una preciosa cara de duendecillo con labios carnosos, nariz respingona y unos llamativos ojos grandes de color aguamarina. Ni siquiera el velo lechoso que cubría sus ojos—supuse que por retina quemada o glaucoma—ocultaba nada del asombroso color natural de sus ojos. El marcado contraste con su piel oscura era impresionante. Y esas marcas a lo largo de sus brazos y piernas... que la Diosa se apiade. Quería lamerlas una a una.

Cuando Valena entró por primera vez en aquel porche, creí que el corazón se me iba a parar. Al principio, creí que era el shock de encontrar una Verediana justo en mi patio trasero. Pero había sido más que eso. Sentí casi como un reconocimiento, una conexión de la que me había visto privado desde la muerte de Rhal, quince años atrás.

Eso no tenía sentido.

Amalia era la primera Verediana que cualquiera de nosotros había visto. Era impresionante. Aunque nunca lo admitiría públicamente, como la mayoría de los varones Xelixianos, estaba un poco encaprichado con la exótica alienígena. Era extraño considerando que no era mi tipo de personalidad. Además de traviesa, tenía una vena rebelde que la llevaba a desafiar las normas y las tradiciones. A mí me gustaban las hembras más reservadas y formales. Sin embargo, sus constantes muestras de afecto hacia sus compañeros, a pesar de ir totalmente en contra de nuestras costumbres, hacían que todos los machos—incluido yo—suspiraran de envidia. ¿Cómo sería ser amado tan incondicionalmente por una hembra así?

Sin embargo, Amalia no había despertado la posesividad instantánea de la impresionante hembra que tenía entre mis brazos. Aunque mis instintos protectores habían surgido al oír las penurias que Amalia había soportado, no habían sido ni de lejos tan feroces como lo que sentía ahora mismo por Valena. Cuando ese pedazo de mierda me exigió que se la llevara todas las mañanas, la idea de que otros machos bebieran de ella—o algo peor—casi me puso al borde del abismo. Si Valena no me hubiera confirmado que ninguno de ellos la había tocado nunca, no estoy seguro de que Sheb hubiera vivido para ver un día más, sin importar las consecuencias.

Valena jadeó y me apretó la mano con la que la rodeaba por la cintura. Entonces me di cuenta de que mi brazo se tensaba dolorosamente alrededor de ella, como si desafiara a cualquiera a tomar lo que era mío.

Diosa, ¿qué me pasa?

—Perdóname —dije, relajando mi agarre inmediatamente—. Estaba distraído.

—No pasa nada —me dijo con esa voz suya tan sexy y jadeante.

Su mano acarició suavemente el dorso de la mía. Era suave y cálida. Me gustó que la mantuviera encima de la mía, a pesar de lo inapropiado.

¿No me acababa de quejar de la vena rebelde de Amalia?

Esto era diferente. Nadie más aquí podía ver a Valena tocándome. Y maldita sea, me gustaba. Aunque había algo raro, un extraño cosquilleo donde su mano tocaba la mía.

Hablando de eso...

—¿Por qué tenías esos guantes antes?

Con el avanzado mecanismo de cierre que tenían, servían para algo importante. ¿Por qué aceptaría V liberarla de ellos?

—Cree que le protegerá a él y a sus guardias de mí —se rio entre dientes.

Maldita sea, me encanta su voz.

Me preguntaba cómo sonaría susurrando mi nombre durante los preliminares o gritándolo en plena pasión.

—¿Protegerlos de ti? Esto sí que necesito oírlo.

Volvió a reírse, su hermosa risa gutural me inundó como los cálidos rayos de sol de media mañana.

—Bueno, después de que los asesinos Guldanos atacaran a Amalia y a sus compañeras en su Ceremonia de Confirmación, V se convenció de que yo tenía garras, como ella. Temía que algún día les cortara el cuello o les sacara los ojos. Como no son un arma que pueda descargar, se aseguran de que no pueda desenvainarlas.

Recordaba bien aquel día. Todos en Xelix Prime lo recordaban. Un enjambre de Guldanos había descendido sobre Amalia y sus compañeros, justo en medio de la multitud de curiosos y periodistas. Durante la batalla, Amalia cogió la espada de un aliado en apuros y la usó con maestría contra uno de los Guldanos. Acabó con él cortándole el cuello con sus garras. Había sido muy sexy. Durante las semanas siguientes, fue la comidilla de la ciudad.

—¿Estás diciendo que no tienes garras?

Valena negó con la cabeza. Su suave pelo me acarició la cara. Aspiré discretamente su delicado aroma floral. El calor se me acumuló en el estómago.

—No, no las tengo. No es un rasgo Verediano. En el complejo de cría, había muy pocas Veredianas que heredaran garras de sus padres. Es un rasgo Korletheano.

—Ya veo.

Eso fue desafortunado. La idea de que Valena me rastrillara la espalda con sus garras, lo

bastante fuerte como para producirme una agradable quemadura sin romper la piel, hizo que la sangre se me agolpara en la ingle.

Joder.

Me obligué a pensar en cosas que no fueran sexy para suavizar la rigidez que sentía entre las piernas. No podría ocultárselo en cuanto mi excitación fuera total. Lo último que Valena necesitaba ahora era que pensara que yo era una especie de pervertido, sobre todo teniendo en cuenta las horribles condiciones de su esclavitud. Su mano se tensó ligeramente y por un momento temí que hubiera percibido mi incomodidad, pero su postura relajada me tranquilizó.

De repente me di cuenta de que Lelah me esperaba en casa, preocupada por mí. Otra complicación.... Cuando le dije a V que Valena se quedaría conmigo, me olvidé por completo de que Lelah se mudaría conmigo en los próximos días. No podía venir a casa hasta que arreglara las cosas con Valena. Cuanta menos gente supiera que una Verediana esclavizada vivía en mi propiedad, mejor.

—Disculpa, pero debo hablar con mi hermana.

—Por supuesto.

La rapidez con la que Lelah respondió a mi llamada aumentó mi culpa por haber tardado tanto en tranquilizarla.

—Zhul, ¿estás bien? —la voz de Lelah estaba llena de preocupación.

—Sí, cariño. Estoy de camino a casa.

—¡Oh, bien! Me estaba asustando. ¿Quién era?

—En realidad, es un poco complicado. El intruso necesita refugio urgentemente y por eso se quedará en mi casa un tiempo hasta que se puedan hacer arreglos permanentes más seguros.

—¡Oh, vaya! ¿Está herido? ¿Debo llamar al médico?

—No, Lelah, gracias —elegí mis siguientes palabras con cuidado, sabiendo lo mucho que la disgustarían—. Sin embargo, la vida de esa persona corre peligro y, por razones de seguridad, debe permanecer en el anonimato. ¿Entiendes lo que eso significa?

—¿No podré quedarme contigo?

El sonido lastimero de su voz casi me rompe el corazón.

—Es solo temporal, cariño. Sabes lo mucho que te quiero conmigo, ¿verdad?

—Sí, Zhul. Lo comprendo.

—Bueno, el retraso te daría tiempo para conseguir algunas cosas extra para tu habitación —dije, con la esperanza de levantarle el ánimo—. ¿Por qué no te pides algo bonito de Dantor? Tengo una cuenta con la mayoría de los comerciantes Dantorianos. Ponlo ahí.

En lugar de la reacción alegre que esperaba, siguió un silencio incómodo.

—No soy Madre, Zhul —dijo Lelah—. No necesitas comprarme cosas para hacerme feliz.

Ouch.

Eso me dejó sin aliento. Se me revolvió el estómago al darme cuenta de que me había comportado como mi padre al intentar comprar su afecto y felicidad.

—Cariño —exhalé—, lo siento. No pretendía...

—Lo sé, Zhul. Está bien —dijo Lelah en tono conciliador—. Cuídate, ¿vale? Te quiero.

—Yo también te quiero, cariño —se me apretó el corazón—. Dejaré a Pouki en la casa principal en breve.

—Vale. Hasta luego.

Valena giró la cabeza hacia un lado, como para mirarme por encima del hombro.

—Siento las molestias —dijo, sonando arrepentida.

—No hace falta que te disculpes. Todo esto es obra de V. Ya encontraremos la forma de que tú y las demás hembras estén a salvo.

Sonrió y me apretó la mano en respuesta. Ninguna hembra debería ser tan hermosa y sentirse tan bien entre mis brazos. Obligué a Zhenax a trotar más rápido, dándome cuenta de que inconscientemente había puesto un ritmo más lento para disfrutar, un rato más, de la increíble sensación del cuerpo de Valena contra el mío.

Durante el resto del camino, le hice un rápido repaso de la distribución de la hacienda. Mientras cabalgaba, recibí otro mensaje exigiendo mi presencia inmediata en el Ayuntamiento para ocuparme de la redada. En cuanto llegamos a casa, le di a Valena una rápida vuelta por la casa. Una vez hecho esto, la conduje a la habitación de invitados que sería suya y me dispuse a marcharme.

—No voy a encerrarte en casa —le dije a Valena al salir—. La vida de mi hermana está en juego, así que, por favor, no intentes escapar.

—No te preocupes, no lo haré. Demasiadas vidas correrían peligro si lo hiciera.

Con la ceguera y cualquier amenaza que V tuviera sobre ella, confiaba en que no intentaría huir de todos modos.

—Te prometo que discutiremos una forma de salir de este lío cuando regrese. En mi ausencia, si te sientes amenazada en cualquier momento, todos los dormitorios de esta casa son habitaciones seguras. Te he añadido a los usuarios autorizados de la casa. Solo tienes que encerrarte en cualquier dormitorio y decir “cierre de seguridad” y todo acceso a esa habitación será sellado. Además de ti, solo yo podré anular esa orden. Así que no te muevas hasta que vuelva a por ti, ¿vale?

—Sí, Zhul —dijo ella con una sonrisa de agradecimiento.

—Muy bien, debo irme.

Luchando contra el impulso irracional de inclinarme hacia ella y darle un beso de despedida, me di la vuelta y dejé a Pouki junto a la casa principal antes de dirigirme a la Sala del Consejo.

~

No recordaba la última vez que había sentido tanta emoción por volver a casa. No era solo por el alivio de salir de cuatro intensas horas de debate sobre cómo manejar mejor la

situación. Además, había oído suficientes elogios sobre el heroico rescate de las hembras por parte del oh-soy-tan-perfecto General Praghan como para que me dieran ganas de vomitar.

Cuando entré en la casa, Valena estaba junto a la puerta, esperándome. La voz de una reportera procedente de la sala de estar me dijo que había estado escuchando las noticias cuando me oyó llegar.

—Bienvenido a casa, Zhul —dijo con su voz ronca y una suave sonrisa en los labios.

El saludo me produjo un extraño calor en el pecho.

Podría acostumbrarme a esto.

—¿Cómo sabías que era yo?

—Se lo pregunté al sistema de seguridad —dijo con naturalidad.

Eh, claro.

Me sentí como un idiota, agradecido de que no pudiera ver el calor que se extendía por mis mejillas.

—Sí, claro. Espero que no hayas tenido ningún problema durante mi ausencia —dije, caminando hacia la sala de estar con Valena a mi lado.

—Ninguno en absoluto. Tienes una casa increíble —dijo con nostalgia—. Te envidio.

El extraño calor en mi pecho se extendió aún más.

—Me alegro de que te guste. Ahora mismo también es tu casa, así que disfrútala.

Sonrió y bajó los ojos. Me aclaré la garganta, sintiéndome un poco cohibido.

—Yo... he conseguido algunas cosas en la ciudad para ti.

—¿Ah, sí? —dijo, con la cara animada por el interés.

—Bueno, prometí conseguirte una ayuda visual —dije, dejando las dos bolsas de la compra que había traído a casa—. ¿Quieres probártelo?

El recuerdo de la expresión que se dibujó en su hermoso rostro me acompañaría siempre.

Valena se llevó la mano al pecho, como para evitar que se le saliera el corazón. Sus labios, ligeramente separados por la sorpresa, se estiraron en una sonrisa temblorosa mientras sus ojos se empañaban.

—S… sí. Sí, p… por favor —dijo con la voz entrecortada por las lágrimas de alegría.

Su reacción me conmovió profundamente. ¿Cómo se sentiría hacerla tan feliz todos los días? Enterré la idea. Hacía años que me había prometido a mí mismo no caer nunca en la trampa de la seducción de una hembra. Me perturbaba que aquella completa desconocida despertara emociones que habían permanecido dormidas hasta ahora. Sin embargo, no pude evitar el ardiente deseo de protegerla y cuidarla.

—Por favor, siéntate —le dije, ayudándola a sentarse en el sofá—. Una vez activado, puede que te maree al principio.

Valena temblaba ligeramente, abrumada por las emociones. Sentada al borde del sofá, me miró de frente mientras yo me sentaba a su lado. Respiraba agitada por la emoción. En ese instante, me recordó por qué a veces dar puede ser incluso más gratificante que recibir.

—No te asustes por la luz —le dije, poniendo delante de su cara un escáner de retina con forma de bolígrafo—. Estoy escaneando tus ojos para poder ajustar la configuración a tus necesidades específicas.

—De acuerdo —dijo, asintiendo nerviosa.

Luchó visiblemente contra el impulso de parpadear cuando una luz brillante se agitó ante sus ojos.

Introduje la punta del escáner en los puertos de la ayuda visual y lo calibré para ella.

—Allá vamos —dije, enganchando cada mitad del dispositivo en sus orejas.

Los microdiscos de succión de la cara interior de cada dispositivo garantizaban que se mantuvieran en su sitio. Unas luces que parpadeaban rápidamente indicaban que se estaba estableciendo la conexión entre las dos mitades. Cuando se sincronizaran y sintonizaran con sus ondas cerebrales, le permitirían ver su entorno casi tan claramente como si lo viera con sus propios ojos. Las luces se apagaron y Valena dio un grito ahogado, cubriéndose los ojos con ambas manos como si estuviera cegada por demasiada luz.

—¿Estás bien? —pregunté, tratando de contener mi preocupación.

Asintió, apartó las manos de la cara y me tendió una. Le cogí la mano y ella apretó la mía, como si quisiera tranquilizarse. Sus ojos parpadearon rápidamente mientras se adaptaba al dispositivo. La necesidad irracional de que mi cara fuera lo primero que viera me abrumó. Como si hubiera oído mi deseo tácito, Valena levantó la cara hacia la mía. Su parpadeo se ralentizó hasta que por fin pudo enfocar.

Contuve la respiración mientras ella me miraba en silencio. Una lágrima solitaria resbaló por su mejilla mientras levantaba las manos temblorosas hacia mi cara. Sus ojos siguieron el movimiento de sus dedos, que trazaron con delicadeza cada línea de mis rasgos. Me entregué a su exploración, humilde por formar parte de esta experiencia.

—Te veo —susurró Valena con una sonrisa temblorosa—. Te veo —repitió, tomándome la cara entre las manos y rozándome suavemente los labios con los pulgares. Se le escapó un sollozo ahogado mientras me rodeaba con los brazos y me estrechaba en un fuerte abrazo—. ¡Te veo, Zhul! Te veo.

Mis brazos se cerraron a su alrededor mientras ella daba rienda suelta a sus lágrimas de felicidad.

Cuando Valena recuperó la compostura, tardó un rato en acostumbrarse a caminar con su nueva vista y a interactuar con los objetos. Le decepcionó no poder salir inmediatamente a disfrutar de la belleza de la naturaleza. No podíamos arriesgarnos a que sufriera una sobrecarga sensorial.

Su extrema gratitud por las pocas mudas de ropa que le compré, incluidos un par de camisones y zapatillas, me hizo lamentar no haber comprado más. Los harapos de algodón barato que le servían de vestido de esclava le resultaban increíblemente irritantes y le picaban la piel. Además, ¿quién querría dormir con eso? Le dije que hiciera una lista de todo lo que necesitara y

que yo se lo compraría. Aunque dijo que sí, tuve la clara impresión de que no lo haría. Era extraño; su aparente falta de avaricia debería haberme complacido, pero yo quería derrochar con ella y darle todo aquello de lo que se había visto privada.

Preparé la cena. Cocinar era uno de mis placeres culpables. Pero solo disfrutaba haciéndolo para otros, lo que normalmente significaba para Lelah. Cocinar para Valena lo convertía en una experiencia totalmente nueva. Aunque V siempre se aseguraba de que sus cautivas comieran lo suficiente, la calidad y la variedad eran muy escasas. Su dieta de toda la vida giraba en torno a una docena de platos que la cocinera de V repetía semana tras semana. Estaba deseando llevarla a este viaje de descubrimiento culinario. Su gemido de placer cuando probó las pechugas de khelfis asadas en salsa ryspak picante fue el mejor cumplido que podría haberme hecho.

Y eso es solo el principio, querida.

De ligeras bromas, nuestra conversación fue adquiriendo un tono más serio a medida que nos acercábamos al final de la comida. Valena me hizo un rápido resumen de su día a día en las Casas de Sangre. Estaba claro que me ocultaba ciertas cosas, sobre todo en relación con su propio papel allí. Reiteró que nadie bebía de ella y que su propósito era ayudar a las otras hembras a alcanzar el clímax para que produjeran oxitocina sin que los machos las tocaran sexualmente. A pesar de mi curiosidad, dejé pasar el asunto ante su evidente reticencia a entrar en detalles, aunque mi imaginación se disparó. Estaba claro que había sido una experiencia traumática para ella y no quería contribuir a su malestar. Con el tiempo, esperaba que confiara en mí lo suficiente como para abrirse.

Quería mutilar y matar a alguien en represalia por el horror que estas pobres hembras habían soportado durante años. A pesar de mi antipatía por Khel Praghan, no podía evitar mostrarle un respeto a regañadientes por las doscientas y pico hembras que había liberado aquí, en Xelix Prime, y las más de mil Fortalezas Guldanas que había asaltado con éxito fuera del planeta.

—Tenemos que comunicarle a Praghan la ubicación de la Casa de Sangre del Distrito Capital —dije, agitando el vino en mi copa.

—V se aseguró de que yo no conociera las ubicaciones, ya que viajo de una Casa de Sangre a otra. Si me rescataban, podría haberlas revelado todas, aunque eso ya no importa, puesto que solo queda una Casa de Sangre —dijo Valena—. Por eso no me permitió el uso de ayudas visuales, y por eso tendré que quitármelas cada mañana cuando me dejes.

Aunque me enfadó, tenía sentido. V demostró una vez más ser un adversario cuidadoso y minucioso.

—Si te doy un rastreador, podríamos señalar la ubicación exacta de la Casa de Sangre la próxima vez que vayas allí.

Frunciendo el ceño, Valena negó con la cabeza.

—Ya había pensado en eso, así que seguro que V también lo ha hecho. No me cabe duda de que me hará escanear cada mañana antes de que me lleven en la nave.

Claro que eso habría sido demasiado fácil.

—Cualquier cosa que traigas contigo levantará sospechas, aunque intentáramos idear un rastreador orgánico —reflexioné en voz alta.

—Exacto —Valena se mordió el labio un momento, reflexionando—. El caso es que ya tengo un rastreador que V puso dentro de mí. Si pudiéramos utilizarlo, V no se daría cuenta.

—Pero manipularlo te hará daño.

—Sí, si intentamos desactivarlo o quitarlo.

Se golpeó el labio inferior con la punta del dedo mientras pensaba. El movimiento movió mis pensamientos en una dirección que no debía.

—Pero yo paso por escáneres todo el tiempo, sobre todo relacionados con el tráfico, y nunca me molestan.

—Entonces eso podría ser una opción —dije, deseando que mis conocimientos técnicos fueran más avanzados. Lo que daría ahora mismo por tener acceso a los recursos militares de Praghan—. Dame unos días para investigarlo. Te prometo que encontraremos una solución.

—Lo sé —dijo con una sonrisa radiante—. Gracias, Zhul.

Daba miedo la forma en que una simple sonrisa o el sonido de su voz me afectaban tan profundamente.

Le devolví la sonrisa.

—De nada.

Se levantó para recoger los platos y me sorprendió levantándose también para ayudarme.

—No hace falta que lo hagas —le dije—. Yo me encargo.

—Por favor, déjame ayudar.

Valena se acercó a mí y me cogió la mano, dándome un suave apretón. A pesar de lo inapropiado según las normas Xelixianas, me encantaba que siempre pareciera querer tocarme.

—Me has dado más en este día que en los últimos doce años. Nunca podría hacer lo suficiente para recompensarte.

Ese agradable calor se extendió de nuevo por mi pecho.

—Solo te he dado una pizca de lo que, para empezar, nunca debieron quitarte —dije, apretándole la mano—. Cuando esto acabe, nadie volverá a quitarte nada contra tu voluntad. Me aseguraré de ello.

Sin soltarme la mano, se inclinó hacia mí y me dio un suave beso en la mejilla antes de darse la vuelta para recoger los platos.

Diosa, ayúdame.



CAPÍTULO 7

LHOR

Esta reunión de la Sala del Consejo me agotó. Era la tercera vez que nos ocupábamos de las consecuencias de una incursión exitosa en una Casa de Sangre—aunque solo la segunda como Consejero. Aun así, devolver la vida a estas hembras fue estimulante. Me hubiera gustado participar en la redada, como en la primera. Pero como Consejero, no me correspondía.

El gorjeo de la risa de Zharina me saludó al entrar en la casa. Mi corazón se llenó de amor por mi pequeña princesa. Más de un año después de la fulgurante entrada de Amalia en nuestras vidas, aún no podía creer todas las bendiciones que la Diosa nos había concedido a Khel y a mí. Por el alboroto que me llegaba desde el segundo piso, era seguro que la pequeña Zhara estaba jugando con su papi Khel. Aunque yo era su padre biológico, se adoraban mutuamente, mientras que su propio hijo biológico, Vahleryon, parecía tener el vínculo más fuerte conmigo.

Al subir las escaleras de la habitación infantil, encontré a Khel tumbado de espaldas sobre la alfombra roja oscura. Sostenía a Zhara en el aire mientras ella agitaba los brazos, simulando ser un pájaro. Amalia estaba sentada en un sofá, con una sonrisa indulgente en los labios mientras los miraba. Acurrucado en su regazo, Vahleryon miraba por la ventana el huerto de ryspak.

Mi pobre hijo...

Se me oprimió el pecho al mirar a Vahl. Algo le pasaba, pero no sabíamos qué. De salud, todo estaba perfecto, pero su mente parecía atormentada. La mayor parte del tiempo estaba sentado en silencio, mirando a lo lejos, como si esperara que pasara algo. Otras veces, se acurrucaba en un rincón, con su preciosa carita contraída como si estuviera preso de una pena que le estrujaba el alma. El Dr. Minh solo podía concluir que Vahl sufría depresión. ¿Sentía que era el único macho Verediano vivo del universo conocido—la anomalía que constituía la esperanza de toda una especie para un nuevo comienzo?

—¡Papá! —Zhara chilló al verme. No podía pronunciar bien la *p*, pero se distinguía lo suficiente de cuando decía Mamá.

Khel la dejó en el suelo y ella caminó hacia mí medio a trompicones, medio arrastrándose. La cogí en brazos. Zhara me rodeó el cuello con sus bracitos y me abrazó con fuerza mientras me llenaba la cara de besos. Me desconcertaba de dónde sacaban los bebés aquella fuerza insana.

Sonreí a Khel, que me saludó con una oleada de emociones afectuosas. Cada vez que recordaba cómo, durante la mayor parte de nuestras vidas, había mantenido en secreto nuestro vínculo psíquico y le había impedido sentir mis propias emociones, me daban ganas de darme una patada.

Mientras Zhara balbuceaba palabras incomprensibles en mis oídos, probablemente hablándome de su día, me dirigí hacia Amalia. Vahl se sobresaltó con mi llegada. Por alguna razón, mi presencia parecía calmarlo cuando estaba muy deprimido. Zhara se puso sobria cuando llegamos a su gemelo. La senté en el sofá junto a su madre mientras me inclinaba para besar a Amalia.

Zhara agarró la mano de Vahl. Él la miró y sus labios se estiraron en lo que yo consideraba su sonrisa de "estoy bien". Aunque Khel y yo habíamos engendrado cada uno a uno de los gemelos, su vínculo fraternal era fuerte. Vahl volvió hacia mí sus ojos púrpura oscuro, idénticos a los de su padre. Brillaban con una sabiduría muy superior a sus escasos cinco meses de edad. Soltó la mano de su hermana y levantó los brazos.

Lo cogí en brazos e inmediatamente apoyó la cara contra mi corazón, con sus manitas apretando mi camisa. Me dolía el corazón. Me invadieron olas de tristeza.

Khel.

Se estaba tomando muy mal la depresión de nuestro hijo. Como protector autoproclamado de esta familia, Khel sentía que le había fallado a Vahl y al resto de nosotros al no encontrar una solución. Pero en este caso, estaba tan indefenso como todos los demás. Levantándose del suelo, donde seguía sentado, Khel se puso a mi lado y acarició la cabeza de Vahl. Su carita se levantó para mirar a su padre y sonrió. Aparte de cuando estaba atormentado por cualquier pena que lo atormentara, esta era la mayor emoción que Vahl había expresado nunca—y siempre derretía nuestros corazones.

—No te preocupes, Khel —le dije—. Sea lo que sea lo que le atormenta, Vahl te quiere y sabe que todos le queremos.

Como para confirmar mis palabras, Vahl extendió su manita hacia la cara de Khel y le acarició suavemente la mejilla. Khel se inclinó hacia esta antes de girar la cara y llevarse la manita a la boca, fingiendo masticarla, lo que hizo que la discreta sonrisa de Vahl se ensanchara ligeramente.

—Lo llevaremos a ver al doctor Volghan dentro de un par de semanas —dijo Amalia, uniéndose a nosotros con Zhara en brazos.

Khel besó suavemente la cabeza de Vahl antes de rodear la cintura de Amalia con el brazo.

—Vas a llevar a los dos, ¿verdad? —preguntó Khel.

—No, en realidad, solo a Vahl —dijo Amalia—. Minh dice que Zhara está excepcionalmente bien y no siente la necesidad de verla hasta el mes que viene.

Khel suspiró.

—De acuerdo.

Con la esperanza de aligerar el ambiente, cambié de tema.

—En otro orden de cosas, me empezaban a sangrar los oídos en la Sala del Consejo con la cantidad de veces que decían “el formidable General Praghan” y hablaban de su “heroico rescate” de las hembras.

Khel soltó una risita, incapaz de ocultar su orgullo.

—Bueno, mi compañero *es* heroico —dijo Amalia—. ¿No es cierto, Zha? ¿No es Papi un héroe?

—¡Papi! —chilló Zhara, mirando a Khel con una gran sonrisa.

Todos nos reímos.

—Y Papi tiene algo de trabajo que debería estar haciendo ahora mismo —la voz atronadora de Ghan dijo detrás de nosotros.

—¡Han! —gritó Zhara, retorciéndose en los brazos de Amalia para que la dejara bajar.

Después de Khel, Ghan tenía que ser su segunda persona favorita en el mundo. Amalia y yo teníamos nuestro lugar en algún lugar de su afecto, pero no le envidiaba el cariño que le profesaba a mi Gem y reciente nuevo amigo. Una vez más se acercó a trompicones a Ghan. La expresión de suavidad en su rostro bruto no dejaba de sorprenderme. Ghan era un behemoth: alto, grueso, ancho y todo músculos. Llevaba la palabra “intimidante” a una nueva dimensión. Incluso un año después, seguía sin acostumbrarme a la ausencia de la terrible cicatriz que una vez le cruzó la cara, gracias a las habilidades psíquicas curativas de Maheva, la gran madre de Amalia.

Ghan levantó a Zhara con una mano. Parecía enclenque en sus brazos. Se agarró a su cuello sin miedo y le llenó la cara de besos, como había hecho conmigo.

—¿Y qué trabajo debería estar haciendo? —preguntó Khel, con la mano acariciando distraídamente la cadera de Amalia.

—Maheva ha terminado de curar al guardia de la Casa de Sangre —dijo Ghan—. Es hora de que tengamos una conversación con él sobre el sentido de la vida.

Zhara volvió a retorcerse para que la bajaran y Ghan la puso en pie. En lugar de arrastrarse, empezó a desabrochar metódicamente los cierres de las botas militares de Ghan.

—Excelente —dijo Khel, con un brillo depredador en los ojos—. Espero por la Diosa que tenga información sobre la última Casa de Sangre, de lo contrario no sé cómo vamos a encontrarla.

Por fin habíamos conseguido capturar vivo a uno de los guardias durante una incursión de la Casa de Sangre. En todos los demás casos, los guardias se habían quitado la vida antes que enfrentarse al durísimo castigo reservado a los condenados por delitos sexuales. Había intentado suicidarse como los demás pero, gracias a la oportuna intervención de los guerreros de Khel, solo había conseguido herirse de gravedad. Lo habían trasladado sin demora a la hacienda, con la esperanza de llegar a tiempo para que Maheva utilizara su habilidad para curarlo.

Habían tardado casi seis meses en encontrar esta Casa de Sangre después de la de Xelhin.

Durante incontables semanas, el equipo de Khel analizó los patrones de vuelo y el tráfico sobre cada centímetro del Distrito de Xelhen, donde la última Casa de Sangre fue asaltada esta mañana. Investigaron cualquier edificio remoto o aislado que pareciera tener un tráfico medio-alto. Era como buscar un grano de sal en un tazón de azúcar. Pero el lento y minucioso proceso había acabado dando sus frutos. Sin embargo, la última Casa de Sangre se encontraba en algún lugar del Distrito Capital, el centro económico y político de Xelix Prime. Este método no funcionaría en una zona tan densamente poblada y transitada.

—¿Es cierto que perdiste a Valena por minutos? —preguntó Amalia.

—Sí —dijo Khel, suspirando pesadamente—. Según las cautivas, V no empezó a tenerla en un piso franco hasta hace un par de días. Si hubiéramos aparecido diez minutos más tarde, ella habría estado en el sitio. Por lo que sabemos, estaban volando cuando comenzamos el ataque.

—Él sabía que un ataque era inminente —dijo Ghan, sacudiendo la cabeza a Zhara que había pasado a su segunda bota—. Eso me dice que tenemos un soplón.

—¿Pero quién? —pregunté—. El Consejo se mantuvo en la oscuridad, que, por supuesto, eso no les agradó.

—Seguro que Zhul Dervhen se quejó mucho del secretismo —se mofó Khel.

Negué con la cabeza.

—En absoluto, en realidad. Zhul, Beck Zirthen y Rhev Jormhon fueron los que más apoyaron tus acciones.

Khel me miró con una ceja dudosa. Sonreí y tomé asiento en el sofá, acomodando a Vahl más cómodamente en mi regazo.

—Es cierto. De hecho, no te va a gustar lo que voy a decir, pero cuanto más indago en esto, menos creo que Dervhen esté vinculado de algún modo a las Casas de Sangre.

—¿Qué? —Khel y Amalia dijeron al mismo tiempo.

—He vigilado de cerca sus finanzas el año pasado. No ha sufrido absolutamente ninguna pérdida de ingresos tras el cierre de las dos primeras Casas de Sangre —dije. Me volví para mirar a Amalia y continué—: Cuando entró en vigor nuestra reforma de la ley de Salarios Mínimos, esperaba que sufriera graves pérdidas, ya que pagaba muy mal a su personal. De nuevo, no hubo cambios a pesar de que ahora cumplía la nueva norma.

—Luego está tu prueba de que está operando con una cuenta que desconocemos —dijo Khel.

—Eso es lo que pensé al principio también —dije—, pero luego indagué más y resulta que estábamos equivocados todo el tiempo sobre Zhul.

—¿Cómo así? —preguntó Amalia, inclinándose hacia Khel, que la abrazó con más fuerza.

—Zhul nunca pagó mal a su personal. De hecho, ha estado pagando salarios bastante cercanos a los que pagamos a nuestros propios empleados de la hacienda.

—Eso es imposible. Cuando aún era Consejero, recogí personalmente declaraciones de los Manchados que trabajaban para él confirmando los míseros salarios que recibían —argumentó Khel.

—Sí —asentí—. Recibían salarios de esclavos, pero eso no es lo que pagaba Zhul. Al parecer, su padre malversó la mitad de ese dinero para pagar el extravagante estilo de vida de su compañera. Después de que Zhul recibiera una advertencia formal de disconformidad, la impugnó mostrando sus registros contables. Más tarde, envió una carta de disculpa alegando algún error administrativo que coincidió con la retirada total de su padre del negocio familiar.

—Eso sigue sin demostrar su inocencia —dijo Khel entre dientes apretados.

—Me temo que en esto tengo que coincidir con Lhor, Khel —dijo Ghan, frunciendo el ceño hacia Zhara, que ahora intentaba atar las botas la una con la otra—. Lo intentamos con todas nuestras fuerzas, pero no conseguimos relacionar a Zhul de ninguna manera a las Casas de Sangre. No digo que debamos descartarlo, pero tal vez sea hora de empezar a buscar en otra parte.

Khel hizo una mueca como si acabara de morder algo asqueroso. Nunca había entendido la razón de la profunda aversión que se tenían. Eso es definitivamente algo que tendría que investigar.

—Bueno, vamos a hablar con ese guardia. Quizá él tenga las respuestas que buscamos.

Khel besó a Amalia y se dirigió a las escaleras.

—Realmente eres la molesta encarnación de tus padres, ¿lo sabías? —dijo Ghan, mirando a Zhara, que seguía afanada intentando encontrar la forma de atar las botas.

Ella le miró, con una sonrisa de oreja a oreja en su adorable cara.

—¡Han! —dijo.

—No me llames “Han”, pequeña neption. Ser cuchi no te salvará —murmuró Ghan.

Todos nos reímos mientras Amalia agarraba a Zhara, que se acurrucó contra ella. Zhara había heredado su vena traviesa de Amalia y mía y nunca perdía la oportunidad de causar problemas. Cuando Amalia me decía lo bonitos que eran mis hoyuelos, yo nunca lo entendía... hasta Zhara. Fuera cual fuera el truco de esa pequeñita, solo tenía que enseñar esos hoyuelos para derretirte en el acto.

Ghan se arregló las botas y, asintiendo con la cabeza, siguió a Khel.

≈

Hoy, por primera vez, temía ir a la Sala del Consejo. Después de la decepcionante noticia de ayer de que el guardia no tenía ninguna revelación sustancial que ayudara en la búsqueda de la última Casa de Sangre, venir hoy aquí a luchar por los derechos y libertades de mi compañera y de mi hijo no era algo que me hiciera mucha ilusión.

—Lhor —gritó Bhek cuando me acerqué a la Sala del Consejo.

Bhek Zirthen era el segundo Consejero del Distrito de Xelhen, con Zhul Dervhen como Director. Bhek y el padre de Khel eran mejores amigos. Era como un tío para mí, pero una figura paterna para Khel. Dio muchos consejos paternales a Khel en los meses que siguieron a mi

apareamiento con Amalia, para ayudarle a luchar contra sus celos y abrazarme como su Geminado. Junto con Rhev Jormhon—único Concejero del distrito de Xelhon—Bhek fue mi mayor aliado en la Cámara. Hoy, sin duda, necesitaría el apoyo de ambos.

—Bhek —dije, poniendo la mano sobre el corazón e inclinando ligeramente la cabeza en el saludo formal Xelixiano.

—¿Cómo estás, hijo?

—Nervioso, como podrás suponer.

Bhek frunció el ceño.

—Sí, no va a ser fácil. No hace falta que te lo diga, pero no apeles a su compasión en vista del heroico rescate de Khel. Deja que otro lance ese argumento. Tú limítate a los aspectos legales.

Asentí.

—No pienso jugar la carta emocional. Tal y como están las cosas, puede que simplemente me descarten por ser parcial, ya que se trata de mi compañera y mi hijo.

—Jormhon apoyará tu causa —dijo Bhek—. Todo su distrito considera sagrada a la familia y no permitiría que convirtieran a los tuyos en ratas de laboratorio. Sin embargo, es probable que los cinco Concejeroes del Distrito Capital voten en tu contra. Los Manchados son mucho más visibles en la ciudad. Su gran presencia afecta al turismo y devalúa los vecindarios.

Jadeé incrédulo ante su comentario.

—Impactante, ¿verdad? —Bhek negó con la cabeza, con una expresión de disgusto en el rostro—. Recuerda que el Consejo está formado únicamente por Primes. No entienden realmente los problemas de los Manchados. Obviamente no citarán esto como motivo de su apoyo a la moción contra tu compañera, pero que sepas que la codicia les mueve.

Sintiéndome observado, me di la vuelta y mis ojos conectaron con la mirada plateada de Zhul Dervhen. Su rostro era ilegible mientras se dirigía a la Sala del Consejo. Al pasar junto a nosotros, nos dedicó a Bhek y a mí una cortés inclinación de cabeza antes de entrar en la sala.

—Odio decir esto, hijo, pero tienes que ponerlo de tu parte en este asunto —dijo Bhek, señalando a Zhul con la barbilla—. Sé que tú y Khel tienen sus diferencias con él, pero sigue teniendo mucha influencia en la Cámara y es carismático.

—No me cae mal —dije con toda sinceridad—, pero no confío en él.

Estaba casi seguro de que él no tenía nada que ver con las Casas de Sangre. Sin embargo, seguía sospechando de su implicación en el “accidente” que mató a los padres y al hermano de Khel hace año y medio. Zhul también tendía a ser despiadado y sentía una feroz aversión por Khel que encendía mi lealtad hacia mi Gem. A pesar de todo, Zhul siempre me había mostrado una actitud educada, casi amistosa.

Sonó la campanilla que indicaba que la sesión comenzaría en cualquier momento. Tomé asiento en la sala en forma de anfiteatro y dejé que mis ojos recorrieran a los otros veinte Consejeros. Había cinco por distrito, excepto el de Xelhon, que tenía a Rhev Jormhon como

único Consejero. Su voz contaba por cinco. Como Casa Principal del Distrito Xelhan, casi podía garantizar que los otros cuatro Consejeros de mi distrito me darían su voto. Entre ellos, los votos de Bhek y Rhev, tendríamos once votos, incluido el mío. Aún nos faltarían dos votos para obligar al menos a enmendarla o revisarla. Pero aunque ganáramos trece o doce, no sería suficiente para hacerla desaparecer. El margen tendría que ser mayor.

El Presidente Frebhin, sentado en el centro del hemiciclo semicircular, se puso en pie.

—Consejeros —dijo Frebhin—, esta sesión pública es para discutir una moción presentada por el Consejero Juhn Wromhen, del Distrito Capital —Frebhin miró al público sentado en el balcón que daba a la Cámara—. Recordaré al público y a los medios de comunicación que asistan a esta sesión que cualquier interferencia supondrá su expulsión inmediata de la Cámara.

Mis ojos recorrieron la multitud. Hoy estaba abarrotada, ya que este tema interesaba mucho a la población en general. Nuestro pueblo amaba a Amalia, pero no sabría decir hasta qué punto su afecto por ella prevalecería sobre sus intereses personales.

—Consejero Wromhen, tenéis la palabra —dijo Frebhin antes de reclamar su asiento.

Wromhen se levantó, inflando el pecho, tratando de darse la presencia que le faltaba. Era un macho razonablemente atractivo, de ojos negros como el carbón y pelo castaño oscuro, pero su cara redonda simulaba a la de un bebé y su débil barbilla era ilustrativa de su carácter igualmente débil. La familia Wromhen regentaba varios establecimientos turísticos en el Distrito Capital, concretamente la cadena de hoteles Wromhen y unos cuantos restaurantes y locales de ocio de lujo.

—Consejeros, es un tema difícil el que les presento, pero que ha pesado en la mente de todos nosotros y que debemos asumir como un deber para con nuestro pueblo —miró alrededor de la sala antes de coger el datapad que tenía sobre la mesa—. Esta moción —dijo agitando el datapad —, no pretende castigar a nadie, sino que busca salvar la vida de millones de nuestros sufridos varones y el futuro de nuestra raza.

Querrás decir salvar tu imperio financiero, buitre.

Wromhen podría ahogar a un pez con sus discursos inútilmente ampulosos antes de ir al grano.

—La familia Praghan es muy querida por nuestro pueblo. Ayer mismo, aclamamos al General por su heroico rescate de las sesenta y ocho hembras cautivas en la Casa de Sangre del distrito de Xelhen.

Asentimientos, murmullos de aprobación e incluso aplausos tanto del Consejo como del público saludaron su comentario.

—Sin embargo, no podemos permitir que los sentimientos y nuestro afecto por esta admirable familia nublen nuestro juicio a la hora de evaluar la moción que hoy se les presenta.

El Presidente Frebhin se levantó de su silla, interrumpiéndole.

—Consejero Wromhen, por favor, id al grano y exponed el contenido de la moción.

¡Gracias!

Algunos Consejeros ocultaron sus sonrisas burlonas detrás de las manos o de repentinos ataques de tos. Wromhen apretó los labios, pero asintió a Frebhin.

—La moción consta de tres partes. Para la primera parte, Amalia Praghan tiene la capacidad demostrada de curar la Mancha, y de dar a luz a una hija Prime engendrada por un macho Manchado en las fases finales de la enfermedad. Ambos eventos han sido imposibles para nuestro pueblo desde el inicio de la Mancha hace siglos. Por lo tanto, es en el mejor interés de nuestra nación y el futuro de nuestro pueblo que Amalia Praghan y su hija, Zharina Kirnhan, sean puestas al cuidado del Centro de Ciencias Avanzadas del Distrito Capital para ser estudiadas y así poder idear una cura para toda la población.

Y una mierda que lo harás.

Me hervía la sangre mientras el público cuchicheaba y murmuraba. Los demás Consejeros me lanzaban miradas furtivas, tratando de calibrar mi reacción. Menos mal que me había hecho cargo de las funciones de Consejero de Khel. Si hubiera estado aquí ahora, Wromhen probablemente sería un montón de sangre en el suelo.

—Para la segunda parte, Lhor Kirnhan y Khel Praghan estuvieron ambos en la etapa final de la Mancha. No solo se han recuperado, sino que ahora ambos están clasificados como Primes, ya que la enfermedad ha sido completamente erradicada de sus sistemas. Además, se ha demostrado que la oxitocina de su pareja ha mejorado sus atributos naturales, incluyendo la potencia y toxicidad de sus venenos. Estudiarlos más a fondo no solo ayudaría a identificar la causa de su curación milagrosa, sino que por cuestiones de seguridad nacional, sería aconsejable mantenerlos en observación, ya que no sabemos qué otras mutaciones puede causar su pareja en ellos o los riesgos para nuestro pueblo. Por lo tanto, recomendamos que el Consejero Kirnhan y el General Praghan también sean puestos al cuidado del Centro de Ciencias Avanzadas del Distrito Capital para ser estudiados.

Que me jodan.

No lo había visto venir aunque debería haber sido obvio. Esta vez, el murmullo se hizo más fuerte, con varias caras ceñudas. Me preocupaba que fueran más reacios a que Khel y yo nos convirtiéramos en ratas de laboratorio que Amalia y nuestra hija.

—Para la tercera y última parte, descubrir la existencia de una Verediana superviviente conmocionó no solo a nuestra nación, sino a todo el Cuadrante Oeste. Amalia Praghan no es solo un tesoro nacional, sino un tesoro mundial, y más aún su hijo, Vahleryon Praghan, el primer macho Verediano vivo en más de ciento cincuenta años. Muchas naciones, miembros del Consejo Galáctico, solicitan que Amalia Praghan y sus hijos, que muestran rasgos Veredianos significativos, sean remitidos a un grupo científico intergaláctico de genetistas para ayudar a repoblar esta especie casi extinta. Con esta moción, solicitamos en su lugar que Vahleryion Praghan también sea puesto al cuidado del Centro de Ciencias Avanzadas del Distrito Capital, donde se podrán llevar a cabo dichas investigaciones genéticas.

Wromhen evitó cuidadosamente mirarme mientras volvía a sentarse.

Cobarde.

La sala estalló en gritos y discusiones. Aproveché la oportunidad para centrarme y calmarme antes de dirigirme al Consejo. El Presidente Frebhin dejó que la charla continuara unos segundos más y luego llamó a todos al orden. Cuando la sala se calmó, empecé a levantarme de la silla, pero Zhul Dervhen se me adelantó.

—Solicito la primera palabra —dijo Zhul, mirando fijamente al Presidente.

Los ojos de Frebhin se abrieron de par en par ante la inesperada petición; era práctica común que la parte directamente afectada por una moción tuviera la primera palabra. Lanzó una mirada preocupada en mi dirección antes de asentir a la petición de Zhul, ya que el protocolo establecía que el primero en llegar era el primero en ser atendido.

—Tenéis la palabra, Consejero Dervhen.

—Gracias, Presidente Frebhin.

Mi corazón martilleaba contra mis costillas, aunque intenté mantener una expresión neutra. La presencia de Zhul era innegable y sabía cómo mantener cautiva a su audiencia. Podía hacer mucho daño como primer orador, sobre todo porque algunos de los puntos de Wromhen tenían mérito.

—Compañeros Consejeros, queridos miembros del público y de los medios de comunicación, el Concejero Wromhen expone argumentos convincentes para poner a toda una familia en manos de nuestro más prestigioso centro científico con la esperanza de curar la enfermedad que casi ha puesto de rodillas a nuestra nación.

Al ver muchas cabezas asintiendo y susurros de aprobación, se me cayó el corazón. Esta sería una batalla aún más cuesta arriba.

—Para resumir el elocuente discurso del Consejero Wormhen, la pregunta que se nos plantea es ¿deberíamos quitar todos los derechos y libertades a los miembros de una de las familias más honradas de Xelix Prime y convertirlos en ratas de laboratorio en beneficio de nuestra nación?

Me quedé boquiabierto cuando se hizo el silencio en la sala. Todos intercambiaron miradas desconcertadas, pues no esperaban que su discurso tomara ese cariz. Los ojos de Zhul se cruzaron con los míos durante un segundo y, por un extraño instante, sentí que me invadía la calma. Era extraño, ya que solo había experimentado esto antes a través de mi vínculo Geminado con Khel.

No, no calma... seguridad, protección.

—Amalia Praghan llegó a Xelix Prime buscando asilo de la vida de opresión a la que había sido sometida desde su nacimiento. Desde entonces, se ha apareado con dos machos fuertemente Manchados cuando ninguna otra hembra quería tenerlos. Esto inició un movimiento que nunca antes había ocurrido. Los machos Manchados que asisten a la Ceremonia de Unión tienen ahora una verdadera esperanza de ser elegidos.

Los aplausos resonaron desde el balcón. Los Manchados adoraban a Amalia, no solo por lo que Zhul acababa de declarar, sino por la amabilidad que les mostraba y por defender su causa.

—En efecto, Amalia ha curado a sus compañeros, algo completamente inaudito. Desde entonces, se ha sometido voluntariamente a sí misma y a sus hijos a pruebas regulares por parte del muy respetado Dr. Minh Volghan. Esperan encontrar una cura para toda la población. El Dr. Volghan ha compartido generosamente estas pruebas con la comunidad científica. El Consejero Kirnhan y el General Praghan también se han sometido a las pruebas, por lo que el Consejero Wromhen conoce su estado mejorado.

En la sala se oyeron más asentimientos y susurros de aprobación. La expresión de asombro de Wromhen reflejaba lo que yo sentía por dentro, pero también estaba cargada de ira. Sin palabras, vi a Zhul hipnotizar a su audiencia. Con las manos extendidas sobre la mesa, se apoyaba en las puntas de los dedos mientras establecía contacto visual con cada uno de los Consejeros.

—Como Perla en Xelix Prime, Amalia Praghan podía conformarse con una vida de comodidades, sin tener que mover un dedo mientras era cuidada por sus compañeros, como es su deber. En lugar de eso, se dedicó a luchar por la causa de los Manchados y por el Derecho de Familia. Hace poco, consiguió que se aprobaran dos de sus mociones: la aplicación de la Ley del Salario Mínimo y la Mejora de las Condiciones Laborales y Sanitarias de los Manchados.

Gritos y aplausos resonaron desde el balcón mientras mi corazón se hinchaba de orgullo. Zhul estaba exponiendo todos los argumentos que yo había preparado. Pero presentados por un tercero desinteresado, tenían aún más fuerza.

—Así que les pregunto, mis colegas Consejeros y Ciudadanos de Xelix Prime. ¿Es así como damos la bienvenida a alguien que vino a nosotros en busca de socorro? ¿Es así como recompensamos a alguien que ya ha hecho tanto por nuestro pueblo sin ninguna obligación de hacerlo? ¿Qué nos proporcionará encarcelar a esta familia que ellos no estén ya dando libremente? ¿No somos Xelixianos? No abusamos de las hembras ni de los niños, y menos aún experimentamos con ellos.

El balcón rugió mientras la mayoría de los Consejeros golpeaban la mesa con los nudillos en apoyo de la declaración de Zhul. Mis ojos se cruzaron con los de Rhev Jormhon, que tenía una expresión de desconcierto en el rostro. Golpeaba la mesa con el mayor entusiasmo.

—Todos saben que no siento especial afecto por el General Praghan —dijo Zhul cuando la sala se calmó, provocando algunas risitas entre todos—. Pero a pesar de todo, es el mejor General que jamás haya dirigido nuestro ejército. Sin él, estas Casas de Sangre seguirían en pleno funcionamiento. Sin él, la última continuará para siempre mientras experimentamos con él.

Eso me dejó sin aliento. Fue como ver a Zhul por primera vez. No conocía a este macho y no podía entender esta repentina defensa feroz de mi familia. ¿Qué estaba pasando?

—Último punto —dijo Zhul entre los vítores—, Vahleryon Praghan es realmente un milagro, el futuro de toda una raza que nosotros, los Xelixianos, tenemos el honor de albergar y criar. Sus padres son ciudadanos Xelixianos y él también. Es nuestro deber proteger a este niño y tratarlo como un tesoro nacional, no entregarlo al Consejo Galáctico como un experimento de

laboratorio. Por estas razones, miembros del Consejo y Ciudadanos de Xelix Prime, solicito que esta moción sea desestimada inmediatamente.

—Secundo esta petición —dijo rápidamente Bhek Zirthen.

—Igualmente —dijo Rhev Jormhon.

Los acuerdos estallaron en la sala y se me hizo un nudo en la garganta de alivio y gratitud. No entendía qué había provocado este cambio de situación, pero lo acogí con entusiasmo. Sin ningún oponente dispuesto a presentar más contraargumentos, se procedió a la votación. Al final, el resultado fue de dieciocho contra siete, más que suficiente para que se desestimara la moción. La reacción del público fue variada, pero desde donde yo estaba sentado, parecía mayoritariamente satisfecho con el resultado.

El resto de la sesión se dedicó a otros temas de interés general. Yo solo escuchaba a medias, todavía demasiado abrumado por lo que acababa de ocurrir. Cuando por fin terminó, me apresuré hacia la salida, ansioso por hablar con Zhul.

—Consejero Dervhen —grité mientras salíamos de la Cámara.

Se detuvo y se volvió para mirarme, con expresión indescifrable.

—Un momento, por favor —dije, señalando un rincón más discreto de la sala principal.

Zhul asintió y me siguió en silencio. Aquello era, como mínimo, incómodo.

—Quería daros las gracias por vuestra intervención de hoy —le dije, mientras nos alejábamos de oídos indiscretos, pero desgraciadamente no de ojos curiosos.

—No hace falta que me deis las gracias, Rhal. Fue lo correcto.

—¿Rhal? —pregunté, confuso.

Zhul frunció el ceño, una mirada preocupada cruzó su rostro antes de recuperar la compostura.

—Lo siento, quise decir, Consejero Kirnhan.

—Estoy de acuerdo en que era lo correcto. Aun así, fue inesperado.

Zhul sonrió satisfecho.

—¿Queréis decir inesperado viniendo de mí?

Le sostuve la mirada, inquebrantable.

—Sí, para ser sincero. Esperaba que aprovecharais esta oportunidad para asestar un duro golpe a mi familia.

Una expresión que podría haber pasado por tristeza parpadeó en sus ojos tan rápidamente que me pregunté si me la había imaginado.

—Consejero, aunque tengo muchos defectos y puedo ser un poco imbécil cuando me apetece, soy y seguiré siendo Xelixiano. No maltrato a las hembras ni a los niños, ni apruebo nada que los ponga en tal situación.

El mensaje entre líneas era obvio. Me quedé mirándolo un momento y luego asentí con una leve sonrisa.

—No, ya no creo que lo hagáis.

Parpadeó y luego resopló, sacudiendo la cabeza.

—Las cosas rara vez son lo que parecen, Consejero. No soy el monstruo que vos creéis.

Asintió con la cabeza, se dio la vuelta y se marchó. Me quedé de pie, perplejo, mirando cómo se alejaba.



CAPÍTULO 8

VALENA

Si no fuera por los viajes a la Casa de Sangre, los últimos dos días serían los más felices de mi vida. Zhul no era nada de lo que esperaba o temía. Era tan gentil, respetuoso y atento conmigo. Siempre que estaba cerca de mí, me hacía sentir como si nada en el mundo le importara más que yo. Y su mente... su hermosa mente era un tesoro por explorar.

La culpa me carcomía por husmear en sus pensamientos, invadiendo su parte más privada. Pero yo era adicta a eso. Intenté tener la conciencia tranquila diciendo que era por instinto de conservación.

Era mentira.

Incontables veces en los últimos días, consideré contarle a Zhul sobre mi habilidad, pero cada vez mi lengua se convertía en plomo. Retrasar lo inevitable era una mala idea y solo haría que se sintiera aún más traicionado. Se lo diría cuando llegara el momento preciso. Por ahora, quería disfrutar de todo lo que tenía que ver con él y asegurarme de que podía confiar plenamente en él.

Había algo raro en su mente, aunque no podía precisarlo. Sentía que una parte de él estaba vacía, como si le faltara algo. Sin embargo, a veces, especialmente cuando estaba feliz, algo que no podía explicar se encendía dentro de él. Era casi como si... No, eso no era posible.

Me encogí de hombros.

Todas las mañanas, Zhul me llevaba a los distintos puntos de encuentro para entregarme a la guardia de ese día. Me quitaba la ayuda visual antes de bajar de la lanzadera de Zhul. Era desorientador y deprimente, pero me daba algo más que esperar cada noche. Es decir, además de la tentadora presencia de Zhul. Podía sentir su ira apenas reprimida cada vez que me dejaba. Eso me hizo sentir aceptada. En los vuelos de ida y vuelta a la Casa de Sangre, aún tenía que soportar los repugnantes intentos de cortejo de mi guardia asignado. Sin embargo, me encontré a mí misma jugando al juego, imaginando que era Zhul en su lugar, haciendo que todo el asunto fuera más agradable.

En el vuelo de regreso a la casa, Zhul se tomaba su tiempo para que yo pudiera disfrutar de la vista todo lo posible. Quería llevarme volando alrededor de Xelhen para mostrarme la belleza de su distrito, pero mi rastreador lo hacía imposible. Desviarme del camino autorizado me

perjudicaría. En lugar de eso, una vez en casa, me llevó a recorrer su propiedad. Aunque ya no necesitaba ayuda para caminar gracias a la ayuda visual, aprovechaba cualquier oportunidad para aferrarme a él. No era solo para leerle la mente, aunque sin duda esa era una de las razones principales. Simplemente me gustaba tocarle.

Zhul no entendía su aparente atracción instantánea hacia mí, pero yo sí. Era uno de los muchos rasgos que los Korletheanos transmitieron a los Xelixianos hace siglos. Al crecer en un complejo de cría, había conocido a algunos Korletheanos y me fascinaban algunas de las historias que contaban sobre su pueblo. Eran una raza hermosa: altos, ágiles, de piel dorada un tono más oscura que la media de los Veredianos, con el pelo liso y largo y afiladas garras retráctiles. Sus rostros eran largos y elegantes, con narices nobles, bocas delicadamente cinceladas y ojos almendrados que brillaban en la oscuridad.

Antes de la caída de su imperio, habían sido ávidos exploradores y científicos. Su presencia tanto en Veredia como en Xelix Prime influyó enormemente en la evolución de nuestras respectivas razas. Es por aparearse con ellos que los Veredianos empezaron a mostrar signos de habilidades psíquicas. Y es gracias a ellos que algunos Xelixianos nacen hoy en día como Geminados: un alma dividida en dos cuerpos separados. En Korlethea era algo habitual, de ahí que la mayoría de sus unidades familiares estuvieran constituidas por tres o cuatro personas; o bien dos parejas Geminadas juntas, o bien una pareja Geminada y su compañero.

Los Korletheanos creen que el amor a primera vista no es un mito, aunque la expresión en sí no es del todo exacta. Lo llaman la Sintonía. Según ellos, el alma de cada persona vibra en una frecuencia determinada y cualquier pareja potencial vibra dentro del mismo rango. Solo tu alma gemela vibraría exactamente en la misma frecuencia que tú. Eso explicaba por qué podías enamorarte de verdad de unas cuantas personas diferentes con las que podías sintonizar, pero solo podías tener ese amor especial con tu alma gemela, con la que alcanzabas la armonía perfecta.

No sabía si Zhul era mi alma gemela. Por la fuerza de nuestras respectivas respuestas mutuas, si no lo era, al menos estaba muy cerca de serlo. Mientras veía una entrevista con Amalia y sus compañeros, pensé que la forma en que describían su primer encuentro encajaba con el patrón de una Sintonía. En su caso, creí que realmente eran almas gemelas. Los envidiaba.

Lanzando una mirada furtiva a Zhul mientras caminábamos por la zona boscosa de su propiedad, me pregunté si él y yo podríamos tener algún día algo parecido.

—Ya casi llegamos —susurró Zhul, haciéndome un gesto para que guardara silencio.

Asentí, con el corazón palpitando de emoción. Cuando le confesé a Zhul mi amor por los animales, se propuso mostrarme la mayor cantidad posible de animales salvajes de su propiedad, en su hábitat natural. A algunos tuvimos que mirarlos desde más lejos debido a su naturaleza depredadora. Sin embargo, los que ahora nos acercábamos sigilosamente eran unos inofensivos herbívoros llamados Bhirrats. Estas pequeñas criaturas peludas utilizaban el agarre como un visón de sus colas partidas y tupidas para arrancar arbustos de bayas desnudos. Sus caras me

recordaban a las de los felinos, aparte de los prominentes dientes delanteros que les permitían romper y masticar nueces y algunos tipos de corteza de árbol.

La hembra acababa de parir una camada de seis y hacía poco que se aventuraban a salir de su madriguera.

Nos agazapamos detrás de unos espesos arbustos a sotavento de ellos y observamos las pequeñas bolas de pelo. Se revolcaban unos a otros bajo la atenta mirada de sus padres, que buscaban cualquier señal de amenaza. No pude evitar una enorme sonrisa ante el adorable espectáculo.

—Son tan adorables —le susurré a Zhul, cogiéndole de la mano—. Ojalá pudiera coger uno en mis brazos, acurrucarlo cerca y asfixiarlo a besos.

"Ojalá yo pudiera asfixiarte a besos y hacerte muchas otras cosas".

Un agradable calor se extendió por mi vientre al escuchar los traviesos pensamientos de Zhul. Se habían vuelto cada vez más obscenos en los últimos días y cada vez se reprendía a sí mismo por su impropiedad. Me pareció tan tierno como sexy.

Zhul se rio entre dientes, sin que su expresión mostrara nada de los vagabundeos más vaporosos de su mente.

—Esas cosas son rápidas. Atraparlas sería todo un reto. Aunque acurrucarse con ellos pueda parecer una buena idea, sus dientes son muy afilados. Te darían un buen mordisco antes de volver corriendo a su agujero.

—Sí, probablemente —suspiré—. Eso no hace que me apetezca menos abrazarlos.

Me miró con extrañeza, pero no hizo ningún comentario. No necesité preguntarle qué estaba pensando. Se me calentó la cara ante la vívida imagen que vislumbré en su mente de él siseando de placer mientras yo cubría su cuerpo desnudo con suaves mordiscos y algún que otro mordisco más contundente. Se me hizo agua la boca y desvié la mirada. Observamos a las criaturas unos instantes más antes de volver a la aeromoto.

A Zhul le encantaba la velocidad y, para mi sorpresa, a mí también. El bosque estaba demasiado lejos para ir caminando y un paseo en cavas habría llevado un buen rato. Yo no podía arriesgarme a más de un trote lento en este momento hasta que me convertí en una mejor piloto. La aeromoto se convirtió en la elección perfecta. Tanto mejor porque pude sentarme detrás de Zhul y envolver mis brazos alrededor de él. A pesar de que no tenía músculos abultados, los abdominales discretamente contorneados de Zhul eran firmes bajo mis manos. Luché contra el impulso de dejar que mis dedos recorrieran su pecho y en su lugar apreté los míos contra su espalda. Inclinándome hacia delante, aspiré su aroma. Las suaves ondas de su pelo de ébano me hicieron cosquillas en la nariz.

Me miró por encima del hombro.

—¿Estás lista?

—Sí —dije, estrechando mis brazos en torno a él.

Se puso en marcha a una velocidad vertiginosa. El mundo se volvió borroso a nuestro

alrededor, el viento nos azotaba. Su zumbido se mezclaba con el suave zumbido de la aeromoto. Enterré la cara en su pelo y le abracé aún más fuerte. Su pecho retumbaba de risa bajo mis manos mientras aumentaba la velocidad. Zhul recorrió el largo y pintoresco camino de vuelta a la casa —no es que pudiéramos ver mucho a la velocidad a la que íbamos, pero me pareció increíble. Cuando se detuvo frente a la casa, mi sangre bombeaba adrenalina.

De mala gana me quité los brazos de alrededor de él antes de desmontar. Al haber estacionado la aeromoto, Zhul entonces me acompañó de vuelta a la casa.

—Eso fue increíble, Zhul —li voz burbujeaba de emoción y gratitud—. ¡Todo! Los animales, el paseo, poder verlo todo... Estos dos últimos días han sido los más felices de toda mi vida.

Su rostro se sonrojó de placer.

—Me alegro de que estés disfrutando. Hay mucho más que quiero que experimentes. Y ahora es el momento de que te alimente. Vamos.

Sin pensarlo, extendió la mano y la cogí. Se quedó inmóvil durante medio segundo, sorprendido por su propia osadía, pero luego decidió dejarse llevar y me llevó de la mano a la cocina. Me pidió que me sentara en la mesa, al otro lado de la encimera, mientras él se ponía a preparar la cena. Me ofrecí a ayudarle, pero no me lo permitió.

Entablamos una conversación ligera mientras él cortaba y troceaba verduras con manos expertas y sazonaba gruesos filetes de rhomak antes de echarlos a la parrilla. El aroma picante de la carne pronto se mezcló con el dulce olor de la salsa de ryspak y el salteado de verduras.

—Te he hablado mucho de mi no tan maravillosa familia —dijo Zhul mientras daba la vuelta a los filetes—. ¿Tienes algún pariente?

—Mi madre debería estar aún en uno de los complejos de cría. Por lo que sé, mi padre también está vivo. Los machos cautivos no permanecen mucho tiempo en los complejos. Hay muy pocos Korletheanos disponibles, así que los trasladan mucho. No he visto a mi madre en nueve años, casi diez ahora. Tuvo dos abortos después de mí, así que no sé si ha tenido otros hijos desde entonces. Pero no me sorprendería que ahora tuviera una hermana. Por parte de mi padre, seguro que debo tener más hermanos en los otros complejos, pero probablemente nunca lo sabré.

—Lo siento. No debería haber sacado el tema —dijo Zhul, con cara de vergüenza—. Fue insensible de mi parte.

—En absoluto —dije, dándole una sonrisa tranquilizadora—. He hecho las paces con ello. La vida en los complejos no era tan mala, siempre que nadie estuviera en su período. Los guardias tenían instrucciones estrictas de dejar en paz a las hembras mientras se comportaran. Así que la mayor parte del año me limitaba a jugar con las otras chicas. Pero cuando empezaban sus períodos, eran cuatro semanas infernales, tres veces al año, en las que las hembras se veían obligadas a aparearse con Korletheanos que también se veían forzados a ello.

—¿Qué es exactamente el “período”? —preguntó Zhul mientras emplataba nuestra comida.

—Son tres o cuatro semanas durante las cuales una hembra Verediana está en celo —dije,

sintiendo que mis propias mejillas se calentaban—. Es más fértil durante ese tiempo y tiene más posibilidades de llevar a término un bebé concebido entonces.

—¿Sus períodos comienzan en una fecha específica del año? —preguntó Zhul, acercando los platos.

Me maravillé ante el hermoso plato que me puso delante, y se me hizo agua la boca al aspirar su delicioso aroma.

—¡Hmmm, huele increíble, Zhul! Parece más que delicioso.

Hinchó el pecho ante el elogio y sonrió de placer.

—Espero que lo disfrutes —dijo, tomando asiento a mi lado.

Le di un mordisco a las verduras, aun perfectamente crujientes, y gemí de placer cuando sus exóticos sabores, realzados por la picante salsa ryspak, explotaron en mi boca.

Zhul soltó una risita, con el orgullo reflejado en el rostro. Tenía todo el derecho a estar orgulloso; su cocina era increíble.

—Esto está muy bueno —dije tragando un bocado—. Pero para responder a tu pregunta, no, nuestro período no se produce en fechas concretas, sino cada cuatro meses a partir de la anterior. Sin embargo, las hembras se sincronizan cuando están juntas el tiempo suficiente, así que normalmente todas entran en su período al mismo tiempo.

Podía ver la pregunta ardiendo en su lengua.

—Adelante, pregúntamelo.

Dejó de cortar su filete, su cara se calentó, pero no apartó la mirada. Era tan lindo que quería acunar su cara entre mis manos y besarlo.

—¿Y para cuándo sería tu período?

—Hasta dentro de cinco semanas.

Se hizo un silencio incómodo entre nosotros mientras comíamos. Sabía por dónde le rondaba la cabeza y las preguntas que quería hacer, pero que no quería hacerlas. Era el mejor momento para contarle los planes que V tenía para mí. Sin embargo, de alguna manera, me hacía sentir avergonzada.

—Normalmente, entrar en mi período no es un problema —dije, rompiendo el silencio.

—¿Cómo así? —su voz estaba cargada de tensión.

Está celoso.

Al darme cuenta, me invadió una sensación de calidez. Era normal que las personas en sintonía se volvieran rápidamente—y en apariencia, irracionalmente—posesivas las unas de las otras. Explorar su mente había confirmado que no había hembras en su vida. Ese miedo me había carcomido desde el momento en que lo había vislumbrado por primera vez a través de la mente de su padre.

—Aunque somos fértiles desde la pubertad, nuestros períodos no empiezan a manifestarse hasta los veintiún años. Las Veredianas alcanzan su pico reproductivo a los veintidós años.

La intensidad de su mirada sobre mí era casi intimidante mientras escuchaba cada palabra.

—He tenido mi período dos veces este año y he podido anular su efecto con té de Rehmmania. Pero eso no será posible para mi próximo período.

Los ojos de Zhul se entrecerraron.

—¿Por qué no?

—Bueno, primero porque no nos quedan hojas de Rehmmania. No crecen aquí y el General Praghan está rastreando a cualquiera que compre o importe las hojas a Xelix Prime. Con el embargo Guldano, V no tiene forma de obtener ninguna para mí sin exponerse.

Zhul apretó los dientes y asintió lentamente.

—¿Y segundo?

Oh Diosa, aquí vamos.

Respiré hondo y Zhul se tensó aún más, adivinando que odiaría lo que iba a decir.

—Como mencioné antes, las Veredianas alcanzan su pico reproductivo a los veintidós años. Ahora que se acerca mi período, V cree que es hora de que participe en el programa de reproducción.

Zhul se levantó de un salto y tiró la silla hacia atrás, haciéndola patinar por la habitación. Con los dientes y los puños apretados, se alejó unos pasos, dándome la espalda. Temblaba de rabia mientras intentaba contenerse. Como no quería avivar el fuego, guardé silencio.

—Creía que habías dicho que solo criaban Veredianas con Korletheanos —preguntó Zhul apretando los dientes—. ¿Estás diciendo que V también tiene cautivos Korletheanos aquí?

Me removí incómoda en la silla. Se volvió para mirarme. Aunque la furia que ardía en sus ojos no iba dirigida a mí, me recorrió un escalofrío.

—Normalmente, sería con un Korletheano, pero aquí no hay ninguno. Y aunque los hubiera —dije, mirándolo atentamente—, V tiene otros planes para mí. Me ha dicho que elija a uno de mis guardianes para ver si también podemos engendrar un macho Verediano como hizo Amalia.

En ese momento, si V o cualquiera de mis guardias hubiera estado presente, no hay duda de que Zhul los habría matado. Me miró fijamente por lo que pareció una eternidad, reflejando asesinato en sus ojos.

Zhul merodeaba hacia mí, con una determinación furiosa grabada en su rostro. Esperaba que rugiera de furia o rompiera algo, no esta rabia contenida y abrasadora. Me levanté de la silla, con el corazón latiéndome en la garganta. Aunque no me haría daño, su intensidad me intimidaba sobremanera.

—Nadie te tocará —dijo Zhul, su tono era amenazador. A pesar de su furia, me cogió la cara con manos suaves. Se inclinó hacia adelante, su propia cara estaba a solo unos centímetros de la mía—. Mataré hasta el último de ellos antes de dejar que te toquen, ¿entiendes?

Puse mis manos en sus muñecas y sus pensamientos estallaron en mi mente.

Ella es mía. Mía. Ningún macho la tocará jamás excepto yo.

—Sí, Zhul —susurré.

Con voluntad propia, mi mirada bajó hasta sus labios antes de volver a sus ojos. Ardían, su

color plateado claro adquiría un tono más oscuro.

Y entonces me besó.

Me sujetaba por la nuca y me rodeaba la espalda con la otra mano, atrayéndome contra él. Mis manos se hundieron en su sedoso pelo. Aunque su beso era duro, lleno de posesividad y furia, sus labios contra los míos eran lo más suave que había sentido nunca. Echó la cabeza hacia atrás y rompió el beso. Sus labios rozaron mi mandíbula y bajaron por mi cuello. Un suave gemido se escapó de mi garganta por el ardiente calor de su boca sobre mí y la agitación en la boca del estómago.

Nuestras respiraciones se mezclaron cuando reclamó mi boca. Su lengua dominó la mía y yo me sometí de buena gana. Podía saborear la salsa picante ryspak en sus labios. Un deseo irracional de morderlo suavemente brotó en mi interior, pero lo acallé. La electricidad danzó a nuestro alrededor, recorriendo mi piel y encendiendo una extraña chispa en mi vientre. Me entregué a las sensaciones extrañas que Zhul despertaba en mí. Como nunca había besado a un macho, temía que mi torpeza y mi falta de experiencia lo desanimaran. Pero Zhul tomó el mando y me entregué a él con gusto. Su lengua exploró, acarició y conquistó.

Mis duros pezones ansiaban su toque. No conseguía acercarme lo suficiente a él. Con las uñas clavadas en su espalda, me apreté contra él. El pecho de Zhul retumbó contra el mío mientras un gruñido hambriento brotaba de su garganta. Su mano que me sujetaba bajó hasta la parte baja de mi espalda antes de apretarme contra su pelvis. Jadeé, sintiendo su rigidez contra mi vientre. Zhul echó la cabeza hacia atrás, rompiendo el beso. Unos ojos ardientes como carbones se clavaron en los míos.

Nos miramos en silencio, con la respiración y el pulso acelerados. Apretó el agarre y me estrechó aún más contra su erección. En ese momento, me di cuenta de que Zhul me estaba desafiando. Me invadió una oleada de excitación y miedo. Me relamí su sabor persistente en los labios antes de esbozar una tímida sonrisa.

Mientras su mirada no perdía intensidad, parte de la tensión parecía desprenderse de los hombros de Zhul. Bajó la cara hacia la mía.

—Ningún otro macho te tocará jamás —susurró contra mis labios antes de reclamarlos de nuevo.



CAPÍTULO 9

ZHUL

Todavía no podía creer lo que había pasado entre Valena y yo. Mi experiencia con las hembras no había sido especialmente agradable, y el horrible ejemplo de mi madre lo había empañado todo. No era tan intolerante como para creer que todas las hembras eran unas zorras sin corazón, egocéntricas y codiciosas, pero nuestra sociedad y la Mancha obligaban a las hembras a ser más prácticas que emocionales en sus relaciones.

Como Prime, solo debía aparearse con otra Prime o Perla para asegurarse una descendencia libre de la Mancha. Tales hembras eran pocas y distantes entre sí. Las primeras, criadas con constantes recordatorios de su gran valor, solían tener un insufrible sentido del derecho. Mi familia era noble, rica e influyente, gracias a mi puesto en el Consejo. Esto me convertía en un buen partido. Muchas casas nobles habían intentado concertar un apareamiento entre su hija Prime y yo. Rechacé a todas porque o bien me recordaban demasiado a mi madre o carecíamos de química. Las pocas que me atraían eran rápidamente elegidas por algún otro bastardo afortunado.

La gente me preguntaba a menudo por qué no participaba en la Unión. Al fin y al cabo, tendría garantizado que me eligieran. Eso no era para mí. Aunque entendía la necesidad de la Selección de Unión, todo el asunto apestaba a desesperación. De hecho, la mayoría de los machos que participaban lo estaban. No quería atar el resto de mi existencia a una hembra que me eligiera por mi aspecto, mi estatus o mi riqueza. Si atara el resto de mis días a una hembra, tendría que dibujarme una sonrisa en la cara con solo pensar en ella, hacer que se me disparara el corazón con solo mirarla, que se me disparara el pulso con solo estar cerca de ella y quitarme la pena más profunda con una simple sonrisa. Ninguna hembra así se había cruzado en mi camino, hasta Valena.

Que me enamorara tan rápido y con tanta fuerza de una completa desconocida me dejó atónito. Pero era tan perfecta... Mis sentimientos por ella iban más allá de su increíble belleza. Estábamos tan locamente en sintonía el uno con el otro, que casi me asusta. Ella siempre parecía saber exactamente lo que yo necesitaba, cuando lo necesitaba. Siempre la palabra adecuada, el gesto adecuado, la respuesta adecuada cuando hablábamos. Al menos, la adecuada para mí. Se

anticipaba a todas mis necesidades y expectativas y parecía encantarle que yo respondiera a las suyas.

La Diosa no podía haberme bendecido con una hembra más perfecta.

Cuando me habló de los planes de V para ella, casi me vuelvo loco. Eso me hizo darme cuenta de lo profundamente que había calado en mi corazón. Quería que fuera mía y ya la consideraba como tal. Desde nuestro primer beso, tres días atrás, nos habíamos acercado aún más. Me moría de ganas de llevármela a la cama y no creía que se opusiera. Pero tenía que saber que para mí era algo más que una fantasía lujuriosa. Una vez que la hiciera mía, no habría vuelta atrás.

Como tampoco habría vuelta atrás ahora.

Los Xelixianos eran bastante abiertos en cuanto al sexo, pero muy estrictos en cuanto a la fidelidad una vez legalmente apareados. A partir de los dieciséis años, tanto machos como hembras eran libres de ceder a sus impulsos consentidos. Tampoco había tabúes en cuanto a las preferencias sexuales, desde el mismo sexo, parejas múltiples, fetiches y todo lo demás. Más de dos tercios de la población era bisexual, aunque los matrimonios legales se limitaban estrictamente a un macho y una hembra. Bueno... una hembra y hasta tres machos del mismo linaje, según permitía la ley.

El hecho de que a los veintisiete años siguiera sin estar casado y de que rara vez se me viera en compañía de hembras hizo que la mayoría de la gente estuviera convencida de que no era bisexual, sino exclusivamente homosexual. Me divertía, y no disipé el rumor porque me ahorraba la atención no deseada de las hembras.

Sin embargo, Valena era virgen y yo quería que su primera vez conmigo—y todas las demás a partir de entonces—fuera cuando ella estuviera preparada y dispuesta. No quería presionarla con mi ardiente deseo. Dicho esto, viendo lo acalorados que habían sido nuestros abrazos y acurrucamientos en los dos últimos días, tenía la sensación de que no tardaríamos mucho. Solo de pensarlo, la sangre me corría por la ingle. Tragué un gemido y me ajusté para aliviar un poco la presión. Mientras me enderezaba en la silla, el objeto de mis cavilaciones entró en mi despacho.

—Hola, querida —le dije mientras se acercaba a mí con elegancia.

Odiaba el vestido de esclava que llevaba, pero como en una hora nos dirigiríamos al punto de encuentro, era un mal necesario.

—Buenos días, Zhul —dijo Valena con su voz ronca y sexy.

Le abrí los brazos y vino de buena gana, sentándose en mi regazo. Soltó una risita cuando le acaricié el cuello.

Para mi gran deleite, hacía poco que había descubierto que le hacía cosquillas, sobre todo en el cuello, la barriga y la parte posterior de las rodillas. Le di otro beso abrasador en los labios. Ella los separó de inmediato, dando la bienvenida a mi lengua. Su sabor era fresco y mentolado. A pesar de su falta de experiencia, Valena aprendía rápido. En los últimos tres días, su tímida

respuesta a nuestro primer beso se transformó en una exploración más asertiva y aventurera.

Valena no era tímida. Me encantaba eso de ella. Si quería algo, simplemente iba a por ello. Aunque era consciente de su torpeza ocasional, eso no la disuadía. Me excitaba muchísimo. Incluso ahora, le costaba levantarme la camisa de los pantalones para meter las manos por debajo. Una hembra más experimentada lo haría rápidamente. Pero la anticipación, la espera para sentir el calor de sus manos en mi piel, era la tortura más dulce. Cuando lo hizo, mi polla estaba dura como el acero. Sus delicados dedos me recorrieron el pecho antes de que sus pulgares me acariciaran los pezones.

Gemí contra sus labios mientras mi lengua saqueaba su boca. La levanté y la tumbé en el sofá antes de tumbarme encima de ella. Mi boca volvió a sumergirse en la suya. Me rodeó la cintura con las piernas y yo acaricié su vientre con mi dureza, deseando arrancarle la ropa interior y enterrarme en su interior. Sus manos, aún bajo mi camisa, me apretaron la espalda como si percibieran el ardiente deseo que me invadía. Aumenté mis movimientos contra ella y su gemido de necesidad casi me lleva al límite.

Quiero verla correrse por mí.

El deseo me golpeó con tal fuerza que me zafé de su abrazo y deslicé su ropa interior por sus hermosas y esbeltas piernas. Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, enterré mi cara en el vértice de sus piernas. Ella arqueó la espalda con un grito gutural, y su mano me retorció el pelo dolorosamente. Me gustaba el dolor y mi pene palpitó en respuesta.

Valena sabía bien, sus jugos agrios eran una delicia y su delicado almizcle una droga embriagadora.

Lamí sus delicados pliegues, evitando deliberadamente con la lengua su pequeño nódulo. Ella levantó la pelvis, necesitando más, pero yo no había terminado de provocarla. La sujeté con la mano en el vientre mientras introducía un dedo en su abertura. La sentía increíblemente apretada. El día que finalmente la tomara, tendría que ser muy paciente y prepararla adecuadamente. Deslicé con cuidado el dedo dentro y fuera de ella, y mi lengua presionó por fin su clítoris. Valena soltó un grito ahogado y me agarró con fuerza por el pelo. El exquisito dolor me puso tan duro que solté su estómago para liberar mi polla. Me acaricié en contrapunto con el movimiento de mi dedo dentro de ella.

Sus piernas empezaron a temblar y empezó a pronunciar mi nombre en un cántico desesperado. Todo mi cuerpo ardía tanto que sentía que iba a arder en cualquier momento. Los dos estábamos a punto de caer. Introduje un dedo en su interior, rozando su punto más sensible, y ella gritó. Su cuerpo sufrió violentos espasmos cuando el clímax se apoderó de ella. Con un grito, encontré mi propia liberación mientras el ardiente éxtasis fluía de mí.

Joder, eso estuvo bien.

Hacía tiempo que no me corría tan fuerte. Demasiado débil para levantarme aún, miré a Valena, perdida en las dichosas secuelas. Con la cara enrojecida, los labios hinchados, el pelo lustroso alborotado, su hermoso cuerpo aún se estremecía con los temblores del placer que le

había dado.

Diosa, no puedo esperar a tomarla.

Deseando que mi respiración y mis latidos se calmaran, me puse en pie y cogí unas toallas del minibar. Nos limpié y le di un último beso casto mientras ella me miraba con ojos brillantes.

—Lo siento. No era mi intención dejarme llevar tanto —dije sin ningún remordimiento.

Ella soltó una risita con cara de incredulidad.

—¿Perdón? ¿Por darme el mejor saludo mañanero? Macho tonto.

No pude evitar que la sonrisa de suficiencia se dibujara en mis labios.

Una expresión de incertidumbre apareció en su rostro.

—Tú... tú no bebiste —dijo Valena, tragando saliva.

Me dio un vuelco el corazón. Por supuesto, esperaba que bebiera de ella, ya que era lo único que había visto hacer a los machos Xelixianos con las hembras cuando llegaban al clímax.

—Tampoco tengo intención de hacerlo —dije suavemente.

Sus ojos se abrieron de par en par, confusos.

—En primer lugar, no te he provocado un orgasmo para poder beber de ti. Lo hice porque me complace complacerte.

Se mordió los labios, con los ojos empañados.

—Segundo, soy Prime, cariño. No necesito beber porque no tengo ninguna Mancha que puedas curar. Y tercero, no necesito saber si puedes mejorarme como Amalia hizo con sus compañeros. Soy feliz como soy.

Se le cortó la respiración. ¿Cómo no me había dado cuenta de que ése podía ser uno de sus miedos? La estreché entre mis brazos y le di un suave beso en la frente.

—Nunca te haré lo que esos bastardos hicieron sufrir a esas pobres hembras. Lo que ocurra entre nosotros siempre estará basado en un afecto genuino, y no en que yo me aproveche de ti. Me importas mucho, Valena.

Sus labios temblaron.

—Tú también a mí, Zhul.

Sonreí.

—Dicho esto, querré usar mis colmillos contigo de vez en cuando. No te quitaré, sino que te daré.

—¿Tu Thylin? —susurró, con la voz temblorosa por la excitación.

—Sí, querida. Te gustará mucho.

Su rostro se calentó, pero asintió con entusiasmo.

—Aunque me encantaría seguir disfrutando del *saludo* de esta mañana, tenemos una agenda apretada —le recordé.

Valena frunció el ceño, sobria.

—Tienes razón, el tiempo apremia. ¿Lo tienes?

—Sí —dije levantándome para coger el escáner y el datapad de mi escritorio—. ¿Sabes

dónde está el implante?

—En la nuca —Valena se levantó el pelo para mostrar su espalda.

Sus hermosas marcas Veredianas moteadas le recorrían los hombros y bajaban hasta la mitad de los omóplatos. Se me hizo agua la boca. Incapaz de resistirme, me incliné hacia delante y las recorrí con la lengua. Valena se estremeció. Ayer por fin me di cuenta de que sus marcas se oscurecían cuando se excitaba, lo que las hacía muy erógenas.

—Zhul —susurró, su voz a la vez necesitada y suavemente reprobatoria.

—Lo sé, pero es culpa tuya por tener un aspecto tan delicioso.

Ella soltó una risita, con su preciosa piel cobriza enrojecida. Tras darle un último beso en la nuca, le acerqué el escáner en forma de varita a la nuca.

—Voy a empezar a escanear —dije, intentando parecer más tranquilo de lo que me sentía—. Si sientes algún dolor, el más mínimo signo de incomodidad, me dices que pare inmediatamente, ¿de acuerdo?

Había tardado unos días, pero por fin uno de mis contactos lo había conseguido. Me proporcionó el escáner y una serie de ajustes que me permitirían detectar un rastreador capaz de engañar a la red de seguridad del Distrito Capital.

El primer par de ajustes no le causaron ninguna molestia a Valena, pero tampoco detectaron el rastreador. El tercero no detectó el dispositivo, pero provocó una sensación de calor en el lugar donde se encontraba el rastreador. Los cuatro ajustes siguientes tampoco dieron resultado. La preocupación me corroía a medida que la lista se reducía. Finalmente, el undécimo ajuste de la lista de quince pareció funcionar. El escáner localizó el rastreador y mostró sus parámetros de identificación sin causar dolor a Valena.

Transferí la información al programa de rastreo de mi datapad antes de activarlo. Ambos contuvimos la respiración mientras esperábamos a que apareciera la señal. Segundos después, el marcador apareció en la pantalla.

—¡Lo has conseguido! —gritó Valena, arrojándose a mis brazos.

Aplastó mis labios con un beso abrasador. La rodeé con mis brazos y me entregué a sus embriagadores encantos. Los primeros síntomas de mi excitación me obligaron a poner fin al beso y a apoyar la frente en la suya. Era solo el primer paso, pero uno importante. Si conseguía que la segunda parte del plan funcionara, en un par de días Valena y yo podríamos ser realmente libres y empezar a hablar de un verdadero futuro juntos.

—Tenemos que asegurarnos de que es totalmente funcional. Por favor, muévete por la habitación para ver si sigue tus movimientos.

Se contoneó por la habitación, contoneando las caderas para provocarme. Volví a fijar la vista en el rastreador y me alegré de ver que funcionaba. Continuamos la prueba haciéndola caminar fuera, alrededor de la casa, mientras yo permanecía dentro, aumentando la distancia entre nosotros. Confiados en que teníamos la combinación ganadora, nos preparamos para ir al punto de encuentro con quince minutos de antelación.

Después de dejarla, esperé los veinte minutos de ventaja acordados antes de dirigirme también hacia el Distrito Capital. Allí había que poner en marcha la crucial—y arriesgada—segunda parte del plan.

~

Era un día tranquilo en la Sala del Consejo. Sin sesiones programadas para hoy, los pocos Consejeros presentes se encontraban, en su mayoría, en sus despachos asignados dentro de la Sala.

Lhor estaba reunido con el Consejero Bhek Zirthen, que también era nuestro embajador ante el Consejo Galáctico. Bhek se dirigiría allí la próxima semana para transmitir la decisión del Consejo de no entregar a Amalia y sus hijos a la comunidad científica intergaláctica. Era un informe delicado de elaborar, ya que algunos de los científicos se habían mostrado muy agresivos a la hora de exigir el acceso a los Praghan. Los veían como su billete a la fama.

Al fin y al cabo, ¿a qué científico no le gustaría que se le atribuyera el renacimiento de toda una especie?

Los despachos de los Consejeros se encontraban en un pasillo circular alrededor de la Sala del Consejo. El gran pasillo, en tonos blancos y grises, tenía varias zonas para que los electores se sentaran en los días ajetreados, así como numerosas alcobas con plantas y juegos de agua que proporcionaban apacibles zonas de descanso o trabajo. Acechando cerca del despacho de Lhor, fingí estar absorto en un informe de mi datapad. Su reunión terminaría en cualquier momento, ya que Bhek tenía otra programada para dentro de diez minutos.

Me acerqué despreocupadamente a su despacho, deteniéndome aquí y allá, fingiendo que introducía algunos datos en mi dispositivo. El corazón me dio un vuelco cuando se abrió la puerta y salieron los dos machos, aún enfrascados en una intensa discusión. Aplastando el revoloteo nervioso de mi estómago, aceleré sutilmente el paso mientras me acercaba a mis colegas.

—Saludos, Consejeros —me detuve ante ellos y ejecuté el saludo Xelixiano.

—Zhul —dijo Bhek, devolviendo el gesto—, No esperaba veros aquí.

—Consejero Dervhen —dijo Lhor, saludándome también.

—Por favor, llamadme Zhul —dije con una sonrisa amistosa—. Ya tenemos suficiente formalidad en las Cámaras.

Lhor me miró con los ojos entrecerrados, ocultando rápidamente su expresión de sorpresa.

—Entonces, por favor, llamadme Lhor.

—Tenía algunas cosas que terminar. Espero que avanzarais con el informe —pregunté con indiferencia.

—Perdonad mi descortesía, Zhul, pero debo irme. Tengo otra reunión que empieza en cualquier momento —dijo Bhek, poniéndose la mano en el corazón e inclinando la cabeza—.

Lhor, volveremos a hablar pronto.

—Por supuesto —dije mientras tanto Lhor como yo le devolvíamos el saludo.

Bhek se marchó tal y como yo había planeado. Dirigí una mirada expectante hacia Lhor. Él inclinó la cabeza hacia un lado y sus ojos azul eléctrico me estudiaron como si tratara de encontrar la respuesta a un acertijo.

—Sí —respondió por fin Lhor—, hemos hecho grandes progresos. Aún queda mucho por hacer para no herir sensibilidades y hacerlo a prueba de tontos.

—Si necesitáis ayuda con ello, estaré encantado de prestaros toda la que pueda.

La misma expresión de confusión se reflejó en su atractivo rostro. Esta vez no trató de ocultarlo. El corazón me latía con fuerza, aunque mantuve la calma. Necesitaba que entablara una conversación informal conmigo. Si me mandaba a la mierda ahora y me cerraba la puerta en las narices, las cosas se complicarían mucho más. Me di una patada por no haberme esforzado antes en entablar una relación amistosa con Lhor.

—Sois muy amable, Zhul, y puede que aceptemos vuestra oferta —dijo Lhor—. Sin embargo, debo decir que vuestro repentino apoyo me deja bastante desconcertado. Nunca habéis ocultado vuestra aversión por mi familia. ¿Por qué este repentino cambio de opinión?

Perfecto.

No podría haber esperado una mejor apertura. Controlando mis facciones para no parecer demasiado ansioso, me dispuse a responder cuando el sonido de unas voces que se acercaban llamó mi atención. Lhor frunció el ceño y me indicó con un gesto que entrara en su despacho.

—Pasad, por favor. Estaremos más cómodos para hablar lejos de oídos indiscretos.

Y anotación.

Mirando la habitación, me impresionó cómo Lhor había conseguido que el mobiliario de oficina estándar y la disposición obligatoria de su despacho resultaran tan cálidos y acogedores. Cuando Khel ocupaba este despacho, lo mantenía clínico como la mayoría de los despachos de la Sala del Consejo. En la espaciosa sala rectangular había un gran escritorio de color gris oscuro con dos cómodos sillones frente a él. Al fondo, una ventana hasta el techo con vistas a un lujoso jardín servía de telón de fondo a una mesa de trabajo con capacidad para seis personas. Una gran pantalla de video y una consola de visualización holográfica ocupaban la pared junto a la mesa. Varios detalles de color, recuerdos personales y algunas plantas daban vida a un entorno que, de otro modo, sería frío.

Me detuve ante un gran retrato de su familia colgado en la pared frente a su escritorio. Amalia estaba entre él y Khel, y cada uno de los varones sostenía al hijo que había engendrado. Sus respectivas bellezas eran impresionantes. Sus hijos de aspecto exótico me dejaron sin aliento.

—¿Recordáis lo que dije sobre las apariencias, Lhor? —le pregunté, después de que cerrara la puerta y se pusiera a mi lado.

—Que engañan —dijo Lhor, mirando también el retrato antes de encararse conmigo—. Pero

la historia permanece.

Sonreí.

—La historia la escribe el vencedor vista a través de sus ojos.

Lhor se rio.

—Tenéis razón.

Se me oprimió el pecho al mirar a Lhor. Estar cerca de él siempre era agridulce. Su presencia casi llenaba el vacío dejado por la muerte de mi gemelo, pero también hacía que me doliera aún más por la terrible pérdida.

Lhor señaló la mesa de trabajo junto a la ventana.

—¿Queréis sentaros?

Asentí.

—Gracias.

Fue muy cortés por parte de Lhor invitarme a sentarme en la mesa de trabajo, donde todos éramos iguales, y no en la silla de invitados frente a su escritorio, donde él estaría en una posición de superioridad.

Khel Praghan se habría sentado detrás de su escritorio.

Yo cogí una silla y Lhor se sentó a una silla de mí. Con la ventana a su espalda, tenía vistas a la puerta. Los suaves rayos del sol del mediodía caían sobre él, casi dándole un aura resplandeciente. Con los rizos negros que le llegaban hasta los hombros enmarcando su hermoso rostro, Lhor era hipnotizante. Ningún macho debería ser tan guapo.

Lhor se removió en la silla y el calor subió por sus mejillas. Entonces me di cuenta de que me había quedado mirando. Haberme quedado embobado mirando a un macho, y encima apareado, debería haberme avergonzado. Pero la reacción de Lhor me divirtió demasiado. Me desconcertó lo incómodo que aún se sentía con su belleza.

—Perdonadme por miraros de reojo, pero sois ridículamente despampanante —dije en tono burlón. Lhor me miró boquiabierto, y la leve expresión de preocupación en sus ojos me hizo reír a carcajadas—. Tranquilo, Lhor. Aunque vuestra belleza me deja mudo, no siento ninguna atracción hacia vos. Contrariamente a la creencia popular, me gustan exclusivamente las hembras.

Su evidente alivio era igual de cómico. Tomarle el pelo a Lhor era muy divertido. Una vez más, me tragué el dolor que sentía en el pecho al pensar en mi gemelo.

—Me tranquiliza saberlo —dijo Lhor, tratando de ocultar su vergüenza—. Si no, mi compañera se opondría rotundamente.

—Apuesto a que sí. Y viendo cómo manejó a ese Guldano el día de vuestra Ceremonia de Unión, preferiría no encontrarme con sus garras.

Pero si Valena las tuviera, podría arañarme todo el día.

Lhor se rio, hinchando el pecho de orgullo. Su amor por Amalia era evidente, y no pude evitar una ligera punzada de envidia. ¿Sería posible un futuro así para mí? Hasta que Valena

llegó a mi vida, había descartado la posibilidad de tener una pareja o descendencia propia. Desde nuestro primer beso, la idea no había dejado de rondarme por la cabeza. Pero hasta que no estuviéramos los dos libres de V, esos pensamientos ni siquiera eran algo que contemplar.

—Sí, Amalia es algo especial —dijo Lhor con una sonrisa melancólica. Sus ojos se clavaron en los míos y recuperó una expresión más seria—. Ella y mi familia lo son todo para mí. Lo que nos lleva a mi pregunta anterior.... ¿Por qué os caemos tan mal?

—No me disgustan ni vos ni vuestra familia. Todo lo contrario —me reí entre dientes ante la expresión de duda de su rostro y me recliné en la silla—. Es verdad, Lhor. Dije con sinceridad todo lo que dije el otro día cuando se presentó la moción contra vuestra familia. Vos y vuestra compañera tienen todo mi respeto y admiración. Lo mismo que el embajador Dhak Praghan y su compañera.

Lhor apretó la mandíbula y sus ojos se endurecieron. Sabía que él y Khel creían que yo había contratado al asesino que saboteó la lanzadera de los Praghan, causando el fatal accidente que se cobró las vidas de los padres y el hermano pequeño de Khel, Vahl. Aun así, su sospecha me dolía.

—Le respetabas tanto que os metíais en su camino cada vez que podíais en la Cámara —dijo Lhor.

Asentí con la cabeza.

—A menudo estábamos en bandos opuestos en la Cámara, pero eso no significa que no le respetara. Praghan era un idealista. Aunque estaba de acuerdo con sus objetivos, su enfoque no podía funcionar —inclinándome hacia delante, crucé las manos sobre la mesa—. Dhak tenía demasiada fe en la buena naturaleza de la gente. La realidad es que si os dan a elegir entre hacer lo correcto en beneficio de todos o servir a sus intereses personales en detrimento de la mayoría, la mayoría de la gente elegirá lo segundo. De ahí que él y yo nunca estuviéramos de acuerdo. Pero eso no me convierte en un asesino.

El rostro de Lhor se apagó.

—Yo no os he acusado de nada.

Sacudiendo la cabeza, resoplé con sorna.

—No hace falta que lo hagáis. Yo y todo el mundo sabemos lo que vos y Praghan piensan. Pero yo no hice que los mataran.

Los ojos de Lhor se entrecerraron.

—Ya estamos otra vez.

—¿Qué cosa? —pregunté, confuso.

—Esa mueca... ese desprecio cuando habláis de Khel —dijo Lhor—. ¿Por qué ese desdén? ¿Qué os ha hecho mi Gem?

El habitual sentimiento de agresividad surgió en mi interior al pensar en el General.

—Praghan no me ha hecho nada. Pero vuestro afecto por él es alucinante. No se lo merece. No es digno de vos.

Lhor se quedó boquiabierto y me miró con los ojos muy abiertos.

—¿Cómo que no es digno de mí? Vivo gracias a él.

—¡Joder, y casi te deja morir, Rhal!”—grité, golpeando la mesa con el puño antes de ponerme en pie de un salto—. ¿Qué clase de cabrón egoísta ve cómo su otra mitad se marchita lentamente solo para poder quedarse con su hembra? ¿Cómo coño iba a negártelo si podía sentir tu dolor? Él no es Ancla. ¡Es una desgracia!

Respirando agitadamente, me apoyé en la mesa y cerré los ojos mientras intentaba contener mi ira. No podía creer que me hubiera permitido perder el control de esa manera. Pero cada vez que pensaba en cómo Khel trataba a Lhor, me ponía rojo de la ira.

—¿Quién es Rhal? —preguntó Lhor en voz baja.

—¿Qué? —pregunté, abriendo los ojos de golpe y mirándole.

—Acabáis de llamarme Rhal otra vez.

Me estremecí.

—Perdonadme. Es irrelevante —dije, dándome la vuelta y caminando hacia la ventana. El silencio se instaló entre nosotros como un ser vivo.

—Él no podía sentir mi dolor —susurró Lhor al cabo de un rato.

—¿Qué habéis dicho? —pregunté, incrédulo.

—Khel no sabía lo mal que estaba porque no podía sentir mi dolor.

Resoplé.

—Imposible. Sois Geminados. Sentís todo lo que hace el otro.

—Lo bloqueé —confesó Lhor, una expresión de vergüenza se instaló en sus nobles facciones.

¿Hiciste qué?

Me quedé mirando a Lhor con la boca abierta.

—¿Por qué habéis hecho eso?

Lhor se frotó la cara con ambas manos antes de pasárselas por el pelo, con el rostro retorcido por el remordimiento.

—Khel nunca supo que yo podía sentir sus emociones y nunca le permití sentir las mías —dijo Lhor—. Solo lo supo hace un año, el día en que la Mancha casi me reclama. Esa misma noche dio su consentimiento para que me convirtiera en el segundo compañero de Amalia.

Me quedé sin habla.

—¿Qué había hecho para merecer semejante crueldad?

Lhor palideció.

—No pretendía ser cruel —dijo, con tono defensivo—. Pero Khel es tan sobreprotector... Se habría negado a sí mismo todo lo que le importaba si supiera que yo podía sentir sus emociones y su dolor.

—Como debe ser —dije, incapaz de creer lo que estaba oyendo—. El deber del Ancla es proteger el Núcleo.

—¿El Núcleo? —preguntó Lhor.

—El segundo nacido. La esencia, la médula, el corazón de la pareja Geminada. Vos.

—¡Oh, vaya! —dijo Lhor, con cara de sorpresa—. No sabía que hubiera un nombre para nosotros.

—¿Cómo es posible que no lo supierais? ¿Y cómo podía Khel no saber que podíais sentir sus emociones? Esas son las enseñanzas básicas de las clases obligatorias de Tutoría Gemínida —dije, desafiándolo.

—¿Tutoría Gemínida? Veis, esa es otra cosa que no sabía. A Khel y a mí nos denegaron la clasificación de Geminados porque no lo éramos. Así que nos las ingeniamos para ser una sola alma dividida en dos cuerpos de la mejor manera posible.

Eso lo cambia todo.

—Pero sois consciente de que si Khel muere...

—Sí —interrumpió Lhor—. Si él muere, yo muero. Pero si yo muero, él seguirá viviendo.

Resoplé.

—¿Vivir? Si se le puede llamar así.

Mirando por la ventana, contemplé sin ver el solitario árbol ryspak del jardín. Sus hojas se erizaban con el suave viento. Aunque estaba rodeado de todo tipo de plantas lujosas, parecía perdido, desolado, sin un huerto al que pertenecer.

—No vuelvas a bloquear a tu Geminado, Rhal —dije con nostalgia—. El Núcleo es el alma de la pareja. Sin esa conexión, el Ancla es una cáscara hueca y vacía que nada podrá llenar jamás. Ten cuidado de no morir. Ni siquiera Praghan merece que le arranquen el alma.

El suave jadeo de Lhor detrás de mí me hizo volverme hacia él. Se levantó de la silla, con una mirada tan llena de compasión que se me hizo un nudo en la garganta.

—Eres un Ancla —susurró Lhor, dándose cuenta de lo que en realidad yo no tenía intención de revelar—. Me has vuelto a llamar Rhal. Él es... Él era tu Gem. ¿Verdad?

El repentino dolor que me desgarró el pecho fue casi demasiado para soportarlo. Me aparté de él para ocultar el sufrimiento de mi rostro. Apoyado en el alféizar de la ventana, inspiré profundamente varias veces, intentando aplastar la abrumadora sensación de devastación que me invadía. Hacía años que no sentía la pérdida de mi Geminado tan salvajemente.

Los suaves pasos de Lhor se acercaron a mí antes de que su reconfortante mano se posara en mi hombro. No debería tocarme así, pero era exactamente lo que necesitaba.

—Lo siento mucho, Zhul.

—Te sientes como él —dije, parpadeando para alejar el escozor de mis ojos—. Cada vez que estás cerca de mí, casi puedo sentirlo de nuevo. ¿Por qué no morí con él?

—No hables así —gruñó Lhor, obligándome a mirarle a la cara—. Tu Gem desearía que siguieras adelante. No te atrevas a deshonrarle con tales pensamientos.

—No tienes ni idea de lo que es. Él era mi conciencia, mi corazón. Rhal me hizo completo. Ahora, no hay nada más que un vacío.

—Tienes razón. No sé lo que se siente, y gracias a la Diosa nunca lo sabré. Pero si fueras mi Ancla, querría que celebraras la alegría que compartimos en lugar de lamentar los momentos que no tuvimos.

Me tomé un momento para asimilarlo.

—Gracias, Lhor. Hasta ahora, no me había dado cuenta de lo mucho que necesitaba hablar con alguien sobre esto.

—No hay necesidad de darme las gracias, Zhul. Si nuestros papeles se hubieran invertido, yo habría querido que Khel tuviera a alguien con quien hablar.

Se me volvió a apretar la garganta mientras una oleada de calor estallaba en lo más profundo de mi ser. Era casi exactamente como cuando la emoción de Rhal fluía a través de mí.

—Diosa, te sientes como él —dije, con la voz quebrada por el dolor.

Sin mediar palabra, Lhor me estrechó entre sus brazos. Éramos de estatura y complexión similares, lo que le hacía parecerse aún más a Rhal. Le devolví el abrazo. El calor palpitante de mi interior pareció expandirse y crecer y, por un segundo, sentí la presencia de Rhal. En ese breve instante, volví a estar completo.

El sonido de la puerta al abrirse nos sobresaltó.

—¿Qué coño está pasando aquí? —dijo Amalia, con un tono frío y duro.

Estaba en el umbral, mirándonos fijamente. Con las garras opalescentes desenvainadas y la mandíbula apretada, Amalia parecía un depredador a punto de saltar sobre su presa.

Qué sexy.

Lhor me soltó y se acercó a ella.

—¿Dervhen? —preguntó, cuando se dio cuenta de a quién había estado abrazando su compañero. Volviéndose hacia Lhor, le dirigió una mirada en la que se mezclaban la sorpresa, la confusión y los celos.

—¿Garras, mi amor? —dijo Lhor—. ¿Hay alguien en su período?

Eso me golpeó en las tripas. Valena había hablado de su período y yo tenía que hacer algo al respecto.

—Será mejor que lo creas —gruñó Amalia—. Estas garras están a punto de estar en toda tu cara si no empiezas a darme respuestas ahora mismo.

Eso es jodidamente sexy.

Una vez más, deseé que Valena tuviera garras.

—Yo... hmmm —dijo Lhor, antes de lanzarme una mirada incómoda.

Apreció su vacilación al revelar lo que le confié en un momento de debilidad, incluso a su compañera.

—No pasa nada por contárselo. No deberías tener secretos con tu compañera —le dije.

—Será *mejor* que me lo diga a mí —dijo Amalia.

—¿En serio, Lia? —dijo Lhor sonando algo ofendido—. ¿De verdad crees que te engañaría?

—Hasta hace dos minutos, no. ¿Y Dervhen?

—Zhul me acaba de decir que solía ser un Ancla.

—Solía ser... Oh.

Sus ojos se abrieron de par en par, comprendiendo. Toda la agresión se desangró de ella. Sus garras se retiraron y me miró con compasión.

—Lo siento... No me había dado cuenta...

—No os preocupéis, *Seha* Praghan. No podíais saberlo —dije en tono conciliador—. En cuanto a vuestro compañero, no tengo nada contra él. Aunque los tuviera, solo tiene ojos para vos.

Amalia se sonrojó y se apretó contra Lhor. Él le sonrió, sus ojos estaban llenos de tanto amor que ella se derritió en sus brazos. Frotó su nariz contra la de ella antes de besarle suavemente los labios. Ella ronroneó y sus marcas Veredianas se oscurecieron ligeramente. Recordé a Valena y cómo sus marcas se oscurecían bajo mi contacto. El recuerdo de su sabor y el sensual sonido de sus gemidos llenándome los oídos mientras la devoraba hicieron que la sangre se me agolpara en la ingle. Silenciando mis pensamientos errantes, aparté la mirada. Después de lo que había presenciado Amalia al entrar, lo último que necesitaba era que pensara que me estaba excitando jugando al voyeur.

Me aclaré la garganta cuando rompieron el beso y se giraron para mirarme.

—No pretendía robarte tanto tiempo, Lhor. Sin embargo, si me permiten el atrevimiento, hay algo sobre lo que me encantaría preguntarles mientras están aquí.

Amalia ladeó la cabeza, con cara de curiosidad.

—Tengo entendido que ambos tienen conocimientos e interés en la tecnología de la información.

Los dos se pusieron rígidos e intercambiaron una mirada indescifrable antes de volver a centrar su atención en mí.

—Hemos hecho algunas incursiones —dijo Lhor, sin comprometerse.

Se me aceleró el pulso mientras me preparaba para lanzarme al agua. Lo que dijera a continuación podría tener graves repercusiones para todos nosotros.

—Una amiga, muy querida para mí, me ha planteado un problema que está intentando resolver —dije, eligiendo las palabras con cuidado—. Hipotéticamente hablando, si una persona tiene un implante de rastreo que no es detectado por los escáneres del Distrito Capital, ¿cómo lo rastrearías de forma segura, sabiendo que manipular el dispositivo podría ser letal para esa persona?

Ambos adoptaron una expresión seria, sin duda adivinando que esto no era del todo teórico.

—¿Vive esa “hipotética” persona en el Distrito Capital? —preguntó Lhor.

—No. Viaja al Distrito Capital cuatro veces a la semana por trabajo.

—Sin acceso directo a esa persona, intentar diferentes frecuencias de escaneo para eludir el campo de amortiguación sería fatal para ella. En el mejor de los casos, los codificadores del rastreador entrarían en acción, modulando a una nueva frecuencia para esquivar la detección —

dijo Amalia.

—Entonces, ¿necesitarías la frecuencia específica y la identificación del rastreador para poder encontrarlo con seguridad entre los millones de personas que hay en el Distrito Capital? —pregunté, sabiendo perfectamente la respuesta.

—Sí —dijeron los dos a la vez.

—Eso es lo que pensaba. Gracias por la confirmación.

Tras una ligera vacilación, decidí ir a por todas. Seguían sin tener nada contra mí, pero tenía que hacérselo saber de alguna manera. Me crují el cuello para liberar el doloroso nudo que tenía allí.

—Parece que mi pobre amiga no puede tomarse un respiro. Está bastante preocupada por su condición.

—¿Su condición? —preguntó Lhor, rodeando a Amalia con un brazo.

—Al parecer, sufre ataques de agresividad varias veces al año —dije, preguntándome si no estaría firmando mi propia orden de arresto al divulgar demasiado—. Solía tomar algo para ello, pero desde el embargo parece que ya no puede conseguirlo.

Amalia palideció y sus ojos se clavaron en mí cuando comprendió. Se apretó las manos, luchando claramente por contener su propia agresividad.

—¿Cuánto falta para que empiece su período?

Por un momento pensé en fingir que no sabía a qué se refería con “período”, pero ya estaba demasiado comprometido para seguir jugando.

—Cuatro semanas, máximo cinco.

—Hay un té que mi gente bebe para ayudar a calmar su temperamento —dijo Amalia, mientras Lhor le frotaba suavemente la espalda—. Si Lhor trae algunos mañana, ¿podríais dárselos a Valena?

—¿A Valena? —pregunté.

—¿No es así como dijisteis que se llamaba vuestra amiga? —dijo Amalia, con la misma falsa inocencia con la que yo había respondido.

Se me cayó el estómago. Por un momento temí que se me hubiera escapado su nombre, por la forma en que llamaba a Lhor por el nombre de Rhal. Pero después de pensarlo mejor, supe que no lo había hecho.

—En realidad, no he mencionado su nombre. Es una gran admiradora vuestra y de toda vuestra familia, *Seha* Praghan.

Amalia sonrió, aunque no le llegó a los ojos.

—Para responder a vuestra pregunta anterior, sí, puedo llevarle el té —dije, dándome cuenta de que acababa de admitir que sabía cómo llegar hasta Valena. La dura mirada de ambos me decía que se estaban obligando a no reaccionar precipitadamente ante la situación—. Estará muy agradecida por vuestra generosidad. Pero ahora debo marcharme. Te veré mañana, Lhor. *Seha* Praghan, mis saludos.

Me di la vuelta para marcharme, pero Amalia volvió a gritar mi nombre.

—Dervhen, no dejéis que le pase nada.

Le sostuve la mirada, la mía era inquebrantable.

—Como dije, ella significa el mundo para mí. No hay nada que no haga para mantenerla a ella y a mi familia a salvo. Nada.

Con una última inclinación de cabeza, me alejé.



CAPÍTULO 10

—Él sabe dónde está y necesita nuestra ayuda para sacarla —dije, aún estupefacto por lo que acababa de ocurrir.

—No sé si está tratando de conseguir nuestra ayuda o no, pero tenemos que conseguir que Khel y el Detective Gravhin lo arresten —dijo Amalia, alcanzando su comunicador.

—No, Lia —dije cogiéndola de la mano—. No tenemos ninguna prueba.

—¡Pero si casi ha confesado! —dijo mirándome, incrédula.

—Has estudiado suficiente Derecho para saberlo mejor, mi amor —dije, tratando de calmarla —. No ha confesado nada. Zhul soltó indirectas y nos dejó sacar nuestras propias conclusiones. Nada de lo que dijo podría sostenerse en un tribunal como incriminatorio.

Amalia se apartó de mí con un resoplido. El comienzo de su período la estaba volviendo demasiado emocional, pero había algo más importante en juego, y no podíamos echarlo a perder reaccionando de forma exagerada.

—¿Qué pasa entre ustedes dos? —me preguntó, mirándome con desconfianza—. Hace unos días, intentabas convencer a Khel de que Dervhen no tenía nada que ver con las Casas de Sangre, cuando hoy se demuestra claramente que no es así. Luego sale en nuestra defensa por la estúpida moción de Wromhen. Hoy los encuentro fuertemente abrazados como si se quisieran asfixiar entre ustedes. Se tutean e incluso le proteges por encima de Valena. ¿Qué cojones está pasando?

Su voz subía de tono con cada palabra. Me miraba fijamente, y el rápido subir y bajar de sus pechos demostraba su creciente enfado. Me mordí la sonrisa que quería aparecer en mi cara. Era tan cuchi cuando se ponía así. Pero no era el momento de provocarla. Ya había probado sus garras y no tenía ganas de repetir la experiencia.

—Como no tengo hojas de Rehmannia aquí, tenemos dos opciones —Amalia soltó un grito de indignación ante aquel comentario, pero fingí no oírlo—. Una, cerramos esta puerta y bajamos un poco la tensión, tranquilamente. O dos, intentas mantener la calma mientras solucionamos esto, y luego hacemos una pequeña visita al apartamento del centro para encargarnos de esa agresión.

Sus ojos se abrieron de par en par y luego ardieron. Se lamió los labios y se mordió el

inferior mientras lanzaba una breve mirada a la puerta. Sentí que me ponía rígido, sus pensamientos eran fáciles de leer en su hermoso rostro. Las marcas Veredianas de sus brazos se oscurecieron aún más. Si no satisfacíamos sus necesidades en la hora siguiente, más o menos, se volvería loca de lujuria y me violaría. Aquí no era el lugar para eso, aunque la idea me puso aún más duro.

—Nos he comprado un par de juguetes nuevos en el apartamento —dije, endulzando el trato.

—¡Me estás provocando! —dijo dándome un golpecito juguetón.

Sonreí sin el menor remordimiento.

—Te van a gustar... mucho.

—Bien —dijo apretando los dientes—. Vamos al apartamento. Ahora suéltalo antes de que pierda el poco control que me queda y salte aquí mismo para que todo el mundo se entere.

Riéndome, la cogí de la mano y la llevé a la mesa de trabajo.

—No hay nada entre Zhul y yo. Sí, nos tuteamos desde hoy porque me pidió que le llamara Zhul. Habría sido descortés negarme, sobre todo después de cómo salió en nuestra defensa.

Amalia hizo un bonito mohín, con cara de duda. Incapaz de resistirme, besé suavemente sus labios.

—Zhul se topó con nosotros justo cuando Bhek se marchaba —continué—. Pero en retrospectiva, no creo que estuviera delante de mi puerta por accidente. Quería que tuviéramos esta conversación.

—¿Sobre su Gem?

—No. Eso, definitivamente no era su intención. Casi podía sentir su dolor, Lia —por unos segundos, me sentí transportado al momento en que lo abracé. Había algo extraño en ello, como un puente o una conexión que quería formarse entre nosotros—. Ya tendremos tiempo de hablar de eso más tarde, incluso de algunas cosas de las que me informó y de las que Khel y yo podríamos beneficiarnos mucho. Pero creo que Zhul vino aquí para darnos una forma de encontrar la última Casa de Sangre.

—¿El rastreador? —Amalia preguntó—. No podemos usar eso sin dañar al anfitrión, que estoy segura que es Valena.

—Estoy de acuerdo. Pero sigue las pistas que nos dio. Si es Valena, no está retenida en el Distrito Capital, sino que viaja en avión para trabajar cuatro veces por semana.

Amalia asintió, tratando de ver a dónde quería llegar.

—Él ya sabía lo que le íbamos a decir sobre eludir el codificador y tratar de fijar el rastreador a ciegas.

—Exactamente. Entonces, ¿dónde nos deja eso?

—Él no estaba solamente preguntando, mi amor —dije besando la punta de su nariz—. Nos estaba diciendo qué buscar.

—Cierto, pero aún no sabemos la frecuencia ni la identificación del rastreador. Lo que significa que volvemos al principio.

—Si mis sospechas son ciertas, en realidad también nos proporcionó esa información, al "olvidar" convenientemente su datapad sobre mi mesa —dije señalando el aparato.

—¡Oh, Diosa! —dijo Amalia, con los ojos brillantes de emoción.

Como era de esperar, lo cogió con manos ávidas y colocó la palma sobre él. Su rostro adoptó una expresión de profunda concentración mientras utilizaba su habilidad de hacker para burlar el cierre de seguridad y acceder al contenido.

—Estoy dentro —dijo al cabo de unos segundos.

Ambos miramos la pantalla, que se abrió directamente a un programa de seguimiento. Mostraba una vista por satélite del Distrito Capital. Un ligero pulso a la izquierda indicaba que el objetivo estaba fuera de la pantalla. Con un solo movimiento, el punto parpadeante del rastreador se situó en el centro de la pantalla.

Se me cortó la respiración y Amalia se estremeció de emoción. Si esto era lo que pensábamos, la Casa de Sangre había estado delante de nuestras narices, a solo cinco manzanas de la Sala del Consejo.

—Por la Diosa, Lhor —dijo Amalia sin aliento—, podría ser esto. Podría ser el fin de todo esto. ¿Dónde está tu datapad?

Fui a buscarlo a mi escritorio y lo coloqué en la mesa junto al de Zhul, donde Amalia lo había dejado. Puso las manos en cada dispositivo y, al cabo de un minuto, el mismo programa de rastreo se disparó en mi datapad, mostrando la ubicación que creíamos que era la última Casa de Sangre.

Miré a mi compañera con asombro.

—No me extraña que Khel quiera que trabajes para el ejército. Eres increíble.

Su rostro se calentó de placer y se pavoneó ante el elogio. Lo que no añadí fue que no me extrañaba que Gruuk estuviera tan decidido a recuperarla. Las horribles formas en que su antiguo amo había utilizado su habilidad aún la atormentaban. Sin embargo, Khel tenía razón; Amalia podría hacer mucho bien si aprovechara su habilidad al servicio del ejército o la policía. Por mucho que me entristeciera la idea de que dejara de trabajar a mi lado, el último año la había ayudado a superar su sentimiento de culpa. Era solo cuestión de tiempo que Khel cumpliera su deseo. Ninguno de los dos la presionaría, pero yo conocía a mi compañera. Las señales estaban ahí.

—Claro que sí. Por eso me amas —dijo rodeándome el cuello con los brazos.

—No, Lia, esta es solo *una* de las muchas razones por las que te amo.

Ronroneó, apretándose contra mí. Volvimos a besarnos, sus dedos me peinaban el pelo mientras mis manos se deslizaban hasta su trasero y la sujetaban firmemente contra mí. Se me calentó la sangre al mezclarse nuestras lenguas. Necesité toda mi fuerza de voluntad para apartarme de ella y mantenerme firme ante sus gemidos de frustración y sus ojos suplicantes.

—Devolvámosle esto a Dervhen —dije, agitando su datapad, con la voz cargada de deseo—. Luego podemos comprobar esa ubicación. Está de camino al apartamento —añadí, moviendo las

cejas.

—Me parece un buen plan. Vamos —dijo, cogiendo mi datapad y llevándome de la mano.

Un par de minutos después, llegamos al despacho vacío de Zhul. Después de debatirlo un momento, decidimos dejar el datapad en su mesa y subimos a uno de los aerodeslizadores de la Sala del Consejo reservados a los Consejeros. El trayecto hasta nuestro destino fue corto. A pesar del intenso tráfico habitual en el centro político y de negocios del Distrito Capital, la circulación era siempre fluida gracias a la conducción automatizada obligatoria.

Las calles bullían de peatones. La mayoría eran Norms y Primes Xelixianas. Un puñado de Manchados merodeaba por allí, completamente cubiertos con sus capas con capucha para ocultar la enfermedad. Otras especies también estaban muy representadas, principalmente Terranos, Aveanos y Dantorianos. Los atuendos de los alienígenas aportaban el único color a una ciudad de rascacielos totalmente blancos que brillaban suavemente bajo nuestros dos soles.

A medida que nos acercábamos a nuestro destino, Amalia cerró los ojos y se concentró. Utilizó su segunda capacidad psíquica de previsión. Le permitía echar un vistazo a los próximos cinco a veinte minutos del futuro de su objetivo. Solo necesitaba haber visto a esa persona una vez o tener una imagen clara de ella para poder fijarse en ella. El único problema era que el objetivo debía estar en un radio de 400 metros. Sin embargo, cuanto más conocía a alguien, mayor era la distancia que podía alcanzar. La última vez que lo comprobamos, podía localizarnos a Khel y a mí en un radio de hasta 400 metros.

En este momento, estaba tratando de fijar a Valena. Por su ceño fruncido, no lo estaba logrando. Nos estábamos acercando al lugar, a una distancia suficiente para que pudiera establecer contacto. Se me encogió el corazón al darme cuenta de que eso significaba que el rastreador no estaba en Valena.

El rostro de Amalia se iluminó de repente y una amplia sonrisa se dibujó en sus labios carnosos. Me animé y recobré la esperanza. Aunque yo también quería ver a todas las hembras liberadas, para Amalia significaría mucho liberar a la única otra Verediana de Xelix Prime, además de su gran madre, Maheva.

Cuando nuestro aerodeslizador se detuvo en un aparcamiento provisional frente al edificio, Amalia salió de su campo de visión. Parpadeó y volvió a concentrarse en el aquí y el ahora.

—Valena está allí, ahora mismo —dijo Amalia—. Tienen clientes bebiendo.

—¿Puedes verlos? ¿Puedes identificar a los cabrones? —pregunté, mi excitación estaba en aumento.

Amalia negó con la cabeza, con una expresión triste en el rostro.

—No. Valena es casi ciega. Solo veo siluetas borrosas.

Por supuesto, eso habría sido demasiado fácil.

Al mirar el edificio, reconocí el Centro de Convenciones del Distrito Capital. El enorme recinto de exposiciones y conferencias era una de las joyas arquitectónicas del distrito. Muchos eventos intergalácticos, ya fueran culturales o políticos, se celebraban aquí. Qué audacia dirigir

la Casa de la Sangre en un lugar tan concurrido y seguro. Al mismo tiempo, tenía mucho sentido —nadie cuestionaría el intenso tráfico de transbordadores y personas de todo tipo que entraban y salían del edificio a cualquier hora del día.

Su frente volvió a arrugarse.

—Pareces preocupada —le dije—. ¿Qué te pasa?

—Tardé demasiado en fijarme en ella. Cuando pude, ya estábamos casi encima del edificio. Debería haber conectado con ella a dos manzanas de aquí. Ningún campo perturbador ha alterado nunca esta habilidad, así que no estoy segura de lo que pasa.

Asentí.

—A mí también me pareció extraño. Pero creo que sigue siendo un problema de distancia —sonreí ante su mirada de sorpresa—. Este lugar es demasiado público para que la Casa de Sangre funcione dentro de uno de los salones principales. Sin embargo, el aparcamiento subterráneo es muy profundo, con varios ascensores privados especialmente para diplomáticos y embajadores extranjeros. Apuesto a que la Casa de Sangre es una sala en los niveles subterráneos más bajos, con acceso directo a uno de esos ascensores privados.

—Eso tiene sentido —otro aerodeslizador se detuvo detrás de nosotros—. Salgamos de aquí antes de que llamemos la atención —dijo Amalia, preparando el coche para llevarnos a nuestro apartamento del centro.

—Suena bien —dije, llamando a Khel y Ghan para ponerlos al corriente.



CAPÍTULO II

VALENA

Estaba emocionada de ver a Zhul cuando me recogió en el último punto de encuentro. Primero, porque si escuchaba otra insípida insinuación de Chem, me pegaría un tiro en la cabeza. Segundo, porque me moría por saber cómo había ido su reunión con Lhor. Y tercero, porque era Zhul—mi Zhul—y me hacía todo tipo de cosas deliciosamente inapropiadas, física y mentalmente. Me encantaba estar con él. Su hermosa mente era como una droga para mí. Quería conocer cada uno de sus pensamientos, sentimientos y emociones todo el tiempo. Y la forma en que me veía, pensaba en mí... Incluso ahora, quería alcanzarlo y tocarlo.

Cuando descubra que has estado violando su mente...

El corazón me dio un vuelco y aplasté el pensamiento. La familiar sensación de malestar hizo que mi estómago se revolviera como agua revuelta. Necesitaba contarle a Zhul sobre mi habilidad. Cuanto más tiempo pasara, más difícil sería y más se enfadaría. La confianza era muy importante para Zhul. La traición de su madre a su pareja y a su familia lo había herido gravemente. Tenía poca fe en las hembras. A pesar de eso, se estaba abriendo a mí de una manera que nunca había hecho con ninguna otra hembra. Eso lo asustaba. Zhul temía que tarde o temprano lo traicionaría. Y sin embargo, dio ese salto de fe por mí.

Miré su noble perfil mientras volaba en el transbordador de vuelta a casa. Una mirada de tristeza persistía en su rostro. A menudo tenía esa expresión cuando creía que nadie le miraba. Me di cuenta de lo callado que había estado desde que me recogió. La silueta marfil de la casa se perfilaba en el horizonte, así que decidí retener ese pensamiento hasta que estuviéramos en casa. Después de aterrizar, me llevó dentro agarrándome de la mano. Un millón de pensamientos me asaltaron y vacilé bajo sus embestidas.

"¿Por qué me devolvieron el datapad tan rápido? ¿No les he hecho llegar el mensaje? Diosa, su mano se siente tan suave en la mía. Todo en ella es suave. Maldición, quiero estar dentro de ella. Me gustaría que pudieras conocerla, Rhal. Te encantaría. Ella es tan perfecta. Ella me hace feliz. ¿Pero descubrieron el rastreador? ¿Praghan va a arrestarme?"

Aunque me calentaba que pensara en mí, su mente nunca había estado tan desordenada. Los pensamientos de Zhul solían ser muy organizados y metódicos, como él.

En cuanto la puerta se cerró tras nosotros, me estrechó entre sus brazos y me abrazó con tanta fuerza que apenas podía respirar. Respirando entrecortadamente, lo rodeé con mis brazos y apoyé mi cara en el pliegue de su cuello. Él hundió la cara en mi pelo, aspirando su aroma. Permanecimos en silencio, con su corazón latiendo suavemente en mi oído. Me picaban las manos por buscar algo de piel desnuda, por atiborrarme de nuevo de sus pensamientos y comprender lo que le atormentaba.

Me resistí.

Sería difícil, pero necesitaba liberarme, por el bien de los dos. Cuando me soltó, mis ojos buscaron los suyos.

—¿Qué te pasa? —susurré—. ¿Qué te preocupa?

—Lo siento, todo está bien —dijo Zhul. Sonrió, aunque un poco de tristeza permanecía allí. Acarició mi mejilla y besó suavemente mis labios—. Te he echado de menos. Deja que me dé una ducha rápida y luego te lo cuento todo mientras nos preparo la cena.

Fruncí los labios y una vez más luché contra el impulso de tomar lo que quería saber. En lugar de eso, asentí y le solté. Al igual que él, me duché, feliz de quitarme el vestido de esclava que me picaba. Me puse un vestido de seda Dantoriano que Zhul me había comprado. Su brillante tela blanca y dorada favorecía mi piel oscura y se ajustaba a mi figura en todos los lugares adecuados.

Moviendo los dedos de los pies, me debatía entre ponerme o no un par de cómodas sandalias —otro regalo de Zhul. Me encantaba estar descalza; me recordaba a mis primeros días despreocupados en el recinto donde crecí bajo los cuidados de mi madre.

Eso me ayudó a decidir.

De vuelta a la cocina, se me hizo agua la boca al sentir el delicioso aroma que me hacía cosquillas en la nariz. Me apoyé en el marco de la puerta, observando cómo se movía eficientemente mientras cocinaba una carne blanca que supuse que eran pechugas de khelfis fileteadas.

Zhul era un macho muy apuesto. Además de un rostro atractivo, poseía un cuerpo para morirse. Era alto y delgado, con un trasero redondo, pero firme para ser agarrado. Aunque sus músculos estaban bien definidos, no abultaban ni le hacían voluminoso.

El atuendo tradicional Prime de Zhul, consistente en unos pantalones cortos hasta las rodillas que le abrazaban perfectamente el trasero y una camisa sin mangas ceñida al cuerpo, daba a una hembra mucho por lo que babear. Solo deseaba que no vistiera siempre de blanco o plateado. La miserable obsesión de los Xelixianos por la “pureza” era una auténtica mierda. Me encantaría ver algo de color en Zhul. Diablos, la ropa negra se vería increíble en él. Pero ningún Prime se dejaría convencer para usar eso.

—¿Te gusta lo que ves?

La voz divertida de Zhul me sacó de mis cavilaciones. Me miraba por encima del hombro, con una sonrisa juguetona en los labios. Se me calentaron las mejillas al verme mirando su

trasero. Dejando a un lado mi vergüenza, levanté la barbilla y me pavoneé hacia él.

—De hecho, sí.

Se rio entre dientes y me rodeó con un brazo mientras daba la vuelta a la carne en la sartén.

—Huele muy bien —dije, inclinándome hacia él.

Me acarició la oreja y me mordió suavemente el lóbulo.

—Tú hueles aún mejor.

Me sentí bien. Zhul se sentía bien. Había eliminado la palabra "felicidad" de mi vocabulario hacía más de una década, pero aquí y ahora, podía sentir cómo florecía de nuevo en mi interior. Quería esto y mucho más con él. Primero teníamos que deshacernos de Varrek.

Cediendo a la tentación, dejé que mi mano se deslizara por su espalda hasta la curva perfecta de su trasero y le di un apretón. Un gruñido ronroneante retumbó en su pecho. La plata líquida de sus ojos se oscureció al centrarse en mis labios.

—Cuidado, cariño, o esta noche no me daré un festín de khelfis.

El estómago me dio un vuelco mientras la humedad se acumulaba entre mis piernas. Recordaba muy bien la maestría con la que Zhul "festejaba". La carne chisporroteó y saltó en la sartén, llamando su atención.

Le di un último apretón en el trasero.

—Tal vez sea yo la que se dé un festín —le susurré al oído.

La respiración agitada de Zhul me hizo soltar una risita. Me di la vuelta y me dediqué a poner la mesa. No era tanto por ayudar, sino para ocultar mi cara ardiente. A Zhul le gustaban las hembras asertivas que no pedían permiso para tomar o expresar lo que querían. La sensación de poder me estimulaba. Actuar así de atrevida me hacía sentir deliciosamente traviesa. Pero a pesar de mi arrogancia, aún me faltaba experiencia y me sentía muy cohibida.

En la cocina resonaba el sonido de las cuchillas mientras Zhul cortaba con pericia las frutas y verduras que iban a formar parte de la ensalada. Traje una botella de vino Xelixiano. La bebida azul era traicionera; su sabor agridulce, aunque agradable al paladar, ocultaba sus fuertes propiedades alcohólicas. Nunca había probado el alcohol antes de mudarme con Zhul y medio vaso bastó para ponerme eufórica.

Zhul puso dos hermosos platos sobre la mesa. Sentado a mi lado, nos sirvió vino, mientras me hacía un rápido resumen de la reacción de Lhor y Amalia a sus revelaciones. Que se refiriera a mí por mi nombre nos tenía a ambos convencidos de que seguirían todas las pistas para liberarme a mí y a las demás cautivas. Sin embargo, le preocupaba lo rápido que le habían devuelto el datapad. Incluso un experto en cifrado habría tardado un rato en descifrar su código.

Sabía de la capacidad de hackear de Amalia. Varrek envidiaba a menudo a la mascota favorita de su padre, diciendo todo lo que podría hacer con tales habilidades a su disposición. Pero no podía decírselo a Zhul sin levantar sospechas sobre mi propio don—o mi maldición, según se mirara. Una vez más, la inquietud se retorcía y se enroscaba en mi vientre. Tenía que encontrar la forma de confesar, y pronto.

Mi mirada recorrió la generosa porción que había en mi plato. Me encantaban las ensaladas y Zhul tenía un toque mágico con ellas. Frescas rodajas de ryspak me guiñaron un ojo entre la variedad de coloridas verduras.

—¿Los Xelixianos tienen alguna vez una comida que no incluya ryspak? —pregunté antes de meterme en la boca un bocado de la ensalada dulce y salada.

Zhul me miró como si me hubiera salido un tercer ojo en medio de la frente.

—¿Por qué íbamos a hacer eso? ¿No te gusta el ryspak? —sonaba ligeramente preocupado.

—Sí que me gusta. Es muy sabroso. Me gusta su dulzor ácido. Solo tengo curiosidad por saber por qué los Xelixianos lo incluyen en todo. ¿Te enfermarías sin él?

Sus hombros perdieron la tensión. Me pregunté por qué le parecía tan importante que me gustara el ryspak.

—No lo sé, la verdad —dijo—. En realidad, aparte de pasar por el síndrome de abstinencia, dudo que a un adulto le hiciera daño prescindir de él. Nos encanta el ryspak —sonrió burlonamente—. Sin embargo, es esencial para el crecimiento de un niño Xelixiano. Una hembra puede abortar si no consume grandes cantidades de ryspak durante el embarazo. Hasta los cinco años, los niños Xelixianos también deben comer mucho para desarrollarse correctamente. Sin él, suelen morir.

Se metió un trozo de ryspak en la boca, masticando con evidente placer. En mi mente flotó la imagen de un joven Zhul con marcas Veredianas atiborrándose de la fruta roja. Se me revolvió el estómago.

—No sabía que fuera tan importante —susurré.

—Los frutos de ryspak poseen poderosas propiedades anabólicas —dijo Zhul, mientras cortaba su carne—. Por eso tiene tanta demanda en las industrias farmacéuticas de toda la galaxia. Es el núcleo de la economía Xelixiana y la razón por la que las tierras no Manchadas son tan codiciadas.

—¿Por eso te cae tan mal el General? —pregunté en voz baja, esperando no enfadarle—. Porque posee las mayores tierras vírgenes de todo Xelix Prime.

Zhul arrugó la nariz como si hubiera olido un mal aroma. Se limpió la boca y bebió un sorbo de vino.

—No. No me desagrada por sus tierras. Obviamente, me encantaría hacerme con ellas. ¿A quién no? —Zhul se encogió de hombros—. No me cae bien por la forma en que trata a Lhor.

Parpadeé, sorprendida. Era la última respuesta que esperaba oír. Por la amplia cobertura mediática de la familia Praghan-Kirnhan, no parecía haber más que amor entre todos ellos.

—¿Cómo trata a Lhor?

Reflexionó un momento sobre la respuesta. La mirada triste de antes volvió a su rostro y, una vez más, contuve el impulso de cogerle la mano y leerle la mente.

—¿Sabes lo que son los Geminados?

¿Y eso qué tiene que ver?

Asentí con la cabeza y le di otro bocado a la ensalada.

—Khel y Lhor son Geminados.

Mis ojos se abrieron de par en par.

—¿Qué? Creía que los Geminados eran siempre idénticos.

Zhul resopló.

—Y estarías en lo cierto. Pero esa familia nunca hace nada como los demás.

Sonreí, totalmente de acuerdo con él en eso. Aunque no se lo admitiría, era una gran admiradora de esa familia.

—Como Ancla, la responsabilidad de Khel es mantener a Lhor a salvo. Eso significa mantenerse a salvo a toda costa.

Asentí lentamente. Siempre me pareció terrible que el Núcleo dependiera tanto del Ancla.

—Aunque hoy he descubierto que Khel no era tan insensible hacia las necesidades de Lhor como siempre había pensado. Sin embargo, sigue sin hacer lo correcto por él. Praghan puede ser un General brillante, pero debería dimitir o limitarse a un trabajo de oficina. En cada misión pone en peligro la vida de Lhor.

Ladeé la cabeza, frunciendo ligeramente el ceño.

—Pero el ejército es su pasión. Recuerdo bien durante su entrevista cómo decía que ese había sido su sueño desde niño.

—Eso es irrelevante —gruñó Zhul.

La mordacidad de su voz me sobresaltó. ¿Por qué este asunto le apasionaba tanto?

—Un Ancla antepone las necesidades de su Núcleo a las suyas propias. No aceptamos carreras ni actividades que nos pongan en peligro.

Por fin comprendí.

—¿No aceptamos? —pregunté en voz baja.

El dolor y la pena grabados en su rostro me clavaron un cuchillo en el pecho. Le agarré de la mano que tenía sobre la mesa. Sus dedos me aferraron con fuerza. Por mi mente pasaron imágenes de un joven risueño de pelo negro y ojos plateados. Una vez más, sentí esa extraña llamarada en la parte hueca de él.

Los ojos de Zhul adquirieron una mirada lejana.

—Rhal era mi corazón, mi conciencia, la mejor mitad de mí. Y le fallé —sus ojos volvieron a centrarse en mí. Contenían tanto dolor que sentí mi propia punzada—. Dejé morir a mi Núcleo.

El tsunami de pensamientos y emociones que se agolpaban en su mente era demasiado para ordenar e hizo que me doliera la cabeza. Me levanté de la silla y acorté la distancia que nos separaba. De pie junto a su silla, le peiné el pelo con los dedos y apreté su cabeza contra mi pecho. Me rodeó con los brazos y nos abrazamos en silencio. Le pasé suavemente la mano por la espalda, con la esperanza de tranquilizarle. No necesitaba que le dijera nada. Me subió a su regazo y la silla crujió bajo nuestro peso combinado.

—A Rhal y a mí nos encantaban la velocidad y los deportes extremos —dijo Zhul en voz

baja—. Debido a nuestro vínculo, teníamos mucho cuidado con los tipos que practicábamos. Escalar paredes era uno de nuestros favoritos. Papá construyó un muro especialmente para nosotros en el patio trasero. Rhal me pasaba la cuerda. Estaba a medio camino de la pared cuando una manada de rhomaks salvajes atravesó la propiedad en estampida.

Su voz se quebró al sentir un violento escalofrío. Mi palma le frotó el pecho con un movimiento tranquilizador. El bulto de su garganta se agitó al tragar.

Aunque bastante grandes, los rhomaks eran en su mayoría criaturas inofensivas y pasivas, criadas en granjas como una de las principales fuentes locales de carne. Su versión salvaje, sin embargo, era totalmente distinta. Las bestias porcinas poseían colmillos largos y ligeramente curvados junto a sus poderosas mandíbulas llenas de dientes como cuchillas.

—No pudimos volver a la casa a tiempo, así que le dije a Rhal que trepara. En su pánico, seguía resbalando. Descendí en rápel para intentar ayudarle, pero nos alcanzaron demasiado rápido. Se agarraron a la cuerda y tiraron de él. La forma en que cayó...

Me dolía por él. Le acaricié la mejilla antes de besársela suavemente. Me abrazó con fuerza.

—Se rompió el cuello. En cierto modo, fue una bendición de la Diosa que no sintiera nada —Zhul respiró entrecortadamente—. No vi lo que pasó después. Su muerte me destrozó. Oí un rugido salvaje antes de que un dolor devastador me desgarrara. Sentí como si una cuchilla gigante me partiera por la mitad. Lo último que recuerdo fue caer.

Zhul apoyó la frente contra la mía y cerró los ojos. Le acaricié suavemente el pelo, dándole el tiempo que necesitaba para superar su dolor.

—Al parecer, me desmayé por el dolor de perder a Rhal. Me abrí la cabeza al caer y acabé en coma. Mi cavas, Zhenax, me salvó la vida matando él solo a la mitad de la manada y ahuyentando a los demás.

Zhul rodó los hombros. Le masajeé suavemente los duros nudos de la nuca para liberar algo de tensión. Me dedicó una sonrisa triste, pero agradecida.

—Me desperté dos meses después en el hospital. Para entonces, mi padre había diezmado la fauna salvaje en kilómetros a la redonda de la hacienda. Nunca entendimos muy bien qué llevó a la manada a la propiedad. Nunca había ocurrido antes. Ni siquiera pude despedirme de Rhal antes de su funeral.

—Lo siento mucho, Zhul.

—No lo sientas. En cierto modo, eso también me salvó.

Retrocedí ligeramente, y mis ojos se clavaron en los suyos.

—¿Cómo así?

—Los médicos creen que el coma impidió que me volviera loco. Aunque los Anclas sobreviven físicamente a la muerte de su Gem, la mayoría pierden la cabeza o se convierten en sombras de sí mismos. La última vez que lo comprobé, seguía siendo el único sin Núcleo que no estaba encerrado en un psiquiátrico.

—Entonces es una bendición —dije, acunando su cara entre mis manos—. Sea cual sea el

futuro que nos espera, no podría imaginarme no conocerte nunca.

Parte de su tristeza desapareció y su rostro adoptó una expresión increíblemente suave.

—Ni yo a ti.



Hoy ha sido un día libre no deseado. Normalmente, debería haber sido mañana. Al principio temí que Varrek se hubiera enterado de una posible redada y me hubiera retenido en casa por si acaso. Pero cuando me dijo que fuera a trabajar al día siguiente, respiré un poco más tranquila. Ahora, solo podía esperar que la redada no ocurriera hoy, en mi ausencia, una vez más. Por desgracia, Zhul tenía que trabajar y se había marchado hacía un rato. Tenía ganas de llevar a Tharin a dar un paseo, pero el jardinero pasaría por aquí hoy. Con suerte, vendría temprano para que no tuviera que esconderme en casa todo el día.

Sin saber qué hacer, decidí conectarme al ordenador de Zhul e investigar un poco sobre los Geminados Korletheanos. En su caso, ni el Núcleo ni el Ancla morían si el otro lo hacía. Tampoco se volvían locos. Averiguar algo sustancial sobre los Korletheanos resultó mucho más difícil que intentar encontrar información actualizada sobre los Xelixianos. La reclusiva especie mantenía un estricto secreto sobre todo lo relacionado con ellos mismos.

Tras la caída de su imperio, debido a guerras internas, la facción derrotada abandonó Korlethea y se dispersó. Pronto fueron perseguidos por esclavistas, principalmente del Cuadrante Este, y al igual que las Veredianas, fueron esclavizados por sus poderosas habilidades psíquicas. Algunos esclavistas intentaron invadir Korlethea, pero la población se unió y rechazó los ataques. Sin embargo, los Korletheanos, ya debilitados, sufrieron grandes pérdidas. Después, se cerraron al resto de la galaxia y mostraron una agresividad extrema hacia cualquier nave alienígena que se acercara a su planeta.

Me sorprendió entonces que los Tuureanos adoptaran un comportamiento similar. Esta especie parecida a los ciborgs no mostraba piedad con nadie que violara su espacio y negaba cualquier tipo de acceso a su planeta. Nadie sabía siquiera cómo era la superficie de Tuur. También tenía intención de indagar un poco más en ellos. Su feroz protección hacia Amalia y sus hijos había despertado mi curiosidad.

Estaba a punto de dar por terminado el tema de los Korletheanos cuando un apartado de un estudio sobre especies psíquicas llamó mi atención. El estudio dedicaba una sola página a los Korletheanos y un pequeño párrafo abordaba el caso de los Geminados.

De las tres especies de las que se sabe que nacen Geminados, los Korletheanos son los menos afectados negativamente cuando se produce una muerte en la pareja. De hecho, el superviviente "absorbe" en su interior el alma de su Gem moribundo. Las dos mitades así reunidas cambian la personalidad del superviviente para reflejar las esencias combinadas de la pareja. La distancia física en el momento de la muerte es irrelevante: un Gem incorpóreo

siempre encuentra el camino de vuelta. Sin embargo, la fusión de las almas requiere ciertas predisposiciones que se encuentran en personas que utilizan activamente poderes psíquicos. Se ha intentado el entrenamiento mental con los Geminados Xelixianos y Sarenianos, pero ha fracasado. Estas dos especies, por desgracia, carecen de las habilidades psíquicas para formar el puente entre dos conciencias.

Me desplacé por el resto del estudio, pero no había nada más sobre el tema. Frustrada, me mordí el labio inferior, reflexionando sobre aquel párrafo. Planteaba más preguntas de las que respondía. ¿En qué consistía el entrenamiento? ¿Qué ocurría con el alma del difunto si no era absorbida? ¿Podría el superviviente elegir no absorber su otra mitad para conservar su personalidad actual? ¿Cuáles serían las consecuencias? ¿Había un límite de tiempo para realizar la fusión? ¿Podría un tercero hacer de puente?

—Oh, ¡lo siento!

Se me escapó un chillido de sorpresa ante aquella voz inesperada. Me levanté de un salto, me llevé una mano al pecho y me quedé boquiabierta al ver a la atractiva joven que estaba en la puerta del despacho de Zhul. Su largo cabello de ébano y sus ojos verde bosque la delataban como su hermana pequeña, Lelah. ¿Cómo no había oído el aviso de proximidad cuando se acercó a la casa?

—No quería molestar. Zhul dijo que no habría nadie en casa hoy así que, yo...

Su voz se ahogó en su garganta. Sus ojos se abrieron de par en par y su expresión mortificada se transformó abruptamente en una de puro horror.

—¿Lelah? —pregunté, desconcertada por su reacción.

Su mirada recorrió mis hombros, mis brazos y mis piernas. Negó con la cabeza. Con los labios temblorosos, se apoyó en el marco de la puerta. La caja de regalo que sostenía se le escapó de las manos y cayó al suelo con un fuerte golpe.

¿Qué demonios está pasando?

—No, Zhul... no —susurró, con los ojos llorosos—. Lo prometió. Juró que no tenía nada que ver.

¡Ella cree que está involucrado en las Casas de Sangre!

—Lelah —dije, acercándome a ella lentamente como si fuera un animal asustado—, No sé lo que Zhul te prometió, pero es mi amigo. Es mi único amigo.

—¿T… tu amigo? —preguntó—, ¿No es tu carcelero?

—No, cariño. Intenta ayudarme.

Ella respiró entrecortadamente, con los ojos llenos de esperanza y confusión.

—Pero tú eres Verediana....

—Sí —dije, poniéndome frente a ella—. El mismo macho que poseía a *Seha* Amalia solía ser mi amo. Ahora tengo uno nuevo, y Zhul está intentando ayudar a liberarme a mí y a las otras hembras de la última Casa de Sangre.

—¿En serio? —su angustia dio paso al asombro mientras se limpiaba las mejillas con los

talones de las manos. Resopló, intentando recuperar la compostura.

Asentí y sonreí.

—De verdad. Zhul es el macho más increíble que he conocido.

Me devolvió la sonrisa, con los hombros caídos por el alivio.

—Es mi hermano mayor. Siempre ha sido muy bueno conmigo. Pero ha habido tantos rumores, y cuando te vi aquí...

—Lo sé, cariño —dije, arriesgándome a acariciarle la mejilla. Ella no se resistió al contacto —. Pero créeme, antes de conocerlo aquel día que buscabas tu neption, había perdido toda esperanza de ser libre alguna vez.

Lelah echó los hombros hacia atrás y levantó la barbilla. En ese momento, su parecido con Zhul era inconfundible.

—Yo también te ayudaré. Los hermanos Dervhen te liberarán a ti y a las otras hembras.

Mi sonrisa se ensanchó. Era adorable. Me agaché para recoger la caja de regalo y se la devolví.

—Me llamo Valena. Encantada de conocerte.

—El mío es Lelah, pero eso ya lo sabías —dijo arrugando la cara.

—Sí. Eso es porque Zhul habla a menudo de ti. Te quiere mucho.

Las mejillas de Lelah se ensombrecieron y se encogió de vergüenza.

—Yo también le quiero. Por eso me colé para traerle esto —dijo levantando la caja—. Mañana cumple veintiocho años.

Me quedé boquiabierta.

—No lo sabía —susurré.

—No me extraña. Si por él fuera, ni siquiera lo recordaríamos. Pero...

—¿Lelah? —la voz de Nhed llamó desde el pasillo.

Desconcertada, oí el suave sonido de la puerta principal al cerrarse.

—¿Qué le pasa al detector de proximidad? —murmuré para mis adentros.

—¡Oh, Diosa, es mi padre! —susurró Lelah, con la voz tensa—. ¡Debes esconderte!

Sacudí la cabeza.

—No pasa nada. Sabe sobre mí.

Ella retrocedió, con los ojos desorbitados.

—¿Lo sabe?

—Lelah —volvió a gritar Nhed al entrar en el despacho—. Sabes que...

Su voz se entrecortó cuando su mirada se posó en mí. Me miró fijamente, con los labios entreabiertos. Tragó saliva y miró a Lelah, con una expresión preocupada en el rostro.

—Sabes que Zhul no quiere que vayamos a su casa —aunque castigador, su voz era suave dirigiéndose a ella—. Tiene mucha presión en este momento. No deberíamos molestarle.

Con la mirada baja, se mordió el labio inferior.

—Solo le llevaba su regalo. Se suponía que no había nadie en casa.

—Lo sé, pero por algo nos pidió que nos alejáramos —su rápida mirada en mi dirección lo decía todo—. Adelántate, te veré en la casa.

—Sí, Padre —puso la caja de regalo en el escritorio de Zhul y caminó hacia la puerta—. Adiós, Valena. Fue un placer conocerte.

—El placer fue todo mío.

Intercambiamos una sonrisa y se marchó. Volví a mirar a Nhed. No estaba preocupada ni asustada en su presencia. Lo poco que había vislumbrado de su mente la primera vez que nos vimos me mostró lo suficiente; Nhed era un buen macho que había perdido el rumbo. Su dolor y desprecio por sí mismo habían sido desgarradores.

Se aclaró la garganta.

—*Seha* Valena, no sabía que estabais ahora en esta casa. Me alegra ver que estáis bien.

—Gracias, *Sehr*. Zhul nos encontró por accidente en esa casa y no quería que yo viviera allí. Me ha cuidado muy bien desde entonces.

Una pizca de miedo brilló en sus ojos.

—Eso está bien —dijo.

Le dediqué una sonrisa tranquilizadora.

—Zhul no sabe que estuvisteis allí.

Nhed exhaló con fuerza y sus hombros se hundieron. Se me partió el corazón por el apuesto macho mayor. No debía entrometerme, pero tanto él como Zhul sufrían demasiado por su relación arruinada.

—¿Queréis sentaros conmigo un momento? —pregunté, señalando el sofá.

Echó un vistazo por la ventana y se rascó la nuca.

—No sé si debería. Zhul…

—...no llegará a casa hasta dentro de unas horas —interrumpí, con paso decidido mientras caminaba hacia el sofá.

Tras sentarme, palmeé el lugar a mi lado. Le sostuve la mirada hasta que bajó la suya. Con pasos pesados, se acercó a mí y se dejó caer en el sofá. Con los ojos aún bajos, Nhed abrió y cerró la boca varias veces. Me echó un par de miradas antes de armarse de valor para hablar.

—Siento haber participado en vuestra... situación.

Normalmente, debería odiarlo a él y a cualquiera involucrado en la red de esclavistas. Sin embargo, solo sentía lástima por él.

—No sabíais cómo iban a utilizar vuestra ayuda —dije.

—No, no lo sabía —me miró con ojos brillantes—. Por mi honor, el poco que me queda, nunca habría aceptado de haber sabido lo que pretendían.

Le dediqué una sonrisa triste.

—Os creo. Os perdono.

Inspiró bruscamente e inclinó la cabeza. Le observé en silencio retorciéndose las manos.

—Ojalá yo pudiera perdonarme tan fácilmente —murmuró, como para sí mismo. Me miró y

estudió mis rasgos—. Zhul es un buen macho. No se merece todo el dolor que le he hecho pasar.

—*Vos* no os merecéis todo el dolor por el que os estáis haciendo pasar —contraatacé.

Se quedó boquiabierto. Dejé que lo asimilara durante un minuto.

—¿Amáis a vuestra compañera?

Nhed retrocedió y su rostro se apagó.

—Claro que sí —su tono era cortante.

—¿Por qué la queréis?

Frunció el ceño y me miró como si fuera una criatura extraña.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Una muy sencilla. ¿Qué hay en ella que os hace amarla?

Se me quedó mirando un momento, sin palabras.

—Ella... es la madre de mis hijos.

—Sí. Pero eso es solo una función —incliné la cabeza, conteniendo la necesidad de tocarle y leer sus pensamientos. Tenía que elegir el momento adecuado para que no se resistiera—. ¿La amáis por la forma en que los cuida? ¿Ella los ama? ¿Pone sus necesidades por encima de las de ella?

Su ceño se frunció y un músculo se crispó en su sien.

—No estoy seguro de que me guste esta línea de preguntas. ¿Qué sentido tiene?

—Quiero a mi madre porque me hacía sentir especial —dije, ignorando su pregunta—. Siempre me dedicaba tiempo, me contaba historias para hacerme reír o animarme cuando estaba triste. Cuando me hacían daño, ella lo mejoraba. Me abrazaba, me besaba y me arropaba por las noches. Nunca me pregunté si me quería porque me lo demostraba cada día de innumerables maneras. Se aseguraba de que mi barriga estuviera llena y me reprendía cuando hacía cosas malas. La quería porque, aun siendo esclavas en un recinto de cría, hacía todo lo que estaba en su mano para hacerme feliz. Así que os pregunto de nuevo, ¿por qué amáis a vuestra compañera?

Hizo ademán de levantarse. Le agarré de la muñeca y le ordené que se quedara quieto. Parpadeó y obedeció. Su mirada se desvió hacia mi mano, que aún lo sujetaba, pero no dijo nada.

—Por favor —le dije en voz baja—. No intento ofenderos.

—He hecho todo lo que sabía para hacerla feliz.

—Sí, lo habéis hecho. Pero el amor es cosa de dos. No puede ser una persona dando y la otra tomando.

—Es mi deber proporcionar a mi compañera todo lo que necesita.

—Lo que una persona quiere a menudo no es lo que necesita —argumenté—. Pero vuestro deber no es solo para con vuestra compañera. Tenéis un deber con vuestra descendencia y con vos mismo.

Se frotó la cara con la mano libre.

—Solíamos ser tan felices, y entonces...

Su voz se entrecorta y una mirada lejana se dibuja en su rostro. Imágenes de su antiguo yo—

joven, feliz y seguro de sí mismo—inundaron su mente. La expresión de la cara de su compañera cuando le miraba entonces contenía respeto y orgullo. Pero a medida que los recuerdos se sucedían, su mirada perdía lentamente toda calidez, se endurecía y luego se llenaba de desprecio. Cuanto más desprecio le mostraba, más se esforzaba él por recuperar su afecto accediendo a sus exigencias, cada vez menos razonables.

—¿Aquel macho joven y feliz que fuisteis una vez estaría de acuerdo con la forma en que vivís ahora?

Sacudió la cabeza y exhaló un suspiro de dolor.

—Ese joven ya no existe. Ya es demasiado tarde para él.

—Nunca es demasiado tarde para recordar quién sois y empezar a quereros de nuevo.

En algún nivel, lo que estaba a punto de hacer estaba mal. Pero mirando a través de sus pensamientos el daño que su compañera le había causado a él y a su familia, no podía permitir que continuara. Aunque quería decirle que la echara de su vida y olvidara cualquier sentimiento que hubiera sentido por ella, me obligué a dejarle algo de libre albedrío en este lío. En su lugar, planté el pensamiento *"ámate a ti mismo de nuevo y actúa en consecuencia"*.

Lentamente le solté la muñeca. Nhed parpadeó como si despertara de un sueño.

—Lo siento. No pretendía entrometerme ni sermonearos —dije, dedicándole lo que esperaba que pareciera una sonrisa compungida.

Nhed se frotó las crestas de las cejas, idénticas a las de Zhul.

—Por favor, no os disculpéis. Me habéis dado mucho en qué pensar. Sin embargo, la hora se acerca. Mi hijo no apreciaría encontrarme aquí. Podríais...

—No le mentiré a Zhul ni le ocultaré secretos —interrumpí, adivinando lo que pretendía preguntar.

Mentirosa.

No necesitaba que mi conciencia me recordara en cuántos problemas me había metido.

Y cavar ese agujero más profundo, también.

Asintió con la cabeza.

—Por supuesto. Eso es sabio.

Ambos nos pusimos de pie, y él estudió mi rostro una vez más.

—Espero que las cosas se solucionen pronto para vos. Para todos vosotros —dijo Nhed—. Mi hijo es un buen macho. Se merece algo de felicidad. Todos la merecéis.

Con la mano en el corazón, inclinó la cabeza antes de salir.



CAPÍTULO 12

ZHUL

El vuelo de vuelta a casa sin Valena se me hizo interminable. Varias veces me sorprendí a mí mismo moviendo la pierna o golpeando los dedos en mi afán por verla y estar con ella de nuevo. La intensidad de lo que sentía por ella me asustaba.

Siempre he creído que dos personas deberían tardar meses, o incluso años, en conocerse lo suficiente como para comprometerse de por vida. Por eso nunca entendí por qué los Primes, y en menor medida los Norms, entraban ciegamente en la Selección de Unión. ¿Por qué atar el resto de tu vida a un completo desconocido tras una conversación de treinta minutos? Teníamos toda la vida por delante sin la amenaza de la Mancha cerniéndose sobre nuestras cabezas. La mayoría de las Perlas Terranas y Aveanas que asistieron vinieron solo por Primes. Si no conseguían una durante la Selección, normalmente se quedaban en Xelix Prime. Con la ayuda del Bienestar Familiar, se les presentaba en privado a los Primes disponibles hasta que encontraban uno compatible. Entonces, ¿cuál era la prisa?

Sin embargo, mientras aterrizaba en el transbordador y me dirigía a la casa, solo podía pensar en lo mucho que deseaba que Valena me reclamara. Solo nos conocíamos desde hacía una semana, pero si ella me decía las palabras de la Unión, yo aceptaría sin dudarlo.

Y eso me preocupaba.

Los detalles de su pasado seguían siendo un misterio para mí. Incluso su papel real con V no estaba del todo claro. Cada vez que abordaba el tema, se ponía tensa y parecía incómoda, incluso avergonzada. No quería angustiarla, así que dejé el tema. Pero eso puso aún más de manifiesto que no sabía mucho sobre Valena o su gente. Solo sabía cómo me sentía estando con ella.

Una vez más, me recibió en la puerta. Descalza, con el pelo largo cayendo en cascada por su voluptuoso cuerpo enfundado en un vaporoso vestido blanco, era una visión de la perfección. Se arrojó a mis brazos. Nuestros dientes chocaron y nuestras bocas se fundieron en un beso hambriento. Mis manos se deslizaron hasta su trasero y la levantaron. Valena me rodeó con los brazos y las piernas. Sin romper el beso, la llevé por el pasillo sin rumbo fijo.

Valena jugueteó con mi camisa, sacándola de mis pantalones, y el calor abrasador de sus palmas cubrió la piel desnuda de mi espalda. Mi polla respondió con una sacudida. Se engrosó y

alargó cuando Valena se frotó contra mí. Me detuve a mitad de camino, me giré y la apoyé contra la pared. Rompiendo el beso, le chupé el labio inferior y le di suaves pellizcos en la mandíbula. Sus marcas se oscurecieron cuando mi lengua trazó el elegante dibujo desde su cuello hasta la suave curva de sus hombros.

—Zhul…

Pronunció mi nombre en un susurro estrangulado seguido de un profundo gemido. Inclinó la cabeza contra la pared, exponiendo su cuello a mi boca errante. Le chupé el cuello y ella me clavó las uñas en la espalda. El gozoso pinchazo me provocó una oleada de placer hasta los huevos. Acaricié mi polla palpitante contra su vientre.

—Sí, más deprisa —dijo, rastrillando sus uñas por mi espalda.

Suspiré y gruñí mientras reclamaba su boca. Feliz de obedecer, aceleré el ritmo y rechiné la entrepierna contra su calor. Pequeñas gotas de sudor me hacían cosquillas en la frente, mientras un furioso fuego crecía en mi vientre. Valena se estremeció entre mis brazos; estaba cerca del clímax. Aceleré aún más el movimiento, con las manos en sus nalgas apretándola más contra mi polla. Me tragué su grito mientras su cuerpo se estremecía bajo los espasmos de la liberación. Segundos después, un rayo me alcanzó en la base de la columna vertebral y estalló en una constelación de descargas eléctricas por todo el cuerpo.

Me temblaron las piernas y casi me desplomé contra ella. Apoyé una mano en la pared para mantenerme—mantenernos—en pie. Ella bajó las piernas y me abrazó.

—Vaya —dije, luchando por recuperar el aliento—. Sí que sabes recibir a tu macho en casa.

Soltó una risita y escondió la cara en mi cuello.

—Es un poco tarde para ser tímida, amor —bromeé, suavemente.

Sus dientes me mordisquearon el cuello, no lo bastante como para marcarme, pero lo suficiente como para que yo—y mi polla—nos estimuláramos.

—¡Ay! —dije, con falsa indignación, mientras la sangre volvía a mi ingle.

Ella me miró, con una sonrisa de satisfacción en el rostro.

—Seré tímida si quiero.

No quiero que seas tímida. Soy tuyo si quieres.

Se lamió los labios. Algo parecido a la vacilación parpadeó en sus ojos antes de adquirir un brillo envalentonado.

—Y seré atrevida cuando quiera —dijo, agarrándome la polla y apretándomela.

Me quedé sin aliento. No me lo esperaba, pero me encantó. Sujetándola por la nuca, acerqué su cara a la mía y separé nuestros labios unos centímetros. Me miró fijamente, desafiante, y me apretó el pelo con la otra mano con tanta fuerza que me escocía. Gemí cuando me frotó la polla con la palma de la mano.

—Eres mío, Zhul Dervhen.

Diosa, es perfecta.

A pesar de mi reciente clímax, me sentí endurecer de nuevo bajo su tacto.

—Sí. Y yo soy tuyo.

Valena sonrió y tiró de mi cabeza hacia la suya. Nuestro beso fue lento y tierno. Ya no había duda de que era mía. Esperaba que pronto lo hiciera oficial. Se estremeció y me soltó. Por un instante, pensé que parecía preocupada. Luego me miró la entrepierna con una sonrisa burlona en los labios.

—Alguien ha hecho un poco de lío —dijo.

Me reí avergonzado por la mancha de humedad en mis pantalones y camisa blancos.

—Es culpa tuya.

—Por supuesto —sonrió.

—Eres una amenaza —le di un beso en la frente y me dirigí a las escaleras—. Necesitaba ducharme de todos modos. Piensa qué te apetece comer —dije por encima del hombro—, y veré qué puedo hacer al respecto.

Subí las escaleras de dos en dos y me dirigí a mi dormitorio. Le eché un vistazo superficial y por primera vez me pregunté qué pensaría de él una hembra. Más concretamente, qué pensaría Valena.

Liso, descolorido y aburrido.

No era un maniático de la limpieza, pero me gustaban las cosas ordenadas y funcionales. Funcional... eso describía perfectamente mi dormitorio. Paredes blancas, baldosas blancas, una cama grande, una amplia cómoda y una mesa de trabajo resumían el contenido de mi habitación. Al menos, los muebles eran de color gris oscuro.

Habrían sido blancos si ese color no hubiera estado agotado.

Diosa, efectivamente habrían sido blancos. Hasta ahora, nunca me había dado cuenta de lo vacío que estaba aquel gran espacio. El color pálido lo hacía parecer aún más grande. Con un suspiro, entré en el espacioso vestidor construido con secciones para él y para ella en caso de que tomara una compañera. Se abría a la sala para refrescarse. De nuevo, más paredes y suelos blancos y relucientes me saludaron en ambas zonas.

Al menos a Valena le gustan los suelos con calefacción.

Era un pequeño consuelo. Tiré la ropa sucia al cesto de la ropa para lavar y me metí en la ducha. Mientras me lavaba con rapidez, observé la amplia bañera empotrada que tenía enfrente. A las hembras les gustaban los baños de burbujas. Me imaginé en aquella bañera, con Valena sentada frente a mí, las burbujas pegadas a su piel cobriza y resbalando sobre sus marcas. Levanté la cara hacia el chorro de agua, intentando ahuyentar la visión.

Debería estar aquí conmigo.

Era tradición que los compañeros Xelixianos se ducharan o bañaran juntos—o más exactamente, que se lavaran mutuamente. Lo considerábamos un ritual purificador. Casi le había pedido que me acompañara, pero habría sido demasiado atrevido. Valena aún no me había pedido la Unión. Hasta entonces, tendría que esperar. La idea de que se duchara conmigo se superpuso al recuerdo del saludo de bienvenida de hoy. Las imágenes de la piel bronceada de

Valena contra los azulejos blancos de la ducha invadieron mi mente. Con sus piernas rodeándome la cintura, la penetraba sin descanso mientras el vapor nos envolvía.

—¡Por la Sangre de Gharah! —lurmuré entre dientes.

Mi polla estaba aún más dura que la primera vez que entré en la ducha. Cerré el grifo, me sequé rápidamente y colgué la toalla para secarme. Después de coger una camisa y unos pantalones limpios, me dirigí al dormitorio para coger ropa interior limpia.

La visión que me esperaba me paró en seco.

Estaba en medio de mi habitación, descalza y envuelta en una toalla. Mechones húmedos de pelo brillante se arremolinaban alrededor de las marcas de sus hombros. Con los dedos jugueteando con el dobladillo de su improvisado vestido, la mirada hambrienta de Valena me recorrió. Cuando llegó a mi entrepierna, sus ojos se abrieron ligeramente y se mordió el labio inferior. Entonces recordé que estaba completamente desnudo y que tenía una erección furiosa.

Mi piel se ruborizó y sujeté torpemente la ropa que tenía entre las manos frente a mi erección. Me aclaré la garganta.

—¿Necesitas algo, cariño?

Sabía lo que esperaba que dijera.

—Sí —dijo con voz delgada—. Te deseo… Te necesito a ti.

La oleada de lujuria que se desató en mi interior hizo que casi se me doblaran las rodillas. Di un par de pasos vacilantes hacia ella.

Volví a encontrar mi voz y le dije,

—¿Estás segura, Valena? No tenemos que...

—Sí —interrumpió ella, con voz más firme—. Sí, estoy segura.

Sus manos soltaron el “dobladillo” de la toalla y desataron el nudo que la sujetaba por encima de sus pechos. La toalla se deslizó por su cuerpo y cayó a sus pies. Su belleza me dejó sin aliento. El cuerpo de Valena era perfecto. Sus pechos llenos de pezones impertinentes me llamaban. Desde su vientre plano me guiñó el ombligo más bonito que jamás había visto. Me hipnotizó el delicado triángulo de su sexo desnudo en el vértice de sus largas y torneadas piernas. Al igual que los Xelixianos, las Veredianas carecían de vello corporal.

Me di cuenta de que la ropa se me había escapado de las manos cuando oí el ruido sordo de la tela al caer al suelo. Desechándolas, acorté la distancia entre Valena y yo. Le cogí la cara con las manos y ella me rodeó las muñecas con las suyas.

—Eres tan hermosa —susurré.

Su risa nerviosa resonó en la habitación. Me soltó las muñecas y se acurrucó contra mí. La rodeé con los brazos. Diosa, sentir su piel desnuda y cálida contra la mía me ponía los nervios de punta. Era tan suave, su cuerpo se alineaba perfectamente con el mío.

La sensación de sus labios en mi cuello y de sus pechos en mi pecho avivó el fuego interior que aún no se había apagado. Necesité toda mi fuerza de voluntad para apartarme de ella. Me miró sorprendida.

—Valena, tienes que estar segura. Una vez que seas mía, no habrá vuelta atrás. ¿Lo entiendes?

Busqué sus ojos, temiendo que mis exigencias pudieran asustarla. Ella sonrió.

—Sí, lo entiendo.

—Lo digo en serio, Valena —no podía haber ningún malentendido entre nosotros—. No solo quiero una aventura contigo. Quiero todo de ti. Para siempre.

Su sonrisa se ensanchó. Parte de mi tensión desapareció.

—No quiero a ningún otro macho que no seas tú, Zhul. Ahora o después. Eres todo lo que siempre he querido.

La felicidad floreció en mi pecho. Esto sería más que suficiente por ahora. La levanté en mis brazos y la llevé a la cama.

La tumbé y me subí encima de ella, colocándome entre sus piernas separadas. Nos besamos profundamente mientras nuestras manos se exploraban mutuamente. Mis labios siguieron el rastro de su cuello hasta sus pechos. Succioné un pezón y sentí cómo se endurecía contra mi lengua. Me encantaba lo sensible que era a mis caricias. Me ponía aún más duro. Su mano en mi nuca me sujetó mientras suspiraba de placer. Me puse de costado y me tumbé a su lado, con la boca aún pegada a su pecho. Deslicé la mano por su estómago hasta llegar a su vientre. Ella respondió con una sacudida, con el estómago temblando.

Me acerqué a su otro pezón mientras mis dedos exploraban sus resbaladizos pliegues, evitando deliberadamente su apretado nódulo. Jadeó y me agarró el pelo con más fuerza. El dulce aroma de su piel se mezclaba con el fresco aroma de su jabón y el almizcle de su creciente excitación. La humedad cubrió mis dedos cuando los introduje en su interior. Sin dejar de evitar su clítoris, me tomé mi tiempo para estirarla. Mi impaciente polla no era enorme, pero distaba mucho de ser pequeña.

Para distraerla de cualquier incomodidad que pudiera causarle, abandoné sus pechos y acaricié su adorable ombligo, lamiéndolo y mordisqueándolo. Valena se retorció y soltó una risita. Aquel jugueteo también me ayudó a no pensar en la incomodidad que sentía entre mis piernas.

Apiadándome de ella, le solté el ombligo para atormentarla aún más. Sin dejar de estirarla, utilicé la otra mano para trazar la marca oscura a lo largo de sus piernas. Gritó y su espalda se arqueó sobre la cama. El sonido gutural me golpeó con otra ráfaga de deseo. El líquido preseminal brotó de mi raja y apreté los dientes contra la necesidad de penetrarla. Agachado entre sus piernas, por fin presté atención a su pequeño nódulo, rodeándolo con la lengua.

Gritó mi nombre y sus manos volvieron a mi cabeza, rozándome las crestas de mi *crihnin*. Sus piernas temblaban, su liberación era inminente. Intensifiqué mis caricias y volví a acariciar sus marcas. Su cuerpo se agitó y me retorció el pelo dolorosamente. La miré mientras se estremecía y retorcía en la agonía de su clímax.

Saqué mis dedos de ella y lamí su esencia. Estaba tan hermosa tirada con tanto abandono en

mi cama, con la piel enrojecida por el placer que le había dado y brillando con gotas de sudor. Volví a colocarme encima de ella y le besé los pechos antes de acomodarme entre sus piernas. Sus pezones me rozaron suavemente con cada rápido subir y bajar de su pecho.

—¿Me aceptas, Valena? —pregunté contra sus labios.

Ella rozó sus labios con los míos y sonrió.

—Sí, Zhul. Te acepto.

Habiendo recibido su consentimiento formal, coloqué la punta de mi polla en su entrada y me introduje lentamente. Ella abrió más las piernas y me recorrió la espalda con las palmas de las manos. A pesar de la necesidad de dar rienda suelta a mi pasión, el deseo de protegerla me contuvo. Con gran paciencia, la penetré, metiendo y sacando mi miembro, susurrándole al oído suaves palabras de aliento, hasta que la envainé por completo. Permanecí quieto, besándola y acariciando sus marcas hasta que sentí que sus paredes internas palpitaban de impaciencia a mi alrededor. Tras unas cuantas caricias para asegurarme de que no sentía dolor ni incomodidad, por fin di rienda suelta a mi pasión.

Estaba tan caliente y apretada a mi alrededor, que cada movimiento me producía punzadas de placer. El golpeteo de nuestras carnes se mezclaba con nuestra respiración agitada y nuestros suspiros de felicidad. Con cada brazada, rechinaba contra ella para estimular su clítoris. Volvió a gritar mi nombre. Me agarró las nalgas con las dos manos, tiró de mí con más fuerza y levantó la pelvis para recibir cada una de mis embestidas.

El sudor resbalaba por mi espalda mientras sentía que me quemaba por dentro por la exquisita tortura. Sabiendo que no aguantaría mucho más, introduje una mano entre nosotros. Pero antes de que pudiera tocar su nódulo, Valena echó la cabeza hacia atrás. Emitió un sonido gutural mientras sus uñas se clavaban en mis nalgas. El delicioso dolor, combinado con sus paredes internas apretándome, me llevó al límite. Grité de éxtasis mientras un calor abrasador salía disparado a chorros.

Me desplomé sobre ella y nos giramos rápidamente para que se tumbara encima de mí. La habitación giraba a mi alrededor mientras mi corazón latía erráticamente. La espalda de Valena estaba resbaladiza de sudor bajo mis palmas.

Cuando nuestras respiraciones se calmaron, Valena levantó la cabeza y su larga melena me acarició el pecho. La expresión lánguida de su rostro se transformó lentamente en una expresión seria. Sus ojos se clavaron en los míos y mi felicidad se desvaneció.

¿Qué pasa?

—Zhul de la Casa Dervhen, eres el mayor regalo que la Diosa me ha dado. Me uniría a ti y te llamaría mío ahora y para siempre, si me aceptaras. ¿Me aceptas?

Por un momento, temí que el corazón me estallara en el pecho. La abracé con fuerza mientras intentaba tragar el nudo que se me había hecho en la garganta.

—Valena, querida, sería un gran honor para mí ser tuyo y reclamarte como mía, ahora y siempre. Te acepto.

~

La mañana llegó demasiado rápido. La noche anterior la había hecho mía dos veces más. Y mi fantasía de tomarla contra la pared de azulejos de la ducha se hizo realidad esa mañana. Diosa, solo de pensar en ella mis bolas se sentían pesadas. Todavía no podía creer que estuviéramos emparejados. Sin embargo, no sería legalmente vinculante hasta que intercambiáramos nuestros votos ante testigos en la Sala de Unión. Si todo salía como esperaba, Praghan asaltaría hoy la Casa de Sangre y liberaría a Valena y a las demás hembras de una vez por todas.

Esperé a que termináramos de desayunar y guardáramos los platos para sacar un tema que debía tratarse cuanto antes. Con suerte, podríamos arreglar las cosas en la media hora que quedaba antes de que tuviera que llevarla al punto de encuentro.

La conduje a la sala de estar. Un cielo verde y despejado y los cálidos rayos del sol de primera hora de la mañana nos saludaron a través de las ventanas que daban al patio. Valena había vivido encerrada en casa la mayor parte de su vida, por lo que le encantaba sentir el sol en la piel. Me senté junto a la ventana y la subí a mi regazo para que disfrutara de su cálida caricia. Se acurrucó contra mí y sus dedos dibujaron círculos en mi pecho.

Diosa, estoy loco por ella.

—Querida, hay algo que tenemos que discutir.

La seriedad de mi tono borró la expresión melancólica de su rostro. Se enderezó y esperó a que continuara.

—Anoche me hiciste el mejor regalo. No recuerdo haber sido nunca tan feliz.

Me dedicó una sonrisa tensa, sin duda preguntándose a dónde quería llegar.

—Aunque ahora estamos emparejados, tenemos que hablar de un asunto muy serio: la descendencia.

Se puso rígida entre mis brazos. Se le hizo un nudo en la garganta, pero permaneció callada.

—Ya hemos intimado varias veces. No tomo ningún tipo de anticonceptivo y sé que tú tampoco.

Su rostro se cerró.

—¿No quieres tener descendencia conmigo?

—Yo no he dicho eso.

—¿Quieres esperar?

Le pasé el pelo por encima del hombro y le hice una marca en el cuello con el pulgar.

—No, cariño. Estoy listo y dispuesto a formar una familia contigo cuando tú quieras —sonreí cuando aflojó la rigidez de su postura—. Pero quiero asegurarme de que tú también estás lista y dispuesta.

Me acarició los labios con la punta de los dedos antes de darme un suave beso.

—Cuando crecí en el recinto, aunque todas las hembras eran criadas contra su voluntad, no

había mayor celebración que cuando una de ellas daba a luz a un bebé sano —sus ojos se cruzaron con los míos, como si quisiera medir mi reacción—. Para mi pueblo, cada nacimiento es una bendición de la Diosa. Es la esperanza de la continuación de nuestra especie, independientemente de cómo se haya producido la concepción. La anticoncepción es una blasfemia para nosotros.

Nunca lo había pensado de esta manera. En Xelix Prime, la anticoncepción también estaba mal vista, pero solo cuando la usaban parejas apareadas. Al igual que los Veredianos, la supervivencia de nuestra especie estaba en grave peligro debido a la Mancha.

—Pero no se trata solo de Veredia —continuó Valena—. Me apareé contigo porque creo que eres mi alma gemela. La idea de tener un hijo tuyo me llena de una felicidad demasiado abrumadora para describirla. No quiero esperar, Zhul. Cuando sea el momento, llegará.

La alegría que me invadía me impedía respirar. Besé sus labios y luego presioné mi frente contra la suya.

—Entonces está decidido. Cuando sea el momento, llegará.

Soltó una risita y se derritió en mis brazos.



Después de dejar a Valena, volví a la casa, donde esperé en vilo el anuncio de que la redada estaba por fin en marcha. Los segundos se convirtieron en minutos y los minutos en horas. ¿Por qué coño tardaban tanto? Un rápido vistazo al reloj me mostró que apenas habían pasado dos horas desde que salí del punto de encuentro. Teniendo en cuenta el largo vuelo hasta el Distrito Capital, Valena había llegado a la Casa de Sangre hacía aproximadamente una hora. Si, como sospechaba, Praghan estaba esperando a que ella estuviera allí para colocar sus peones en el tablero, el retraso no era sorprendente.

Pero, joder, quiero que esto acabe de una vez.

El corazón se me salió del pecho cuando oí abrirse la puerta principal.

—¿Zhul? —la voz de Lelah llamó.

Querida Diosa...

Por supuesto, el detector de proximidad no se habría disparado. Valena me había preguntado si posiblemente estaba defectuoso. No lo estaba. Había añadido a mi padre y a mi hermana a la lista segura para que no se activara. Con la frecuencia con la que solían visitarme, la maldita cosa se disparaba todo el tiempo. Curiosamente, yo no me había añadido a esa lista, de ahí que el sistema la avisara cada vez que llegaba a casa. No tenía intención de cambiar eso. Que me recibiera en la puerta era una sensación increíble.

—¿Qué pasa, cariño? —le pregunté cuando entró en mi despacho.

Las arrugas de preocupación marcaban su delicada *crihnin* y se llevó las manos a la cabeza. No era habitual en ella. Mis músculos se tensaron.

—Mamá y Papá se están peleando.

Sí, ¿y?

—Siempre se pelean. ¿Por qué estás tan angustiada esta vez?

—Padre dice que la repudia por adulterio y ruptura de juramento.

Mi cerebro se entumeció. ¿Padre repudiándola? Imposible. No solo estaba derrotado, era prácticamente un tapete. Nuestro sire había perdido su columna vertebral hacía casi dos décadas. Incluso recientemente, la había defendido cuando les exigí que me cedieran la custodia de Lelah.

—¿Zhul?

La voz de Lelah me sacó de mi estado de congelación. Me había quedado mirándola, con la boca abierta. Parpadeando, cerré la boca y me dirigí hacia la casa principal. Mi hermana me pisaba los talones, corriendo a saltos para seguir mis pasos más largos.

Los gritos de mi madre nos dieron la bienvenida. Había presenciado muchos altercados entre mis padres, pero este nivel de furia por parte de ella era la primera vez. Mi padre siempre cedía a sus exigencias mucho antes de que ella se pusiera tan frenética. Al entrar en el salón donde se enfrentaban, me pregunté si estaría viviendo un sueño despierto. A pesar de ser un macho canoso, mi padre permanecía de pie con la espalda recta, la barbilla alta y la mandíbula firme.

¿Qué demonios está pasando?

Giró la cabeza hacia mí. Mis ojos se cruzaron con los suyos. La fuerza y la determinación que encontré en ellos me dejaron atónito. Una pizca de tristeza se reflejó en ellos. Entonces su mirada se endureció de nuevo antes de volver a mi madre.

Hacía casi veinte años que no veía a aquel macho.

Ella me señaló con un dedo acusador.

—Es él, ¿verdad? Te susurró su veneno al oído y te sometiste, como la patética excusa de macho sin carácter que eres.

—¡Deja a Zhul fuera de esto! —soltó mi padre.

Eso me golpeó en las tripas. No las acusaciones de mi madre—a las que había crecido inmune—sino el hecho de que mi padre defendiera a alguien contra ella era algo inaudito.

—No, no lo haré. Lleva años intentando que me dejes. Estás demasiado asustado para enfrentarte a él.

—Lleva años intentando abrirme los ojos, pero he estado demasiado ciego para verlo —replicó mi padre, con voz fría y mesurada.

Ella resopló y sacudió la cabeza. Respirando con dificultad, miró alrededor de la habitación como si buscara una respuesta mordaz que lanzarle.

—Esto es lo que hay, Ruthy —dijo mi padre—, no voy a discutir más contigo. Tienes dos opciones. Opción uno, dejas de prostituirte a cambio de regalos...

Mi madre soltó un grito de indignación y miró a mi padre con incredulidad. Lelah se llevó el puño a la boca, con los ojos redondos como platos. Mi mandíbula se desencajó ante la cruda verdad de sus palabras.

—…empieza a ver a un terapeuta por tu adicción a las compras y al gasto, conviértete en una madre obediente con tus hijos y compórtate como una compañera respetable. O la segunda opción, solicito la disolución de nuestro vínculo.

—¿Terapia? No necesito ninguna asquerosa terapia —recorrió la habitación y la observó con gesto de desprecio—. Y si crees que voy a volver a esta casa estéril contigo, tienes que pensarlo otra vez. No te librarás de tu deber para conmigo.

—Tengo un deber mayor, Ruthy Rawlhin... para con mis hijos y conmigo mismo.

Rawlhin... Que mi padre la llamara por su nombre de soltera lo decía todo. Mi madre no se dio cuenta, pero Lelah sí. Su pequeña mano se deslizó entre las mías y le di un suave apretón. Con el corazón palpitante, observé con la respiración contenida el drama que se estaba desarrollando.

—¿Tu decisión, Ruthy?

Se sentó en el sofá de al lado y dobló las piernas como la señora de la casa que solía ser.

—No hay nada que discutir. Restablecerás todas mis cuentas y reactivarás los pagos automáticos de mis apartamentos.

Suspiró, sacudiendo la cabeza.

—No pensé que cambiarías de opinión.

Cogió el datapad de la mesita y tecleó un par de instrucciones. Mi madre lo miró con recelo. Abrió la boca, probablemente para preguntarle qué estaba haciendo, cuando sonó su comunicador personal.

—Acabo de enviar el formulario de disolución del vínculo al Registro Civil —dijo mi padre, desapasionadamente—. Este mensaje entrante, es tu confirmación de su archivo.

¡Vaya! ¡Así se hace, Padre!

Nunca en todos estos años había tomado medidas, solo amenazas verbales rápidamente abandonadas al primer argumento de ella.

A mi madre se le fue el color de la cara mientras leía el mensaje en su comunicador. Por primera vez en años, sentí una pizca de lástima por ella. Lelah se apretó contra mí y la rodeé con el brazo.

—Tienes veinticuatro horas para recoger aquí las pertenencias que te quedan, después de lo cual se te revocará el acceso a la casa. Tus apartamentos de la ciudad están pagados hasta final de mes. Eso te da diez días para encontrar un nuevo alojamiento o presentarte en Bienestar Familiar. Estarán encantados de proporcionarte alojamiento temporal y una pequeña asignación para gastos hasta la próxima Selección de Unión.

Mi madre se llevó la mano al pecho mientras miraba a mi padre con total consternación. Él la miraba, con la misma lástima que yo sentía por ella grabada en el rostro.

—Nhed... —susurró, con la voz quebrada—. Un vínculo de veintinueve años...

—No, Ruthy. Un vínculo de ocho años seguido de veintiún años en los que te has aprovechado de nosotros. Se acabó tu vida de lujos. Te deseo mucha suerte en tu nueva vida.

Adiós.

Mi padre caminó hacia nosotros, con los ojos puestos en Lelah. Se detuvo frente a ella y le acarició la cabeza.

—Necesito hablar con tu hermano, cariño. ¿Te importaría ir a tu habitación? Iré a verte justo después.

—Sí, Padre —susurró Lelah.

Él sonrió y le besó la frente. Ella le devolvió la sonrisa. Tras echarme una rápida mirada, salió y subió corriendo las escaleras hacia su habitación. Mi padre me hizo un gesto para que me adelantara. Supuse que quería que hablásemos en su despacho, así que me dirigí hacia allí con él pisándome los talones. Nuestros pasos resonaron en el pasillo casi vacío. A pesar de eso, no taparon el llanto de mi madre en el salón.

Completamente aturdido, no sabía cómo sentirme. Por un lado, me alegraba que mi padre hubiera acabado por fin con el cáncer que se lo había estado comiendo vivo a él y a nuestra familia. Por otro, no entendía este cambio repentino en él. ¿Qué lo había provocado? ¿Duraría? Y, quisiera admitirlo o no, Ruthy seguía siendo mi madre. Aunque no sentía amor por ella, no quería verla desamparada. Y, a pesar de su egoísmo, ver—oír—la angustia de una hembra me preocupaba.

Mi padre cerró la puerta tras nosotros y me indicó que tomara asiento.

Me dejé caer en la silla, aliviado por no temblar. Mi padre se dirigió al minibar y sirvió dos vasos de agua. Se acercó y me dio uno antes de sentarse en el sofá junto a mi silla. Me lo tragué todo. Ahora mismo me habría venido bien algo más fuerte, pero hacía tiempo que mi padre no podía permitirse alcohol, lo cual, en cierto modo, era bueno.

—¿Qué te ha pasado? —pregunté sin aliento.

—Me llevó demasiado tiempo, pero anoche por fin me di cuenta de que odiaba al macho en el que me había convertido. Y, sobre todo, que no podía perder a los hijos que me quedaban. Yo no quería ser así. Ustedes son mi verdadera familia y casi los he destruido. ¿Podrán perdonarme algún día?

Todavía no entendía este cambio tan completo, pero lo acepté plenamente.

—Por supuesto, Padre. Estaré a tu lado.

Sonrió y me puso la mano en el hombro, dándome un apretón de “gracias”.

—Esa joven Verediana es una hembra encantadora.

Mis ojos se clavaron en los suyos. ¿Era Valena la causa de este repentino cambio? ¿Se sentía atraído por ella?

—Sí —dije con cautela.

—Te tiene bastante cariño. Creo que a Lelah no le importaría tenerla como hermana mayor.

Mi cara se sonrojó mientras el alivio me inundaba.

—Yo también la aprecio mucho —confesé, dirigiéndole una mirada tímida—. Me lo propuso anoche y acepté.

Sus ojos se empañaron y sentí que me ahogaba.

—Me alegro por ti, hijo. Te mereces la felicidad. Temía que...

No necesitó terminar la frase. Sabía lo que temía, y casi se había hecho realidad. Ante Valena, había jurado no aparearme jamás.

Mi padre inhaló profundamente y se armó de valor. Era un mal presagio.

—También he tomado otra decisión, pero necesitaba informarte antes para que estuvieras preparado. Iba a esperar hasta la semana que viene a que terminara el curso escolar de Lelah. Pero a la luz de tu revelación, necesito adelantar las cosas.

—¿De qué estás hablando?

—Voy a entregarme a las autoridades.

—¡Padre!

—Escúchame, Zhul —su tono no admitía discusión.

Me sorprendió el cambio completo en él. Era como si hubiéramos viajado veinte años atrás en el tiempo.

—No puedes hacer oficial tu vínculo hasta que tu hembra sea libre. Y no puedes liberarla sin incriminarme o ser acusado injustamente.

—Irás a la cárcel.

—Probablemente. Pero eso ocurrirá tarde o temprano. Con suerte, si me entrego, serán más indulgentes, sobre todo porque no sabía cómo V utilizaba mi ayuda.

Me pasé la mano por el pelo, sintiéndome abrumado.

—Mira —dije—, no hagas nada todavía. Tengo un par de cosas en marcha ahora mismo para intentar ayudar a liberar a Valena y a las otras hembras. Si todo va según lo previsto, todo habrá terminado en las próximas cuarenta y ocho horas. ¿Está bien? ¿Puedes hacer eso por mí?

—Claro, puedo...

Mi comunicador se apagó. Lo saqué, esperando que fuera Bhek u otro Consejero diciéndome que revisara las noticias, pero era un nuevo conjunto de coordenadas para recoger a Valena.

Algo está pasando.

—Lo siento, padre, debo irme —dije, poniéndome en pie.

—Por supuesto —dijo él, levantándose también.

—No hagas nada, ¿de acuerdo? Espera a que te lo diga antes de hablar con la policía.

—De acuerdo, hijo.

No sé qué me pasó, pero lo abracé. Aturdido al principio, dudó un segundo antes de devolverme el abrazo.

Gracias, Diosa, por devolverme a mi padre. Por favor, que esto dure.

Lo solté, sintiéndome un poco incómodo, y salí de la casa para ir a buscar a mi compañera.



CAPÍTULO 13

LHOR

Amalia y yo nos sentamos en la elegante sala de espera del hotel situado frente al Centro de Convenciones. A petición nuestra, estaba cerrada al resto de clientes hasta que terminara la redada. Las ventanas de dos pisos ofrecían una vista perfecta del edificio donde tendría lugar la redada. Habíamos pasado la noche aquí para poder seguir el momento en que el rastreador de Valena apareciera en nuestro radar.

Aún no había ocurrido.

Era la primera vez que Amalia y yo pasábamos toda una noche lejos de los niños. Nunca esperé que fuera tan duro, a pesar de hablar con ellos a través de una videollamada. Entendía mejor el ansia voraz de Khel por abrazar a los gemelos en cuanto regresaba de sus ocasionales misiones fuera del planeta. Tras una noche tranquila, tomamos un desayuno ligero y ahora permanecíamos en vigilia, impacientes por que empezara la acción.

Amalia seguía inquieta, con la pierna rebotando en el suelo. Cuando estiró un dedo para encender el datapad por milésima vez, la agarré de la muñeca para detenerla. Sobresaltada, frunció el ceño y su expresión se endureció.

—¡Oye! ¿Qué estás haciendo?

Sonreí ante su actitud agresiva. Era realmente adorable durante su período.

—No hace falta que lo enciendas. Te avisará en cuanto detecte a Valena. Si lo vuelves a encender, solo te mostrará una pantalla en blanco, como el millón de veces que lo has hecho esta mañana.

Frunció el ceño. Conocía demasiado bien esa mirada.

—Por favor, no me arañes. Al personal del hotel no le gustaría que hiciera un maldito desastre.

Resopló, su agresividad se desvaneció.

—Macho tonto —dijo, dándome una palmada juguetona en la mano—. No te preocupes, aquí no te voy a destrozar. Todavía estoy en deuda contigo por lo de ayer. Espera algo memorable cuando lleguemos a casa.

Me reí ante la amenaza. Sin duda encontraría la forma de superarme. Nuestra racha

competitiva de travesuras aún no había disminuido, para gran desesperación de Khel.

Sonó la notificación del rastreador. Amalia chilló de emoción y lo encendió. Por fin apareció un punto en el mapa. Se movía a la velocidad normal del tráfico y venía del este. Mi comunicador se encendió. Era Khel. Lo puse en el altavoz.

—Lo vemos —dije, en el comunicador.

—Bien. ¿Puede Amalia confirmarlo? —preguntó Khel.

Me volví para preguntarle, pero la mirada lejana en su rostro me dijo que ya estaba tratando de fijar a Valena usando su habilidad de previsión.

—Está intentando establecer contacto —dije.

—Bien, mantenme informado. Dejaré la comunicación abierta.

Momentos después, Amalia sonrió.

—Es ella.

Transmití la información a Khel.

—Déjame hablar con Khel —dijo Amalia.

Le pasé el comunicador cuando el punto llegó al edificio. La entrada del aparcamiento de lanzaderas estaba al otro lado del Centro de Convenciones, así que no podíamos verlo desde este punto de vista.

—Cariño —dijo Amalia en el comunicador—, utilizarán el ascensor privado AC-veinticinco-T del sótano veinticinco. Tienen cámaras en el pasillo que conduce a él. La puerta exterior solo se abre con una combinación de huella dactilar y escáner de retina.

—¿Puedes desactivarlas? —preguntó Khel.

—Sí —dijo Amalia—, pero tendrás que darme algún acceso de puerta trasera a su red.

—No hay problema, lo arreglaremos con la dirección del Centro —dijo Khel—. La lanzadera ha aterrizado. Es hora de que nos pongamos en posición. Me pondré en contacto contigo pronto.

—De acuerdo, amor.

Me quedé mirando a mi compañera con asombro. Incluso ahora, sus habilidades todavía me dejaban boquiabierto. Que hubiera sido capaz de reunir tanta información con solo mirar el futuro cercano de Valena tenía un valor incalculable. Una vez más, me entristeció darme cuenta de lo valiosa que sería para el ejército o las fuerzas del orden.

Unos diez minutos después, los empleados e invitados del Centro de Convenciones empezaron a salir del edificio. Fueron escoltados por la policía y los bomberos del Distrito Capital bajo la apariencia de un simulacro de incendio para evitar levantar las sospechas de V.

Aunque las lanzaderas aún podían entrar en el aparcamiento subterráneo, todas las salidas de los niveles veintitrés a veinticinco estaban bloqueadas. Cualquiera que intentara salir de esos niveles sería detenido para ser interrogado. El rastreador de Valena desapareció. Amalia la localizó usando su visión de futuro y confirmó que Valena seguía en el lugar y preparando a las hembras para los clientes. No podíamos arriesgarnos a manipular los ajustes del rastreador por miedo a activarlo y dañar a Valena.

Pasaron otros veinte minutos antes de que los últimos rezagados abandonaran el edificio. Los medios de comunicación estaban reunidos fuera, pero tenían órdenes estrictas de no difundir nada. Cambiamos el datapad a los esquemas del Centro de Convenciones, a través de los cuales Khel comunicaría qué sistemas necesitaba que Amalia desactivara. Los militares entraron en el edificio

En cuestión de minutos, Khel consiguió acceder a la red y Amalia se apresuró a poner las cámaras en bucle y a desactivar las cerraduras de todas las puertas que daban a la Casa de Sangre. Con nuestra parte—bueno, su parte—hecha, pudimos relajarnos y dejar que Khel y sus soldados pusieran fin a la pesadilla que nos había atormentado durante un año, y a estas pobres hembras durante al menos una década.

Inquieta como siempre, Amalia se sentó en mi regazo y echó un vistazo al futuro de alguien —supuse que de Khel—para vislumbrar cómo se desarrollaría la incursión. Estaba acariciando suavemente su lustroso pelo rizado cuando su sonrisa melancólica desapareció de repente. Con la espalda rígida, frunció el ceño y pareció concentrarse mucho. Parpadeó, saliendo de su trance, y me miró. La confusión en su rostro y la tensión en su cuerpo me preocuparon.

—¿Qué ocurre, Lia? —pregunté, intentando acallar la sensación de inquietud que me invadía.

Ella negó con la cabeza, como si fuera incapaz de comprender lo que había visto. Amalia volvió a concentrarse y frunció el ceño.

—¿Qué está pasando? —murmuró, dirigiéndome una mirada preocupada.

Me miró fijamente y sus ojos se desenfocaron por un momento. Se puso en pie y se pasó una mano temblorosa por el pelo.

—Háblame, Amalia —le dije con más fuerza—. ¿Qué te pasa? Me estás asustando.

—Yo... yo no....

Miró alrededor de la sala de espera vacía y sus ojos tropezaron con la recepcionista al otro extremo de la sala. Sus ojos se volvieron a desenfocar. Casi de inmediato se despierta.

—Puedo verla —susurró—, pero no puedo ver a Khel. No puedo verte a ti. ¿Por qué no puedo...?

Toda la sangre se drenó de su rostro, mientras yo sentía que la mía se convertía en hielo.

—No tienen futuro. Los dos van a morir. ¡Oh Diosa, los dos van a morir!

Salió corriendo del hotel mientras llamaba a Khel por el comunicador.

—¡KHEL! ¡SAL! ¡SAL YA! —gritó en el comunicador.

No pude oír su respuesta mientras corría tras ella. Corrió hacia el Centro de Convenciones, sin prestar atención al tráfico que se aproximaba mientras cruzaba la calle.

—Cariño, vas a morir. Los dos van a morir. Por favor, sal. ¡Sal!

—Abortar —oí gritar a Khel a través del comunicador—. ¡Retirada! ¡Retirada!

Cuando llegamos al otro lado, los policías nos interceptaron, diciéndonos que retrocediéramos. No podía pensar con claridad, el miedo me robaba el pensamiento coherente.

Lo que había hecho que Amalia viera que no teníamos futuro ocurriría en cualquier momento.

Quizá no deberíamos correr hacia el edificio.

¿Y si era la causa de nuestra muerte? Antes de que pudiera reaccionar, Amalia se abalanzó sobre el agente que intentaba retenerla. Le dio un codazo en las costillas para aflojar su agarre y luego levantó los brazos para soltarse. Su pie le dio de lleno en el pecho, haciéndole retroceder y caer de culo. Corrió hacia el edificio, mientras los miembros de la Primera División se acercaban para interceptarla. Me solté del brazo del oficial y corrí tras ella.

Un fuerte estruendo seguido de un violento temblor del suelo casi nos hace perder el equilibrio.

La gente tropezaba y caía a mi alrededor en una cacofonía de gritos asustados.

La voz de Khel susurrando mi nombre resonó en mi cabeza. Luego, el mundo se desdibujó a mi alrededor. Todos los huesos de mi cuerpo parecieron romperse a la vez. Me oí gritar mientras me desplomaba, sin huesos. Aquello era más que dolor, más que agonía. Me estaban arrancando la piel, haciéndola jirones y empapándola en ácido.

Estaba ardiendo vivo.

Mi grito se ahogó en mi garganta mientras mis pulmones parecían colapsarse sobre sí mismos. La pequeña bocanada de aire que podía aspirar parecía un tornado de fragmentos de cristal arremolinándose en mi garganta y mi pecho. El dolor me estalló en la nuca y un golpeteo errático resonó en mis oídos.

—¡LHOR! —gritó Amalia.

—Está teniendo un ataque. ¡Sujétenlo! ¡Protejan su cabeza! —dijo una voz masculina.

Todas las voces estaban apagadas. Sentí presión en el cuerpo y el dolor en la nuca disminuyó.

—Lhor, por favor, no me dejes —dijo a mi lado la voz llorosa de Amalia.

Me estoy muriendo, amor mío.

Sentí un pinchazo apenas perceptible en el cuello, ahogado en el dolor abrasador de mi carne ardiente. Momentos después, el insoportable tormento se redujo a un sordo latido.

Inhibidor neural.

Mi visión se aclaró. El hermoso rostro de Amalia, empapado en lágrimas, se cernió sobre mí.

—Se está quemando vivo, Lia —susurré—. Sácalo. Sácalo ya.

Con un grito salvaje, Amalia se puso en pie y corrió hacia el Centro.

A mi alrededor surgieron luces danzantes. Se movían y giraban como hojas caídas al viento. Me invadió una gran sensación de paz.

—*Lhor...*

La voz de Khel resonó de nuevo en mi cabeza. Estaba llena de pesar y tristeza. Las luces parpadearon y luego se unieron, tomando la forma de su rostro. Aparecieron más luces, moldeando su cuerpo.

—Vuelve, Khel —susurré—. Este no es nuestro momento.

—¿Con quién está hablando? —dijo una voz a mi lado. Probablemente un médico.

—Debe estar alucinando —dijo otra voz.

Las ignoré.

—Vuelve. Vienen a por ti.

—*Me estoy muriendo, hermano. Lo siento mucho.*

—Ya vienen, Khel. Ghan viene por ti.

—*Mi cuerpo está dañado sin posibilidad de sanación. El dolor es insoportable.*

—Entonces dame tu dolor.

La forma fantasmal de Khel sonrió tristemente, luego sacudió la cabeza.

—*Es demasiado. Es demasiado tarde.*

—Dame tu dolor. Debes luchar por nuestra compañera y nuestros hijos. ¿Quién los protegerá cuando nos hayamos ido?

Su rostro se contorsionó de dolor.

—Vuelve, mi hermano. Te ayudaré a llevar la carga.

Khel asintió. Su mano etérea buscó mi rostro. No sentí un contacto físico, sino un cosquilleo cálido, lleno de amor. Las luces que le daban forma se deshicieron lentamente. Cuando se desvaneció, su mirada me dijo adiós.

—*Te quiero, hermano.*

No tuve oportunidad de responder. Las compuertas se abrieron. El dolor atroz, atenuado por los inhibidores neuronales, se abalanzó sobre mí, la intensidad se multiplicó por mil.

Tiene razón. Es demasiado.

Mi corazón tartamudeó y las imágenes de mi vida pasaron ante mí. Mi primer recuerdo fue el de Khel de pequeño, cogiéndome de la mano para que me recuperara. Luego, los dos jugando con Vahl, el hermano pequeño de Khel, en el huerto y en nuestra casa del árbol. Tío Dhak y tía Vhena adoptándome tras los funerales de mis padres. Mi cumpleaños, cuando Khel me construyó una sala de entrenamiento de última generación para ayudar a frenar mi Mancha. Mi primera y deprimente Ceremonia de Unión. La muerte de los padres y el hermano de Khel. Perder a Amalia en la Unión. Llevarla corriendo al hospital tras su ataque. Amalia enloqueciendo conmigo durante su período. El asalto a la Casa de Sangre. Amalia cuando me salvó la vida cuando la Mancha estuvo a punto de acabar conmigo. Su proposición. Hacer el amor con mi compañera por primera vez. Nuestra Ceremonia de Confirmación. El nacimiento de nuestros gemelos.

Con cada recuerdo, el tiempo parecía ralentizarse al compás de los latidos de mi corazón. El retrato de nuestra familia en mi despacho, con Khel, Amalia, los niños y yo, brillaba en mi mente.

Te quiero.

Mi corazón tartamudeó por última vez y luego se hizo la oscuridad.



CAPÍTULO 14

ZHUL

Valena trató de ocultar lo disgustada que se sentía, pero fracasó estrepitosamente. La rigidez de sus movimientos, su voz entrecortada y la dura línea de su mandíbula revelaban su ira apenas reprimida. Yo tampoco podía culparla. Al igual que ella, esperaba que fuera un día de celebración. En lugar de eso, alguien volvió a avisar a V de la inminente redada.

Padre y Lelah habían llevado a Pyrhin y Tharin a dar un paseo. Pensé en llevar a Valena a dar un paseo también, para ayudarla a relajarse, pero ninguno de los dos quería estar lejos de la casa en ese momento. Ambos esperábamos con impaciencia la noticia de la redada para saber qué estaba pasando.

—Sabía que alguien había avisado a V en cuanto Sheb entró en la habitación —dijo Valena, cepillando las escamas de Zhenax con un poco más de vigor del necesario—. Siempre ignorábamos los simulacros de incendio en el Centro de Convenciones. Sin embargo, minutos después de iniciarse, V ordenó a Sheb que me trajera aquí.

—¿No te encontraste con ninguno de los soldados al salir?

—No, maldita sea. No tomamos nuestra ruta habitual. Sheb me llevó por un pasadizo secreto que nunca había visto. Caminamos un rato antes de subir a una pequeña lanzadera privada.

Ella lo rozó aún más fuerte. Zhenax se sacudió y gruñó suavemente. Demasiado perdida en sus pensamientos, Valena no se dio cuenta de que lo estaba irritando. Dejé de cepillarle el pelo corto de la espalda y puse una mano sobre la suya. Sobresaltada, me miró.

—Con cuidado, querida. Él no ha hecho nada.

Sus ojos se abrieron de par en par y se volvió hacia el cavas, con una expresión de culpabilidad en el rostro.

—Lo siento mucho —dijo, acariciándole el cuello—. No quería hacerte daño.

Zhenax volvió la cara hacia ella y le acarició la mejilla para expresarle que todo estaba perdonado. Ella le besó la mejilla y volvió a rozarle con una mano mucho más suave.

—Pero fue extraño —continuó—. Cuando nos fuimos, los otros guardias dijeron a los clientes que se fueran, y luego se fueron ellos también. Si habían avisado, ¿por qué no se llevaron a las hembras con ellos?

Eso era extraño y preocupante. V no me pareció el tipo de macho que desperdicia recursos. No descartaría así a las hembras, sobre todo sabiendo que las pruebas de ADN ayudarían a identificar a algunos de los clientes, estrechando la red a su alrededor.

Estábamos a punto de terminar de acicalar a Zhenax cuando mi comunicador finalmente emitió una alerta de noticias. Dejando el cavas frente a la casa, Valena y yo nos apresuramos a entrar en el salón. Encendí la pantalla de video y casi se me doblaron las rodillas ante el espectáculo.

—Hoy es un día sombrío, un día terrible que pasará a la infamia. Para los que se unan a nosotros ahora, soy Nikha Drubhen, informando en directo desde el Centro de Convenciones del Distrito Capital.

Detrás de la reportera, la gente lloraba y gritaba. Un grupo de socorristas con trajes de seguridad se apresuraba a entrar en el edificio mientras la policía y las fuerzas militares intentaban contener a la multitud.

—Hace una hora —dijo Nikha—, nos informaron de que estaba a punto de producirse un asalto militar a la última Casa de Sangre. Hasta hace unos minutos, no se nos permitía retransmitir nada de esto. Las imágenes que van a ver son muy perturbadoras. Se recomienda discreción al espectador.

El video mostraba a Amalia y Lhor corriendo hacia el Centro. Amalia gritando en su comunicador y luchando contra los agentes. Luego la explosión y Lhor gritando antes de colapsar.

—¡No! —gritó Valena, tapándose la boca con ambas manos.

Un dolor punzante me atravesó el pecho y me zumbaron los oídos. Tropecé hacia el sofá y me desplomé sobre él.

Esto no puede estar pasando.

Vi cómo Lhor se sacudía con una convulsión mientras los socorristas intentaban sujetarlo. No vi su cara contorsionada por el dolor. Era la de Rhal, aterrorizado y tratando de que lo salvara mientras los rabiosos rhomaks lo arrancaban de cuajo.

La cámara siguió a Amalia mientras corría desde el lado de su compañero hasta la entrada del Centro. Las puertas de seguridad abovedadas estaban derribadas, bloqueando a todo el mundo y atrapando a los que aún estaban dentro. Los agentes de policía intentaron detenerla, pero ella se defendió. Consiguió arrebatarle la pistola bláster a uno de los agentes y amenazó con dispararle. Todos retrocedieron y ella corrió hacia la puerta.

Curiosamente, los soldados de la Primera División que estaban junto a la puerta no intentaron interceptarla. En lugar de eso, se apartaron mientras ella apoyaba ambas manos contra las puertas abovedadas. Con los ojos cerrados, parecía estar rezando. Entonces se abrió la puerta abovedada.

La cámara volvió a Nikha.

—Estos acontecimientos tuvieron lugar hace veinte minutos. Nadie puede explicar cómo *Seha* Praghan fue capaz de abrir la puerta abovedada, pero esta puede ser la única oportunidad de

salvar a cualquiera que todavía esté dentro. Aunque las probabilidades son escasas.

La cámara enfocó al personal con trajes de riesgo biológico.

—La puerta abovedada solo se baja si se detectan toxinas bioquímicas para contener la posible contaminación. Cualquiera que siga dentro probablemente haya inhalado dosis mortales del veneno.

Valena se desplomó de rodillas, con el cuerpo sacudido por sollozos desgarradores. Me arrastré hasta ella y la abracé. Me sentía entumecido, con el cerebro demasiado confuso para pensar.

—Es una tragedia a muchos niveles —Nikha señaló la camilla donde yacía inmóvil Lhor, con Amalia cogiéndole la mano—. El Consejero Lhor Kirnhan, Segundo Compañero de *Seha* Amalia, es también el Geminado de nuestro querido General Praghan. El Consejero Kirnhan ya ha sufrido dos paros cardíacos. Los médicos dudan que puedan traerlo de vuelta una tercera vez. Se cree que el General Praghan murió en la explosión y que su Núcleo, Lhor Kirnhan le seguirá en breve.

Una imagen de Amalia, sus compañeros y sus dos hijos apareció en pantalla. Nikha volvió a contar la increíble historia de Amalia, incluidos sus protectores Tuureanos y la caza de las Casas de Sangre. Instó a todos a rezar a la Diosa para que cuidara de la valiente hembra y de sus hijos.

La imagen se volvió hacia la entrada del Centro de Convenciones.

—Me informan de que están sacando a las primeras víctimas —dijo Nikha—. Ghan Delphin, Primer Oficial del General Praghan, está dirigiendo la misión de rescate y recuperación.

Un macabro desfile de aerodeslizadores salió del edificio, cada uno con una bolsa para cadáveres. Al vigésimo cadáver aún no había salido ningún superviviente.

—Esto es culpa mía —sollozó Valena—. Yo lo he provocado.

Le cogí la cara con las manos.

—No te atrevas a decir eso. Tú no has hecho esto. No pusiste una bomba ni arrojaste sustancias químicas.

—Si no hubiera intentado escapar…

—Entonces todavía se habrían encontrado con un final terrible. V hizo esto, no tú. No te culpes por los crímenes de ese monstruo.

Y, sin embargo, podía identificarme con su culpa. Sin este plan, Lhor no estaría colgando entre la vida y la muerte. Khel probablemente no estaría muerto. Y Amalia... Sus hijos... Diosa, ten piedad. Sin la protección de sus compañeros, los buitres descenderían sobre ella. Ni siquiera yo sería capaz de protegerla. Con seguridad, el Primer Oficial Ghan Delphin sabía que yo proporcioné las pistas a la Casa de Sangre. A la luz de mi historia con Khel, nunca creerían mi inocencia. Con el número de víctimas y la naturaleza del crimen, me enfrentaría al castigo más severo permitido por la ley.

Valena atrajo mi rostro hacia el suyo y aplastó mis labios con un beso lleno de dolor y desesperación. Nos aferramos el uno al otro en silencio.

Necesitaba que estuviera a salvo. No podíamos salir de la propiedad por culpa de su rastreador. Era cuestión de tiempo que el ejército o la policía vinieran a investigar. Esperaba que llegaran antes de que V viniera a por ella. Tal vez debería llamarlos.

Como invocado por mis pensamientos, el detector de proximidad se activó. Una lanzadera personal aterrizó delante de la casa. Pertenecía a mi primo Whil.

¿Qué coño está haciendo aquí?

Whil era un cabrón turbio y un inútil de mierda. Él "Trabajaba" con su padre en su hacienda, pero en realidad solo se embolsaba el sueldo. El tío Rhik sabía que no debía darle a Whil ninguna responsabilidad real.

Me paré y ayudé a Valena a levantarse. A través de la ventana, vi a Whil salir solo de su lanzadera. Mi primo nunca venía aquí, y menos sin invitación. No nos llevábamos bien y nos relacionábamos civilizadamente en alguna que otra reunión familiar. Se me revolvieron las tripas. No era el momento oportuno.

—Querida —dije volviéndome hacia Valena—, por favor, ve a encerrarte en una de las habitaciones seguras. No abras a nadie a menos que te diga que todo está despejado. ¿De acuerdo?

Ella asintió, con los ojos hinchados y enrojecidos por el llanto. Le limpié las lágrimas de las mejillas con los pulgares y rocé sus labios.

—Ve, amor.

Valena se apresuró a salir de la habitación y me miró preocupada por encima del hombro. Pensé en coger el bláster de mi despacho. A través de la ventana, vi que Zhenax miraba a Whil mientras se acercaba a la casa y decidí no hacerlo.

Me estoy volviendo paranoico.

Whil era un idiota, pero no era un cerebro criminal.

Como no quería parecer demasiado ansioso, esperé a que llamara al timbre para dirigirme a la puerta. Cuando la abrí, me recibió la sonrisa de comadreja de Whil. No era un macho feo, si no se tenían en cuenta sus finos labios, que siempre parecían estar en una mueca o en un mohín. Sin embargo, su pelo de ébano y sus ojos verde bosque lo identificaban claramente como un Dervhen. Casi me alegré de haber heredado los ojos plateados de mi madre para tener una cosa menos en común con Whil. De estatura y complexión similares, casi podríamos haber pasado por hermanos.

—Whil —dije a la vez como saludo y como pregunta sobre el motivo de su presencia.

—Primo —respondió Whil, ensanchando su viscosa sonrisa—. No estaba seguro de que estuvieras en casa con todo el drama que se está desarrollando en el Distrito Capital.

—¿Y aun así se te ocurrió venir a hacer una visita improvisada?

Miró por encima de mi hombro hacia la casa, con ojos escrutadores. Un escalofrío me recorrió la espalda. ¿Qué o a quién buscaba?

—¿No vas a invitarme a pasar? —preguntó.

Incliné la cabeza y crucé los brazos sobre el pecho.

—Estoy algo ocupado. Como dijiste, hay un gran drama en el Distrito Capital. ¿Necesitas algo?

Se lamió los labios y su mirada adquirió un tono calculador.

—De hecho, sí.

Levanté una ceja inquisitiva.

—Verás, la redada de la Casa de Sangre me ha puesto en un aprieto —dijo Whil, dando un paso adelante—. Uno del que tú estás en una posición única para sacarme.

Los pelillos de la nuca se me erizaron y un sudor frío me recorrió la espalda.

—¿Por qué debería preocuparte esa redada? —pregunté, temiendo lo que sabía que sería una respuesta devastadora.

—Mi compañera me abandonó y disolvió oficialmente nuestro vínculo —la voz de Whil se endureció mientras volvía a mirar por encima de mi hombro hacia la casa—. A los machos sin compañera no les va muy bien.

Cuando se supo que su compañera, Mhera, lo había abandonado, las casas nobles se conmocionaron. Que una hembra Prime abandonara a un macho Prime era algo inaudito, sobre todo si pertenecía a una de las casas más poderosas de Xelix Prime. Ella había alegado diferencias irreconciliables para justificar su marcha, pero todos sospechaban que había algo más.

—Eres Prime. No tener pareja no debería preocuparte. Además, encontrarás fácilmente otra pareja en la próxima Selección de Unión. En cualquier caso, ¿qué tiene eso que ver conmigo?

Whil resopló y negó lentamente con la cabeza.

—Ahí está el problema. Verás, a Mhera no le hizo ninguna gracia enterarse de que no soy Prime y de que nuestra descendencia tendría un cincuenta por ciento de probabilidades de estar Manchada —dijo Whil, con los ojos encendidos de ira—. La puta me repudió para que todo Xelix Prime se enterara. La misma mierda ocurrirá con cualquier otra hembra que me escoja. No volveré a enfrentarme a esa humillación y tú me ayudarás.

Me quedé clavado en el sitio, mirándole fijamente, pero sin ver.

Esto no puede estar pasando.

¿Cómo podía haber engañado a todo el mundo todos estos años? ¿Hasta qué punto estaba involucrado en todo esto?

—Te quiero fuera de mi propiedad, ahora —dije entre dientes.

—No lo creo, *primo* —dijo Whil—. Tienes a mi cura escondida en tu casa. Sácala para que pueda tomarme una copa. Esto no tiene por qué ponerse feo.

¿Cómo coño lo sabe?

Se me retorció el estómago de miedo y me maldije por no haber cogido aquel bláster después de todo. No podía pensar con claridad, pero necesitaba ganar tiempo para decidir qué hacer. Si él sabía lo de Valena, ¿quién más lo sabía?

—¿De qué estás hablando?

—No me jodas, Zhul —espetó Whil, perdiendo cualquier atisbo de civismo—. Tráeme a la Verediana.

Zhenax gruñó, con sus ojos ardientes brillando. Whil se tensó y lanzó una mirada insegura hacia el cavas. Sabía que no debía ignorar esta temprana advertencia.

—Controla a tu bestia, primo. O las cosas se pondrán muy feas, muy rápido —amenazó Whil.

Ladeé la cabeza, incapaz de creer lo que estaba oyendo. ¿Seguro que pensaba que no tenía ninguna posibilidad contra un cavas en su mejor momento?

—Por última vez, lárgate de mi propiedad o haré que Zhenax te haga pedazos.

La expresión de Whil se convirtió en pura malicia y mi ansiedad se disparó. Me importaba una mierda si mi cavas lo mataba. Pero ya tenía suficientes problemas ahora mismo con los Praghan sin añadir lo que, dadas las circunstancias, seguramente se consideraría asesinato en lugar de defensa propia si desataba a mi bestia contra él.

—Como quieras —dijo Whil.

Esperaba que se lanzara al ataque. En lugar de eso, levantó la mano en un gesto como si le dijera a alguien detrás de él que se acercara. Apenas hizo el gesto, un transbordador militar se descapotó junto a su lanzadera personal. De ella saltaron cuatro machos fuertemente armados que se abalanzaron sobre nosotros. Eran Guldanos vestidos de mercenarios.

—¡Zhenax, ataca! —grité.

Le lancé un puñetazo a Whil que impactó de lleno en su mandíbula. Su cabeza se sacudió hacia un lado y retrocedió un par de pasos. Aprovechando mi ventaja, le di una patada con la suela del zapato en el pecho. Voló hacia atrás y cayó por los tres escalones del porche.

Levanté la vista justo a tiempo para ver a uno de los mercenarios apuntándome con su bláster mientras los otros tres luchaban contra Zhenax. Sonó el primer disparo. Lo esquivé y no me dio por centímetros. Me di la vuelta e intenté volver al interior de la casa, pero el segundo disparo me alcanzó en la parte baja de la espalda. Un dolor agudo fue seguido rápidamente por una sensación de hormigueo que se extendió a lo largo de mi columna vertebral y por mis piernas.

Apoyado en el marco de la puerta, intenté dar un paso más, pero las rodillas me flaquearon. El suelo se precipitó hacia mí mientras perdía toda sensibilidad en las extremidades inferiores. A duras penas conseguí frenar la caída levantando las manos. Pero también se entumecieron. Tumbado boca abajo, observé cómo Whil se ponía en pie, con el rostro contorsionado por la furia.

La cálida brisa de la mañana arrastraba el fuerte grito de agonía de uno de los mercenarios. Whil miró por encima del hombro al macho que caía de rodillas. Sujetaba el muñón sangrante de su hombro, donde Zhenax le había arrancado el brazo. Con un movimiento brusco de la cabeza, el cavas arrojó el miembro amputado. Aterrizó a una docena de metros de distancia, rodando y dando tumbos por el pavimento. Los gritos del macho se convirtieron en un gorgoteo mientras se

le ponían los ojos en blanco. Cayó al suelo y comenzó a tener espasmos, espuma burbujeando alrededor de sus labios.

Está envenenado.

Ese macho probablemente no sobreviviría. Solo la pérdida de sangre de su brazo cortado le haría entrar pronto en shock. Pero el veneno de un cavas podía ser letal si no se trataba rápidamente. Los otros tres mercenarios dispararon sus bláster contra Zhenax mientras la bestia cargaba contra ellos. El primer puñado de disparos impactó en las escamas. Aunque el cavas no aminoró la marcha, su rugido enfurecido atestiguó el dolor que le habían infligido. Arrolló a uno de los mercenarios y lo pisoteó. Los huesos se hicieron añicos bajo el peso de la bestia, que también destrozó la piel de su víctima con las garras de sus seis patas.

Los dos últimos mercenarios cambiaron la configuración de sus blásteres de aturdir a matar. Zhenax persiguió a uno de ellos mientras el otro abría fuego. Esta vez, las escamas y la piel se desgarraron con cada ráfaga. El cavas vaciló, pero no dejó de perseguir a su presa. Justo cuando estrelló su escamosa cabeza contra la espalda de su presa, haciéndole perder el equilibrio, un certero disparo de bláster le asestó un golpe salvaje. Un enorme agujero apareció en la base del cuello de Zhenax. Tambaleándose, la bestia caminó unos pasos más hacia su tercera víctima y se desplomó sobre el macho cuando otro disparo impactó en su costado.

¡No!

No era solo el miedo a perder este combate lo que tenía mi pecho atenazado como una vara. Zhenax era más que una montura. Era un amigo. Era familia. Era una manada. Se me hizo un nudo en la garganta cuando el cuarto mercenario disparó al cavas dos veces más mientras su compañero restante se zafaba del peso de la bestia sobre sus piernas.

Una silueta bloqueó mi línea de visión cuando Whil volvió a subir las escaleras.

—Pedazo de mierda —rechinó entre dientes.

Me dio una patada en el estómago que me dejó sin aliento. Tras darme dos patadas más, se arrodilló y me golpeó la cara con los puños. Paralizado, observé impotente cómo me llovían los golpes. El sabor a hierro me llenaba la boca y el dolor se irradiaba por toda la cara y la caja torácica. No podía hablar, mi mandíbula estaba demasiado entumecida para formar palabras. Pero mis gemidos de dolor rugían en mis oídos.

—¡Basta! —dijo el cuarto Guldano—. V lo quiere vivo.

Agarró el puño levantado de Whil, impidiendo que volviera a golpearme, y lo apartó de mí. Whil soltó el brazo de un tirón y sus ojos, aún clavados en mí, ardían de odio.

—Bien —gruñó—. Vamos a por la hembra.

El tercer mercenario subió cojeando las escaleras y ayudó a su amigo a levantarme. Me arrastraron al interior de la casa siguiendo la estela de Whil.

—¡Valena! —gritó Whil, corriendo por las distintas habitaciones en su busca.

Al encontrar todas las habitaciones vacías, Whil subió corriendo las escaleras hasta los dormitorios. Le oí abrir puertas y pisar fuerte hasta encontrar la habitación cerrada. El

estruendoso sonido de su puño golpeando la puerta resonó hasta el fondo.

—Abre la puerta, Valena —gritó Whil—. Sal ahora si no quieres que Zhul salga herido.

Por favor, quédate encerrada en tu habitación, amor. Por favor, no abras la puerta.

Si aguantaba lo suficiente, seguro que Ghan o Amalia harían que alguien viniera a arrestarme, rescatando a Valena en el proceso.

—Tráiganlo arriba —gritó Whil.

Los mercenarios me subieron por las escaleras. Me dolía el costado y me costaba respirar. Esperaba que no me hubiera roto las costillas. Me pusieron de rodillas frente a la habitación de Valena y los dos Guldanos me sujetaron cada uno por un brazo.

Whil volvió a golpear la puerta.

—Abre, Valena, o lo próximo que golpearé será a ese inútil de mi primo.

¡No abras!

El silencio se prolongó, solo perturbado por el nervioso golpeteo de las yemas de los dedos de Whil contra el marco de la puerta. Se volvió hacia mí, con una sonrisa sádica en el rostro.

—Como quieras, Valena —dijo por encima del hombro—. Recuerda que su dolor recae sobre ti. Solo tú puedes detenerlo.

Me preparé para el golpe cuando Whil levantó el puño. Pero uno de los Guldanos, el que había disparado a Zhenax, levantó la palma de la mano ante mi primo para detenerlo.

—No lo hagas —dijo—. Ya te lo he dicho, V lo quiere vivo. No estará contento con el daño que ya le has hecho.

—Necesitamos que salga la perra —dijo Whil con aire de resentimiento.

—Hay otras formas de hacer chillar a un macho —replicó el Guldano, con naturalidad.

Típico de los Guldanos... Esos cabrones tenían tantas emociones como un montón de piedras. Para ellos, todo tenía un uso y un propósito. Cuando perdía alguno de los dos, era desechado y olvidado. Nunca derramaban una lágrima por la leche derramada, solo se aseguraban de que el culpable aprendiera a no volver a hacerlo. Incluso ahora, solo unos minutos después de que Zhenax hubiera demolido a sus dos compañeros, no parecían inmutarse ni entristecerse lo más mínimo. Lo llamaban ser prácticos.

Por el rabillo del ojo, vi que el Guldano sacaba de su bolsillo un dispositivo con forma de bolígrafo.

Una pistola eléctrica. ¡JODER!

Intenté apretar los dientes, pero tenía demasiado poco control motor para hacerlo. Después de tumbarme en el suelo, el Guldano tocó mi piel con la varita.

Un relámpago estalló en mi interior.

Un gruñido animal salió de mi garganta. Mis miembros golpearon el suelo mientras los rayos eléctricos recorrían mi cuerpo, sacudiéndolo con espasmos erráticos. Se detuvo al cabo de unos segundos que me parecieron interminables. Las babas se filtraron por mi boca floja.

—Abre, Valena —dijo Whil—, o recibirá otra descarga. No me importa si tenemos que

freírle los sesos para hacerlo.

Valena permaneció callada.

Buena chica.

Otra fuerte sacudida me atravesó, como si mil fragmentos de cristal hubieran explotado dentro de mí. El dolor cegador me nubló la vista. El cabrón debía de haber aumentado la potencia de la varita. Mi grito se ahogó en un gorgoteo, los músculos demasiado tensos, y me castañetearon los dientes.

—¡Por favor, para! —dijo la voz apagada de Valena a través de la puerta.

—Sal —respondió Whil—, o la próxima vez se llevará una aún mayor.

No abras. Por favor, no abras.

El silencio se prolongó unos segundos más.

—Repítelo —dijo Whil lo suficientemente alto como para que Valena lo oyera.

—¡No! —gritó ella, mientras el Guldano acercaba la varita hacia mí.

La puerta se abrió con un suave chasquido.

¡Nooooo!

Valena nos miró asustada a través de la estrecha rendija de la puerta que había mantenido ligeramente entreabierta. Se tapó la boca con la mano al verme en el suelo. Probablemente tenía tan mal aspecto como me sentía. Con los ojos empañados, negó con la cabeza.

Whil empujó la puerta y la obligó a entrar en la habitación.

—¡No dejes que te toque! —gritó el Guldano, levantando su bláster hacia Valena.

¿Que te toque? Creía que temían a las garras que ella no tenía.

Por un momento, Whil pareció tan confuso como yo. Valena había levantado ambas manos hacia él, pero se detuvo en seco al ver el arma apuntándole.

—¿Por qué? —preguntó Whil. Él frunció el ceño, pero se mantuvo a una distancia prudencial de ella—. Es solo una hembra indefensa.

El Guldano resopló.

—No, estúpido Xelixiano. Es una maldita Verediana. Todas son psíquicas. Y esta es particularmente desagradable. Te controlará mentalmente con un toque y te convertirá en una marioneta sin mente.

¿QUÉ?

Whil se alejó de ella dos pasos rápidos.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad? Es imposible que tenga tanto poder.

—Nosotros no le *tomamos el pelo* a la gente —dijo el Guldano—. ¿No viste cómo Amalia desbloqueó las puertas del Centro de Convenciones con su toque? Esa es una hacker. ¿Por qué crees que su amo la valoraba tanto?

Me vinieron a la mente las imágenes del reportaje de Amalia golpeando con ambas manos la cara de las puertas de seguridad. La expresión de concentración en su rostro no había sido otra que la de una hacker. Y efectivamente, en cuestión de segundos, las puertas habían obedecido su

orden. También me vino a la memoria la batalla contra los Guldanos del año anterior. Había sido extraño cómo había ayudado a la Tuureana a liberarse de la red inteligente que la enredaba. Nadie entendía cómo lo había hecho con un simple toque. Ahora todo tenía sentido.

Mis ojos se desviaron hacia Valena. La mirada de culpa en sus ojos era como una cuchilla clavándose en mi corazón.

Me traicionaste. Me mentiste. Me utilizaste.

Diosa, ¿había sido su marioneta todo este tiempo? ¿Me controló mentalmente desde el primer día? Eso explicaría muchas cosas. Nunca antes había sentido una atracción tan insana por ninguna hembra. Con ella, había sido instantánea, abrumadora, contundente.

Soy un maldito idiota.

Un dolor punzante me atravesó el pecho. No podía respirar, la garganta se me apretaba tanto que me dolía. Pensar que le había permitido entrar en mi corazón, que había planeado un futuro y una descendencia con ella. Incluso dejé que me engañara para intercambiar votos matrimoniales.

No son válidos.

En efecto. Sin ellos registrados oficialmente en el Salón de los Registros, eran nulos y sin valor. Eso era un pequeño consuelo. Aparté cualquier sentimiento tierno que la zorra mentirosa hubiera despertado en mí y dejé que la furia y el desprecio brillaran en mis ojos. Los suyos se empañaron y ella se rodeó el torso con los brazos.

Buena actuación. No me engañarás dos veces.

—Ponte los guantes, Valena —ordenó el Guldano—. Hazlo rápido.

Resoplando, cumplió.

Los Guldanos nos arrastraron de vuelta a su lanzadera. Eché una mirada desconsolada a Zhenax, tendido en un charco de su propia sangre. Pensar que la leal criatura había perdido la vida protegiendo a una hembra engañosa. El odio creció en mi corazón mientras lanzaba una mirada venenosa a Valena. Sus sollozos de dolor mientras contemplaba el espectáculo me parecieron un insulto añadido.

Tras encadenarnos a nuestros asientos, los Guldanos volvieron a recuperar los cadáveres de sus camaradas caídos. Whil subió a su propia lanzadera y despegamos hacia Gharah solo sabía dónde. Mi último pensamiento mientras la hacienda desaparecía de mi vista fue dar gracias a la Diosa de que Lelah y mi padre no hubieran regresado de su cabalgata para presenciar nada de esto.



CAPÍTULO 15

LHOR

Atravesé la niebla que nublaba mi mente, guiado hacia la luz por los suaves sollozos de Amalia. Mis ojos se agitaron, pero volví a cerrarlos. La luz, demasiado brillante, parecía puñales cegadores. Mi cuerpo se cerró a mi alrededor en una vorágine de dolor. ¿Me habían dado un martillazo en el pecho y me habían dejado la piel en carne viva? Cada hueso de mi cuerpo se sentía retorcido o roto.

Una mano delicada se cerró en torno a la mía.

Amalia...

Busqué a Khel a través de nuestro vínculo. Silencio.

¡No!

Me obligué a abrir los ojos. La luz los apuñaló, haciéndolos agua. Una imagen borrosa de Amalia entró en mi campo de visión. Sentía los labios cosidos, pero los abrí.

—¿Khel? —grazné.

La mano de Amalia apretó la mía para tranquilizarme.

—Está luchando —su voz estaba llena de lágrimas.

Pero, ¿por qué no puedo sentirlo?

Volví a acercarme a él y un enorme vacío me recibió. Mi respiración se entrecortó y mi pulso se aceleró.

—Cálmate, hijo —dijo la voz de Minh—. No vamos a perderlo. ¿Cómo te sientes?

—Duele...

El pinchazo de un hipospray me mordió el costado del cuello. Siguió un intenso alivio. El dolor se redujo a un eco lejano, liberando su fuerte control sobre mi garganta y despejando la niebla de mi cabeza. Me incorporé lentamente, observando mi cuerpo. Parecía ileso, lo que confirmaba que el dolor no era mío, sino de Khel. Minh me había dado un inhibidor neural para bloquearlo.

Un rápido vistazo a la habitación me informó de que estábamos de vuelta en la hacienda, dentro del complejo militar de Khel. No recordaba el viaje de vuelta. Venir aquí en lugar de a uno de los hospitales del Distrito Capital tenía sentido. Después de que Amalia llegara a nuestras

vidas y nos curara milagrosamente, Khel amplió la enfermería del complejo con instalaciones de última generación. Esto permitió a nuestro médico de cabecera, Minh Volghan, y al jefe médico de la Primera División, Whil Murkhin, seguir investigando aquí. Se centraron en una cura para la Mancha y en analizar las mejoras que la oxitocina de Amalia nos proporcionó a Khel y a mí.

Una docena de criocámaras se alineaban en las paredes de la sala. Las luces parpadeantes indicaban que todas estaban activas. Sin duda, contenían a otros soldados gravemente heridos que habían acompañado a Khel en la incursión. Otros tres machos estaban dentro de tanques de curación verticales, completamente sumergidos en un fluido verde. Las quemaduras de sus cuerpos eran extensas. Los nanocitos del líquido trabajaban diligentemente para reconstruir la carne dañada.

Junto a mi cama, la gran madre Maheva se inclinaba sobre una bañera de laboratorio poco profunda. El enorme cuerpo de Ghan se alzaba al otro lado. La expresión sombría de su rostro me decía que las cosas estaban aún peor de lo que imaginaba.

Con la ayuda de Amalia, me puse en pie. Me temblaban las piernas, pero por lo demás estaba bien. Los lados opacos de la bañera me impedían ver a Khel. Con el corazón palpitante, di un par de pasos vacilantes hacia él.

Y entonces lo vi, o lo que quedaba de él.

Se me doblaron las rodillas y un gemido brotó de mi garganta constreñida. Minh y Amalia se apresuraron a sostenerme. Mis ojos volvieron a llenarse de lágrimas mientras recorría con la mirada el cuerpo de Khel.

¿Cómo puede seguir vivo?

Nadie debería sobrevivir al alcance de estas heridas. Khel tenía razón cuando dijo que su cuerpo estaba irreparablemente dañado. Por la forma en que se desplomaban sus miembros, estaba claro que la mayoría de los huesos de su cuerpo estaban rotos o destrozados. Algunos huesos incluso se asomaban a través de la piel. ¿Qué piel? No le quedaba piel. Cada centímetro de su cuerpo estaba quemado, carbonizado. Una serie de tubos penetraban en su cuerpo por distintos lugares, en brazos, piernas, pecho y cuello, mientras una gran máscara le cubría toda la cara.

El pitido de las máquinas a las que estaba conectado demostraba que su cuerpo había logrado sobrevivir, pero cada vez dudaba más de que su alma lo hubiera hecho.

—No le siento, Minh. No está ahí.

—No me sorprende. Lo he puesto en coma inducido y le he dado un inhibidor neural para mantener sus funciones cerebrales al mínimo estricto. Si no, no sobreviviría.

Me parece justo. Sin embargo, no pude evitar pensar que aún debería ser capaz de sentir su alma. Sin él, estaba desnudo. Sin mi Ancla, era una frágil hoja en una tempestad.

Unos chasquidos y crujidos llamaron mi atención. Observé con fascinación cómo las manos de Maheva se movían sobre el cuerpo roto de Khel. Dondequiera que se detuviera, la carne torturada parecía recuperar una forma más natural, mientras los huesos se reparaban.

No del todo...

Tras observarla un momento, me di cuenta de que lo estaba curando por etapas, reparando solo parcialmente cada parte de los huesos destrozados de todo su cuerpo y luego reparando más en la siguiente pasada. Sería un proceso largo y agotador tanto para Khel como para la gran madre de Amalia. Quise abrazarla y besarla con gratitud, pero no me atreví a desconcentrarla. Envié una silenciosa plegaria de agradecimiento a la Diosa por habernos bendecido con la presencia de una sanadora tan poderosa.

—¿Se recuperará completamente?

Minh bajó los ojos y se me hizo un nudo en el estómago.

—Maheva puede reparar su cuerpo, pero llevará mucho tiempo —dijo Minh con un fuerte suspiro—. Si solo hubieran sido fracturas, cortes y heridas punzantes, se recuperaría antes de que acabara el día.

—¿Pero? —pregunté.

—Pero, las quemaduras son extensas. La piel, la carne y los músculos casi se le han desprendido de los huesos.

Amalia resopló y la abracé. Lloró suavemente, con la cara hundida en mi cuello, mientras yo le acariciaba el pelo.

—Maheva puede arreglarlo, pero no puede reconstruir músculos y piel de la nada. Debe utilizar los recursos de su cuerpo para reponer lo perdido —continuó Minh—. Ahora mismo está reparando sus huesos. El coste es mínimo, ya que solo hay que coserlos para reducir la presión sobre los órganos internos. Luego empezará a reconstruir y reparar todos sus órganos y tejidos blandos, pero tardará semanas.

—Al final de las cuales estará de vuelta al cien por cien, ¿correcto? —volví a preguntar, no me gustaba que diera tantas vueltas a la pregunta.

Minh volvió a suspirar.

—No lo sé, Lhor, pero lo dudo.

Me eché atrás.

—¿Por qué coño no?

—Había un compuesto químico incluido en las bombas —dijo Ghan.

Mi cabeza se inclinó hacia él.

—La toxina debía alterar el ADN de las víctimas. Los bastardos estaban preparados para nosotros. Sabían que si liberábamos a las hembras, las pruebas de ADN revelarían la identidad de los clientes. Se aseguraron de que ninguna de las hembras sobreviviera y de que cualquier ADN extraído de ellas fuera inutilizable.

Sus ojos recorrieron a Khel, una mirada de dolor estaba grabada en su rostro brutal.

—Esa toxina está jodiendo a Khel.

—¿Pero no puede Maheva...?

—No —dijo Amalia, sacudiendo la cabeza contra mi pecho. Levantó la cara para mirarme,

con los ojos rojos e hinchados—. Nana no puede curar enfermedades ni venenos. Solo puede devolver partes del cuerpo heridas a su estado original o reconstruirlas.

—El mayor problema —dijo Minh—, es que la toxina impedirá que Maheva lo cure adecuadamente. Los huesos no se verán afectados, pero sí sus tejidos, órganos y masa muscular. Solo la Diosa sabe qué aspecto tendrán cuando Maheva los repare.

Esto no podía estar pasando. Tenía que haber una solución. Tal vez los Tuureanos...

—¿Has contactado con el Almirante? ¿No hay una Verediana...?

—Lee va a volver aquí tan pronto como pueda —dijo Ghan—. Por desgracia, confirmó que la única Verediana conocida con la capacidad de curar el veneno sigue en uno de los complejos de cría. Sin embargo, hay otra Verediana a bordo de su nave que será capaz de drenar la toxina restante de su sistema, pero no deshacer el daño que ya ha causado.

—¿Cuándo llegan?

—En un par de días —dijo Ghan.

—En cuanto Maheva termine de remendar sus huesos —dijo Minh—, volveremos a poner a Khel en crioestasis para evitar que la toxina siga causando daños hasta que llegue la Verediana.

Todo esto fue culpa mía. Dejé que Zhul me engañara haciéndome creer que era inocente. Como un idiota, me creí todo ese acto sobre perder su Núcleo y ayudarnos contra la moción de usar a Amalia y a nuestros hijos como ratas de laboratorio.

Voy a matarlo.

—Voy a despellejar vivo a Dervhen —dije, mirando a Ghan.

Sus ojos se endurecieron y asintió lentamente.

—Tenemos que atraparlo antes de que huya.

—El Detective Gravhin está consiguiendo la orden mientras hablamos —dijo Ghan—. Se pondrá en contacto conmigo en cuanto la tenga y nos reuniremos en la hacienda de Dervhen. Mientras tanto, ya he emitido una orden de prohibición de vuelo para Dervhen y sus familiares. No saldrá del planeta.

~

Ghan y yo nos dirigíamos a la hacienda de Dervhen cuando el Detective Gravhin nos llamó. El Departamento de Policía de Xelhen recibió una llamada de emergencia del padre de Zhul. Como no era su departamento, aún no tenía detalles. Lo averiguaría cuando estuviera en el lugar. Nos miramos confusos, sin saber qué pensar. Después de lo ocurrido en el Centro de Convenciones, no podíamos fiarnos de que no se tratara de otro montaje.

El largo vuelo desde la hacienda hasta el distrito de Xelhen duraba normalmente dos horas. Ghan ignoró las normas de velocidad y nos llevó a nuestro destino en cuarenta minutos. Cuando comenzamos a descender, la actividad en tierra indicaba que había ocurrido algo grave. Algunos agentes de la XPD parecían estar reuniendo pruebas. Los sanitarios rodeaban una gran masa en el

suelo. Una orgía de sangre se extendía frente a la hacienda.

¿Qué coño había pasado aquí?

—Más vale que el cabrón siga vivo. Pienso matarlo yo mismo —dije entre dientes.

Ghan asintió con un gruñido, pero el ligero ceño fruncido que se dibujó en su frente me dijo que sus preocupaciones rivalizaban con las mías. El oficial a cargo de la investigación se dirigió hacia nosotros en cuanto bajamos de la lanzadera. Al reconocernos, fue directamente al grano.

Se lo agradecí.

—Saludos Consejero Kirnhan, Primer Oficial Delphin. Soy el Detective Kromlhen —dijo el oficial—. Recibimos una llamada hace veinte minutos de *Sehr* Nhed Dervhen, el padre del Consejero Dervhen. Él y su hija acababan de regresar de un paseo en cavas cuando encontraron este desastre ensangrentado frente a la casa de su hijo —señaló los múltiples charcos de sangre y salpicaduras.

Seguimos su estela mientras se dirigía a la lanzadera médica. Nos bloqueó la visión de la gran masa que habíamos visto desde el aire.

—El Consejero Dervhen ha desaparecido y su cavas personal pende entre la vida y la muerte.

Ghan y yo intercambiamos otra mirada. Cuando salimos de la lanzadera, la espantosa imagen que teníamos ante nosotros me dejó sin aliento. La bestia, un cavas macho maduro, era un espécimen impresionante. A pesar de la sangre que lo empapaba, el brillo y el grosor de sus escamas indicaban que había sido sano y fuerte. En batalla, debía de ser un oponente temible. El número de heridas de bala y la extensión de los daños implicaban que había habido más de un atacante.

Pero lo más importante es que un cavas nunca atacaba a su amo.

Fuera lo que fuera, lo más probable es que la bestia intentara proteger a Zhul de algo... aunque más probablemente, de alguien... en plural.

—No estamos seguros de que el cavas vaya a sobrevivir —continuó el detective.

Dos socorristas trabajaban frenéticamente sobre la bestia, intentando detener la hemorragia y estabilizarla. Las respiraciones superficiales de la criatura estaban a medio camino entre un gruñido y un siseo.

—Una cosa es segura: ha atacado a un par de personas —señaló el hocico de la bestia—. Los primeros escáneres indican que ha mordido al menos a uno y le ha inyectado veneno. El análisis de ADN de la sangre alrededor de su boca confirma que la víctima era un macho Guldano.

—¿Qué? —pregunté.

Ghan murmuró una maldición en voz baja.

—Pero eso no es lo peor —dijo el Detective Kromlhen, alejándonos del cavas—. Estas salpicaduras de sangre de aquí pertenecen a dos Guldanos diferentes. La mayor parte procede de uno solo de ellos y, por la cantidad de sangre, es dudoso que sobreviviera.

—Así que había al menos tres Guldanos aquí —dijo Ghan, con una mirada pensativa.

—Creo que más bien cuatro o cinco —dijo el detective—. Hay unas pequeñas salpicaduras

de sangre en la entrada de la casa. Pertenecen al Concejero Dervhen.

El escenario que se perfilaba ante nosotros era muy distinto del que habíamos venido esperando. Ya no sabía qué pensar, pero no me dejaría engañar. El cuerpo roto de Khel ardía con fuerza en mi mente. Alguien respondería por ello.

—¿Dónde está Nhed Dervhen? —pregunté.

—Dentro de la casa, con su hija y los abogados de la familia —dijo Kromlhen.

—¿Abogados? —preguntó Ghan.

—Sí —dijo el detective—. Los respectivos abogados del padre y del hijo. Te están esperando. Nhed Dervhen se negó a hablar con nadie sin tu presencia, Consejero.

Esto se volvía cada vez más extraño. Nos acercamos a la casa y la puerta se abrió antes incluso de que llamáramos o tocáramos el timbre.

Un macho de unos treinta años, vestido formalmente, abrió la puerta. Se presentó como Sahm Marthen, el abogado de Zhul. Tras los saludos de rigor, nos condujo a la sala de estar. Una hermosa joven se acurrucaba contra Nhed Dervhen. A pesar de sus ojos rojos e hinchados, desprendía una fuerza innegable, consolando a su padre tanto como él la consolaba a ella.

Nada más entrar en la habitación, Nhed se puso en pie. Realizó el tradicional saludo Xelixiano, al que respondimos del mismo modo.

—Consejero Kirnhan —Nhed dijo—: Es una pena que nos encontremos en estas circunstancias. Pero me alivia que hayáis venido tan rápido —lanzó una mirada nerviosa al otro macho de la sala. Señaló hacia él—. Este es mi abogado, Jhac Burghen. Debo especificar que me aconseja encarecidamente que no hable con vos. Lo hago por propia voluntad y acepto las consecuencias de mi confesión. Ya no se trata de mí. Temo que mi hijo y *Seha* Valena estén en peligro.

—¿Sabéis lo de la Verediana? —pregunté, con los ojos desorbitados.

—No solo sé de ella, sino que la he conocido —dijo Nhed—. Por favor, tomen asiento, *Sehrs*.

Tomamos asiento, ahora más confusos que nunca. En nombre de Gharah, ¿cómo se había involucrado Nhed Dervhen en todo esto? ¿Qué podría tener que confesar? La reciente presentación de la disolución de su vínculo ya había causado un poco de tormenta de mierda en los círculos elegantes. Que un macho repudiara a una hembra Prime era algo esencialmente inaudito. ¿Pero Nhed involucrado en una red de esclavitud?

Volvió a sentarse en el sofá frente a nosotros. Su hija le cogió de la mano y levantó la barbilla con orgullo.

A Amalia le agradaría ella.

Nhed pasó a contarnos una historia que ninguno de los dos esperábamos. Empezó cuando, tontamente, hizo un trato con V. Al principio, me pregunté si se trataba de alguna táctica de despiste. Sin embargo, cuanto más hablaba, sobre todo de los últimos acontecimientos, más plausible me parecía.

—Iba a entregarme a las autoridades hace dos días —dijo Nhed—. Zhul me detuvo, diciendo que tenía ciertas cosas en marcha, y que todo esto podría terminar en los próximos días. Quería que esperara hasta que todo estuviera dicho y hecho.

—¿No os dijo nada sobre su plan? —preguntó Ghan.

—No, nada —dijo Nhed, con una expresión triste en el rostro—. Pero os juro a los dos que mi hijo es tan víctima como esas pobres hembras. Intentó ayudarlas. Se preocupa por Valena y ella también se preocupa por él. Intercambiaron votos de apareamiento. Si V sospecha que Zhul trató de rescatar a las cautivas, la Diosa solo sabe lo que le hará. Y con toda esta sangre...

La voz de Nhed vaciló. Sahm Marthen, el abogado de Zhul, se aclaró la garganta, desviando la atención del momento de debilidad de Nhed.

—Esto nos lleva a la razón de mi presencia aquí —dijo el abogado—. Mi cliente creía que podría ser víctima de un juego sucio. También creía que, de ser cierto, su familia estaría en peligro.

Marthen se levantó de su asiento y caminó hacia mí. Me entregó una pequeña tarjeta. La cogí y le dirigí una mirada interrogante. Volvió a su asiento y yo introduje la tarjeta en mi datapad.

—Esto era para el General. En caso de que le ocurriera algo, se os nombró su sustituto. El Primer Oficial Ghan es el tercero en caso de que a vos también os ocurriera algo.

La tarjeta solo contenía dos documentos. Mi cabeza se giró hacia Marthen tras leer el título del primer documento.

—¿Tutores legales? —pregunté, atónito—. ¿Me estáis tomando el pelo?

—En la carta de instrucciones que *Sehr* Dervhen me dejó, indicaba que V profirió amenazas directas contra la vida de su hermana. Lelah Dervhen sufriría graves daños si se negaba a cooperar o le causaba cualquier tipo de problemas —el abogado se removió en su silla y lanzó una mirada comprensiva hacia Lelah y su padre—. Por lo tanto, ha nombrado al General Praghan tutor legal de Lelah hasta que él pueda reanudar sus funciones o ella alcance la madurez legal.

Se me cortó la respiración. Me pasé los dedos por el pelo y miré a Ghan con desconcierto. Pero él no me devolvió la mirada, sino que la clavó en el abogado.

—¿No habéis visto las noticias? —le pregunté a Marthen—. Mi Gem y un sinfín de buenos machos de la Primera División penden entre la vida y la muerte. Todo por seguir un consejo de Dervhen. ¿Ahora esperáis que acoja a su hermana bajo mi techo, al alcance de mi compañera y mis hijos? ¿Estáis loco?

—Zhul Dervhen es tan víctima como todos esos machos —argumentó Marthen—. ¡Hay muchas evidencias afuera!

—No es suficiente.

Miré a Lelah que me sostuvo la mirada desafiante. Una vez más, no pude evitar pensar que a Amalia le gustaría su fuego interno.

—No pondré en peligro la vida de mi familia, pero tampoco quiero que una niña inocente sufra daños —me enfrenté a Ghan—. ¿En el recinto?

Asintió lentamente.

—Aunque no me entusiasma tener a ningún Dervhen cerca de Khel, hay suficientes guerreros para vigilarla.

—En realidad, hay otra cosa —dijo Marthen. Tiró del cuello de su camisa como para aflojárselo.

Ghan enarcó una ceja interrogante.

—Mi cliente pide que también concedáis asilo a su padre y a su madre.

Nhed jadeó y miró al abogado con los ojos desorbitados.

—Si V no puede llegar hasta su hermana, Zhul está convencido de que atacará a sus padres, incluso a su distanciada madre.

El Detective Kromlhen, que había observado el procedimiento en silencio, tomó la palabra.

—Nhed Dervhen ha confesado un crimen. Será arrestado y puesto bajo custodia en el Departamento de Policía de Xelhen.

—Es un riesgo demasiado grande —dijo Ghan—. V tiene un gran alcance. Si de verdad va a por Nhed Dervhen, lo matará dentro de la prisión, como hizo con el Dr. Lurphin el año pasado.

Asentí.

—El Detective Gravhin nos permitió mantener a todos los demás sospechosos y testigos en el calabozo del complejo por su propia seguridad —dije—. Debería llegar en breve.

—Eso sería un compromiso aceptable —dijo Kromlhen.

—Entonces está decidido —dijo Ghan, poniéndose en pie.

Mis ojos se cruzaron con los de Lelah Dervhen mientras me levantaba.

—Mi hermano no es el enemigo —dijo Lelah—. Él cuida de Valena y ella cuida de él. Independientemente de lo que penséis de él, confía en vos por encima de los demás. La vida de ambos está en vuestras manos. Por favor, traedlos de vuelta.

Es más fácil decirlo que hacerlo. Al menos sabíamos que Valena aún vivía. No disminuía el horror de la muerte sin sentido de todas las otras hembras, pero en este punto, cualquier pequeña victoria era bienvenida. A Amalia le vendrían bien buenas noticias. Sin embargo, también estábamos en un callejón sin salida, sin absolutamente ninguna pista sobre dónde Valena o Zhul podrían estar en este momento.

Hice un gesto con la cabeza a Lelah, a su padre y a sus abogados antes de salir, mientras Ghan me seguía.



CAPÍTULO 16

VALENA

No se molestaron en taparnos los ojos ni en quitarme las ayudas visuales. Me sentí a la vez agradecida y angustiada. Era un alivio ver a dónde nos llevaban, pero la ira, el odio y la traición en los ojos de Zhul me calaron hasta los huesos. La culpa era toda mía. Debería habérselo dicho. Cualquier excusa que pudiera inventar para justificar mi retraso sonaba hueca, incluso a mis propios oídos. La confianza era algo importante para Zhul. No solo había traicionado su confianza, sino que la había pisoteado.

Tengo que arreglar esto.

Excepto que teníamos problemas más grandes.

Lancé una mirada furtiva en su dirección. La cara de Zhul mostraba los primeros signos de magulladuras. La sangre goteaba desde su frente hasta su hinchado ojo derecho. Aunque mantenía un semblante severo, el ligero jadeo de su respiración indicaba que sus heridas eran más graves de lo que aparentaba.

Cuando nos sacaron de la casa, Zhul no me dirigió la palabra. Ni siquiera me miraba. Solo me dijo que me metiera en mis asuntos cuando le pedí a uno de nuestros captores que le mirara las heridas.

Volamos durante mucho tiempo—más de tres horas según mis cálculos. No conocía la zona, pero creía que habíamos abandonado el distrito de Xelhen. Como no nos dirigíamos hacia el Distrito Capital, solo podía suponer que ahora estábamos en Xelhon o Xelhin.

Más adelante, espesas enredaderas y hierba crecida casi se tragaban una gran mansión cerca de un huerto de ryspak abandonado. Tales vistas eran habituales con tanta tierra aún Manchada. Para mi sorpresa, en lugar de volar hasta la mansión, aterrizamos al menos a 400 metros de ella. El pequeño claro del huerto era fácil de pasar por alto si no se sabía dónde mirar. El aterrizaje fue algo complicado, pero nada que un piloto razonablemente hábil no pudiera manejar.

Los Guldanos nos condujeron fuera del transbordador. Una plancha cubierta de tierra y maleza alta se abrió entre dos árboles altos, revelando otra placa. Nos colocamos sobre ella y el suelo pareció caer debajo de mí, haciendo que mi estómago se estremeciera cuando comenzamos a descender. La velocidad me hizo perder el equilibrio. Mi mano salió volando para agarrar lo

primero que se puso a tiro. Odié que fuera el brazo de un Guldano y que me ayudara a estabilizarme. Pero odié aún más la expresión de desprecio en la cara de Zhul mientras nos observaba. Mientras el ascensor nos conducía a las entrañas del huerto de ryspak, la placa superior se cerró sobre nuestras cabezas, bloqueando el sol. Los paneles metálicos de las paredes adquirieron un suave resplandor, permitiéndonos ver. Aunque viajamos lo que nos pareció al menos media milla bajo tierra, fue un viaje rápido hacia abajo.

El ascensor se detuvo. Una de las paredes daba a un largo pasillo de relucientes paredes blancas. No era un calabozo destartalado. Era una instalación de última generación. Caminamos en la dirección general de la hacienda abandonada que habíamos visto arriba, pero la instalación subterránea empezaba mucho más cerca. No sabía si llegaba hasta la hacienda o si ésta solo servía como punto de referencia. Sin embargo, tendría sentido no tener una entrada a través de la casa, ya que naturalmente buscarían una en caso de asalto.

Encontramos varias puertas selladas por el camino—obviamente diseñadas para frenar a un intruso o una redada. Se me llenó la boca de sabor amargo cuando pasamos la última puerta sellada y entramos en la zona principal de las instalaciones. La disposición me resultaba asquerosamente familiar: un laboratorio médico similar al del complejo de cría donde crecí. Solo difería el color de los materiales. En el recinto, todo en el laboratorio, desde las paredes hasta los mostradores y el suelo, era blanco o de un tono azul claro, con equipos plateados. Aquí, todo era de distintos tonos de gris.

Si la distribución de este lugar coincidía con la del complejo, el despacho de Varrek se encontraría más allá de la puerta, justo delante de nosotros. Junto a él, habría una sala de guardia, seguida de la sala de personal. Luego, una serie de laboratorios, salas de reconocimiento y quirófano precederían a la zona de espera. En el recinto, las hembras compartían dormitorio. Una serie de pequeños dormitorios individuales se alineaban en la pared opuesta al dormitorio para que las hembras fueran atendidas por sus Korletheanos emparejados. Entre ambos dormitorios, una sala de recreo común daba a la cafetería.

Pronto averiguaría si mis suposiciones eran ciertas. Pero ahora tenía que ocuparme de lo que tenía entre manos.

Mi primera sospecha se confirmó cuando la puerta de delante se abrió hacia el despacho de Varrek. Salió, acompañado por Whil Dervhen. Se había ido delante mientras los Guldanos se ocupaban de nosotros y de los cadáveres de sus camaradas. Zhul emitió un gruñido al ver a su primo. Los guardias Guldanos se acercaron a Zhul, sin duda para mantenerlo a raya. La expresión de puro odio que se dibujó en su rostro al mirar a Whil me hizo estremecer. Sin inmutarse, su primo sonrió con aire de superioridad.

Varrek, sin embargo, no parecía divertido.

—¿Qué le pasó a él? —preguntó Varrek con voz excesivamente suave.

Ajeno a la tormenta que se avecinaba, Whil esbozó una sonrisa de suficiencia.

—No quiso cooperar, así que le di una lección.

Los ojos obsidiana de Varrek miraron fijamente a Whil. Aunque no era amenazadora en sí, la sonrisa de Whil se desvaneció, sintiendo que las cosas no iban del todo bien. De repente me di cuenta de que estaba viendo a Varrek por primera vez. Mi contacto ocasional con los guardias me había permitido vislumbrar su aspecto. Pero nunca había sido un contacto lo suficientemente verdadero como para tener una imagen clara de él.

Me perturbó darme cuenta de que era extrañamente atractivo.

De su madre, Varrek había heredado la piel gris clara Xelixiana, una versión atenuada del *crihnin*, y unos iris verdes agrandados. De su padre, un par de hermosos cuernos de ébano sobresalían por encima de su frente, arqueándose sobre su cabeza con las puntas hacia arriba. Su color oscuro contrastaba con su pelo blanco plateado que le llegaba hasta los hombros. Sus finos labios tenían una curva extrañamente suave, nada que ver con la línea dura que yo esperaba. La camisa blanca ceñida que llevaba delineaba un pecho mucho más musculoso de lo que había imaginado.

—La próxima vez que te diga que me traigas a alguien y lo dañes así, te despellejaré vivo.

La forma tranquila y práctica en que pronunció las palabras lo hizo aún más espeluznante. Whil tragó saliva, pero no respondió. Los ojos oscuros de Varrek se cruzaron con los míos y sus labios se estiraron en una sonrisa ligeramente burlona.

—¿Te gusta lo que ves, mascota?

Sentí que se me calentaba la cara por haber sido sorprendida mirándolo. Era tanto más embarazoso cuanto que no podía negar que era atractivo, aunque no sentía ninguna atracción hacia él. Zhul resopló, pero por lo demás guardó silencio.

—No estés celoso, Zhul —la sonrisa de Varrek era genuinamente divertida—. Estoy seguro de que su afecto por ti es más profundo que por mí.

—Te la puedes quedar —dijo Zhul entre dientes.

Aunque su respuesta no me sorprendió, me dolió. De acuerdo, la había jodido bastante, pero ahora estábamos emparejados. Seguro que nos daría la oportunidad de arreglar las cosas.

Varrek enarcó una ceja inquisitiva.

—¿Problemas en el paraíso? Te habrás preocupado de devolverle la vista a mi mascota. Y eso sin duda te valió su eterna gratitud.

Mi mano voló hacia la discreta ayuda visual que tenía junto a la oreja y mis ojos se abrieron de par en par, asustados. Por un instante, me arrepentí de no haber ocultado las dos mitades del dispositivo con el pelo. Pero, por supuesto, las descubrirían de todos modos.

Varrek soltó una risita.

—No te preocupes, mascota. No te las quitaré. Ahora que las Casas de Sangre son historia, tu capacidad para ver ya no es un problema. Además, las ayudas visuales no permiten tu habilidad secundaria de control mental.

Zhul exhaló bruscamente, sus ojos me miraban, incrédulos.

—¿Otra habilidad? —preguntó.

Me mordí el labio y bajé los ojos. El dolor y la traición de sus ojos me hirieron profundamente.

—Ahora solo tengo una —susurré—. Gruuk me quitó la otra habilidad hace muchos años.

Zhul sacudió la cabeza y apartó la mirada como si ya no pudiera soportar verme. Me escocían los ojos. Parpadeé y levanté la barbilla, negándome a mostrar mi vulnerabilidad a Varrek.

—¿Mi mascota te guardaba secretos, entonces? —dijo Varrek, disfrutando claramente de nuestro conflicto.

—Zhul se enteró cuando tus mercenarios me advirtieron que no dejara que me tocara —dijo Whil, sonriendo de nuevo.

Varrek me lanzó una mirada especulativa.

—Buena chica. Tendrás que contarme todas las maravillas que has recogido de su mente durante tu estancia con él.

Me rodeé el torso con los brazos, abrazándome a mí misma.

Zhul apretó la mandíbula y apretó las manos.

—Perra doble cara...

—No fue así —le supliqué.

—No quiero oír ni una palabra más de ti.

—Ya, ya, niños —dijo Varrek—, pórtense bien entre ustedes. Tendrás que perdonar a mi mascota por no saber que no debe guardar secretos a su compañero elegido.

—Ella no es mi compañera.

Ese dolor punzante que me atravesaba el pecho me dificultaba la respiración. ¿Cómo pudo decir eso? Intercambiamos votos. Le miré, sin importarme que mi dolor estuviera a la vista de todo el mundo. Me sostuvo la mirada, fría e inquebrantable.

—¿En serio? —dijo Varrek, acortando la distancia que nos separaba.

Mi espalda se puso rígida cuando se inclinó hacia mí.

—Puedo olerla en ti. Y tu olor está en ella. No hay duda de que están apareados.

—Me la follé unas cuantas veces —dijo Zhul, su tono deliberadamente cruel—. Eso no significa que estemos apareados.

No pude contener las lágrimas que se agolpaban en mis ojos. Levanté la barbilla y miré al frente, ignorando la mirada calculadora de Whil y la divertida de Varrek.

—Uy —dijo Varrek—. Sabía que eras despiadado, pero nunca pensé que tanto —me echó un vistazo antes de volver a mirar a Zhul—. Por su bien, espero que tengas ganas de follártela un poco más.

—¿Y eso por qué? ¿Qué quieres de mí? —Zhul preguntó, luego señaló a la habitación—. ¿Por qué estoy aquí?

—Le dije a mi mascota que eligiera a su pareja. Tú pareces ser el ganador.

Zhul me lanzó una mirada despectiva.

—Gracias, pero paso.

—Con mucho gusto asumiré ese deber —dijo Whil—. Me prometiste acceso a las hembras.

Dio un par de pasos hacia mí. Con los labios fruncidos, me desnudó con la mirada. Su expresión lasciva me erizó la piel. Instintivamente di un paso atrás y miré a Zhul en busca de... ¿protección? Pero sus ojos estaban puestos en su primo. La expresión severa de su rostro revelaba poco de sus pensamientos. Sin embargo, el tic nervioso de un músculo de su sien me dio la esperanza de que fuera ira latente ante la idea de que su primo me tuviera.

—Las demás hembras sí, pero Valena no —dijo Varrek, estudiando mi rostro.

Whil giró la cabeza hacia él, con los rasgos retorcidos por la ira.

—¡Habéis matado a las otras hembras!

—No *he* matado a nadie —respondió Varrek, impasible—. Mi madre eliminó las "pruebas" para proteger a sus clientes sin mi consentimiento. Ella responderá por ello. Si Praghan muere, la mataré yo mismo.

Él también lo haría, sin dudarlo. Los Guldanos nunca hacían amenazas en vano. Con ellos, siempre sabías a qué atenerte. Un trato era un trato. También lo era una promesa o una amenaza.

—¿Por qué te importa lo que le pase al General? —Zhul preguntó.

—¿A quién le importa el General? —Whil interrumpió—. Quiero lo que se me prometió. No tenéis otras hembras —señaló con un dedo hacia mí—. Quiero una Verediana.

Me acorraló y uno de los dos guardias Guldanos lanzó a Whil una mirada de advertencia. Se me aceleró el pulso, preguntándome qué haría Varrek. No se tomaba muy bien que la gente intentara dictar sus actos. Pero también honraba su palabra.

—Hazme repetirlo otra vez —dijo Varrek—, y no te gustará mi reacción. ¿Quieres una Verediana? Que levanten el embargo. No eres lo que necesito —señaló a Zhul con la barbilla—. Él lo es.

—¡Ella puede curarme! —insistió Whil.

—Tal vez, pero es poco probable. Los apareamientos entre Xelixianos y Veredianas en los complejos de cría no han logrado reproducir lo que Amalia ha hecho por sus compañeros.

La mirada de Varrek recorrió lentamente a Zhul, con una chispa de aprecio en los ojos. A mi amo le gustaban exclusivamente los machos, y no me gustaba nada su interés personal por Zhul.

—Al igual que los compañeros de Amalia, Zhul tiene lo único que les falta a ti y a todos los demás machos que probamos: él es Geminado. Esta podría ser la clave del misterio.

—Pero...

—Ya basta —Varrek clavó en Whil una mirada escalofriante—. Valena no es para ti. Regresa a tu hogar y prepárate para tus nuevas tareas en el Consejo. El Presidente del Consejo y el Departamento de Policía del Distrito Capital han recibido convenientemente pruebas incriminatorias sobre tu primo. Con Zhul "desaparecido" y pronto bajo investigación por traición, asesinato en masa y esclavitud sexual, el asiento de Dervhen requerirá un nuevo Consejero. Una vez que lo seas, encárgate de que levanten el embargo.

—Voy a matarte —exhaló Zhul.

La sonrisa de Varrek no llegó a sus ojos.

—Puedes intentarlo. Pero prepárate para recibir tu castigo cuando fracases.

Sin dedicar otra mirada a Whil, Varrek hizo un gesto con la cabeza para que los guardias lo siguieran y se dirigió al pasillo. Nos arrearon a Zhul y a mí tras él. Mirando por encima de mi hombro, vi a Whil mirándonos, con un amargo resentimiento grabado en el rostro. Con un resoplido, giró sobre sus talones y se dirigió hacia el pasillo de salida.

Mis sospechas se confirmaron cuando pasamos por delante de una serie de laboratorios. Estaban situados a ambos lados del pasillo, entre puertas de alta seguridad. La puerta se abrió cuando Varrek se detuvo ante el escáner facial. Dejó al descubierto la esperada zona común. A diferencia del recinto, esta zona era mucho más pequeña y no contenía ninguna zona de recreo para niños.

A la derecha, una serie de sofás de color gris oscuro cubiertos de una tela que no reconocí rodeaban una pantalla de video gigante montada en la pared. Más allá de la zona de estar, un conjunto de grandes mesas y bancos se extendía frente a una pequeña cocina equipada con un par de replicadores de alimentos, un refrigerador de agua y un distribuidor de bebidas calientes. A la izquierda, una zona de lectura con datapads de circuito cerrado precargados. Frente a ella, una zona de juegos con pequeñas mesas para dos o cuatro personas y diversos juegos de mesa.

Bordeando los lados izquierdo y derecho de la sala, cinco celdas con paredes de cristal ocluyentes no dejaban lugar a dudas sobre la finalidad de esta instalación. En lugar de las habituales literas individuales, cada celda contenía una cama grande y una pequeña sala para refrescarse.

—Como pueden ver —dijo Varrek, señalando la zona vacía—, tenemos sitio de sobra gracias a ese desgraciado embargo —nos dedicó una sonrisa burlona—. Por suerte para ti, eso significa que puedes elegir tu nidito de amor.

—No compartiré habitación con ella ni la tocaré —dijo Zhul.

El rechazo constante me dolía, pero también me enfurecía. Sí, sabía que había metido la pata, pero al menos debería darme la oportunidad de explicarme antes de condenarme. Incluso si nuestros votos no se hicieron oficiales en el Salón de los Registros, eso no los hacía menos válidos para mí. En mi corazón, Zhul era mi compañero y quería que luchara por nosotros, no que se rindiera al primer obstáculo.

—Oh, pero lo harás —dijo Varrek—. Dos veces al día, de hecho. Y enviarás muestras de sangre al analizador justo después de terminar. El incumplimiento resultará bastante desagradable para ti.

Zhul cruzó los brazos sobre el pecho y levantó la barbilla.

—Puedes golpearme, pero no puedes obligarme.

Varrek le dedicó a Zhul una sonrisa indulgente, como si estuviera mirando a un niño petulante.

—No hay necesidad de violencia. Un poco de Dalyria te enderezará enseguida.

Las fosas nasales de Zhul se encendieron mientras clavaba en Varrek una mirada venenosa. Dalyria era un poderoso afrodisíaco. Podía administrarse mediante inyección, con una píldora, en tu bebida o incluso en el aire que respirabas. Mientras estabas bajo su efecto, te invadía un impulso irresistible de follarte a todo lo que estuviera a tu alcance durante una hora o así. Se utilizaba habitualmente en los compuestos de reproducción cuando la hembra o el Korletheano rechazaban el apareamiento. El polvo, obtenido moliendo las semillas de la planta del mismo nombre, era un producto natural sin efectos secundarios negativos, por muy frecuentemente que se utilizara.

—¿Todo esto porque esperas que concibamos un macho Verediano? —preguntó Zhul, con voz amarga.

—Ese es solo la mitad de tu propósito. También beberás de ella.

Zhul retrocedió y se me hizo un nudo en el estómago ante la idea de ser bebida.

—¿Por qué coño iba a hacer yo eso? —preguntó—. Soy Prime. No necesito beber.

—No lo necesitas, pero mejorará tu veneno. Cada vez hay más demanda de Thylin —se regodeó Varrek—. A pesar de los mediocres resultados que hemos estado obteniendo con los compuestos de cría de los machos Manchados, su veneno se ha vuelto ligeramente más concentrado. No se parece en nada a los asombrosos resultados obtenidos por Lhor y Khel. Sin embargo, en lo que respecta a las drogas recreativas, ahora se está volviendo más popular que Maze. Tengo la intención de suministrar el Thylin más puro y potente que existe. Y tú me ayudarás a conseguirlo.

—Estás loco —respiró Zhul.

—Ni mucho menos. Prefiero llamarme un proveedor de servicios inteligente. Cuando veo una necesidad con un fuerte potencial lucrativo, la aprovecho.

Zhul miró a nuestros guardias, como si evaluara sus posibilidades de acabar con ellos. Sería una tontería. Incluso si tuviera éxito, lo cual era poco probable, no sería capaz de hacernos pasar las puertas selladas. Como si hubiera llegado a la misma conclusión que yo, Varrek sacudió la cabeza hacia Zhul, con una advertencia en los ojos.

—No intentes nada estúpido, Zhul. No me gustaría castigarte en tu primer día con nosotros.

Con la columna rígida y los labios apretados, Zhul no respondió.

—La Enfermera Rosthan vendrá en breve para hacerles un examen básico a los dos... y curar tus heridas —dijo Varrek, señalando la cara de Zhul—. Después, podrán elegir la habitación en la que dormirán. Hoy tienen vía libre, si quieren dormir en habitaciones separadas. Mañana, espero las primeras muestras de sangre a las 10 de la mañana y las segundas a las 10 de la noche. Las esperaré con ansias y cuando hayas terminado, te castigaré.

Se giró para mirarme.

—Le explicarás los protocolos. Confío en que aún los recuerdes.

Asentí, con los ojos bajos.

—Buena chica.

Varrek salió seguido de sus guardias Guldanos. Mientras observaba sus espaldas en retirada, me pregunté brevemente dónde estarían sus guardias Xelixianos. Cuando Sheb me había sacado de la Casa de Sangre, los demás guardias también habían salido rápidamente, aunque no es que me preocupara mucho por su bienestar.

En cuanto la puerta se cerró y la luz roja sobre ella indicó que se había activado el mecanismo de cierre, Zhul se alejó de mí hacia la sala de estar.

—Zhul, tenemos que hablar.

—No tengo nada que decirte —dijo cogiendo el mando a distancia.

—Claro, si eso es lo que quieres. Pero tengo que hablarte de los protocolos de seguridad.

—De acuerdo. Adelante.

La frialdad de sus ojos y la agudeza de su tono fueron como puñales en mi corazón. Intenté controlar el temblor de mis labios. Sus ojos se endurecieron, diciéndome que lo estaba haciendo muy mal. Lo que daría por conocer sus pensamientos ahora mismo. La necesidad de tocarlo me torturaba. Así debía de sentirse un adicto en pleno síndrome de abstinencia. No era solo la necesidad de conocer sus pensamientos, sino que me dolía sentir el calor y la maravilla de las emociones que lo recorrían cada vez que estábamos juntos. No podía aceptar que las cosas entre nosotros no tuvieran arreglo.

Le repasé las normas básicas, similares a las del recinto. Lo esencial: estar dentro de tu dormitorio—tradúcelo como “tu celda” antes de las diez de la noche para el encierro, y cuando sonara la campanilla que indicaba que los guardias o el personal médico iban a entrar, colocarse detrás de la línea de seguridad, con las manos donde pudieran verlas. Por lo demás, éramos prácticamente libres de hacer lo que quisiéramos con nuestro tiempo, excepto cuando se nos asignaban tareas específicas—en nuestro caso, follar dos veces al día. Si hubiera habido otras cautivas aquí, se nos habría permitido mezclarnos con ellas. Cualquier intento de fuga, daño a los guardias y al personal, o desobediencia se traducía en un castigo rápido que determinaba Varrek.

La regla adicional, que no mencioné, era que en el caso de una Verediana, debíamos volver a ponernos los guantes en cuanto sonara la campana.

Ahora mismo, aunque el mecanismo de cierre de mis guantes estaba desactivado, me los dejé puestos. Enfrentarme aún más a Zhul me pareció una mala idea.

En cuanto terminé de transmitir esta información, Zhul me hizo un gesto brusco con la cabeza y me dio la espalda. Encendió la pantalla de video y Nikha Drubhen apareció en la pantalla, reproduciendo imágenes de los cadáveres alineados de mis antiguas compañeras cautivas.

Unas manos fantasmales me apretaron la garganta. Hoy no debería haber sido así. Debería estar libre ahora mismo. Las otras hembras deberían estar vivas y en proceso de reunirse con sus familias. Zhul debería ser aclamado como un héroe por ayudar a rescatarnos. Deberíamos estar planeando nuestro futuro juntos.

En el espacio de unas pocas horas, lo había perdido todo.

Con los hombros caídos, arrastré los pies hasta la celda más alejada del fondo. Cerré la puerta y puse la oclusión al máximo. Acurrucada en la espaciosa cama, di rienda suelta a mis lágrimas.



CAPÍTULO 17

ZHUL

Me desperté por la mañana con la esperanza de que el día anterior no hubiera sido más que una horrible pesadilla. La celda estéril de cristal reforzado hizo añicos esa ilusión. Lo peor era que ni siquiera podía consolarme sabiendo que Khel, y por tanto Lhor, seguían vivos. Por las noticias de anoche, estaba claro que los supervivientes de la incursión militar habían sufrido graves heridas a causa del fuego y las toxinas. La muerte podría haber sido una misericordia.

Me levanté de la cama, sorprendentemente cómoda, y apagué la oclusión de mi celda. A través del cristal transparente, la voluptuosa figura de Valena llamó mi atención. Estaba sentada en el sofá de la sala de estar, sujetándose las rodillas contra el pecho. Con los ojos pegados a la pantalla de video, miraba la repetición de las noticias de la noche anterior.

Una hoja de sierra me rasgó el pecho mientras mi mirada se detenía en la hembra que había convertido en el centro de mi mundo. La primera hembra con la que había querido pasar el resto de mis días. La primera que me hizo creer que podía ser feliz, que podía tener mi propia familia. Lo había arriesgado todo por ella. Su traición dejó una herida abierta que probablemente nunca sanaría. Podía entender que guardara silencio sobre sus habilidades el primer día que nos conocimos; después de todo, no sabía si podía confiar en mí o no. Pero en las casi dos semanas transcurridas desde entonces, debería haber sabido, sin lugar a dudas, que me sentía enteramente suyo.

¿O no?

El analizador de pared de mi celda emitió un pitido.

Una voz sintética sin vida resonó en la habitación.

—Les queda una hora para entregar sus muestras de sangre. Por favor, procedan inmediatamente.

Valena levantó la cabeza y miró a su alrededor. Sus ojos se posaron en el interfono situado en la esquina superior de la pared. Se mordió el labio inferior y se volvió hacia mi habitación. Nuestras miradas se cruzaron. Me golpeó como un puñetazo en las tripas. Luego bajó su mirada.

Yo no quería ser parte de esto, pero V, como todos los Guldanos, no hacía amenazas en vano.

Si no cumplíamos, tendríamos que pagar un precio brutal. También sabía, tanto por mis conversaciones con Valena como por una entrevista que Amalia había concedido meses atrás, que la fecundación in vitro no funcionaba con las hembras Veredianas. Les costaba concebir de forma natural, pero la tasa de fracaso alcanzaba el cien por cien cuando se utilizaba cualquier método no natural.

De pronto caí en la cuenta de que Amalia también había mantenido sus habilidades en secreto. En su caso, eso no me sorprendió. Pero también me di cuenta de que sus compañeros lo sabían y los militares también. Me pareció extraño que, después de defenderse de los policías que intentaban impedir que huyera al Centro de Convenciones, los soldados le abrieran el camino hasta la puerta. Sabían que ella podía abrirla cuando ellos no podían.

¿Qué más nos ha ocultado?

Sin embargo, las reflexiones sobre los Praghan debían esperar a otro momento. El tiempo corría y ningún rescate inminente me permitiría evitar la "tarea" que me esperaba. Me armé de valor y abrí la puerta de mi celda. Valena me miró preocupada. Le hice un gesto con la cabeza para que viniera. Tragó saliva y avanzó.

Al igual que yo, llevaba la túnica de mangas cortas y hasta la rodilla que la Enfermera Rosthan nos había dado después de nuestro examen médico. La tela blanca contrastaba con su piel cobriza, resaltando aún más sus hermosas marcas. Descalza, como de costumbre, se acercó a mí caminando en silencio, con pasos inseguros. Parecía tan vulnerable que quise estrecharla entre mis brazos y decirle que todo iría bien.

Pero era mentira.

Ver sus manos enguantadas me revolvió el estómago. Los sentimientos de ternura que me habían invadido se desvanecieron y fueron sustituidos por un doloroso nudo en la base del cuello y entre los omóplatos. Pasó a mi lado y entró en la habitación con la mirada baja. Me acerqué a la pequeña repisa junto a la cama, que hacía las veces de mesita de noche, y cogí la botella de plástico que había sobre ella.

Después de que la Enfermera Rosthan me examinara y me curara las heridas, había pedido un bote de lubricante. Quería tener el menor contacto posible con Valena. Así podría acelerar el proceso sin lastimarla físicamente.

Señalé hacia la cama.

—Ponte a cuatro patas.

Ella asintió.

—No. Déjatelo puesto —le dije cuando empezó a levantarse el dobladillo de la túnica para quitárselo—. Ponte de rodillas.

Ignoré la mirada dolida que ella no intentó ocultar. Sin embargo, obedeció y se colocó al borde de la cama. Le levanté la túnica, dejando al descubierto su hermoso trasero perfectamente redondeado. Al igual que a mí, la enfermera no le había puesto ropa interior.

A pesar del dolor y la rabia que sentía por la traición de Valena, la visión de su carne desnuda

hizo que la sangre se me agolpara en la ingle. Para mi vergüenza, sabía que ponérmela dura no sería un reto a pesar de las circunstancias.

Abrí la tapa del frasco y vertí una generosa cantidad del líquido transparente. No tenía perfume, lo que me pareció bien. Valena se estremeció cuando el gel frío tocó la sensible piel que rodeaba su abertura. Se tensó, pero por lo demás permaneció inmóvil. Le apliqué suavemente el lubricante y le introduje un par de dedos. El sonido de su respiración acelerada me puso aún más duro. Saqué los dedos de su interior, eché un poco más de lubricante y lo froté sobre mi pene. Se erguía orgulloso, ansioso por enterrarse en el calor acogedor de Valena.

No resistí la tentación.

Puse una mano en su cadera, por encima de la túnica, y con la otra guie mi polla hasta su raja. A pesar de su tensión y de lo apretada que estaba su abertura, entré con relativa facilidad, gracias al lubricante.

Diosa, ¡se siente bien!

Meciéndome dentro y fuera de ella, apreté los dientes para no gemir de placer. Apreté las manos contra sus caderas, luchando contra el ardiente deseo de deslizarlas bajo su túnica y acariciar su piel sedosa. El sonido de su respiración se hizo más fuerte, entrecortado por suaves jadeos. Sabía que, como yo, intentaba ocultar su placer. El oscurecimiento de sus marcas no ocultaba su estado de excitación.

Aceleré el ritmo, quería terminar rápido antes de perder el control y ceder a su encanto. Echó la cabeza hacia atrás y un gemido susurrado salió de sus labios entreabiertos. Moviéndose en contrapunto conmigo, respondía a cada una de mis embestidas. Se me erizaron las pelotas. Por un momento, pensé en liberarme y dejarla colgada. Ya no había un “nosotros”, no después de su traición. No merecía que yo le diera placer. Pero tenía que beber de ella, y sin clímax, no produciría oxitocina para que yo bebiera.

Cambié mi ángulo hasta que ella emitió un gemido estrangulado. Deslizando una mano por su frente, froté su pequeño nódulo sin disminuir el ritmo. Dejó de fingir y sus suspiros de placer llenaron la habitación. Tras unas cuantas caricias más, alcanzó el clímax con un grito agudo. Por fin, el fuego de la liberación me invadió. Siseé entre dientes, tragándome las ganas de rugir de éxtasis.

Las contracciones de sus paredes internas drenaron lo que quedaba de mi semilla. La saqué y le bajé la túnica para cubrirla. Me miró por encima del hombro. El delicado rubor de sus mejillas, el fuego persistente en sus ojos, me hicieron desear besarla y tomarla de nuevo. Me aparté. Bajó los ojos, pero no pasé por alto el destello de tristeza. Volvió a ponerse en pie y se pasó las manos por la túnica.

Me aclaré la garganta.

—Debo beber de ti.

Sus ojos se clavaron en los míos. Una mirada atormentada cruzó su hermoso rostro. Tragó saliva y, con mano temblorosa, se apartó el pelo para dejar al descubierto su cuello. El color

oscuro de sus delicadas marcas se desvanecía con rapidez y su persistente excitación quedaba seriamente apagada. No tenía intención de beber de su cuello—me parecía demasiado íntimo. Pero beber de su muñeca con aquellos malditos guantes burlándose de mí era más de lo que podía soportar.

Me preparé, me acerqué a ella y me incliné hacia su cuello.

Me puso una mano en la cintura. La aparté.

—No me toques.

Sus labios temblaron y apartó la mirada. Hundí los dientes en la tierna carne de su cuello y bebí.

¡Diosa todopoderosa!

Su hormona invadió mi organismo. Estuve a punto de derramar mi semilla de nuevo ante la intensa oleada de placer que me inundó... que me atravesó.

¿Es esto lo que sienten los Manchados?

Nunca había bebido de una hembra. Pero esto.... Joder. Esto podría volverse adictivo.

Siguiendo las instrucciones de V, inyecté un poco de mi veneno Thylin en Valena. Ella gritó y sus rodillas se doblaron. La cogí en mis brazos. Se aferró a mí, temblando. Sus ojos se pusieron vidriosos al sentir el subidón que le produjo mi veneno.

El analizador volvió a emitir un pitido seguido de la misma voz robótica femenina.

—Les quedan treinta minutos para entregar sus muestras de sangre. Por favor, procedan inmediatamente.

—Vete a la mierda —murmuré en voz baja.

Sujetando a Valena mientras intentaba recuperar el equilibrio, nos acerqué al analizador. Tratando de ignorar el suave cuerpo que apretaba contra el mío, le acerqué la muñeca al aparato. Al ver sus guantes, mi temperamento volvió a encenderse. Apoyó el antebrazo en el aparato. Sonó un chasquido y Valena emitió un suave silbido.

—Muestra recibida. Gracias, Valena Rounis —dijo la voz sintética.

Acerqué mi propia mano al dispositivo y algo afilado me pinchó en el dedo.

—Muestra recibida. Gracias, Zhul Dervhen. Las próximas muestras se proporcionarán después de las veintiún horas, pero antes de las veintidós horas. Gracias por su cooperación.

Me rechinaron los dientes, dolorido por la necesidad de romper el analizador. Al ver que Valena seguía inestable, la levanté en brazos y la llevé a la celda donde había pasado la noche. La tumbé en la cama. Me miró con los ojos vidriosos y los labios ligeramente entreabiertos.

¿Le había dado demasiado Thylin?

No era la primera vez que daba veneno a una hembra. Nunca les había dado más de lo que podían soportar y estaba seguro de que la dosis había sido razonable. ¿Eran las Veredianas muy sensibles a las drogas? Si era así, tendría que tener mucho cuidado. V insistió en que debía inyectar a Valena dos veces por semana. Quería asegurarse de que cubríamos todo lo que Amalia y sus compañeros habrían hecho para aumentar nuestras posibilidades de éxito.

Sin embargo, tomada con demasiada frecuencia y en dosis demasiado fuertes, la Thylin podía volverse extremadamente adictiva. Peor aún, la dependencia se basaba en el ADN. Así que el adicto no podía conseguir una dosis simplemente recibiendo un poco de Thylin, tenía que venir de la persona que le enganchó en primer lugar. Dos veces por semana ya era demasiado frecuente. Sin mucho cuidado, podría atar irrevocablemente a Valena a mí. La retirada de Thylin era especialmente brutal y a menudo resultaba fatal.

Bajé el dobladillo de su túnica que se había subido. Mis ojos se detuvieron en nuestras esencias mezcladas que brillaban entre sus muslos. Podría—debería—haber sido tan diferente. Me negué a permitir que el dolor que se apoderaba de mi pecho fuera a más, me di la vuelta y salí de la habitación.

~

Valena se levantó de la cama casi dos horas después. Por el rabillo del ojo, la vi tambalearse y parecer algo desorientada. No entendía por qué mi Thylin la afectaba tan gravemente y eso me preocupaba. Entró en la sala para refrescarse. Después de casi veinte minutos, me preparé para ir a verla cuando salió. Su pelo húmedo explicaba por qué había tardado tanto.

Cuando se dio cuenta de que la observaba, no aparté la mirada. Por mucho que quisiera olvidar que alguna vez me había permitido preocuparme tanto por ella, solo la Diosa sabía cuánto tiempo estaríamos atrapados aquí. Darle el tratamiento del silencio no resolvería nada, no es que nada pudiera resolverse. Pero teníamos que quitarnos esto de encima y encontrar alguna forma pacífica de cohabitar durante nuestro calvario actual.

Caminó hacia mí—una vez más descalza—y sus delicados dedos juguetearon con el dobladillo de su corta túnica. Tuve que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no quedarme mirando sus torneadas piernas, ya que la corta túnica apenas le llegaba a la mitad del muslo.

Silencié la pantalla e hice un gesto para que se sentara en el sofá junto a mi silla. Valena obedeció y dobló las piernas. Se aclaró la garganta y juntó las manos.

—Siento haberte ocultado mis habilidades.

Me dirigió una mirada insegura. Yo me mantuve impasible.

—Al principio, era solo porque no sabía si podía confiar en ti. Tu rivalidad con el General Praghan me hizo pensar que tal vez eras un villano.

Mi temperamento se encendió, pero me obligué a contenerlo.

—Podías leer mi mente. Después del primer día tenías que saber cuáles eran mis verdaderas intenciones.

Ella asintió.

—Sí. Después del primer día, supe que eras un buen macho. Quería decírtelo, pero no era

solo mi secreto. Revelarte mis habilidades habría expuesto también las de Amalia y las de todas las demás Veredianas. Convertirnos en pareja me tomó por sorpresa. Al principio, solo pensaba que nos ayudarías a mí y a las demás cautivas a recuperar la libertad y luego seguiríamos caminos separados.

Me recosté en la silla y crucé los brazos sobre el pecho. Respiró hondo antes de continuar.

—Cuando me di cuenta de que las cosas iban en serio entre nosotros, no sabía cómo decírtelo. Cuanto más tiempo pasaba, más difícil me resultaba. Temía que me rechazaras.

—Así que, en vez de eso, elegiste violar mi mente día tras día —mi voz rezumaba amargo resentimiento—. Invadiste mis pensamientos más íntimos y tomaste lo que quisiste con total desprecio por lo que yo pudiera sentir al respecto.

—¡No fue así!

Mis dedos se clavaron en la suave tela de los reposabrazos de mi silla.

—¿No fue así? Me preguntaba por qué no podías quitarme las manos de encima. Como un tonto, me gustaba pensar que te atraía tanto como a mí.

—¡Lo estaba! Lo estoy —se inclinó hacia delante, con ojos suplicantes.

Sacudí la cabeza y resoplé con autodesprecio.

—No, no te atraía. Estabas reuniendo información para tu amo sobre la mejor forma de manipularme.

Se puso en pie de un salto, con las manos en los costados.

—¡Eso no es verdad! Sí, la cagué. Pero todo lo que hice fue decisión mía. Varrek no me envió contigo como espía. Exigiste que fuera a vivir contigo, ¿recuerdas? ¡Él no lo pidió, ni yo tampoco!

Buen punto.

—Aun así, me manipulaste.

—¡No lo hice! —se pasó las manos por el pelo, con una expresión de desesperación en el rostro—. Sí, tomé lo que no era mío. Pero tienes una mente maravillosa. Me encantó la forma en que me viste y pensaste en mí. Me hiciste sentir la hembra más increíble del mundo. Quería complacerte a cambio.

Se arrodilló ante mí, sus manos enguantadas agarraron las mías. Intenté soltarme, pero ella me apretó con más fuerza, con sus ojos suplicantes clavados en los míos.

—Te he quitado lo que no debía, y lo siento. Pero te he dado todo lo que soy. Eres mi compañero.

Me dolía el corazón. Era tan hermosa, tan vulnerable... Todos mis instintos protectores me empujaban a estrecharla entre mis brazos y decirle que todo iría bien.

Sacudí la cabeza lentamente.

—No soy tu compañero, Valena.

—¡Intercambiamos votos! —su voz tenía un tono airado.

—¿Lo hicimos? —pregunté con tristeza.

—Sí —siseó.

—¿Cómo puedo saberlo? —le pregunté.

Me miró confusa.

—¿Cómo sé que todo lo que pasó entre nosotros fue real? ¿Me ordenaste que me enamorara de ti? ¿Me ordenaste que aceptara tu propuesta de apareamiento?

—No —exhaló, con los ojos empañados—. Yo no haría eso.

—¿No lo harías? —le pregunté—. ¿Esperas que te crea?

Me quité las manos de encima y me puse en pie, obligándola a retroceder. Me paseé por la sala de estar y recordé las dos últimas semanas.

—Nuestros votos no valen nada. No solo porque no los hemos intercambiado en la Sala de Unión, sino porque se exige que se den libremente. No sé si todo lo que pasó entre nosotros fue real o algo que sembraste en mi mente.

Dejé de pasearme y la miré, aún arrodillada en la alfombra gris claro junto al sofá.

—Pero lo que es peor, ni siquiera sé quién eres.

—¿Qué quieres decir? —susurró.

Las lágrimas que resbalaban por sus mejillas me desgarraban, pero me endurecí.

—La hembra de la que me enamoré era demasiado perfecta. Era todo lo que yo quería. Siempre las palabras adecuadas, la respuesta adecuada, la reacción adecuada en el momento adecuado —me reí con tristeza—. Recuerdo que a veces pensaba que era como si pudieras leerme la mente. Nunca imaginé que lo fueras realmente. Todo lo que creía saber de ti es mentira. Interpretaste el papel de la hembra que yo quería. Pero, ¿quién eres realmente, Valena Rounis?

—Soy la misma hembra de la que te has enamorado —dijo ella, poniéndose en pie—. Sí, he reaccionado en respuesta a algunos de tus pensamientos y fantasías. Pero lo hice no solo para complacerte, sino porque quería hacerlo. Si tus deseos me hubieran resultado aborrecibles, no los habría hecho.

Se acercó a mí y me puso las manos en la cintura. Intenté apartarme de nuevo, pero ella apretó sus manos en mi túnica.

—Si te estuviera controlando, simplemente te habría ordenado que se lo contaras todo al Consejero Kirnhan. Pero no lo hice. Puse mi fe en tus manos porque confiaba en ti —sus ojos se cruzaron con los míos—. No tuve que entregarme a ti, Zhul.

Cierto.

Se me hizo un nudo en el estómago al recordar nuestra primera noche juntos. No podía creer que la Diosa me hubiera dado un regalo tan maravilloso. Cada instinto me decía que algo no estaba bien. Ella era demasiado perfecta. Había estado demasiado borracho de deseo para pensar con claridad.

—Independientemente de lo que pienses de mí, mis sentimientos por ti son reales. Eres mi alma gemela. Lo he sabido, lo he sentido, desde el momento en que nos conocimos.

Yo también lo había sentido, lo que lo hacía aún más doloroso.

—Excepto que ya no puedo confiar en ti. Creo que nunca podré confiar en que no me conviertas en una marioneta.

Sus puños que agarraban mi túnica se tensaron aún más.

—¡Nunca haría eso! No usaría mi habilidad para influir en alguien en contra de su voluntad.

¡Mentirosa!

Me burlé y me zafé de sus garras.

—Nunca lo harías, ¿verdad? —pregunté, con la voz cargada de desprecio—. ¿Quieres decirme que no has tenido nada que ver con la nueva forma de ser de mi padre?

Se mordió los labios y se rodeó la cintura con los brazos.

Resoplé ante su silencio, alejándome unos pasos de ella.

—Al menos, no intentas insultar aún más mi inteligencia negando que le obligaste a dejar a mi madre.

Sus ojos se desorbitaron.

—Yo no le obligué a dejarla —argumentó—. Aunque esté en mi mano hacerlo, yo no manipulo así a la gente.

—Durante veintiún años, mi padre ha sido un pusilánime sin carácter. Al día siguiente de conocerte en mi casa, de repente ya no es esclavo de la avaricia de mi madre.

—Con la Diosa como testigo, te juro, Zhul, que no le dije que dejara a tu madre —acortó la distancia entre nosotros, pero no me tocó—. Sí, admito haber plantado una orden en su mente.

Mi mandíbula se apretó.

—Pero... Lo único que hice fue ordenarle que se perdonara por sus errores, que empezara a quererse de nuevo y que actuara en consecuencia —su voz adquirió un tono suplicante—. Un macho que se ama a sí mismo no aceptará que lo traten como lo hizo tu madre. Tu padre la abandonó por decisión propia.

Abrí la boca para discutir, pero su mirada se desvió justo por encima de mi hombro. Tenía la boca abierta y los ojos desorbitados. Me di la vuelta y vi lo que había provocado tal reacción.

En la pantalla de video, Nikha estaba hablando, con un gran retrato mío a su lado. Encima de mi foto estaba escrito “DESAPARECIDO”.

Cogí el mando a distancia de la mesita y quité el sonido de la pantalla.

—...creen que podría haber sido víctima de un ataque violento en su hacienda —dijo Nikha —. Aunque ni el departamento de policía ni el ejército nos darían confirmación alguna, circulan rumores de que las autoridades también desean hablar con el ex Consejero Zhul Dervhen en relación con el espantoso atentado del Centro de Convenciones.

La imagen de aquella alimaña que se hacía llamar mi primo sustituyó a la mía en la pantalla.

—Este rumor se ve corroborado por el hecho de que el escaño del Consejero Dervhen ya ha sido traspasado a su primo hermano, *Sehr* Whil Dervhen. Él representará al Distrito de Xelhen hasta que Zhul Dervhen haya sido encontrado y suponiendo que ningún cargo criminal le impida

ser restituido.

La reportera siguió hablando del grave estado de las relaciones diplomáticas con los gobiernos Terrano y Aveano a la luz del gran número de hembras que habían muerto durante la incursión. Por lo tanto, era necesario un Consejo en pleno para intentar apaciguar a nuestros aliados. Volvió a la teoría de que yo podría ser el principal sospechoso en la investigación. Por supuesto, se apresuró a añadir que se trataba de meras especulaciones y que no se habían presentado cargos formales contra mí. Eso no impidió que emitiera un segmento completo mostrando mi larga enemistad con Praghan. Para mi alivio, me confirmó que mi padre y mi hermana estaban a salvo en el complejo de la Primera División en la hacienda de Praghan. Aunque lo expresó como que estaban bajo custodia.

La cerradura de seguridad de la puerta sonó. La Enfermera Rosthan, Sheb y otro guardia Xelixiano que aún no conocía estaban al otro lado de la puerta. Siguiendo las pautas que Valena nos había explicado anoche, ella y yo fuimos a colocarnos detrás de la línea de seguridad. Un suave clic indicó que el mecanismo de cierre de los guantes de Valena se había activado. Nuestros tres "visitantes" entraron en la habitación, y los dos machos me miraron torvamente. Sabía que Sheb esperaba ser la pareja elegida por Valena. Me pregunté si el otro macho también había tenido esa aspiración.

Aunque era infantil—y bastante estúpido en mi situación actual—no pude evitar sonreírles.

El guardia sin nombre depositó una pequeña caja en el suelo, junto a la puerta. Miré con recelo a la enfermera cuando se acercó a mí con un par de pequeños recipientes en la mano. Algo en ella me molestaba, como si la ya la conociera. Pero no podía identificar de dónde la conocía.

—Por favor, muerde la tapa azul y deposita una muestra de tu veneno Thylin —dijo la Enfermera Rosthan, tendiéndome los dos—. Luego, por favor, muerde la tapa verde y deposita una muestra de tu veneno Rhykin.

Me quedé mirándola, incrédulo. Quería ordeñar mi veneno como si fuera un maldito krillik. Cuando no hice ademán de cogerle los recipientes, Sheb dio un paso amenazador hacia delante, con la mano apoyada en el bláster que llevaba colgado de la cadera. No me mataría, pero un aturdimiento—o peor aún, que me electrocutara—resultaría muy doloroso. Valena me miró con recelo y su expresión me instó a obedecer.

Tragándome la rabia, cogí los recipientes e hice lo que me había ordenado. La enfermera cogió los recipientes sin decir palabra y se dirigió hacia la caja que había dejado el guardia anónimo.

—Hay más recipientes en esta caja —dijo señalándola—. Entregarás nuevas muestras una vez al día antes de la hora de comer.

La Enfermera Rosthan se acercó a la puerta y dio unos golpecitos en un panel más pálido de la pared. Se abrió y dejó a la vista una pequeña estantería.

—Colocarás los recipientes aquí y cerrarás el panel cuando hayas terminado —se volvió hacia mí—. ¿Alguna pregunta?

Luchando contra las ganas de romperle el cuello, rechiné los dientes y negué con la cabeza.

Se encogió de hombros y salió del área de detención, seguida por los dos guardias. El mecanismo de cierre volvió a funcionar.

Una vez más, estábamos solos.



CAPÍTULO 18

LHOR

Amalia se agitó contra mí y un suave suspiro se escapó por sus labios entreabiertos. La abracé con más fuerza y le acaricié el cuello. Su cálida espalda se apretó contra mi pecho. Desde el terrible desenlace de la redada, tres días atrás, su sueño había sido agitado. Nunca la había visto tan vulnerable y angustiada. Aunque ya no temíamos por la vida de Khel—al menos a corto plazo—su cuerpo estaba destrozado. Solo el tiempo nos diría hasta qué punto se recuperaría.

Maheva hizo milagros reparando sus huesos y órganos vitales. Se vio obligada a detenerse la primera noche, ya que las toxinas habían alterado demasiado su estructura biológica y no podía curarle por completo. Tal y como ella lo describía, su capacidad curativa era como mirar fijamente un esbozo etéreo de lo que debería ser una imagen y simplemente trazar sobre él para que tomara forma. Luego le ordenaba que rellenara el contorno con carne, músculo y piel utilizando los recursos del cuerpo. El problema era que el veneno había distorsionado el contorno.

De esta distorsión ya surgían dos problemas. Minh escaneó las reparaciones mientras Maheva las realizaba y observó una serie de bultos en forma de quiste en los pulmones de Khel. Aunque podían extirparse quirúrgicamente para evitar problemas respiratorios e infecciones crónicas, era la primera prueba de que la toxina había alterado el sistema de Khel. Para nuestro alivio, Maheva consiguió restaurar perfectamente su corazón, páncreas e hígado. Pero su diafragma tenía un enorme agujero. Aunque podía ver el problema, su habilidad no le permitía sortearlo. Estaba limitada por el mapa biológico que el cuerpo del paciente le comunicaba. Esto también tendría que ser reparado quirúrgicamente o los órganos del abdomen de Khel podrían desplazarse hacia la cavidad torácica, limitando la capacidad de expansión de sus pulmones al respirar.

Como el número de defectos de este tipo empezó a aumentar, se acordó detener la curación hasta que los Tuureanos trajeran a la Verediana para drenar algunas de las toxinas del cuerpo de Khel. Desde entonces ha estado en crioestasis. Se esperaba que el Almirante Lee llegara hoy con la Verediana. Mientras tanto, Maheva se había agotado realizando el mismo tratamiento a los

otros once guerreros que permanecían en estasis. Los tres varones en los tanques de curación habían sido liberados, los nanobots habían reparado la mayor parte de los daños y Maheva los había dejado como nuevos.

Amalia se volvió hacia mí. Nos dimos un tierno beso y luego nos abrazamos en silencio. La ausencia de Khel nos pesaba. A pesar de lo incómodo que había sido al principio compartir la cama con Khel y Amalia, ahora ambos echábamos de menos su presencia. Khel era nuestra roca, el pilar que nos mantenía en pie. Pero más allá de echar de menos a mi hermano y mejor amigo, el silencio emocional de mi Gem me carcomía.

Le aparté de la cara el pelo largo, rizado y castaño oscuro. Incluso con las sombras oscuras bajo sus ojos amarillos moteados de verde, Amalia era para mí la hembra más hermosa del mundo. La amaba más allá de las palabras. Hacíamos el amor con suavidad, con ternura. No era solo para buscar consuelo en el afecto del otro, sino también porque ella estaba en pleno apogeo de su período. El desequilibrio hormonal que provocaba la hacía pasar de un extremo al otro del espectro emocional en un abrir y cerrar de ojos. Los recientes acontecimientos dramáticos le hacían aún más difícil sobrellevarlo.

Después de una ducha rápida, fuimos a ver cómo estaban los niños. Zharina seguía durmiendo. No era de extrañar, teniendo en cuenta que era una pequeña bola salvaje de energía y travesuras. Se estaba recargando para volvernos locos a todos en cuanto se despertara. Por otro lado, Valheryon estaba sentado en su cuna, con los ojos muy abiertos, mirando por la ventana hacia el huerto de ryspak, con una mirada melancólica en su carita.

Se volvió hacia nosotros al oír nuestros pasos. Sus ojos se posaron primero en Amalia y una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios. Suavizó su expresión, por lo demás demasiado seria y madura. Su mirada se desvió hacia mí y su sonrisa se ensanchó. Aunque en realidad no había competencia entre nosotros, me hacía cosquillas que yo fuera el favorito de Vahl. Sin embargo, esa sensación de calidez se desvaneció rápidamente cuando nuestro hijo miró más allá de mi hombro y frunció el ceño. Era el tercer día que Khel no asistía a nuestro ritual diario de saludo matutino a nuestros hijos.

A pesar de su corta edad, tanto Zhara como Vahl mostraban un nivel de madurez y desarrollo mental muy superior al de sus cinco meses. Los Veredianos maduraban más rápido que los Xelixianos que, a su vez, también maduraban más rápido que los Terranos. Pero según Amalia y Maheva, incluso para los estándares Veredianos, nuestros hijos estaban muy por delante de la curva normal en al menos siete meses en su control motor y casi un año en su conciencia y comprensión mental. No sabíamos qué pensar.

—¿Papi? —preguntó Vahl.

Le abracé e intenté sonreírle para tranquilizarle. Sus ojos se clavaron en mis hoyuelos. Por alguna razón, le encantaba tocarlos con los dedos. Incapaz de resistirse, lo hizo una vez más, como hacía a menudo con su hermana. Amalia soltó una risita y acarició el pelo de Vahl.

—Papi está muy enfermo —dije con un suspiro.

Desde el principio, Amalia, Khel y yo habíamos acordado que nunca mentiríamos a nuestros hijos cuando nos hicieran preguntas difíciles, a menos que la verdad fuera demasiado perjudicial para ellos o estuviera más allá de su comprensión. Mis instintos protectores me dictaban que debía decirles que Khel estaba en una misión fuera de este mundo y que no volvería hasta dentro de un tiempo. Pero no sabíamos en qué estado acabaría. Era mejor que empezáramos a preparar a nuestros hijos poco a poco para las dificultades que se avecinaban.

—¿Nana?

Una vez más, la aguda mente de nuestro hijo me impresionó.

—Nana y el Dr. Minh están haciendo todo lo posible para que Papi se mejore. Pero va a llevar mucho tiempo.

Un movimiento en el rabillo del ojo me hizo notar que Zhara se había despertado y me miraba con ojos muy abiertos, idénticos a los de su madre.

—Papi los echa mucho de menos a los dos y vendrá a verlos en cuanto se encuentre mejor. Solo tenemos que tener paciencia, ¿vale?

No contestó y en su lugar se volvió para mirar a su gemelo. No hablaron, ni cambió la expresión de sus caras. Sin embargo, yo estaba convencido de que había algún tipo de comunicación entre ellos. Últimamente parecía ocurrir cada vez con más frecuencia. Zharina frunció el ceño y ambos niños se volvieron hacia mí.

—Okay —dijo Vahl, aunque sonó más como un “o-hay”.

Jhola entró en la guardería. La sonrisa habitual de la ama de llaves no ocultaba la tensión que los últimos días habían provocado en la anciana. Llevaba décadas con nuestra familia y nos consideraba a Khel y a mí sus hijos. Verlo abatido había sido un duro golpe tanto para ella como para su compañero, Sivh, nuestro cuidador. Aun así, mantuvo la cabeza alta y se aseguró de que la casa siguiera funcionando sin problemas. Maheva y ella se habían hecho amigas íntimas y Jhola casi pierde la cabeza cuando vio lo agotada que estaba Maheva después de su maratón de curación.

Se acercó a nosotros y acarició la cabeza de Vahl antes de que se lo entregara.

—El desayuno está listo en el patio —dijo Jhola y luego se frotó las narices con Vahl.

—Gracias, Jhola —dijo Amalia con una sonrisa cariñosa.

Jhola le devolvió el guiño. Casi había adoptado a Amalia como suya desde el momento en que Khel la trajo a casa. Al ver que Amalia y su gran madre Maheva compartían personalidades y apariencias tan similares, no era de extrañar que Jhola también se encariñara de inmediato con Maheva.

Después de besar a nuestra hija, Amalia y yo bajamos a desayunar.

~

e removí una vez más en mi asiento del Consejo, reprendiéndome internamente por mi

incapacidad para concentrarme. La visita a la cámara criogénica de Khel después del desayuno me había trastornado la cabeza.

El Presidente Frebhin resumió las conclusiones de las discusiones de la mañana sobre la mejor manera de suavizar las agitadas relaciones diplomáticas con nuestros aliados. Habida cuenta de la gravedad de las heridas sufridas por Khel, los señalamientos y acusaciones contra él se redujeron al mínimo, pero se murmuraron a puerta cerrada. Sin embargo, si no fuera por su estado crítico, tanto los Xelixianos como los aliados se abalanzarían sobre él con furia rabiosa y le echarían toda la culpa de haber "fastidiado" la misión.

Esta sesión tenía que terminar para poder reunirme de nuevo con Ghan y el Detective Gravhin para evaluar nuestros progresos—o más bien la dolorosa falta de ellos—en la búsqueda de Zhul. Justo cuando pensaba que por fin nos liberarían, Whil Dervhen—"bola de baba" como le llamaba Amalia—se levantó de su asiento, solicitando el derecho a dirigirse al consejo.

No entendía por qué habían nombrado a Whil en lugar de a su padre Rhik o a su tío Nhed. Después de todo, no sabían de la implicación de Nhed ni que lo teníamos bajo custodia. Es cierto que Nhed ya no era el carismático Consejero y Embajador que había sido. Sin embargo, a pesar de su caída, aún gozaba del respeto de muchos embajadores extranjeros. A decir verdad, nadie mejor que él podría haber suavizado las tensiones con el gobierno Terrano, que le tenía en alta estima.

Por el momento, habíamos acordado mantener en secreto la confesión de Nhed. Hasta que no tuviéramos una idea más clara de lo que estaba pasando, queríamos evitar iniciar una caza de brujas aún mayor que la que ya había comenzado.

—Presidente Frebhin, queridos compañeros Consejeros —dijo Whil, inflando el pecho con la arrogancia de un novato que veía su papel como un estatus y no como la seria responsabilidad que realmente era—, me presento hoy ante ustedes para solicitar una nueva votación sobre dos mociones previamente rechazadas.

Mi espina dorsal se puso rígida mientras una inminente sensación de fatalidad me recorría.

—A la luz de los recientes acontecimientos, parece razonable reabrir el asunto de la investigación médica sobre Amalia Praghan, sus compañeros y su descendencia —dijo Whil, mirándome fijamente con un brillo desafiante en los ojos.

Los murmullos resonaron en la sala.

—Esta moción ha sido rechazada —dije, poniéndome en pie—. Fue tu propio primo, Zhul Dervhen, quien argumentó en contra de que se siguiera considerando.

—Sin duda una táctica para que bajaras la guardia mientras él preparaba su traicionero ataque contra esas pobres hembras y tu propio primo.

Me estremecí, enmudecido por esta afirmación. Un denso silencio se apoderó de la sala, todos los ojos estaban fijos en mí. Aunque los medios de comunicación habían insinuado que Zhul podía ser el autor intelectual de los hechos, las autoridades no habían hecho ninguna declaración oficial en ese sentido.

Lo miré fijamente.

—Es una acusación grave contra tu propia sangre —dije, con la voz entrecortada—. Podría llamarse difamación, teniendo en cuenta que ni siquiera la policía y la Primera División están dispuestas a hacer semejante afirmación.

Whil palideció y tragó saliva.

Novato.

Con el quórum completo, había veinticinco testigos para confirmar que, efectivamente, había calumniado a Zhul. Solo había que presentar una denuncia para meterle en serios problemas. Pero hasta que no supiera más sobre el trato con Zhul, no era mi batalla a librar.

—Sean cuales sean sus razones para oponerse a la moción, sus argumentos no son menos válidos —dije.

—Sin embargo, si sus argumentos hubieran sido revocados —argumentó Whil—, tu Gem no estaría en estado crítico ahora mismo. Tu propia vida pende de un hilo si le ocurriera lo peor. ¿Dónde dejará eso al resto de Xelix Prime cuando los únicos machos Manchados que se han curado mueran?

El murmullo adquirió un cariz más solidario. Por mucho que me disgustara admitirlo, su argumento tenía mérito. Eché un vistazo inquieto a la sala e hice un rápido recuento de los que parecían dispuestos a reconsiderar la votación. Había que cortar esto de raíz. No estábamos preparados para revelar la existencia o las habilidades de Maheva. Encerrarnos ahora nos crearía un mundo de problemas. Y sin la curación de Maheva, Khel estaba condenado.

—Xelix Prime estará en el mismo lugar de siempre —dije—. Encerrarnos a Khel y a mí en un laboratorio no les dará más respuestas que las obtenidas hasta ahora. Nuestras muestras no han revelado nada nuevo en meses. No hay más evolución. Los cambios que nuestra compañera desencadenó en nosotros ya están hechos.

—Entonces tal vez sea hora de que otros machos beban de Amalia Praghan para ver si los cura —dijo Whil.

La sala estalló en gritos airados, los demás Consejeros se ofendieron en mi nombre por la escandalosa sugerencia. Mis colmillos descendieron y un gruñido feroz retumbó en mi pecho mientras una furia ciega surgía en mi interior. Saqué mi espada de celesio, un inestimable regalo de los Tuureanos que ya nunca se separaba de mí. Las manos de los otros cuatro Consejeros de mi distrito que me retenían salvaron la vida de aquel desgraciado. ¿Cómo se atrevía siquiera a insinuar beber de una hembra apareada? ¿MI hembra?

Whil se marchitó bajo la animadversión general dirigida contra él. Incluso sus compañeros del Consejo Xelhen le dedicaron palabras mordaces. Respiré hondo, intentando controlar mi ira.

—¡¡SILENCIO!! ¡CALMA! —gritó el Presidente Frebhin.

El alboroto fue amainando poco a poco, pero toda la cámara seguía mirando a Whil. Frebhin le dirigió una mirada llena de desdén. Aquello, más que ninguna otra cosa, me hizo reflexionar. Pocos machos se contenían y lograban permanecer tan neutrales como el Presidente Frebhin.

Aunque podía mostrar su desaprobación ante un comportamiento demasiado ruidoso y extravagante, normalmente se limitaba a fruncir el ceño o a regañar suavemente. Que mostrara un desagrado tan evidente demostraba que Whil se había pasado de la raya.

—Consejero Dervhen —dijo Frebhin—, me doy cuenta de que sois nuevo en este papel. Sin embargo, os recuerdo que el propósito de este Consejo no es solo definir y defender nuestras leyes, sino también dar ejemplo a nuestro pueblo. Lo que habéis sugerido no solo es muy inapropiado, sino que me hace cuestionar vuestros valores morales y, por tanto, vuestra idoneidad como Consejero.

Whil abrió la boca para discutir.

—Silencio, Consejero Dervhen —le interrumpió Frebhin—. No os he dado permiso para hablar.

¡Vaya!

Algunas toses para disimular la risa resonaron en la sala, mientras otros se tapaban la boca con las manos para ocultar sus sonrisas burlonas ante aquel escarmiento sin precedentes.

—A partir de hoy, y hasta que haya evaluado más a fondo vuestra capacidad para desempeñar vuestra función, cualquier otra moción que deseéis presentar en esta Cámara me será presentada primero por escrito con vuestros argumentos de apoyo —mirando alrededor de la sala, Frebhin continuó—: Se levanta la sesión. Todos vosotros tienen vuestros deberes para ayudar a resolver la crisis actual. Nos volveremos a reunir mañana.

—¡Pero esta moción no ha sido votada y tengo una segunda que presentar! —exclamó Whil.

—Y ya se os han dado vuestras instrucciones —respondió Frebhin con voz fría—. Presentadme ambas mociones por escrito y, si cumplen las expectativas de calidad y moralidad, se presentarán en la próxima sesión a puerta cerrada —el Presidente se volvió hacia el resto de la sala—. Que tengan un buen día, *Sehrs*.

Salimos en medio de una cacofonía de conversaciones en voz alta. Al salir, mis colegas Consejeros se mostraron especialmente torpes y muchos de ellos chocaron bruscamente con Whil al pasar junto a él. Quise ir a discutir con él, pero Bhek Zirthen me interceptó al salir.

—Lhor —dijo Bhek—, acepta mis disculpas en nombre de ese idiota despiadado. No puedo creer que esta sea la mejor alternativa que su linaje puede ofrecer. Zhul puede tener sus defectos, pero Whil...

—No te disculpes, Bhek —dije con una sonrisa amable—. No eres responsable de ese bastardo.

—Aun así, avergüenza a mi distrito. Pero basta de hablar de él. ¿Cómo está Khel? —preguntó Bhek, con una expresión de profunda preocupación en el rostro.

Me froté el pecho con la palma de la mano mientras la sensación de constricción, demasiado familiar, se apoderaba de él.

—Está mal, Bhek. Muy mal.

—Pero lo conseguirá, ¿verdad? —preguntó Bhek, con sus sabios ojos llenos de pena—.

Ustedes dos son los hijos que nunca he tenido. Dime que estará bien.

Bhek y su compañera, Fhara, habían perdido a su único vástago durante el parto. Fhara siempre había sido un espíritu libre y una criatura salvaje. Era una experta luchadora con la espada y cuerpo a cuerpo y amaba todas las formas de caza. Bhek estaba de viaje en su segunda misión de Embajador cuando Fhara, atraída por sus ansias de aventura, decidió hacer una visita guiada por los Anillos de Sinesha, donde se sabía que habitaban criaturas gigantes, comparables a los dinosaurios Terranos. La excursión en sí fue segura y Fhara no llevaba ni una semana de parto cuando rompió fuente.

El parto resultó demasiado complicado y las instalaciones no estaban equipadas para atenderlo. Desesperados, intentaron llevarla en nave al planeta más cercano, pero el niño murió en el camino, dejando a Fhara estéril. Bhek nunca la culpó de la tragedia que sufrieron ella y su hijo. Sin embargo, nunca superó la triste realidad de que su linaje acabaría con él. Según la ley, podría haberla repudiado por su incapacidad para darle un hijo, pero adoraba a su compañera y no rompió el vínculo.

Aunque era impropio, le puse una mano en el hombro y le di un apretón alentador.

—Confiamos en que lo conseguirá —dije con suavidad—. Puede que no vuelva a ser el de antes al cien por cien, pero tenemos fe en que se recuperará como es debido.

Bhek exhaló con fuerza y bajó los hombros, aliviado. Se me encogió el corazón por él.

—Minh no permite visitas por ahora, pero en cuanto dé el visto bueno, te avisaré.

—Gracias, hijo. Por favor, dale a Khel y a tu compañera todo mi amor. Tu familia está en las oraciones de Fhara y en las mías.

—Gracias, Bhek —dije, poniendo la mano contra el corazón e inclinando ligeramente la cabeza.

~

Llegué primero a la Sala de Situación del complejo militar de la hacienda. Tomé asiento y golpeé con los dedos la enorme mesa de conferencias que ocupaba el centro de la sala rectangular, con capacidad para veinte personas. Las paredes estaban cubiertas por grandes pantallas de video, excepto las ventanas tintadas que daban a los campos de entrenamiento.

Solo los guerreros de élite de Khel vivían y se entrenaban aquí. El resto estaba destinado en diversas bases militares de todos los distritos. Ninguno de los guerreros estaba entrenando en ese momento, lo que recordaba el duro golpe que había sufrido la Primera División durante la incursión.

La puerta se abrió y entró Amalia. Mi corazón se derretía, como siempre que veía a mi compañera. Sin embargo, esta vez también quería darle un buen azote. Se pavoneó de su delicioso cuerpo hacia mí antes de sentarse en mi regazo. Sus dedos me peinaron el pelo y acercaron mi cara a la suya. Nuestro beso fue lento, profundo, y el fuego corría por mis venas.

Diez vidas no me bastarían para saciarme de esta hembra. Sabía dulce, a ryspak bañado en miel. Ronroneando de necesidad, Amalia apretó su pecho contra el mío. Me aparté y rompí el beso. Frunció el ceño, con un bonito mohín en los labios.

—Los demás llegarán en cualquier momento, amor —dije, acallando mi creciente deseo.

Suspiró y se acurrucó contra mí, y yo la abracé con más fuerza. Me aclaré la garganta, tratando de encontrar las palabras para abordar el tema que me preocupaba sin ponerla nerviosa.

—He oído que hoy has vuelto a pasar tiempo con Lelah —dije, con la esperanza de sonar despreocupado.

Su espalda se puso rígida y me dio *esa mirada*.

—Desde luego que sí, y volveré a hacerlo mañana, y cada dos días hasta que se resuelva todo este lío.

—Es la hermana de Dervhen.

—Es una niña atrapada en mucho más drama de lo que alguien tan joven debería —su tono no admitía discusión—. Zhul nos la envió en busca de protección. No permitiré que la traten como a una prisionera. Ningún inocente debería estar enjaulado, y menos uno de su edad.

Me estremecí. Por supuesto que mi compañera se rebelaría ante la idea de una joven cautiva. Pero ahora mismo, mi única prioridad era su seguridad y la de nuestros hijos.

—Pero...

Puso dos dedos sobre mis labios.

—No Lhor, sin peros. Sé que te preocupas por nosotros, pero no soy imprudente, no en lo que respecta a la seguridad de nuestros hijos —puso una cara divertida, a medio camino entre el enfado y la diversión—. De todos modos, la actitud sobreprotectora y de hermano mayor de Ghan se ha disparado desde la redada. No me deja acercarme a ella sin la presencia de un guardia, o dos.

Sonreí. Ghan adoraba a Amalia, aunque fingía que ella y sus travesuras le parecían insufribles. Jamás se perdonaría que ella sufriera algún daño bajo su vigilancia. Además, Khel lo despellejaría vivo.

Khel...

Me tragué el dolor y envié una plegaria silenciosa a la Diosa para que nos lo devolviera lo más sano posible.

La puerta volvió a abrirse y entró Ghan, acompañado del Detective Behn Gravhin. Amalia se levantó de mi regazo. Tras los saludos de rigor, nos pusimos manos a la obra.

—No tenemos ninguna pista —dijo Ghan—. Cada piedra que hemos girado nos ha llevado a un callejón sin salida.

—He estado siguiendo sus finanzas —dije—. Dervhen no ha intentado recuperar fondos ni ha hecho ningún pago rastreable desde su desaparición.

—Hemos vigilado todas las propiedades inmobiliarias que posee o en las que tiene intereses donde podría haber ido a parar. No ha habido ni rastro de él —dijo Ghan—. Tampoco ha

contactado con ninguno de sus conocidos.

—¿Podría haber abandonado el planeta? —preguntó Amalia.

Ghan negó con la cabeza.

—No. Nada ni nadie entra o sale sin que lo sepamos. Los Tuureanos hicieron una mejora impresionante de nuestros escáneres. No se les escapa nada.

—Así que sabemos que todavía está aquí en alguna parte —dijo Behn Gravhin—. La cuestión es si está escondido o retenido contra su voluntad.

—¿Y Valena? —preguntó Amalia, con la voz cargada de tensión.

—Estuvimos rastreando su implante durante toda la incursión —dijo Ghan—. La señal se detuvo de repente. Esto significa que alguien lo desactivó o estableció algún tipo de interferencia.

—Creemos que fue desactivado —dijo Behn.

Ghan asintió y se dirigió a la consola con varios controles parpadeantes e interfaces holográficas que descansaba contra la pared lateral. La encendió y apareció una gran réplica holográfica del Centro de Convenciones.

—Esta es la entrada donde Amalia nos abrió la puerta —Ghan señaló el lugar en la pantalla —. La redada entró aquí por el pasillo privado del nivel veinticinco. Bloqueamos todas las salidas del aparcamiento para que nadie pudiera escapar. Sin embargo, las autopsias indican que, aparte de nuestros soldados, todas las demás víctimas eran hembras.

—Eso significa que todos los guardias y clientes pudieron escapar —dije.

—Sí —dijo Ghan, endureciendo su tono.

Como todos nosotros, apenas podía contener su rabia ante tanta crueldad contra las hembras.

Un largo pasillo parpadeó en la pantalla.

—Este es otro pasadizo secreto que nunca se registró en los planos oficiales del Centro de Convenciones. Lleva a otra salida, a un kilómetro y medio del Centro. Es lo suficientemente ancho como para permitir que una lanzadera de tamaño medio vuele a través de él. El pasaje conecta con un gran hangar directamente accesible desde la Casa de la Sangre.

—Así que así es como salieron —dije—. ¿Pero por qué dejar a las hembras?

—No quedaban naves en el hangar —dijo Behn—. Probablemente no tenían sitio para todas.

—¿Pero qué hay de Valena? —repitió Amalia, impacientándose.

—Sí, lo siento. Llegando a eso —dijo Behn—. Las autopsias nos permitieron identificar a algunas de las víctimas comparando marcadores específicos de ADN con una lista de personas desaparecidas. Ninguna de las muestras coincidía con el ADN Verediano. Estamos bastante seguros de que Valena logró salir.

—Creemos que esa es la razón por la que apagaron su rastreador, por si la estábamos siguiendo —dijo Ghan.

Amalia soltó un suspiro tembloroso y cerró los ojos aliviada.

—Un momento —dije—. Eso significa que Valena aún puede tener su rastreador. ¿Hay

alguna posibilidad de que podamos localizarlo?

Ghan sonrió.

—La tenemos.

—¿Qué? —exclamó Amalia, enderezándose en mi regazo—. ¿Sabes dónde está?

—Sabemos dónde está el implante rastreador, pero no sabemos que ella está allí —enmendó Ghan con cautela—. Hemos sondeado los alrededores durante los últimos tres días y hemos detectado la señal por primera vez esta mañana. Es una vieja hacienda abandonada.

—Pero por lo que sabemos, podría tratarse de otra trampa —dijo Behn.

Ese fue el primer pensamiento que se me había pasado por la cabeza.

—Y si lo es y descendemos allí, V sabrá sin lugar a dudas que fuimos capaces de rastrear a Valena —dije—. Si Zhul es prisionero de V eso podría delatar su participación en el intento de rescate.

—Correcto —dijo Ghan.

Amalia se relamió y se colocó el pelo detrás de la oreja.

—Puedo ir a comprobarlo, a ver si puedo sentirla.

Ghan frunció el ceño y Behn me lanzó una mirada recelosa. Mi reacción instintiva fue decir que no. Me mordí la lengua para guardar silencio.

—No te mentiré, Amalia —dijo Ghan—, no quiero que te acerques a ese lugar. Y sé que Khel tampoco lo querría.

Abrió la boca para discutir, pero Ghan levantó una mano pacificadora.

—No digo que no, pero estoy estableciendo unos límites estrictos.

Amalia apretó la mandíbula, pero asintió con rigidez.

—Necesitas estar a menos de un cuarto de milla de distancia de tu objetivo para poder detectarlo —dijo Ghan—, así que nos permitiré volar a no menos de un quinto de milla de esa casa. Si eres capaz de detectarla desde allí, estupendo. Pero si no, damos media vuelta. Incluso en modo sigilo, no confío en que V no tenga preparado algún truco inesperado.

Ghan me miró para ver si desafiaba su decisión. Realmente no quería que ella fuera allí, pero él estaba actuando con excesiva cautela con un radio tan grande. Aunque sabía que daría su propia vida sin dudarlo para mantenerla a salvo, me tranquilizaba saber que prefería cancelar la investigación antes que poner a Amalia en peligro.

Asentí con la cabeza.

—Bien —dijo Ghan—. Vamos a salir entonces. Tenemos que coger un vuelo.



CAPÍTULO 19

VALENA

Zhul y yo caímos en una especie de semi-tregua. Odiaba la distancia que nos separaba, pero al menos ya no me lanzaba las miradas despectivas de los dos primeros días. Después de casi dos semanas en este maldito lugar, sin nadie más que nuestra mutua compañía, ignorarme no era una gran opción para Zhul.

Y lo aproveché al máximo.

Más allá de que se sintiera traicionado, entendí su miedo al no conocerme de verdad. De verdad lo sentía. Sin querer presionarlo, le di algo de espacio la primera semana. No le negaba su derecho a estar molesto, pero ahora era el momento de superarlo. Zhul era mi compañero, e iba a insistir en ello. Y por horrible que pueda sonar, nuestra intimidad forzada dos veces al día en realidad jugaba a mi favor. A pesar de su ira, Zhul me quería. No tenía ningún problema en ponerse duro sin requerir ninguna "intervención" de mi parte. Sus esfuerzos por permanecer frío, distante y clínico flaqueaban.

Incluso cuando bebía de mí o me inyectaba su Thylin, a menudo se olvidaba de hacerlo en mi muñeca. Llevado por la pasión, me atraía hacia él y me mordía el cuello. Y pensar que había temido que esto me pasara a mí. De acuerdo, era un macho al que apreciaba profundamente, pero aun así... Solo pensar en sus labios en mi cuello hacía que mis pezones se erizaran. Y su veneno en mis venas... ¡Dios! Sentía humedad entre mis piernas solo de pensar en cómo se sentía. Nunca me había drogado, pero si provocaban sensaciones la mitad de increíbles que el Thylin de Zhul, no era de extrañar que la gente se volviera adicta.

Primero me invadía una intensa oleada de calma. Luego, los hormigueos más exquisitos se extendían a través de mí. Las chispas eléctricas que se arrastraban por mi piel de repente me hacían aún más sensible al más mínimo contacto. Pero fue el fuego interior lo que me desató. Sentía como si me hubieran inyectado directamente en la sangre un cóctel de felicidad, amor y alegría extrema.

Aquel veneno no era ninguna broma.

Las patéticas túnicas que nos proporcionó la Enfermera Rosthan también ayudaron a mi causa. Camiseta larga sería una descripción más exacta para ellas. Apenas me llegaban a medio

muslo y a Zhul le encantaban mis piernas y mis marcas. Me aseguraba de sentarme o tumbarme en la sala común de forma que la túnica se subiera y dejara al descubierto toda la piel posible. A menudo me sentaba con las piernas cruzadas en su campo visual, balanceando la pierna de arriba hacia adelante y hacia atrás para llamar su atención. Cada vez que lo pillaba mirando—que era a menudo—me esforzaba por reprimir mi sonrisa de satisfacción.

Provocar a Zhul resultó ser muy divertido. Sin embargo, necesitaba que me deseara algo más que sexualmente. Quería que volviera a enamorarse de mí, pero esta vez sin secretos entre nosotros. Primero tenía que recuperar su confianza. Siempre tenía los guantes a mano y hacía ademán de ponérmelos cada vez que interactuábamos. Por supuesto, le recordaban mi habilidad y mi mentira, pero también le tranquilizaban diciéndole que todo lo que veía era enteramente yo.

Tras el trato de frialdad de la primera semana, empezamos a hablar más, sobre todo durante la comida y la cena. Al principio, eran conversaciones ligeras y tentativas sobre temas bastante genéricos. Esta semana, habíamos empezado a sumergirnos en asuntos más personales, la mayoría relacionados con nuestras respectivas juventudes. Zhul ya había revelado bastante sobre sí mismo en su casa. El resto, aunque me avergonzara admitirlo, lo había tomado de él. Así que, aunque ya sabía la mayor parte de lo que me había confiado, oírlo desde su perspectiva consciente fue esclarecedor.

Fiel a su antiguo yo, Zhul empezó a prepararnos la comida, aunque viniera del replicador. Palidecía en comparación con los festines que preparaba en casa, pero era mejor que los insípidos engrudos que habían sido habituales en la Casa de Sangre.

Hogar...

La casa de Zhul encarnaba lo que yo consideraba un lugar que podía llamar hogar. Viéndole poner nuestra comida en la mesa, me pregunté si alguna vez volveríamos a eso. Con el General colgando entre la vida y la muerte, nuestras posibilidades de recuperar la libertad parecían disminuir con cada día que pasaba. Tener a Zhul conmigo lo hacía mucho más fácil. Pero la idea de lo que le pasaría a nuestra descendencia me aterrorizaba. Peor aún, no sabía cómo le iría a mi compañero si nuestro cautiverio durara demasiado.

El replicador solo tenía dos opciones de comida para el desayuno y el almuerzo. Afortunadamente, esta semana ofrecían opciones diferentes a las de la semana pasada.

—Gracias —le dije cuando me puso el plato delante.

—Ni lo menciones.

Me reí entre dientes.

—Mi madre no estaría de acuerdo contigo. Es toda una policía del buen comportamiento.

Zhul levantó una ceja inquisitiva mientras tomaba asiento.

—¿Lo es?

—Oh, sí —dije, sonriendo con cariño—. Es muy exigente con los buenos modales. Por favor y gracias son obvios. Sin embargo, también espera que muestres la etiqueta adecuada en la mesa. Desde no empezar a comer antes de que todos los demás estén sentados y hayan recibido su

comida —dije haciéndole un gesto—, hasta utilizar correctamente los cubiertos —hice un gesto con el tenedor y el cuchillo—. Pero también todo lo demás entre medias, incluido respetar a los mayores, limpiar lo que ensucias, vestirte adecuadamente... Creo que mi costumbre de no llevar zapatos surgió de una necesidad de rebelarme ante este exceso de corrección.

Le tocó reírse. Me encantó su sonido profundo y retumbante.

—¿No te metiste en problemas por ello?

—No —le dediqué una sonrisa de suficiencia—. Solo me los quité en el parque infantil. No le gustó mucho, pero eso no se consideró inapropiado.

Zhul me hizo un gesto para que comiera.

—Así que eras una pequeña traviesa.

—A veces. Pero fue mi curiosidad la que me metió en problemas.

Le di un mordisco a los khelfis asados. La tierna carne se deshizo en mi boca. Aunque sabía bien, lo sentí tragar arena. Ayer me había pasado lo mismo, pero no con tanta intensidad como hoy.

—¿Qué tipo de problemas?

—La mayoría no fueron graves, pero el que cambió mi vida fue el día en que las Hermanas entraron en su período.

Zhul frunció ligeramente el ceño, sus ojos estudiaban mi cara de cerca.

—Todos los días, dos veces al día, los guardias se llevaban a la mayoría de las hembras a las habitaciones privadas. Ya lo había visto antes, pero no le di mucha importancia. Pero esta vez empezaron a llevarse a mi madre.

Tragué saliva al recordar aquel fatídico día.

—Notaba que algo no iba bien por lo tensa que había estado los días previos. Ir a esa habitación la alteró mucho, aunque intentó disimular que no era nada.

Mi estómago gruñó. Tomé otro bocado de comida pero, una vez más, sentí un nudo espeso en la garganta.

—Las Veredianas suelen empezar a mostrar los primeros signos de su habilidad alrededor de los tres años, aunque las más precoces lo hacen un poco después de los dos.

Lancé una mirada nerviosa a Zhul para leer su reacción. Asintió con la cabeza para que continuara, con expresión neutra, pero mirada atenta.

—Antes del programa de cría, las Veredianas solo tenían una habilidad que se activaba con el tacto. Pero desde que Gruuk empezó a cruzarnos con Korletheanos, algunas de nosotras empezamos a mostrar una habilidad secundaria. Concretamente, la segunda generación de Veredianas nacidas a través del programa, como Amalia y yo.

Tomé un sorbo de agua, con la esperanza de aclararme la garganta, pero incluso eso me pareció espeso y turbio.

¿Qué me pasa?

—¿Valena? ¿Estás bien?

Mis ojos se dirigieron a Zhul, confundida por un momento. Luego me di cuenta de que había estado mirando mi vaso. Sacudí la cabeza como para quitarme la niebla y bajé el vaso.

—Sí, estoy bien. Lo siento. Es que... no estoy acostumbrada a hablar de esto —me aclaré la garganta y me acomodé el pelo detrás de la oreja—. Mi habilidad secundaria se manifestó por primera vez poco después de cumplir los siete años. O mejor dicho, fue entonces cuando me di cuenta con certeza de lo que ocurría. Pero por lo que sé, podría haber ocurrido antes. Mamá quería que le ayudara con una de las tareas y yo no quería. La miré fijamente a los ojos y pensé que si tanto deseaba que aquello se hiciera, debería hacerlo ella misma. Y lo hizo.

—¿La obligaste a hacerlo con solo mirarla? —dijo Zhul, con la voz tensa.

Nuestras miradas se cruzaron un segundo antes de que yo apartara la vista.

Asentí con la cabeza.

El silencio se prolongó un momento. Le dirigí una mirada insegura, esperando encontrar condena en sus ojos, pero solo parecía preocupado.

—¿Y utilizaste esta habilidad secundaria el día que se llevaron a tu madre a las habitaciones privadas?

Esta vez, no era la comida la que me hacía sentir ahogada. Los recuerdos de aquel día seguían atormentándome.

—Sí —exhalé—. Solo éramos seis con habilidades secundarias. Las Hermanas nos hicieron jurar que nunca se las revelaríamos a nuestros captores por nuestra propia seguridad. Pero aquel día no pude resistirme a averiguar qué ocurría tras aquella puerta. Cuando me acerqué, un guardia Guldano me ordenó volver al patio. No pensaba con raciocinio, estaba demasiado consumida por la necesidad de saber qué le pasaba a mi madre.

Zhul apartó su plato a medio comer y se reclinó en su silla.

—¿Le ordenaste que se fuera?

Resoplé.

—Más o menos. Hacer que se fuera habría sido la opción más inteligente. Pero yo solo era una niña. Le ordené que mirara hacia otro lado y fingiera que no me había visto entrar.

Zhul hizo una mueca de dolor.

—Abrí la puerta y vi a un Korletheano encima de mi madre. Grité, pensando que le estaba haciendo daño. La expresión de su cara cuando levantó la vista me aterrorizó. Tenía los ojos vidriosos y desorbitados. Pensé que estaba rabioso, sin saber en ese momento que estaba bajo los efectos de la Dalyria.

Apoyé las manos sobre el regazo para que dejaran de temblar. Incluso después de tantos años, la culpa por lo que había hecho me arañaba.

Las lágrimas me punzaron los ojos.

—No lo quería hacer... Pensé que le estaba haciendo daño.

—Así que trataste de protegerla —dijo Zhul en voz baja.

Asentí con la cabeza.

—Pensé que debía morir... Así que lo hizo.

Una lágrima resbaló por mi mejilla y me la limpié con el dorso de la mano. Aquel Korletheano había sido tan víctima como todos nosotros en aquel recinto. No había merecido morir. Que le dieran Dalyria demostraba aún más que se había negado a forzar a mi madre. Si tan solo me hubiera quedado fuera de esa habitación, las cosas podrían haber resultado muy diferentes para todos nosotros.

—Mi grito había alertado a los otros guardias. Al principio no estaban seguros de lo que había hecho, ya que no había cámaras dentro de las habitaciones privadas. Pero había cámaras fuera que mostraban lo que le hice al guardia —me abracé a mí misma, mientras miraba a lo lejos—. Gruuk no me gritó. Solo dijo que era lamentable desperdiciar un talento así, pero que me hacía demasiado peligrosa. Los guardias me quemaron los ojos ese mismo día.

—Lo siento mucho.

Le dediqué una sonrisa triste.

—Es terrible crecer sabiendo que tienes la sangre de un inocente en tus manos. Pero lo peor fueron todos esos años después de que Gruuk me entregara a su hijo. Para entonces, ya era lo suficientemente madura como para darme cuenta de cómo podría haber ordenado a los guardias que nos liberaran a todos con esta habilidad.

—Eras solo una niña, Valena. Nadie podía esperar que pensaras como un adulto.

—Lo sé, pero eso no lo hace más fácil.

Asintió lentamente y luego miró mi plato apenas tocado.

—Deberías comer.

Fruncí el ceño y apreté los labios.

—Mi estómago está a la vez de acuerdo y en desacuerdo contigo —me reí ante su expresión de confusión—. La comida me sabe bien en la boca, pero siento que se me atasca en la garganta cuando trago. Tengo hambre, pero no de esto.

—¿De qué entonces?

—No lo sé. Pero no de esto —le hice una mueca—. También es culpa tuya. Me arruinaste con esos platos increíbles que nos preparaste.

Sonrió, dejando entrever cierto orgullo. Pero rápidamente se desvaneció, sustituida por tristeza. Se levantó, apartó la mirada de mí y recogió los platos.

Maldita sea.

No hacía falta leer la mente para saber que estaba pensando en lo que habíamos perdido por culpa de mi secreto. Eso no serviría. ¿Zhul quería una hembra firme que fuera a por lo que quería? Pues estaba a punto de conseguirla.

Me levanté de la silla y fui tras él. Le agarré del brazo y le obligué a darse la vuelta y mirarme. Sus labios se separaron con sorpresa mientras me miraba con los ojos muy abiertos.

—Escucha —dije, invadiendo su espacio personal—, te he hecho daño y tienes derecho a enfadarte. Pero eres mi compañero, así que vas a tener que superarlo.

La forma en que se le cayó la mandíbula y su mirada de incredulidad habrían sido cómicas si yo no estuviera en una misión.

—No me importa que nuestros votos no hayan sido registrados. Tú eres mío y yo soy tuya hasta el día en que exhalemos nuestro último aliento.

Me acerqué a él. Intentó retroceder, pero el mostrador le presionó la espalda.

—Estoy dispuesta a darte tiempo para que te des cuenta de que la hembra con la que te uniste es la misma hembra que ahora está aquí ante ti —levanté las manos enguantadas ante él—. Todo esto soy yo, no tus pensamientos influyendo en mis acciones.

Recuperó la compostura mientras su mirada se desviaba hacia mis manos antes de fijarse en las mías.

—Eres lo mejor que me ha pasado en esta desordenada vida mía. No voy a perderte.

Le pasé los dedos por el pelo. Intentó apartarse, así que apreté los dedos lo suficiente como para que le doliera. Siseó, pero no se resistió, sus ojos plateados se oscurecieron. El corazón me dio un vuelco, pero no dejé traslucir mi sensación de triunfo. Ni en un millón de años habría imaginado comportarme así, pero me encantaba. Me hacía sentir sexy, poderosa y, por primera vez en mi vida, en control.

Con los ojos fijos, acerqué su rostro al mío.

—Eres mío, Zhul Dervhen. Todo lo que eres me pertenece.

Con una mano aún le retorcía el pelo y con la otra le agarraba la entrepierna. Inhaló bruscamente, pero no me desafió. La fina tela de su túnica y la falta de ropa interior no ocultaban nada del endurecimiento gradual de su pene.

—Ya no puedes dejarme fuera —susurré contra sus labios, frotando suavemente mi mano entre sus piernas—. No lo permitiré.

El sonido de su respiración acelerada y la rigidez bajo mis caricias hicieron que se me erizaran los pezones. Le besé con fuerza. Él respondió con la misma furia. Nuestras lenguas se mezclaron y apreté aún más su pelo. En respuesta, su polla se sacudió contra mi palma. Me separé de él y terminé el beso tan bruscamente como lo había empezado. Zhul me miró medio aturdido, con los nudillos blancos de tanto agarrar el borde del mostrador.

Le dediqué una sonrisa de suficiencia antes de girarme y pavonearme hacia la sala de estar. Mis ojos se fijaron en la comida que había dejado sobre la mesa, casi sin tocar. Me sentía culpable por no haber recogido todo, pero hacerlo ahora arruinaría mi pavoneo.

Lo siento, Madre.

~

La voz sintética y sin vida resonó en la habitación, despertándome de mi sueño intranquilo.

—Les queda una hora para entregar sus muestras de sangre. Por favor, procedan inmediatamente.

Me sentía demasiado débil para moverme. La túnica se me pegaba a la piel, empapada de sudor. Un dolor agudo me punzaba el estómago, acalambrado por el hambre. No recordaba la última vez que había ingerido una comida completa. Incluso cuando me obligaba a comer algo más que unos pocos bocados, nada parecía saciarme, como si intentara sobrevivir a base de agua.

La puerta de mi celda se abrió con un ruido seco.

—¿Valena? —dijo la voz preocupada de Zhul.

No pude reunir la energía para responder. El gruñido de mi estómago lo hizo en mi nombre. La mano de Zhul me apartó el pelo de la cara. A través de un borrón, vi la preocupación grabada en su rostro. Me cogió en brazos y me llevó a la entrada de la zona de espera. Antes de que llegáramos a la puerta, la voz de Sheb sonó por el interfono.

—¿Qué le pasa?

—No lo sé, pero necesita ayuda.

—Acuéstala en una de las celdas, ponle guantes en las manos y luego ve detrás de la línea de seguridad.

Mis guantes...

Había olvidado que no los tenía puestos. La risa burbujeó en mi pecho. Algo me pasaba, pero lo único en lo que podía pensar era en lo mucho que quería tocar a Zhul. Tal vez él tenía razón. Tal vez no debería confiar en mí para no invadir su mente.

Después de dejarme en una de las camas, me dejó solo para volver momentos después con mis guantes. Sus suaves manos rozaron las mías mientras me ponía los guantes. Fue difícil, pero resistí la tentación. Hizo ademán de marcharse, pero se detuvo, me cogió la cara con la mano y me besó suavemente en los labios. Le vi marcharse, seguido de la llegada de la Enfermera Rosthan.

—¿Cuál parece ser el problema? —me preguntó mientras me pasaba el escáner portátil.

Intenté responder, pero no conseguí que me funcionara la mandíbula. Mi estómago volvió a refunfuñar, retorciéndose dolorosamente.

—¿No has comido? —preguntó con voz de reproche.

—Parece que no puede digerir nada del replicador —gritó la voz de Zhul desde fuera de la habitación.

—Llama a V —dijo la Enfermera Rosthan después de juguetear con su escáner.

No podía ver con quién había hablado. La voz de V por el comunicador resolvió ese misterio segundos después.

—¿Qué pasa, Sheb?

—La Enfermera Rosthan desea hablar con vos. Valena está enferma.

—¿Cahla? —V preguntó.

Así que ese es su nombre de pila...

—Valena muestra síntomas avanzados de privación de ryspak —dijo la Enfermera Rosthan —. Sus análisis de sangre aún no son concluyentes, pero es probable que esté embarazada.

—¿No le han dado ryspak todos los días?

Incluso en mi estado de niebla, reconocí la amenaza en la voz peligrosamente tranquila de V.

—Cada comida del replicador contiene ryspak.

—Bueno, está claro que su cuerpo no considera la comida replicada como ryspak propiamente dicho. Dudo mucho que Amalia Praghan recibiera comida del replicador durante su embarazo. Asegúrate de que Valena reciba ryspak fresco todos los días. Si le pasa algo, yo mismo te castigaré.

La llamada terminó.

La Enfermera Rosthan murmuró algo en voz baja y se marchó con Sheb. En cuanto se fueron, Zhul volvió a entrar en la habitación y me abrazó. No hablamos. No era necesario. Se oyó el tintineo de la puerta al abrirse e, instantes después, Ghil entró cargando una pequeña caja de ryspak. Sheb se quedó junto a la entrada de mi celda, con la mano en el bláster por si Zhul intentaba algo. El dulce aroma de las frutas me hizo cosquillas en la nariz y mi estómago rugió aún más fuerte. Gemí mientras otro retortijón me retorcía las entrañas.

En cuanto se fueron, Zhul me llevó a la cocina. Me puso una de las frutas en los labios. Solo la Diosa sabía de dónde venía la repentina oleada de energía, pero me lancé a ella con dichoso abandono. Creo que ni siquiera me tomé el tiempo de masticar. Cuando la suave carne del ryspak se deslizó por mi garganta, mi cuerpo se estremeció, como si lo golpearan un millón de microorgasmos. Un gemido largo y prolongado brotó de mí. Zhul se rio mientras cortaba frenéticamente más ryspak para mí.

Me atiborré de casi dos docenas de frutas, y luego pasé de sentirme al borde de la inanición a tener la barriga a punto de estallar de tanto comer. Apenas podía respirar con el estómago tan lleno. Me invadió un intenso cansancio. Se me caían los ojos y la cabeza. Zhul me levantó de nuevo y me llevó a su celda. Me tumbó en la cama y se metió a mi lado. El sueño me invadió, rodeada por el calor de mi compañero y su mano protectora en mi estómago.

~

Los cuatro días siguientes fueron un infierno.

Había oído hablar de las náuseas matutinas, pero no era exactamente mi caso. Mi estómago me torturaba sin descanso. Sentía como si unas manos fantasmales me retorcieran y anudaran las entrañas. Aunque podía volver a comer comida normal, el ryspak era todo lo que podía saciar mi hambre. Peor aún, aunque el sexo no me interesaba en absoluto, mi cuerpo parecía ansiarlo. No... eso no estaba bien. Mi cuerpo en realidad no quería sexo, solo la liberación del clímax. Nada tenía sentido.

Bueno... En cierto modo, lo tenía. Simplemente no estaba preparada para afrontar la verdad.

La Enfermera Rosthan estaba fuera de sí tratando de encontrar una solución. V tendría que esconderse si las cosas se torcían. Mis hormonas estaban por todas partes, convirtiéndome en un

desastre emocional. Intentó inyectarme una docena de cosas diferentes que parecían quemar mi sistema.

Zhul, que la Diosa lo bendiga, permaneció firmemente a mi lado. Ya no dormíamos en celdas separadas. Me masajeaba la espalda y los pies para intentar reconfortarme. Soportó mis irracionales ataques de ira y mis absurdos ataques de llanto sin rechistar. Cada vez que me entraba un antojo, se apresuraba a prepararme un poco de ryspak, incluso a altas horas de la noche. A Sheb no le había hecho ninguna gracia abandonar el toque de queda, pero dadas las circunstancias, no le quedaba más remedio.

Yo sabía lo que se avecinaba y tenía que preparar a Zhul para ello. Pero no hoy. El mañana llegaría pronto.

Y finalmente llegó.

El viernes por la mañana, exactamente tres semanas desde el primer día de nuestra llegada a este laboratorio, nuestro hijo murió. No necesitaba el análisis de ADN que el técnico de V realizó más tarde para saberlo. Había visto a algunas de las Hermanas pasar por mis síntomas—menos la adicción al ryspak—en los compuestos de cría.

No lloré. Estaba hecha un mar de lágrimas. Fue duro para Zhul, pero me defendió con valentía.

Según la autopsia, nuestro hijo tenía casi seis semanas. Era, por supuesto, imposible. Salvo que los embarazos Veredianos solo duraban seis meses, mientras que los Xelixianos ocho. Suponiendo que la gestación se produjera en un plazo más acelerado que el Verediano, la concepción de nuestro hijo se produciría en algún momento mientras aún estábamos en casa de Zhul. Por alguna razón, eso me reconfortó.

V llamó a la Enfermera Rosthan. Estaría fuera una semana entera. Probablemente le daría tiempo a recuperarse de cualquier castigo que V le impusiera por la negligencia que permitió la muerte de mi hijo.

Pero V nos tenía reservado otro golpe.

Sheb envió un videocom de V a la pantalla de video de nuestra sala de estar. La imagen de Varrek cobró vida, sus ojos insondables nos observaron a Zhul y a mí. Su rostro permaneció impasible.

—Mis condolencias a los dos. La falta de juicio de Cahla ha sido tratada.

Quería gritarle y chillarle, golpearle y hacerle daño como lo había hecho conmigo, con nosotros. Pero eso no me llevaría a ninguna parte, excepto a castigarme a mí misma. No es que pudiera tocarle desde dondequiera que nos estuviera llamando. Zhul acarició suavemente mi espalda. Al principio me sorprendió, pero luego me di cuenta de que estaba tratando de calmarme. Un dolor sordo en mis manos atrajo mi atención hacia mis uñas que se clavaban en mis palmas. Me obligué a relajarme.

Rosthan era una mera herramienta en el gran esquema de las cosas. Si alguien merecía algún tipo de culpa era él, no sus secuaces. Ahora mismo, podría estar en casa con Zhul. Nuestro hijo

todavía podría estar prosperando gracias a la dieta adecuada que mi compañero siempre preparaba para nosotros.

Pero ahora nunca lo sabría.

—Tienes hasta el final de la próxima semana para llorar y recuperarte de tu pérdida —dijo Varrek—. No se requerirán muestras hasta entonces, aunque seguirás inyectándole tu veneno —añadió, mirando fijamente a Zhul.

—¿Es una broma? —gruñó Zhul—. ¡Valena no está en condiciones, ni física ni emocionalmente, de volver a pasar por esto tan pronto!

Me abracé a mí misma, sintiéndome entumecida. Aunque no me sorprendió—era el procedimiento habitual en el complejo de cría—no hizo que fuera más fácil estar en el extremo receptor.

—Tu opinión no es solicitada ni necesaria —dijo Varrek—. La acatarás. Resistirse no tiene sentido. Valena entrará en su período en cualquier momento. Serás tú quien pida clemencia, Zhul Dervhen.

—Eres un monstruo sin corazón —exhaló Zhul.

—No. Soy simplemente práctico. La compasión es un mal negocio.

Zhul me atrajo a su lado y me apreté contra él.

—Ah... ¿Han resuelto sus diferencias? —preguntó Varrek, sonriendo—. Lo apruebo.

—Que te cojan —gritó Zhul.

—Cuando tú quieras, Consejero. Será un *verdadero* placer —respondió Varrek.

Sus ojos recorrieron lentamente a Zhul, dejando claro lo que quería decir. Zhul apretó la mandíbula y decidió sabiamente no alimentar más las burlas de Varrek.

—Tus venenos son cada vez más potentes, pero aún no están ni cerca del nivel alcanzado por los compañeros de Amalia. Estoy decepcionado.

Varrek se echó hacia atrás en su silla, lo que nos permitió ver mejor la habitación que tenía detrás. Por desgracia, solo se veían paredes blancas, nada que nos diera una pista de dónde podría estar escondido.

—Beberás más profundamente de ella una vez que reanudes tu apareamiento. Es una pena que no estés Manchado. Esperemos que esa no sea la clave que falta.

—Beber demasiado profundo tiene un efecto negativo en las hembras —contraatacó Zhul.

—Un problema fácilmente solucionable con una buena dosis de Thylin —la mirada y el tono de Varrek se endurecieron—. No creas que no me doy cuenta de que no le estás dando tanto Thylin como te pedí. Rectificarás eso también. Recuerda que tienes hasta el final de la semana que viene.

Sin decir nada más, Varrek dio por terminada la llamada.



CAPÍTULO 20

LHOR

El Almirante Lee entró en la enfermería con Korina, una joven Verediana de apenas dieciséis años. Se aferró a él, lanzando miradas nerviosas a los guerreros de Khel. Para mi alivio, su Mancha no parecía ser la fuente de su angustia. Antes de su llegada, Lee me advirtió de que Korina era una de las Veredianas rescatadas hacía menos de un año de la fortaleza de Crebios. El tiempo que pasó allí le había dejado serias cicatrices que aún estaban ayudándola a superar. Demasiados machos a su alrededor solían provocarle ataques de ansiedad. Incluso ahora, después de casi tres semanas tratando a Khel, la presencia de los guardias seguía intimidándola.

Ghan pidió a sus guerreros que desaparecieran. Ni el líder Tuureano ni esta muchacha le harían daño a Khel.

—Ghan —dijo Lee con su inquietante voz sintética—, un placer como siempre.

Tanto el Almirante como Korina nos dirigieron un saludo Verediano. Con la cabeza ligeramente inclinada, se pusieron la mano en el corazón y luego la agitaron hacia nosotros. Ghan y yo respondimos con nuestro saludo Xelixiano. Ghan y el Almirante Tuureano habían desarrollado una extraña amistad durante el último año. A pesar de ello, y del genuino afecto que parecía sentir por Amalia, el Almirante seguía siendo un completo misterio para nosotros, algo que parecía disfrutar manteniendo.

Era especialmente reservado sobre lo que se ocultaba bajo la armadura negra de su pueblo. Sin embargo, cuanto más lo conocía, menos creía los rumores de que los Tuureanos no eran más que cables y engranajes bajo sus trajes de celesio. Aún no había conocido a un verdadero cíborg que hubiera alcanzado tal nivel de sensibilidad como nuestros aliados. Tenían que ser seres orgánicos.

—¿Cómo está el General? —Lee preguntó.

—Cada día mejor, gracias a esta encantadora joven *Seha* —dijo Minh, señalando con la cabeza a Korina—, y a mi maravillosa compañera —añadió, guiñándole un ojo a Maheva, que le seguía de cerca.

La presencia de Maheva siempre hacía maravillas en Korina. Aunque permaneció cerca de

Lee, su postura perdió casi toda su rigidez.

Minh guio la cámara criogénica de Khel hasta la estación de trabajo principal antes de abrirla. Seguía en coma inducido. Su ausencia, su silencio emocional se había convertido en una tortura física que me atormentaba día y noche, aunque sabía que era cuestión de tiempo que volviera en sí. La forma en que Zhul podía soportar la pérdida permanente de su Gem sin volverse loco me desconcertaba.

Cuando la tapa de la cámara terminó de abrirse, contemplé con asombro los milagros que Maheva y Korina habían realizado en él durante las últimas tres semanas. El cadáver carbonizado que Ghan había traído del Centro de Convenciones ya no existía. Aunque extremadamente delgado en comparación con el macho musculoso que solía ser, Khel casi había vuelto a ser el de antes. Todo su cuerpo estaba cubierto de una piel sana y perfecta. Sin embargo, allí donde la toxina había alterado su composición genética, le habían aparecido algunas abolladuras o bultos. Algunas se arreglarían con cirugía. Con otros tendría que aprender a vivir. Una de las crestas de su *crihnin* estaba ligeramente torcida, mientras que la mitad de las crestas de su oreja izquierda habían desaparecido.

La mayor preocupación eran sus pulmones. Aunque Minh creía que Khel se recuperaría casi por completo—exceptuando esos pocos defectos estéticos—hasta que encontráramos la forma de librarle de la toxina que ya se había adherido a su organismo, sería propenso a sufrir problemas respiratorios. Eso significaba el fin de su carrera militar en el campo de batalla.

Debido al estrés que sufría su cuerpo y a la presión a la que estaban sometidos sus sanadoras, habíamos tenido que repartir los tratamientos en varias sesiones. Esperábamos que hoy fuera el último. Ghan y yo sacamos a Khel de su cámara criogénica y lo colocamos en la bañera del laboratorio cercano. A un lado, dejamos que Korina se acercara a mi Gem y pusiera las manos sobre su pecho desnudo. Con una intensa mirada de concentración, se puso manos a la obra. Al cabo de casi un minuto, unas gotas amarillentas de toxina empezaron a rezumar por todos los poros del cuerpo de Khel. Los nanocitos del líquido curativo del baño atacaron inmediatamente el veneno.

A diferencia de las sesiones anteriores, en las que tuvimos que trasladar a Khel de un baño a otro debido a la gran cantidad de toxinas expulsadas, esta vez la toxina solo salía a chorros. Después de casi una hora, Korina le quitó las manos de encima. Enderezándose, giró los hombros para liberar algo de tensión.

—Ya está —dijo con una voz inusualmente grave y gutural para alguien tan joven y de constitución tan delicada—. He eliminado todo lo que he podido. Todo lo demás se ha fusionado con su sistema. Está más allá de mis capacidades arreglarlo.

—Desde el fondo de mi corazón, gracias por todo lo que has hecho por mi Gem —dije con una reverencia.

Ella me dedicó una tímida sonrisa y se acercó al Almirante. Para mi gran sorpresa, su mano blindada le acarició suavemente el pelo.

—Bien hecho, Hermanita —le dijo Lee, y su voz incorpórea adquirió un tono extrañamente suave.

Korina le sonrió, deleitándose con el elogio. La mirada de adoración que le dirigió aumentó mi confusión. Comprendía la gratitud de las Veredianas hacia los Tuureanos que habían hecho de rescatar y liberar a su pueblo la misión de su vida. Lo que no entendía era cómo el despiadado, temible y anónimo líder Tuureano se había ganado el amor y la lealtad incondicionales de las asediadas hembras.

Ghan observó su interacción con una expresión indefinible en el rostro. Probablemente al sentir su mirada, el Almirante giró su rostro blindado hacia Ghan. La superficie brillante y oscura de su casco impedía ver sus rasgos o leer su expresión. Sin embargo, no había duda de que se estaban mirando fijamente. Al final, Ghan apartó la mirada y miró a la joven Verediana.

—Gracias, pequeña —le dijo a Korina, inclinando la cabeza con la mano en el corazón—. Nunca podremos pagar la deuda de gratitud que tenemos por todo lo que has hecho por el General y los demás guerreros.

Ella parpadeó a Ghan antes de sonreírle. Aquello tenía aún menos sentido. Con su rostro brutal, su tamaño descomunal y su fuerza, debería aterrorizarla. Sin embargo, nunca expresó temor alguno en su presencia.

Nunca entenderé la lógica femenina...

Maheva puso sus manos sobre Khel. La curación que le practicó tuvo que ser interna, porque no se produjeron cambios perceptibles. Minh trajo otra cámara criogénica que contenía a uno de los soldados de Khel y lo preparó para que Korina también le drenara toxinas. Tras confirmar que ella estaría bien sin él, Lee nos apartó a Ghan y a mí.

—¿Algún progreso en la búsqueda de Valena? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—No —dijo Ghan—. Hemos seguido al rastreador. Incluso recurrimos a Amalia a una distancia excesivamente corta para intentar localizarla, pero nada.

Me miró con dureza cuando dijo esto, todavía molesto porque le habíamos obligado a acercar a Amalia a la casa abandonada más de lo que él consideraba seguro. Con Amalia aún en los primeros días de su período, discutir con ella simplemente nos habría valido un arañazo en la cara. Se sentía responsable de que Valena siguiera cautiva. Ella creía que si hubiera mirado el futuro de Valena con más frecuencia durante la incursión, podría haber evitado toda esta tragedia. No era culpa suya, pero nada podía convencerla de lo contrario. Al menos su período había terminado hacía un par de días y con ella, la volatilidad de su temperamento.

—Incluso los escáneres profundos de la casa abandonada no han revelado ninguna presencia orgánica aparte de la pequeña fauna cercana —dijo Ghan, de nuevo frente al Almirante.

Lee juntó las manos a la espalda en una pose militar que recordaba a la que a menudo adoptaba Khel cuando reflexionaba sobre un asunto serio. Se me apretó el corazón al pensarlo.

—Hmm, ¿y no tenéis otras pistas? —preguntó Lee.

Me pasé los dedos por el pelo, reacio a poner en el punto de mira a un macho que podría resultar inocente. Los Tuureanos podían ser implacables una vez que te tenían en el punto de mira.

—Bueno, estamos vigilando de cerca a Whil Dervhen —dije con cautela—. Pero no hay evidencia de que este macho esté involucrado de alguna manera.

—Pero ha despertado vuestro interés —dijo Lee.

Asentí con la cabeza y le resumí rápidamente los últimos acontecimientos ocurridos en la Sala del Consejo. Tras su primera y escandalosa petición de que otros machos bebieran de Amalia y la severa reprimenda del Presidente Frebhin, Whil pasó a presentar una serie de peticiones formales. Entre ellas, prohibir a Khel que siguiera poniéndose a sí mismo—y, por tanto, a mí—en peligro, poner a nuestra familia en manos de un grupo internacional de científicos para ser estudiados como ratas de laboratorio y, lo que es peor, levantar el embargo contra los Guldanos.

—¿Incluso después de que su propio primo fuera aparentemente atacado por Guldanos?

—Sí, de ahí nuestras sospechas —dijo Ghan.

—Hacedme saber si necesitáis nuestra ayuda —dijo el Almirante—. Pero advertid a vuestro Consejo, no toleraremos que nadie encarcele a Amalia o a nuestros aliados —añadió haciendo un gesto hacia mí—. Haremos pedazos esa instalación antes de permitirlo.

Sonreí. Aunque me halagaba que me incluyeran bajo el paraguas protector de los Tuureanos, no me hacía ilusiones de que no fueran principalmente Amalia y nuestros hijos—especialmente nuestro hijo—lo que les importaba.

Antes de que pudiera responder, la voz de Minh resonó detrás de Ghan.

—Estamos listos para despertarlo.

El corazón me dio un salto en el pecho y, por un momento, sentí como si no pudiera aspirar suficiente oxígeno. Nos dirigimos hacia el baño del laboratorio. Ghan y yo sacamos el cuerpo desnudo de Khel de la bañera y lo pusimos en una camilla. Amalia entró en la enfermería justo cuando terminaba de cubrirle con una manta para preservar su pudor.

Nuestras miradas se cruzaron. La misma esperanza y preocupación que yo sentía bailaban en los suyos. Se colocó a mi lado y sus delicados dedos se entrelazaron con los míos. Maheva se acercó a ella y le frotó suavemente la espalda para animarla. Ghan, el Almirante y Korina estaban al otro lado de la camilla. Minh, de pie junto a la cabeza de Khel, respiró hondo antes de utilizar un hipospray en el cuello de Khel.

Un gran silencio, solo interrumpido por el rítmico pitido de una de las máquinas de la enfermería, invadió la sala. Sentía que el corazón me retumbaba en la nuca. Amalia me agarró la mano con más fuerza.

Khel entreabrió los labios e inspiró larga y profundamente antes de exhalar lentamente. Sus ojos se agitaron, se abrieron y volvieron a cerrarse.

—Luces, atenuadas, en un cincuenta por ciento —dijo Minh, adivinando cuál podía ser el

problema.

Khel parpadeó varias veces más antes de abrir los ojos por completo. Me incliné sobre él, impaciente por volver a conectar con mi Gem, pero no reconoció mi presencia. Seguía respirando ruidosamente por la boca, con los ojos vacíos mirando al techo, sin ver.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Tragué saliva, negándome a reconocer la sensación de miedo que me invadía.

—¿Khel? ¿Me oyes? —pregunté.

No hubo reacción.

—Cariño, soy yo —dijo Amalia, con la voz temblorosa por las lágrimas reprimidas—. Respóndeme, mi amor.

Apartándome ligeramente, se inclinó hacia delante y giró la cara de Khel hacia nosotros. Él no opuso resistencia. Sus ojos muertos nos miraron fijamente. Las babas le caían por un lado de la boca.

—No... —Amalia lloró.

Se desplomó contra mí y rompió a llorar. Más allá de ella, podía oír a Maheva llorar discretamente mientras Minh susurraba palabras de consuelo. Ghan cerró los ojos, con la mandíbula apretada. El Almirante Lee puso una mano en el hombro de Ghan y le dio un apretón de apoyo.

Busqué nuestro vínculo, negándome a admitir que Khel pudiera haberse ido, que su cuerpo no fuera más que una cáscara vacía. Pero, como en las últimas tres semanas, solo me recibió el silencio. Por fin, dejé que mi propia tristeza me invadiera. Tirando de Amalia en un fuerte abrazo, di rienda suelta a mis lágrimas. Cada una de ellas era como si me desangrara un trozo de alma.

Cuando se calmaron, Amalia se aferró a mí, con el cuerpo tembloroso. Volví a mirar a Khel, que no se había movido, con los ojos vacíos fijos en la distancia.

—Lo siento mucho, hermano —susurré, colocando la palma de la mano sobre su corazón.

Grité mientras un dolor agudo como un relámpago recorría mi mano, subía por mi brazo y estallaba en mi pecho. Se me doblaron las rodillas. Sin la rápida reacción de Amalia y Minh, habría caído al suelo. Intenté alejarme de Khel, pero su mano se aferró a mi muñeca y me sujetó con fuerza. A pesar de ello, su mirada permanecía vacía y su rostro carente de emoción.

—¡Lhor! —gritó Amalia, mirando a un lado y a otro entre la mano de Khel que me sujetaba y yo.

Abrí la boca, sin saber muy bien qué decir, pero en su lugar surgió un rugido de agonía. No, agonía no. Dolor, un dolor atroz mezclado con placer. Un volcán entró en erupción en mi pecho. Una lava abrasadora fluyó por mi brazo hacia Khel. Sentí como si una parte de mí fuera arrancada, derretida por el infierno interior y goteando hasta la cáscara vacía que yacía ante mí.

Solo la Diosa sabe cuánto duró. Se detuvo tan bruscamente como había empezado. Agotado y débil, sentí que Khel me soltaba la muñeca. Su mano cubrió la mía antes de apretarla

suavemente contra su corazón. Mis ojos se encontraron con los suyos.

El reconocimiento brilló en ellos.

Sonrió y una oleada de amor se apoderó de mí cuando nuestro vínculo se estrechó de nuevo.

—Mi Gem —susurró Khel—. Gracias.



No podíamos explicar cómo había sucedido. Khel no recordaba dónde había estado su mente—o deberíamos decir, su alma—desde la incursión. Todo lo que podíamos especular era que, de alguna manera, yo la había llevado dentro de mí hasta que su cuerpo pudo retenerla de nuevo. No lo entendía ni me importaba. Khel había vuelto, no tendríamos que romperles el corazón a nuestros hijos y yo volvía a estar entero.

En pocas semanas, Khel se sometería a varias operaciones para reparar los defectos causados por la toxina. Con la habilidad de Maheva, se recuperaría rápidamente de ellas. Sin embargo, Minh quería que mi Gem recuperara primero sus fuerzas y engordara un poco. Con todos los demás soldados también atendidos, Minh regresó a su clínica y el Almirante se llevó a Korina de vuelta a su mundo natal, donde proporcionaron refugio en secreto a todas las Veredianas rescatadas.

Durante las dos semanas siguientes al despertar de Khel, Ghan y la hembra Tuureana Kamala, lo sometieron a un extenuante entrenamiento para ponerlo de nuevo en forma. Amalia lo mimó hasta la locura mientras Jhola intentaba atiborrarlo de comida. No pude evitar reírme de su consternación. Incluso Ghan se burlaba a menudo de Khel porque ahora Amalia pegaba más fuerte que él.

A pesar de haber hecho un gran frente y un progreso espectacular, las secuelas de las toxinas eran visibles. Aunque estaba recuperando rápidamente su capacidad de combate y su fuerza aumentaba cada día, sus pulmones iban a ser una preocupación crónica. Podía estar bien y, de repente, sufrir crisis asmáticas. En el campo de batalla, esto significaría la muerte. No hablábamos de ello, pero todos sabíamos que sus días de combate habían terminado.

Por mucho que disfrutáramos haciendo de enfermeras, Amalia y yo aún teníamos deberes que cumplir. Al final de la tercera semana tras el despertar de Khel, volamos a la Sala del Consejo para presentar una nueva moción que Amalia había elaborado exigiendo un fondo especial e infraestructuras para cuidar a los niños Manchados abandonados o huérfanos. Aunque la mayoría de las mociones que beneficiaban a los Manchados solían encontrar mucha resistencia, esta no recibió ningún desafío. Estaba lejos de ser un caso cerrado. Las cantidades, la procedencia de los fondos y la forma de administrarlos se debatirían más adelante. Pero era un gran paso adelante.

Amalia y yo estábamos terminando nuestros informes en mi despacho del Consejo cuando Fhara Zirthen llamó a la puerta.

—Hola, queridos —dijo entrando en la habitación.

Alta, delgada y musculosa, Fhara Zirthen no era la típica hembra Xelixiana. Le encantaban la aventura y la adrenalina. A sus cincuenta y tantos años, Fhara apenas aparentaba más de cuarenta. Su pelo corto, liso y de color ébano enmarcaba un rostro noble, con brillantes ojos verdes sombreados por largas y espesas pestañas.

Saludamos calurosamente a la compañera de Bhek. Aunque no nos mezclábamos a menudo con ella porque siempre estaba de escapada, todos apreciábamos a la poca ortodoxa hembra.

—Mi desalmado compañero me ha abandonado una vez más, se ha ido a una de sus misiones para salvar el mundo —dijo, apoyando el dorso de la mano en la frente con falsa desesperación.

Ambos nos reímos de su teatralidad. En efecto, Bhek había partido hacia la sede del Consejo Galáctico para presentar algunas resoluciones que esperábamos ayudaran a apaciguar a nuestros aliados de su persistente enfado por la muerte de las hembras durante la incursión.

Su rostro adoptó una expresión más seria.

—¿Cómo le va a Khel?

Amalia sonrió.

—Le va increíblemente bien.

Se volvió para mirarme con adoración. Se me derritió el corazón. Aunque sabía que no tenía ni idea de cómo lo había hecho, Amalia me adoraba por haber salvado a Khel. Me regocijé descaradamente en ello.

—Me alegra oírlo —dijo Fhara, con una amplia sonrisa en el rostro—. Bhek sigue muy preocupado —sus ojos se desviaron hacia el retrato de nuestra familia colgado en la pared—. Son una familia preciosa. Qué tragedia su pérdida.

—Gracias —dije, conmovido por sus amables palabras.

—Puedes agradecérmelo mejor invitándome a cenar —dijo Fhara—. Me encantaría tener compañía y ponerme al día con ustedes.

El rostro de Amalia adoptó una expresión triste.

—Nos habría encantado, pero estamos a punto de irnos a la clínica de Minh. Nuestro hijo tiene una revisión.

Los ojos de Fhara brillaron.

—¿El pequeño Vahleryon? Me encantaría volver a ver a ese precioso niño. ¿Les parece bien que los acompañe?

—Por supuesto —dijo Amalia, sonriendo—. Estoy segura de que se alegrará de volver a verte. Yhan y Sohr lo están llevando allí mientras hablamos.

Fhara se rio y sacudió la cabeza. No podía culparla. Tener a dos soldados de élite haciendo de niñera y guardaespaldas de un infante podría parecer exagerado.

Salvo que ese infante era el único macho vivo de su raza en todo el universo.

Sin embargo, no estaba tan seguro de que Vahl expresara algún tipo de alegría al ver a Fhara. Aparte de sus padres y Ghan, Vahl no mostraba mucha emoción hacia nadie más. Incluso Jhola y

Maheva suscitaban poca reacción en él.

Utilizando uno de los aerodeslizadores reservados del Consejo, llegamos rápidamente a la clínica. Sohr y Yhan ya estaban allí. Como era de esperar, la reacción de nuestro hijo ante Fhara fue de ligera curiosidad. Permaneció estoico mientras ella se preocupaba por él. La dejamos con los guerreros mientras llevábamos a nuestro hijo a la sala de exploración.

Minh lo examinó rápidamente.

—La salud de su hijo es perfecta, como siempre —dijo Minh.

Amalia acarició el pelo de Vahl, con una sonrisa triste en los labios. Técnicamente, eran buenas noticias. Sin embargo, a veces deseábamos que Minh encontrara realmente algo malo en él. Entonces, tal vez, podríamos diseñar un plan de acción claro para ayudarle.

—Sin embargo, hay algo extraño en su escáner cerebral.

Los dos nos pusimos rígidos e intercambiamos una mirada de desconfianza.

—¿Qué quieres decir con “algo extraño”? —pregunté.

—Su actividad cerebral se sale de lo normal —Minh mostró el gráfico en la pantalla de video frente a la mesa de exploración—. Su hijo está creando nuevas vías neuronales a un ritmo exponencial. Estas lecturas se corresponden más con las de un telépata o cinético Korletheano de cinco años, no con las de un Verediano de cinco meses.

—¿Estás seguro? —preguntó Amalia, con los ojos clavados en los gráficos.

—Sí. El Almirante nos ha proporcionado una información médica inestimable sobre los niños Veredianos. Los patrones de su hijo no coinciden en absoluto. A decir verdad, los de Zhara tampoco coinciden, pero es aún más pronunciado en el niño.

—¿Es eso un problema? —pregunté—. Quiero decir, ¿podría hacerle daño?

—No, no debería...

Un fuerte alboroto seguido de gritos llegó hasta nosotros a través de la puerta cerrada. Amalia levantó a Vahl, que seguía sentado en la mesa de exploración, y lo estrechó contra su pecho. Todos nos quedamos mirando la puerta, con los ojos muy abiertos. Intenté llamar a nuestros guardias por el comunicador, pero no hubo señal. La mirada lejana de Amalia me decía que estaba utilizando su habilidad para explorar nuestro futuro próximo. Como estaba ciega y sorda a su entorno, saqué mi espada de celesio y me puse en posición defensiva cerca de la puerta.

Con solo la mesa de exploración atornillada al suelo y un par de estanterías y aparatos médicos montados en la pared, no había nada en la habitación que pudiéramos utilizar para apuntalar la puerta y mantenerla cerrada.

—No hay salida —susurró Amalia detrás de mí.

La miré de frente. La mirada atormentada de sus ojos me aterrorizó.

—Deja tu espada, Lhor. Escóndela. Te harán mucho daño si intentas luchar —dijo Amalia—. He contemplado todos los escenarios. No escaparemos de esto. Deprisa.

El miedo me hizo un nudo en el estómago. Sabía que no podía rebatir la previsión de Amalia.

Pero todos mis instintos me exigían proteger a mi compañera y a mi hijo. Minh extendió una mano hacia mí. Sin mediar palabra, puse mi espada en ella. Se dirigió rápidamente a una sección en blanco de la pared, cerca de la pantalla de video. No vi lo que hizo, pero un panel se abrió, mostrando un gran estante donde escondió la espada.

—No luches, Minh. No te pasará nada. Pero Sohr y Yhan necesitarán tu ayuda —dijo Amalia.

Nada más pronunciar esas palabras, la puerta se abrió de golpe. Entraron dos machos encapuchados. Uno de ellos se quitó la capucha lo suficiente como para mostrar sus rasgos.

Kuuruk Terk.

Era el asesino Guldano que había intentado matar a Amalia el año pasado manipulando nuestra lanzadera del mismo modo que sospechábamos que había matado a la familia de Khel.

Sus ojos recorrieron rápidamente la sala antes de posarse en Minh. Sacó su pistola bláster y disparó al médico. Minh se desplomó sin emitir un solo sonido.

—¡No! —grité.

La mano de Amalia me agarró del brazo.

—Está bien —susurró Amalia—. No luches.

El miedo casi me ahoga, pero necesitaba mantener la cabeza fría. Un rápido vistazo al cuerpo de Minh, tendido en el suelo, me confirmó que aún respiraba.

Está aturdido.

El alivio me inundó. Minh era más que nuestro médico de cabecera. Era de la familia.

—Obedecerán sin rechistar. No querrán hacerme enfadar —dijo el Guldano.

Se ajustó la capucha para ocultar sus facciones e hizo un gesto con la cabeza para que saliéramos de la habitación. Fuera, Fhara yacía inconsciente en el suelo. No presentaba heridas visibles. A pocos metros, junto a la puerta principal, Sohr y Yhan yacían en un charco de su propia sangre.

Empujándonos hacia delante, nuestros secuestradores nos condujeron al aparcamiento subterráneo por la salida trasera. Por primera vez, me arrepentí de haber venido aquí fuera del horario normal para evitar que hubiera demasiada gente cuando trajéramos a nuestro hijo. El puñado de técnicos de laboratorio y personal médico que seguía presente estaba desmayado en el suelo.

Solo la Diosa sabía adónde nos llevarían y con qué propósito.



CAPÍTULO 21

VALENA

Zhul y yo asistimos horrorizados a la cobertura informativa sobre un violento ataque a la clínica médica de Minh Volghan. Nikha informaba en directo desde las instalaciones. En pantalla, un enjambre de policías y militares mantenía a raya a los mirones mientras el Detective Gravhin hablaba con lo que parecía el personal médico.

—¿Por qué los militares se involucran en este crimen? —pregunté.

—Porque es aún peor de lo que parece —susurró Zhul, sonando ominoso.

Me cogió la mano enguantada y la colocó sobre su regazo, con los dedos entrelazados. Le miré, pero sus ojos estaban pegados a la pantalla. Las cosas estaban mejor entre nosotros, pero ni mucho menos arregladas. Al contrario de lo que esperaba, mi aborto nos había acercado más en lugar de crear una brecha mayor entre nosotros. A pesar de saber que las Veredianas fracasaban con frecuencia a la hora de tener descendencia, Zhul no me culpaba por la pérdida de nuestro hijo. Ya fuera por mi genética defectuosa o por la falta de ryspak fresco, a mi compañero no le importaba. Era la voluntad de la Diosa. Sin su apoyo incondicional y tierno durante estas tres semanas desde mi aborto, no creo que lo hubiera superado.

Le amaba por ello.

Tampoco ayudó que, como predijo Varrek, mi período empezara al final de la primera semana. Me convertí en un desastre emocional. En un momento lloraba a lágrima viva por nuestra pérdida, y al siguiente lo devoraba, abrumada por la lujuria. La primera vez que mis marcas se volvieron negras y lo ataqué, Zhul temió que el dolor por la muerte de nuestro hijo me hubiera vuelto loca.

Sin embargo, aún no confiaba en mí. No sabía cómo íbamos a superar ese problema en particular. Tocarlo sin guantes era imposible. Aparte de eso, se comportaba cariñosamente conmigo, casi como solía hacerlo en su casa. Pero le faltaba su anterior abandono sin reservas. Al menos, cuando no estaba cegado por el calor de mi período, volvíamos a hacer el amor en lugar de que él se limitara a follarme para cumplir con nuestras cuotas diarias.

—¡Por los dientes de Gharah!

El estallido de sorpresa de Zhul me sacó de mis cavilaciones. Siguiendo su mirada incrédula,

miré la pantalla.

Me quedé boquiabierta.

—¡*Sehas* y *Sehrs*, esto es de lo más increíble! —el tono de la voz de Nikha subió de emoción —. ¡El General Praghan está entre nosotros!

La cámara enfocó al General subiendo las escaleras de la clínica, seguido de un primer plano de su cara. Algo no encajaba con su *crihnin*, y estaba claro que había perdido mucho peso y masa muscular. Por lo demás, parecía perfectamente sano.

—Es imposible —susurré para mis adentros—. No puede haberse recuperado tan bien, tan rápido.

—Quizá sus amigos tengan algo que ver.

Efectivamente, las siluetas oscuras de un macho y una hembra Tuureanos flanqueaban el lado izquierdo del General mientras el Primer Oficial Ghan Delphin caminaba a su derecha. Mis ojos se fijaron en la larga trenza acorazada de la hembra, que le colgaba hasta las pantorrillas. Su punta afilada brillaba al sol. El corazón me dio un vuelco, con una mezcla de esperanza y temor luchando en mi interior.

Nikha no dejaba de repetir lo fabuloso que era tener por fin la confirmación visual de que el General se estaba recuperando por completo. Luego empezó a especular sobre su presencia en la escena del crimen y, en particular, en la de los Tuureanos.

—Algo realmente malo ha sucedido —murmuró Zhul—. Sea lo que sea, me temo que involucra a Lhor.

Eso tendría sentido. ¿Qué otra cosa podría sacar a Khel a la luz pública mientras aún se recuperaba?

Sonó la campanilla de la puerta de seguridad, advirtiéndonos que tomáramos posiciones detrás de la línea de seguridad. Zhul y yo intercambiamos una mirada de sorpresa, pero obedecimos. El mecanismo de cierre de mis guantes se activó. Sheb entró primero, con la mano de nuevo cerca de su bláster. Chem y Ghil entraron detrás de él cargando un corral grande, que dejaron en medio de la zona común.

¿Esto es una puta broma?

La crueldad me hacía hervir la sangre. Los dos machos se marcharon y regresaron instantes después con un aerodeslizador sobre el que había varias cajas. Las descargaron cerca del corral, excepto una, que Ghil abrió. De ella sacó un andador que depositó en el suelo.

—Oh, Diosa… —Zhul susurró, su voz estaba llena de horror.

Mi piel se calentó y mi visión se nubló. Un gruñido resonó en mis oídos. No fue hasta que sentí la mano tranquilizadora de Zhul en mi espalda que me di cuenta de que el estruendo venía de mí. Quería desgarrar a esos machos. ¿Qué clase de jodido juego era este? Zhul me tiró hacia atrás y me abrazó fuertemente contra él. Había dado un par de pasos amenazadores hacia los guardias sin darme cuenta. Parpadeé para despejar la borrosa niebla que tenía ante mis ojos y vi por fin el bláster de Sheb apuntándome. Hizo un gesto con la cabeza para que los otros dos

machos salieran y retrocedió tras ellos hasta que estuvo a salvo detrás de la puerta de seguridad.

—Lo atraparon —dijo Zhul, sin aliento.

¿A quién?

Su rostro perdió el color y se quedó mirando la pantalla de video con una expresión de horror en los ojos.

—Tienen al chico. Por eso están allí el General y los Tuureanos —se volvió hacia mí—. Varrek tiene a Vahleryon.

La rabia que sentía se desvaneció de inmediato, reemplazada por puro pavor.

¿Cómo?

Pero peor aún, ¿qué le haría al niño? El pequeño Vahl era la verdadera esperanza de nuestro pueblo. Zhul tenía que estar equivocado. Sin embargo, la sensación de hundimiento en mi estómago me dijo que yo también lo creía.

Dos horas más tarde, Nikha Drubhen confirmó que las noticias eran aún peores de lo que habíamos imaginado: Amalia, Lhor y Vahl habían sido secuestrados. Sus guardaespaldas estaban en estado crítico, pues al parecer les habían disparado por la espalda a quemarropa. Por lo poco que le confió la policía, el atacante era probablemente alguien a quien conocían y, por tanto, en quien confiaban.

Nikha mostró breves clips de sus entrevistas con el personal. Aunque todos habían sido encontrados inconscientes, ninguno sufría más que algunas magulladuras por caerse tras ser aturdidos. La mayoría solo habló de su miedo y de lo repentino del ataque. Sin embargo, el último clip me heló la sangre.

—Estaba escribiendo un mensaje a mi compañero mientras esperaba a Lhor y Amalia durante la revisión médica del pequeño Valheryon. Bhek está actualmente en una misión con el Consejo Galáctico, así que quería pasar un rato con amigos que son más como una familia para nosotros —dijo Fhara Zirthen, con una expresión de profunda tristeza en su rostro—. Entonces oí un bláster que se disparaba varias veces y algunos gritos. Los dos guardias yacían en el suelo, sangrando. Intenté correr, pero sentí un dolor agudo en la espalda y todo se volvió negro. Ruego a la Diosa que los encontremos sanos y salvos.

Me puse en pie de un salto, la rabia me recorría por la traición.

—¡Es ella! —grité, con el dedo apuntando a la pantalla.

Zhul se puso de pie también, parecía confundido.

—¿Y quién supones que es ella?

—La madre de Varrek. Es ella.

Zhul retrocedió, con los ojos muy abiertos por la incredulidad. Sacudió la cabeza lentamente.

—Eso no es posible, querida. Es Fhara Zirthen, la compañera del Embajador Bhek. Los Zirthen son amigos de toda la vida de la familia Praghan.

—No me equivoco —respondí, sintiendo que mi ira aumentaba rápidamente—. Hace años que oigo su voz. Años. La reconocería en cualquier parte. No hay duda. Es. Ella.

Pasaron otras tres horas antes de que llegaran los nuevos cautivos. Sheb les hizo pasar y cerró la puerta tras ellos sin decir palabra.

Amalia era aún más impresionante en persona de lo que había imaginado. A pesar de mi metro ochenta, Amalia me ganaba por al menos un par de centímetros. Sus ojos amarillos, brillantes de furia, se abrieron de par en par cuando se posaron en mí. Su mirada se suavizó y sonrió.

Hermana...

El corazón se me aceleró en el pecho. Hacía demasiado tiempo que no veía a nadie de mi especie. La preciosa carga que llevaba en sus manos enguantadas atrajo mi atención.

Un alma vieja me miraba fijamente a través de los ojos púrpura oscuro del niño que se aferraba a Amalia. Sentí que me flaqueaban las rodillas en presencia de aquel milagro. Puse una mano sobre el estómago de Zhul y agarré su túnica. Él me rodeó con su brazo en señal de apoyo.

El gesto no pasó desapercibido.

La expresión de Amalia se endureció mientras miraba a Zhul.

Todos mis instintos protectores surgieron y me moví ligeramente delante de él. Zhul intentó apartarme, pero me resistí. Amalia enarcó una ceja e inclinó la cabeza, observándonos.

Unos ojos azul eléctrico llamaron mi atención. Se me cortó la respiración y me ruboricé. Había admirado la belleza de Lhor más veces de las que podía contar desde que recuperé la vista, pero nada me preparaba para la realidad. Era ridículamente perfecto.

Un carraspeo de Amalia me sacó de mi estado de asombro. Desvié mi mirada hacia su rostro, que no parecía nada divertido. Se me desencajó la mandíbula, pero no pude articular palabra.

—Hola, Lhor —dijo Zhul—. *Seha* Praghan.

Inclinó la cabeza en señal de saludo.

—Zhul —dijo Lhor, devolviéndole el gesto.

Eso pareció romper el hielo. Amalia dio unos pasos hacia mí y yo la alcancé a mitad de camino. Zhul se apartó, sin duda pensando que ella no estaba preparada para tenerlo cerca de su hijo. Comprendía por qué desconfiaba de él, pero teníamos que dejar las cosas claras y trabajar juntos para escapar de esta pesadilla. La confianza era primordial.

—Hola, Valena.

Su voz ronca era música para mis oídos. Por un momento, temí que mi voz traicionara lo impresionada que me sentía en su presencia.

—Hola, Hermana.

Me sonrió. Desplazó al niño a su lado y se llevó la mano al corazón antes de poner la palma de la mano frente a mí.

—De mi corazón al tuyo —dijo Amalia.

Mis labios temblaron y mis ojos se estremecieron. Había pasado demasiado tiempo desde la

última vez que experimenté el apreciado ritual de saludo de mi pueblo. Emulé el gesto y apoyé la palma de la mano en la suya.

—De mi corazón al tuyo —repetí, con la voz quebrada al pronunciar las últimas palabras.

Vahleryon ladeó la cabeza, como había hecho su madre momentos antes, y levantó la palma hacia mí. Amalia soltó una carcajada mientras Lhor reía entre dientes. Soltó la mano y la miré interrogante. Asintió con la cabeza, sin dejar de sonreír. Con el corazón palpitante, apoyé la palma en la del pequeño Vahl.

Fuera lo que fuera lo que la Diosa nos tenía reservado, nada podría arrebatarme este momento.

Acababa de tocar un milagro.

Acababa de tocar la esperanza.

~

Cenamos mientras nos poníamos al día de todo. Primero, me aseguré de aclarar el papel de Zhul en todo esto. Lhor no ocultó su alivio por no haber sido tomado por tonto. Aunque la actitud de Amalia se había relajado, seguía siendo reservada con él. Eso no funcionaría. Cuando saliéramos de este lío—y lo haríamos—necesitaba recuperar el nombre de Zhul.

Tanto como la noticia sobre Fhara conmocionó a Amalia, devastó a Lhor. Descubrir la ignorancia de Bhek sobre la relación de su compañera con Gruuk y Varrek, sin embargo, puso un bálsamo en su corazón. Tanto él como Khel querían al Embajador como a un tío—incluso como a un padre. Bhek adoraba a su compañera. Aplastaría al pobre macho en cuanto descubriera la traición de Fhara. La Diosa solo sabía lo que le haría darse cuenta de que el niño que la había dejado estéril y que decía haber perdido había sido, de hecho, vástago de Gruuk.

Zhul les habló de la traición de Whil. Confirmaba lo que Lhor había sospechado desde la primera aparición de Whil en el Consejo. Esperaba que el nuevo Consejero viniera aquí de nuevo, conduciendo a los guerreros que le seguían directamente hasta nosotros. Yo lo dudaba y así lo dije. Varrek era demasiado cauto cuando se trataba de idas y venidas a cualquiera de sus lugares de trabajo.

Estábamos a mitad de la comida cuando el canal de noticias que sonaba de fondo se apagó. Un sonido estridente y sostenido salió del altavoz y la pantalla de video se volvió negra. En el centro apareció la imagen de un fénix de cobre estilizado. Tenía la cabeza en forma de diamante, las alas y el cuerpo de líneas rectas, y la larga cola en forma de espada. A lo largo de las alas y la cola, estrellas oscuras—¿o puntos?—formaban una sola línea.

—¿Qué es eso? —pregunté, sorprendida.

—La bandera Tuureana —dijo Amalia.

Llevó a Vahl, que estaba acurrucado en su regazo, hacia la sala de estar para acercarse a la pantalla. La seguimos. Nada más sentarnos, la silueta acorazada de un macho Tuureano,

flanqueado a ambos lados por una hembra Tuureana, sustituyó a la bandera. Parecían estar en la cubierta de una nave.

El sonido sintético de la voz andrógina del macho resonó en la sala.

—Pueblo de Xelix Prime, soy el Almirante Lee, líder militar del Imperio Tuureano. Esta mañana ha tenido lugar un crimen atroz. Dos soldados del Escuadrón de Élite de la Primera División resultaron gravemente heridos en un cobarde ataque. Luego, Amalia Praghan, Lhor Kirnhan, y su hijo, Valheryon Praghan, fueron secuestrados. Exigimos que nos sean devueltos, inmediatamente.

El Almirante Lee juntó las manos a la espalda y levantó la barbilla desafiante. Su tono se endureció. La oquedad metálica de su voz me produjo escalofríos.

—Si no son devueltos, los recuperaremos nosotros mismos. Nuestra flota está orbitando vuestro planeta.

La vista cambió para mostrar parte de la flota, enmarcada por dos soles. Entre ellos, tres cruceros de batalla se alzaban amenazadores. Aquellas enormes naves de guerra poseían una potencia de fuego demencial. Con su avanzada tecnología, los Tuureanos eran casi inmunes a cualquier tipo de daño. Una sola de esas naves había destrozado una armada Guldana.

—Lo que veis no es más que una fracción de nuestra flota. La mayoría de las otras están camufladas. Rezad para que sigan así.

La vista volvió al Almirante y sus oficiales.

—Dentro de una hora, nuestras naves entrarán en vuestra atmósfera y recorrerán cada centímetro de vuestro planeta hasta encontrar a los Praghan. Si necesitamos investigar vuestra propiedad, cooperaréis o enfrentaréis nuestra ira. Cualquier interferencia será considerada un acto de guerra.

El líder Tuureano dio tres pasos hacia delante. La superficie negra de su casco brilló mientras su cabeza sin rostro llenaba la pantalla.

—Si Amalia, su hijo o su compañero sufren algún daño, quemaremos vuestras ciudades hasta los cimientos y arrasaremos vuestro planeta. Ninguna nave puede salir o entrar en Xelix Prime sin ser primero escaneada por nosotros. Intentad evadirnos y os derribaremos. Que la Diosa se apiade de vosotros, porque no tendréis piedad de parte de nosotros.

El Almirante se dio la vuelta y se alejó. Vimos cómo retrocedía, seguido por sus oficiales, antes de que la pantalla volviera a la imagen normal.

¡Oh, Diosa!

—¡Mierda! —susurró Amalia.

—Por los dientes de Gharah... —Lhor exhaló.

—Praghan no lo permitirá.

Aunque Zhul lo redactó como una afirmación, sus ojos buscaron la confirmación de Lhor.

Lhor resopló.

—¿Para recuperar a su compañera y a su hijo? Khel ayudará a Lee a quemar este mundo.

—Aunque Khel lo intentara, no es como si pudiera detener a los Tuureanos —dijo Amalia, acariciando el pelo de Vahl. Él se había animado al ver al Almirante en pantalla—. Pero por espeluznante que parezca, Lee es un buen tipo. No hará daño a inocentes.

El Almirante no me parecía espeluznante, pero me intimidaba. Peor aún, saber que nunca podría leerle, ni por su expresión facial ni por el tacto, me asustaba. Era como volver a estar completamente ciega.

Nikha volvió a la pantalla, pálida y con los ojos muy abiertos. En mis cinco, casi seis años en Xelix Prime, era la primera vez que veía a la reportera superestrella nerviosa e insegura. A pesar de su buena presencia, se oía un ligero temblor en su voz. Me confirmó que los Tuureanos habían conseguido apoderarse de la señal de todas las estaciones y plataformas de comunicación para transmitir su mensaje.

Apenas quince minutos después, Nikha interrumpió su cobertura informativa para dar una rueda de prensa de emergencia dirigida por el Primer Oficial Ghan Delphin y el Detective Behn Gravhin. La sala abarrotada me hizo creer que la conferencia se había convocado mucho antes de que los Tuureanos secuestraran las ondas.

Ya él sabía que lo harían.

Teniendo en cuenta los vínculos aparentemente estrechos entre el General y ellos, tendría sentido.

Los periodistas asaltaron a Ghan con un aluvión de preguntas sobre la amenaza Tuureana, cómo respondería la Primera División a cualquier ataque y cómo deberían reaccionar los civiles si se enfrentaban a uno de los alienígenas.

—Aunque debería estar descansando para recuperarse de las graves heridas sufridas —dijo Ghan—, el General Praghan está actualmente en conversaciones con los Tuureanos. Está negociando una forma pacífica para que nuestras fuerzas conjuntas lleven a cabo la búsqueda mientras mantienen a la población Xelixiana a salvo de represalias inmerecidas.

—La compañera del General, su hijo y Gem son las víctimas aquí —argumentó una reportera —. ¿Será lo suficientemente objetivo en estas negociaciones como para velar por los intereses del público en general y no solo por los de su familia?

—Si no lo fuera, no se molestaría en negociar, sino que se limitaría a cruzarse de brazos mientras los Tuureanos pisotean esta misión de rescate —dijo Ghan—. Todos deberíamos dar gracias a la Diosa de que el General Praghan se haya ganado la amistad y el respeto del Almirante Lee y de los Tuureanos en su conjunto. Solo él puede ayudar a garantizar una colaboración pacífica entre nuestros pueblos.

Un joven y desgarbado reportero del fondo se levantó de su silla.

—¿Cómo sabemos que seguirá los procedimientos Xelixianos cuando ni siquiera lleva velo en público, como marca la ley?

Un silencio sepulcral invadió la sala de prensa. Los demás periodistas esperaban tan quietos la reacción de Ghan que parecían congelados en el tiempo. A pesar de la impasibilidad de su

rostro, no necesitaba mi habilidad para saber que Ghan tenía ganas de romperle la cabeza al reportero novato. Tras darse cuenta de su metedura de pata, el joven tragó saliva.

—En primer lugar —dijo Ghan, con su voz peligrosamente calmada—, no es la ley, sino simplemente una cortesía que como Manchado les concede al resto de ustedes ahorrarse sus egoístas sensibilidades.

—¡Vamos Ghan! —susurró Amalia.

Lhor resopló. Zhul hizo una fuerte inspiración. Estaba demasiado atónito para emitir sonido alguno y en su lugar se quedó mirando, con la boca abierta.

—Segundo, si tanto te molesta —continuó Ghan—, ¿por qué no vienes a ponerme una?

Amalia echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada. Vahl observó a su madre como si fuera una criatura curiosa. Tanto Lhor como Zhul rieron entre dientes. Mi compañero sacudió la cabeza con incredulidad, con una innegable mirada de respeto en los ojos.

El periodista se marchitó donde estaba. Inclinó la cabeza y volvió a sentarse.

—Si no hay más preguntas —dijo Ghan—, el Detective Gravhin compartirá con ustedes los protocolos que deben observar si se encuentran interactuando con un Tuureano.

La conferencia se prolongó unos minutos más mientras el detective compartía pautas y recomendaciones para evitar incidentes. Después, Nikha volvió a la pantalla, repitiendo los hechos ocurridos hoy. La silenciamos pero dejamos la pantalla reproduciéndose en segundo plano por si nuevos acontecimientos llamaban nuestra atención.

Zhul y yo no sabíamos mucho sobre los Tuureanos, pero tanto el entusiasmo de Amalia como el de Lhor nos daban esperanzas. Creían firmemente que los Tuureanos nos encontrarían en cuestión de días o, en el peor de los casos, en un par de semanas si recorrían cada centímetro del planeta.

El mayor problema era que Lhor confirmó que estábamos en Xelhon, el único distrito que no había participado en nada relacionado con la Casa de Sangre. Las posibilidades de que Xelhon fuera explorado primero eran mínimas. Aun así, dos o tres semanas más de cautiverio eran una perspectiva mucho mejor que toda una vida de servidumbre.

Vahl pareció encogerse sobre sí mismo. Una mirada de profunda tristeza retorcía sus delicadas facciones. Este repentino cambio de humor entristeció claramente a Amalia, pero no pareció sorprenderla. Lhor se levantó de su asiento y levantó al niño. Vahl apoyó su cabecita contra el corazón de su padre, agarrando su túnica con la energía de la desesperación. Lhor se alejó hacia la zona de lectura, e hizo un gesto con la cabeza para que Zhul lo acompañara. Me alegró ver florecer la semilla de una posible amistad entre los dos machos. Zhul sentía un profundo respeto—y tal vez incluso afecto—por Lhor, en parte influido por su parecido con Rhal.

Amalia frunció el ceño ante la invitación de Lhor. Le costaba confiar en Zhul, especialmente tan cerca de su hijo. Teníamos que arreglar eso. Sin la aprobación de Amalia, nunca conseguiríamos que Khel dejara de considerar a Zhul un asesino. Los Praghan no eran gente que

quisieras como enemigos. Además, eran las únicas otras Veredianas aquí. Si fuera a hacer una vida con Zhul en Xelix Prime, me gustaría que nuestras familias estuvieran cerca.

Con Zhul lejos, me quité los guantes para dejar que mis manos respiraran. Amalia me miró con envidia. Sus guantes estaban permanentemente bloqueados, tanto para proteger a los guardias de sus garras como para limitar su capacidad de hackeo. De lo contrario, podría anular los sistemas de seguridad y sacarnos de aquí en un santiamén. A pesar de eso y de nuestras circunstancias actuales, Amalia era una persona extrañamente alegre y optimista. Sonreía y bromeaba con facilidad.

Y eso era contagioso.

Me relajaba estar a su lado como no lo había hecho en toda mi vida. Como cualquier Verediano, Amalia hablaba con las manos. Cada gesto tenía su razón de ser, ya fuera para enfatizar, describir o expresar emociones. Me invadió una sensación de bienestar. No era como volver a estar con mi madre, pero me sentía como en casa. Amalia tocaba mucho. También era un rasgo Verediano común. Mis circunstancias me habían enseñado a mantener las manos quietas. Sin embargo, a medida que nuestra conversación se animaba, me encontré emulándola inconscientemente.

Es curioso lo fácil que resulta que los instintos reprimidos salgan a la superficie a la primera oportunidad.

Aunque me moría de curiosidad por conocer su historia, hablamos sobre todo de la mía. Sabía que lo hacía por auténtico interés, pero también para recabar información que, con suerte, podría ayudarnos a salir de aquí. Ella ya conocía mis habilidades de control mental. Supuse que se lo habían dicho las hembras que habían rescatado de las otras Casas de Sangre. Para mi sorpresa, me encontré confiándole cómo y por qué había perdido los ojos. Parecía profundamente comprensiva e interesada en cualquier otra habilidad secundaria que nuestras Hermanas Veredianas hubieran mostrado.

—Tu habilidad es increíble —dijo Amalia, pensativa—. Cuando salgamos de aquí, tenemos que capturar vivo a uno de esos Guldanos. Podrías sacar de ellos las ubicaciones de los complejos de cría. ¿Te imaginas cuántas Hermanas liberaríamos?

Me cogió la mano y me dio un pequeño apretón. Sus ojos dorados brillaron antes de adoptar una mirada lejana. Fugazmente, deseé que su mano no estuviera cubierta por un guante. ¿Cómo debe ser una mente como la suya?

—Con la ayuda de los Tuureanos —dije—, parece que pronto será una realidad. Diosa, la forma en que curaron a tu compañero es más que milagrosa.

Los ojos de Amalia adoptaron una mirada atormentada.

—Sí —susurró, y luego miró más allá de mis hombros, sin ver—. Nunca he estado tan asustada en mi vida. No fue solo perder a mi Primer Compañero, sino también a Lhor. Y el cuerpo de Khel... Todavía no puedo creer que esté vivo.

Juntó las manos sobre el regazo. Un violento escalofrío la recorrió, como si reviviera

aquellos terribles momentos. Le puse una mano reconfortante en el antebrazo. Me dedicó una débil sonrisa.

—Nunca agradeceré lo suficiente a la Diosa que haya traído a los Tuureanos a nuestras vidas —dijo.

"Y por mi capacidad de previsión que le hizo retroceder lo suficiente como para sobrevivir a la explosión inicial. Por la presencia de ánimo de Ghan para llevar a Khel a la hacienda en vez de a la clínica. Y sobre todo por mi maravillosa Nana y la encantadora Korina, sin cuyas habilidades Khel habría muerto, a pesar de las brillantes habilidades médicas de Minh".

La avalancha de pensamientos de Amalia me sorprendió. Primero, porque no había querido leerla... al menos, no intencionadamente. En segundo lugar, los fríos fragmentos de decepción y traición me apuñalaron. Le había confiado abiertamente todos mis secretos. Ella se había guardado los suyos. Peor aún, me había engañado deliberadamente.

Cualquiera que fuera la expresión de mi rostro, ella se dio cuenta de que algo andaba mal.

¿Qué le pasa? ¿Por qué está...?

La mirada de Amalia se posó en mi mano, que seguía apoyada en su muñeca.

¡Me está leyendo!

Aparté la mano de su piel como si me quemara. Sus ojos volvieron a posarse en los míos. Todo el calor los abandonó. Las motas verdes en el mar de oro brillaron mientras sus iris se oscurecían.

Pasé al ataque.

—Me has mentido —siseé.

—No te he mentido —la voz de Amalia podía atravesar las piedras.

—Te he desnudado el alma, te lo he contado todo —mi voz era áspera, casi gruñona. Mi período me hizo más agresiva—. No solo guardaste secretos, sino que respondiste deliberadamente de un modo que me permitió seguir creyendo en mentiras.

—Sí que desnudaste tu alma —concedió Amalia con un rígido movimiento de cabeza—. Y aunque te lo agradezco, eso no te da derecho a reciprocidad. Mis secretos son míos para darlos cuando me parezca oportuno, no tuyos para tomarlos a tu conveniencia. A ti más que a nadie debería repugnarte la mera idea de violar a los demás.

Me ardían las mejillas. Sus palabras se parecían demasiado a las de Zhul.

—No era mi intención leerte. Fue un accidente —respondí, negándome a callar—. Estuvo mal por mi parte, pero me *engañaste* a propósito. ¿Por qué me ocultarías la presencia de otras Veredianas?

—Porque no son secretos míos —espetó—. Si mi Nana quisiera que se conociera su presencia, ¿crees que permanecería confinada en la hacienda? El secreto es lo único que garantiza que las que hemos sido liberadas sigamos siéndolo. Puede que seas Verediana, pero no sé a qué clase de lavado de cerebro has estado expuesta.

Retrocedí.

—¿Crees que te traicionaría? ¡Ninguna Verediana traicionaría jamás a otra Hermana!

—Te equivocas —una mirada extraña brilló en sus ojos—. Los Tuureanos se han encontrado con unas cuantas asesinas Veredianas durante algunas de sus misiones de rescate más recientes. Todas tenían marcas de guerreras como yo, pero sus mentes tenían un único objetivo: matar Tuureanos.

Se me revolvió el estómago. Me abracé el torso, enfadada, avergonzada y confusa.

Miré las marcas Veredianas de sus brazos y piernas. El patrón la identificaba como Guerrera. En Veredia, aunque no la habrían obligado a seguir una carrera militar, su aptitud natural para el combate probablemente la habría llevado a ese campo. Mis propias marcas me identificaban como Criadora. Las de Vahleryon, sin embargo, no coincidían con ningún patrón Verediano conocido. Solo la Diosa sabía lo que era. Que los Guldanos hubieran empezado a convertir a nuestra raza guerrera en comandos asesinos era preocupante.

La fuerte impresión de que alguien me observaba me hizo darme la vuelta. Sentado en una mesa frente a Lhor, los ojos de Zhul pesaban sobre mí. El leve ceño fruncido de su *crihnin* me decía que podía sentir—¿o era ver y oír?—la tensión entre Amalia y yo. Se me retorció aún más el estómago y tragué saliva. Las cosas acababan de empezar a mejorar entre nosotros. No podía arriesgarme a estropearlo ahora.

Lancé una mirada nerviosa a Lhor. Sus ojos azul eléctrico me evaluaron en silencio. Esbocé una sonrisa temblorosa a nuestros compañeros antes de volver la vista hacia Amalia. La preocupación me corroía. Aunque no me parecía una hembra rencorosa, podía ponerme las cosas difíciles y lo sabía.

—Tú le hiciste lo mismo, ¿verdad? —la voz y la expresión de Amalia volvieron a suavizarse —. Y ahora, él lucha por confiar en ti.

La inesperada amabilidad me hizo arder los ojos. Era la misma voz que usaba mi madre para explicarme que no estaba enfadada conmigo por lo que le había hecho a aquel Korletheano. Aunque las acciones tienen consecuencias, ella creía que me habían castigado con demasiada dureza por mi curiosidad.

Asentí, incapaz de hablar por la opresión que me ahogaba.

—Tanto la amistad como el amor requieren que estés dispuesta a dar un salto de fe —dijo Amalia—. Nunca se puede estar segura de lo que el otro piensa y quiere. Entramos a ciegas y confiamos en nuestros otros sentidos y en nuestra razón para evaluar si esa persona es quien dice ser, si es adecuada para nosotras.

—Pero tú nunca puedes estar segura. Yo sí puedo estarlo. ¿Por qué no iba a hacerlo? ¿No querrías la certeza por encima de la duda?

—Dime, Valena, ¿crees que Lhor me ama?

Cualquiera con ojos podía ver que la adoraba.

Asentí con la cabeza.

—¿Crees que Khel me ama?

De nuevo, eso nunca podría cuestionarse.

—Entiendo tu punto de vista. Pero no todo el mundo encuentra parejas como las tuyas.

—¿Y cómo es eso una excusa? —ladeó la cabeza. Aunque la pregunta era dura, su tono no lo era—. Jhola y Sivh, nuestra ama de llaves y nuestro jardinero, también se adoran. No pueden leer la mente. Mi Nana y el doctor Minh se adoran. Tampoco pueden leer la mente. Nuestra voluntad de comprometernos con alguien, a pesar de lo desconocido, es un testimonio de la profundidad de nuestros sentimientos.

Me cogió las manos entre las suyas y las giró para que mis palmas quedaran hacia arriba. Sus pulgares enguantados trazaron mi línea de la vida.

—Zhul no puede leer tu mente. Sin embargo, por tu propia admisión, ha puesto toda su vida en juego por ti. Si estuvieras en su lugar, ¿cómo te sentirías sabiendo que la persona que amas solo se comprometió porque sabía que te tenía justo donde quería?

Saqué mis manos de su agarre.

—No fue así.

—¿No fue así? —preguntó Amalia—. ¿Te habrías entregado a él tan pronto si no le hubieras leído la mente?

No.

—¿Le habrías pedido que se convirtiera en tu compañero después de dos semanas?

No.

—Sin tu habilidad para leer la mente, ¿le habrías dado tiempo para ganarse tu confianza en lugar de manipularlo inmediatamente?

No.

No necesitaba responder a ninguna de esas preguntas. Cada una me hacía doler aún más de vergüenza. Cuando envié a Pouki para atraer a Zhul hacia mí, fue puramente por mi propio propósito. Lo habría usado, y luego descartado, con suerte no le hubiera causado mucho daño. Enamorarme de él lo había cambiado todo. Pero, ¿me habría enamorado de él si no hubiera sido capaz de leer la belleza de su mente y la fuerza de sus sentimientos hacia mí?

Quería creer que la respuesta era sí. Pero nunca lo sabría.

Amalia sonrió suavemente y me dio unas palmaditas en el dorso de la mano.

—No estés tan triste. Yo también guardaba secretos a mis compañeros. A Khel no le hizo ninguna gracia enterarse de mi habilidad por las malas. Sobre todo porque acababa de darle la paliza de su vida por haberme ocultado secretos —se rio al ver mi expresión de asombro—. Y casi tuvo que meterme en el calabozo por alta traición cuando utilicé mi habilidad para gastarle una broma a Lhor.

—¡No puede ser!

—Claro que sí puede ser. Fui un desastre andante —sonrió con cariño, recordando—. Les di a mis compañeros, especialmente a Khel, un millón de razones para abandonarme. Sin embargo, se mantuvieron firmes.

Amalia miró a nuestros compañeros que ayudaban a Vahl con un rompecabezas. La expresión de asombro en el rostro de Zhul me llegó al corazón. Nos merecíamos un hijo propio.

—Nuestros dones son a la vez una bendición y una maldición —dijo Amalia, mirándose las manos enguantadas—. Khel me dio una oportunidad, sabiendo que tenía la capacidad de hackear los sistemas más seguros del ejército —me miró y sus ojos se cruzaron con los míos—. Tu habilidad forma parte de lo que eres. Tu verdadera compañero y tus verdaderos amigos aceptarán todo lo que eres, incluso esto. Demuestra que puedes ser de confianza simplemente no abusando de tu habilidad.

Lo hacía parecer tan fácil. ¿Podría ser realmente tan fácil? ¿Cómo resistió la tentación de usarlo? Miré a Zhul, que había ido a buscar algo de beber. La túnica corta no ocultaba sus piernas tonificadas. Pensar en cómo se rozaban con las mías me provocó una oleada de lujuria. El dobladillo de la túnica apenas le llegaba a medio muslo. Se me erizó la piel al saber que no llevaba ropa interior debajo. Quería sentir mis manos recorriéndole por todas partes. Me mordí el labio inferior y me imaginé mordisqueando sus pezones erectos. Aquellos sensuales silbidos de placer-dolor que emitía cuando lo mordía, pellizcaba o arañaba me volvían loca.

La risa de Amalia me sacó de mi aturdimiento lujurioso.

—Alguien está en su período.

Su sonrisa era medio burlona, medio comprensiva. No me hizo sentir menos avergonzada.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté.

—Estabas ronroneando y mirando a Zhul como si quisieras darte un festín con cada centímetro de él —señaló mi brazo con la barbilla—. Además, tus marcas están a un par de tonos de entrar en el modo “estoy a punto de destrozarlo”.

Me quedé boquiabierta ante su grosería. Sentí que las mejillas me ardían como si estuvieran a punto de arder.

Ella soltó una risita ante mi consternación y me hizo una seña con la mano.

—Zhul —gritó.

—¿Sí? —respondió él, viniendo hacia nosotras.

Me sentí mortificada.

—Relájate —me susurró en tono de conspiración—. Acabo de terminar mi período la semana pasada. El pobre Lhor aún está en carne viva por mis asaltos.

Casi me trago la lengua.

Se encaró a Zhul con una sonrisa maliciosa.

—Tu compañera está a punto de saltarte encima. Como mi hijo aún es menor de edad, prefiero evitarle el espectáculo, ya me entiendes.

Enterré la cara entre las manos.

Dispárame ahora.



CAPÍTULO 22

ZHUL

La mañana me encontró con el cálido cuerpo desnudo de Valena envuelto en el mío. Se movió con un suave suspiro. Su pelo castaño rojizo me hacía cosquillas en la piel con su suave caricia. Mi brazo la rodeó posesivamente. Encajaba tan perfectamente contra mí que no podía imaginar un futuro que no nos incluyera a los dos.

Perder a nuestro hijo había sido un duro golpe. Vi en sus ojos el miedo a que la culpara por ello.

Qué tontería. Nunca lo haría.

Todo lo que hizo fue fortalecer mi deseo de darle uno... no, no uno, sino muchos hijos. Ver al pequeño Vahleryon hizo que se me estrujara el corazón. La forma en que miraba a Lhor y lo llamaba Papá despertó un hambre rabiosa en lo profundo de mí que no sabía que estaba latente. Siempre había deseado tener descendencia, pero no me había dado cuenta de cuánto.

Pero, sobre todo, los quería con la hembra entre mis brazos.

En las seis semanas transcurridas desde nuestro cautiverio, había vuelto a conocer a Valena. Ya no era tan perfecta como cuando podía leer mi mente y, por lo tanto, reaccionar exactamente como yo quería. Aunque en aquel momento me deleitaba con ello, todos mis instintos me decían que había sido antinatural.

Pero no por eso la quería menos.

En realidad, aunque a veces echaba de menos nuestras interacciones casi simbióticas, me gustaba más la Valena real. Sus pequeños defectos y debilidades la hacían única y aún más atractiva. Las hembras enérgicas me excitan. La vida de esclavitud de Valena había enterrado ese aspecto de ella, pero acechaba bajo la superficie. De vez en cuando, su lado dominante se despertaba y me encantaba. Pero saber que ocurría por su propia voluntad y no por mis deseos lo hacía aún más sexy.

Volvió a moverse y su mano se posó sobre mi corazón.

Su mano enguantada...

Me invadieron la tristeza y la culpa. Sus mentiras seguían doliendo, pero como ella había dicho, ya estaba hecho y tenía que superarlo. La cuestión era cómo seguir adelante. No podía

condenarla a llevar guantes el resto de nuestras vidas. Eran otra forma de prisión. Pero, ¿cómo podía confiar en que respetaría mi intimidad? Ella misma admitió que había leído a Amalia por accidente hacía un par de noches. Su confesión me sorprendió y me conmovió. Había sospechado que había cierta tensión entre ellas, pero parecía que lo habían solucionado rápidamente. Sabía que ella también se esforzaba por arreglar las cosas entre nosotros, y eso significaba más para mí de lo que ella creía.

Valena giró la cabeza y me besó el pecho.

Mi mano recorrió suavemente su espalda.

—Buenos días, cariño.

No respondió, pero procedió a acribillarme el pecho a besos. La risa retumbó en mi interior, pero murió en un jadeo ahogado cuando sus dientes se aferraron a mi pezón. El miedo me provocó espasmos en los músculos abdominales. En cualquier momento me mordería el pezón rígido o lo chuparía con tanta fuerza que me quemaría. La anticipación de la inminente punzada hizo que la sangre me inundara la ingle.

Y me mordió.

Siseé de placer y mi polla respondió con una sacudida. Calmó el suave abuso de mi pezón con la lengua mientras su mano se deslizaba entre mis piernas. Las separé ligeramente, entregándome a ella.

Malditos guantes...

A pesar de la suavidad del cuero, quería que me acariciara con sus palmas desnudas.

—Quítatelos —susurré.

Se quedó inmóvil y levantó la cabeza para mirarme. Sus ojos se cruzaron con los míos, preocupados.

—Pero... me arriesgo.... a…

Le cogí la cara y le puse el pulgar en los labios.

—Shhhh... Está bien. Si pasa, pasará. Necesito tus manos sobre mí.

La mirada de pura adoración y gratitud que me dirigió me dejó sin aliento. Entonces supe que, fueran cuales fueran nuestros problemas, los resolveríamos.

—Dame tus manos.

Ella obedeció, apretando los labios para controlar su temblor. Retiré el primero y le besé la palma de la mano. Valena emitió un sonido entre risa y sollozo. Sus ojos se empañaron cuando apoyé su mano contra mi corazón. Repetí lo mismo con su otra mano antes de apoyarla en mi mejilla. Nos miramos en silencio.

—Siento haberte dado la espalda a ti y a nuestros votos a la primera señal de problemas.

Respiró entrecortadamente. Cubrí su mano con la mía y sus dedos se apretaron contra mi corazón.

—Tenías razón, al diablo con lo que pasó. Nos comprometimos el uno con el otro. Tú eres mi compañera y yo soy el tuyo. Por mucho tiempo que pase, resolveremos nuestros problemas

juntos. Nunca habrá otra para mí que no seas tú.

Valena sonrió a través de las lágrimas que resbalaban por sus mejillas. Bajó la cara y me besó. Nuestras lenguas se mezclaron. Tentativa al principio, sus manos empezaron a recorrer mi piel.

Diosa, ¡cómo lo había echado de menos!

Hacía demasiado tiempo que no sentía sus manos sobre mi carne desnuda. Cada caricia dejaba tras de sí un rastro ardiente. Con sólo un par de días para el final de su período, sus niveles de agresividad habían disminuido. Pero eso no la hacía menos insaciable e impaciente.

Me frotó la polla con la palma de la mano.

—Sí —susurré contra sus labios.

El calor sedoso de su mano envolvió mi polla. Me apretó con fuerza mientras me acariciaba. Gemí y levanté la pelvis en contrapunto con sus movimientos. Le sujeté la nuca mientras sus labios se dirigían a mi cuello. Me lamió, besó y mordió el pulso. Deseé que mordiera más fuerte.

Pero no lo hizo.

—Más fuerte —exhalé.

Y lo hizo.

Gemí aún más fuerte y pasé los dedos por sus marcas negras como el carbón. Se estremeció con un gruñido de placer. Me apretó aún más el hombro con los dientes y me rastrilló el pecho con las uñas.

Grité.

—¡Ah, joder!

Ardía. Me dolía. Y, por la Diosa, qué bien me sentí. El líquido preseminal brotó de mi raja. Me costó todo lo que pude contenerme para no derramarlo. Intenté ponerla boca arriba para darle placer, pero se resistió. Con un silbido amenazador, me golpeó los hombros contra el colchón con ambas manos. Se sentó a horcajadas sobre mí, con nuestros sexos alineados, y se frotó contra mí. La mirada de advertencia de sus ojos me retó a desafiar su dominio.

Como si quisiera hacerlo.

Le agarré los pechos, apretándolos y acariciándolos. Echó la cabeza hacia atrás con un ronroneo estruendoso. Sus manos cubrieron las mías, apretándolas con más fuerza contra su pecho. Después de frotarse un par de veces más sobre mí, cubriéndome con sus jugos, me agarró la polla y me introdujo en su interior.

Se sentía muy bien.

Sin detenerse, empezó a cabalgarme con furia desesperada. No aguantaría. Sus pechos rebotando me hacían agua la boca. Intenté incorporarme para meterme un pezón en la boca, pero la palma de su mano me obligó a bajar. Deslicé una mano entre los dos y masajeé su pezón hinchado con el pulgar. Ella gritó y sus dedos se clavaron en mis hombros.

Valena aceleró el ritmo y yo la seguí a mitad de camino, embestida tras embestida. El fuerte sonido de nuestras respiraciones se mezclaba con el de la carne al chocar.

El clímax nos alcanzó al mismo tiempo. Ella se desplomó sobre mí, temblorosa. Nos besamos mientras sus paredes palpitaban a mi alrededor. Deslicé los labios hasta su cuello y bebí de ella. La oxitocina de su sangre me provocó otra descarga de lujuria. Mi polla, cada vez más blanda, volvió a endurecerse. Le inyecté mi Thylin y nos di la vuelta para que se tumbara debajo de mí. Se estremeció cuando mi veneno la atravesó.

Cegado por la lujuria, volví a penetrarla con fuerza y rapidez.

—¡Sí, sí! —gritó, clavándome las manos en la espalda.

Los dos nos liberamos de nuevo. Con la piel empapada de sudor, nos abrazamos intentando recuperar el aliento.

Por incómodo que fuera, tenía que hablar con Lhor. La reacción de Valena a mi Thylin me preocupaba. También el efecto de su oxitocina en mí. Por ahora, sin embargo, podía esperar. Cerré los ojos y me deleité en la cercanía de mi compañera.

~

Mis preocupaciones resultaron ser infundadas. Eso no hizo que la conversación fuera menos incómoda.

—Basándome en la reacción de Amalia y Maheva ante el Thylin, la respuesta de tu compañera es normal —dijo Lhor, sonriendo ante mi vergüenza—. Las Verediana tardan unas semanas en adaptarse antes de que el subidón sea menos abrumador.

—¿Pero qué pasa con su oxitocina? —le pregunté—. Antes era increíble, pero ahora me pone....

—¿Excitado?

Lhor se rio mientras me ardían las mejillas. El desalmado parecía disfrutar maliciosamente de mi incomodidad.

—Cuando Amalia estaba en su período, beber de ella también nos ponía a Khel y a mí voraces. Sospechábamos que el cambio hormonal podía ser la razón. Hasta ti, no podíamos confirmarlo desde que Maheva ya no tiene su período.

Le miré horrorizado.

—¿Has interrogado a la gran madre de Amalia sobre su vida sexual?

—¿De qué otra forma podríamos comparar las reacciones biológicas entre una Verediana y un Xelixiano?

Negué con la cabeza.

—Diosa...

Los hombros de Lhor rebotaron con una risa reprimida.

—Por si sirve de algo, a Amalia no le hizo ninguna gracia cuando le encargamos esa misión.

Su expresión se volvió sobria y me miró con seriedad.

—Me alegra ver que las cosas van mejor entre ustedes —dijo Lhor—. Amalia se siente

miserable con sus guantes. Me entristecía ver a Valena apresurarse a ponerse los suyos cada vez que entrabas en escena.

Bajé los ojos, con las orejas ardiendo de vergüenza. En lugar de protegerla y hacer todo lo posible por facilitarle la vida, como era mi deber de compañero, la privé de uno de sus sentidos. ¿Y para qué? ¿Para proteger mi egoísta sensibilidad?

¿Y qué hay de mi intimidad?

—¿Cómo manejaste su habilidad? —pregunté, lanzando una rápida mirada a Amalia. Ella estaba preparando nuestras comidas desde el replicador mientras Valena cortaba ryspak fresco para todos nosotros—. Su habilidad de hackeo podría haber causado mucho daño.

Lhor asintió lentamente mientras hacía rebotar a Vahl sobre sus rodillas.

—Era una preocupación seria. Khel sospechaba que Amalia nos ocultaba cosas, así que se enfrentó a ella. Fue entonces cuando ella confesó lo de la fuga y reveló su habilidad —acarició suavemente el pelo de su hijo antes de continuar—. No habíamos visto venir esa parte, pero ella era nuestra compañera, rarezas inusuales incluidas. Así que, aunque la aceptamos tal como era, eso no nos impidió tomar algunas medidas de seguridad hasta saber si podíamos confiar en ella o no.

Me recosté en la silla y me pasé una mano nerviosa por el pelo.

—¿Pero cómo sabes que una vez que ha conseguido que bajes la guardia no aprovechará la oportunidad para arrebatarte todo lo mejor de ti?

Me miró fijamente un momento.

—No lo sabes. Es un riesgo que debes estar dispuesto a correr cuando encuentras a la elegida. Tanto en el amor como en la amistad, hay que dar saltos de fe —una sonrisa comprensiva se dibujó en sus labios—. No dejes que tu madre empañe tus relaciones con las hembras. La mayoría de las hembras no son como ella. Y, sobre todo, Valena no es ella.

Aquello me afectó mucho. Empuñé el dobladillo de mi túnica.

—Mi cabeza lo sabe, pero....

—Es normal tener miedo. No podía creer que Amalia me quisiera con lo avanzada que estaba mi Mancha. La amaba con todo mi corazón, pero temía que solo me aceptara por lástima.

Mis ojos se abrieron de par en par. El amor entre Lhor y Amalia era evidente. Era difícil imaginar que alguna vez hubiera podido dudar de ella.

—Hay otra cosa que debes tener en cuenta —dijo Lhor, apoyando la cabeza de Vahl en su pecho—. Valena ha llevado guantes la mayor parte de su vida. Amalia nunca lo había estado hasta ahora. Ha tenido toda una vida para aprender a controlar su habilidad y los límites morales ligados a ella. Valena por fin puede explorar su habilidad libremente. Es como una cavernícola que sale a la superficie por primera vez. Quiere atiborrarse de luz, viento y naturaleza, aun a riesgo de morir expuesta. Tú debes ser su luz de guía y su refugio contra los elementos.

Nunca lo había pensado así. Mirando el hermoso rostro de mi compañera, me di cuenta de que debería haber sido obvio para mí.

—Gracias, Lhor.

—Cuando quieras.

Me levanté de la silla y ayudé a nuestras compañeras con los platos. Valena me miró con curiosidad cuando le cogí la mano desnuda mientras volvíamos a nuestras sillas.

Nos sentamos y nos zampamos la comida. Al principio mantuvimos una conversación ligera, hasta que sorprendí a Amalia y a Lhor intercambiando una mirada extraña. Él le hizo un movimiento con la cabeza, dando su consentimiento a cualquier comunicación silenciosa que pasara entre ellos.

Amalia se aclaró la garganta.

—Sé que ambos han buscado formas de salir de aquí y se han quedado con las manos vacías.

Valena y yo intercambiamos una mirada, pero escuchamos en silencio, preguntándonos adónde se dirigía todo esto.

—Lhor y yo hemos hecho lo mismo. Ambos estamos de acuerdo en que nuestras posibilidades de salir por nuestra cuenta son esencialmente nulas.

¿Pero...?

—Pero podríamos enviar una señal.

Eso llamó mi atención.

De nuestras conversaciones previas, todos acordamos que el laboratorio estaba muy bajo tierra. Temíamos que estuviera demasiado profundo para que los escáneres—incluso tan avanzados como los de los Tuureanos—detectaran nuestra presencia.

—Como Valena, tengo una habilidad secundaria que no requiere tacto.

Me sorprendió y a la vez no me sorprendió. ¿Me estaba volviendo insensible a todos los giros y vueltas?

—Puedo prever lo que ocurrirá en los próximos cinco a veinte minutos con una persona a la que haya visto al menos una vez, siempre que esté a mi alcance.

Me quedé sin aliento. Aquello abría una plétora de posibilidades.

—¿Puedes influir en ese futuro? —pregunté.

—Sí.

Me pasé una mano nerviosa por el pelo. La pizca de esperanza que florecía en mi interior se humedeció cuando mis ojos se posaron en sus manos enguantadas. Su mirada siguió la mía.

—Los guantes no afectan —me aseguró—. Solo lo sabe nuestro restringido círculo de amigos.

Restringido círculo de amigos... Era una tontería, pero aquellas palabras removieron algo muy dentro de mí. Entre mis problemas familiares y mi naturaleza introvertida, mi círculo de amigos podía considerarse inexistente.

Mis ojos se desviaron hacia las cámaras.

—No te preocupes —dijo Amalia con una sonrisa de suficiencia—, no vigilan lo que decimos. Es una de las primeras cosas de las que me aseguré.

Lhor hinchó el pecho. No podía negarle ese poco de orgullo. Amalia era una hembra impresionante.

—¿Y cómo lo harás? —preguntó Valena.

—No, Hermana. ¿Cómo lo *haremos*? —dijo Amalia, señalando con un dedo a ella misma y a Valena.

—¿Yo? —dijo Valena, poniéndose la palma de la mano en el pecho.

Amalia asintió con una sonrisa diabólica. Nos explicó su plan. Era arriesgado y dejaba poco margen de error, pero podía funcionar. El problema era encontrar el momento adecuado para ejecutarlo.

Terminamos de cenar y me levanté para limpiar la mesa. Cuando me incliné para recoger el plato de Lhor, la cabeza de Vahl se giró hacia mí.

—Sul —dijo, acercándose a mí con una mano pequeña, la otra agarrando la túnica de su padre.

Me quedé inmóvil. Miré con recelo a Amalia. Ella miraba a su hijo con el ceño ligeramente fruncido. Se volvió hacia mí y nuestros ojos se cruzaron un instante. Se mordisqueó el labio inferior antes de asentir con la cabeza.

Las palabras de Lhor resonaron en mi mente.

—En el amor, como en la amistad, hay que dar saltos de fe.

Sabía cuánto le había costado a ella. La expresión de gratitud en el rostro de Valena mientras miraba fijamente a Amalia me dijo que ella también lo sabía.

—Gracias —dije, inclinando la cabeza.

Me incliné hacia el chico para levantarlo, pero me puso la mano en el corazón. Tanto el dolor más insoportable como el placer más exquisito estallaron en mi pecho. Grité y caí de rodillas. Vagamente, oí a Lhor hacerse eco de mi grito de dolor, seguido de los gritos de pánico de nuestras compañeras.

Se me nubló la vista y respiré entrecortadamente. Parpadeé y sentí que el corazón se me derretía como lava fundida. Lhor se agarraba el pecho como si le doliera, mientras Amalia le arrancaba a Vahl de los brazos. Valena corrió a mi lado.

—Zhul, ¿estás bien?

Sus manos se posaron en mi pecho para apartarse segundos después. Me miró horrorizada antes de mirar al chico acusadoramente.

—¿Qué has hecho? —preguntó a Vahl—. ¿Qué le has metido dentro?

Amalia rodeó a su hijo con los brazos.

—¿Qué quieres decir?

—Le hizo algo a Zhul. Puedo sentir algo dentro de él.

Todos miramos fijamente a Vahl, que me miraba atentamente, con el ceño fruncido en su pequeña frente.

—¿Vahl? —preguntó Amalia a su hijo en voz baja.

Él miró a su madre y luego me señaló la cara con un dedo.

—Sul —dijo. Bajó el dedo hasta mi pecho y repitió—: Sul.

—Sí, cariño, es Zhul. Pero, ¿qué has hecho? ¿Por qué le has hecho daño?

Su carita se contrajo en lo que solo pude interpretar como frustración. Me miró a mí y luego a su padre. Señalando con un dedo la cara de Lhor, dijo,

—Papá —luego, como había hecho conmigo, bajó el dedo al pecho de Lhor y dijo—: Papá —Volviéndose de nuevo hacia mí, repitió el gesto señalando mi cara y luego mi pecho, diciendo ambas veces “Sul”.

—¡Oh Diosa! —susurró Lhor—. Valena, cuando lo tocaste, ¿sentiste como si fuera otra alma?

¿Qué?

—Yo... err... Sí. Supongo que se podría llamar así. Algo sensible.

—Mira, puedo estar completamente equivocado —dijo Lhor—, pero ¿sabes que siempre decías que cuando estás cerca de mí casi puedes sentir a Rhal?

Esto no puede ir hacia donde yo creo que va...

Asentí lentamente, con los pensamientos coherentes dificultados por el placer-dolor que me torturaba.

—Yo también podía sentir algo dentro de ti. Cuando Khel estuvo a punto de morir, su alma vino a mí.

Lhor procedió a contarnos lo que había sucedido el día del asalto y cuando Khel despertó del coma inducido. Sonaba demasiado fantástico para ser verdad. Sin embargo, sabía que Lhor no bromearía con algo así. ¿Pero insinuar que podía haber llevado el alma de Rhal dentro de mí durante los últimos dieciséis años? Era demasiado descabellado.

Pero, ¿y si fuera cierto?

—Los Geminados Korletheanos siempre sobreviven a la muerte de su otra mitad —dijo Valena—. Dicen que el alma del difunto regresa al superviviente y se fusiona con él —sus ojos bajaron hasta mi pecho—. He sentido algo raro en ti. Creo que Lhor podría tener razón. Llevabas tu Gem enterrada muy dentro de ti. Lo que sea que hizo Vahl lo trajo a la superficie.

No quería creerlo, pero si había la más remota posibilidad...

—Asumiendo que sea verdad, ¿cómo lo arreglo? ¿Cómo me fusiono con él?

—Necesitas un puente —dijo Valena antes de mirarse las manos—. No tienes la capacidad psíquica para hacerlo por ti mismo. Pero creo que puedo hacerlo por ti.

—¡Hazlo!

El placer-dolor en mi interior estaba retrocediendo. Mi instinto me decía que eso significaba que Rhal me estaba penetrando de nuevo. La vacilación en la cara de Valena me puso de los nervios.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

Se lamió los labios.

—Te cambiará.

—¿Cómo?

—Los Korletheanos que se fusionan con su otra mitad adoptan parte de los rasgos de personalidad de su Gem. Ya no serás simplemente Zhul. Serás una mezcla de Zhul y Rhal.

La sonrisa en mi rostro le dijo todo lo que necesitaba saber sobre cómo me sentía al respecto.

—Eso no cambiará lo que siento por ti, Valena —dije, acariciando su mejilla—. Eres mi compañera, ahora y siempre.

Pero, ¿cambiará eso lo que ella siente por mí?

Lhor me ayudó a ponerme en pie. Cuando nuestras manos se encontraron, ambos volvimos a sentirlo, la conexión que quería formarse entre nosotros.

—Diosa, realmente puedo sentirlo dentro de ti. Es como si pidiera ayuda a gritos.

Mi pulso se aceleró mientras entrábamos en nuestra celda. Amalia y Lhor se quedaron fuera para darnos algo de intimidad. Me quité la túnica y me tumbé desnudo en la cama. Arrodillada a mi lado, las manos de Valena buscaron mi pecho pero, tras una leve vacilación, se dirigieron a mi cara. El miedo en sus ojos me oprimió el corazón.

—Mis sentimientos no cambiarán. Soy tuyo, Valena.

Ella asintió, con los ojos brillantes por las lágrimas que allí se formaban. Me besó, largo y fuerte, como para despedirse, y luego me puso las manos en el pecho. El insoportable placer-dolor surgió de nuevo. Unas manos fantasmales me desgarraron el pecho y me destrozaron el corazón.

Luego, la paz...

El dolor se desvaneció tan repentinamente como había comenzado. Motas de luz brillaron y bailaron ante mí. Palpitaban y se agitaban al multiplicarse y unirse en una forma cohesiva.

—Rhal —susurré, con la voz entrecortada por los gritos de dolor.

La forma etérea de mi gemelo se cernía sobre mí y su rostro sonreía. No sé por qué esperaba que tuviera el aspecto del niño que era cuando la muerte lo reclamó.

Podía sentir su amor fluir a través de mí. Diosa... había olvidado lo increíble que se sentía. Las lágrimas cayeron de mis ojos.

—Te he echado de menos —le dije.

—*Siempre he estado contigo. Esperando.*

Miró a Valena y sonrió antes de volver a mirarme.

—*Has elegido bien.*

—La amo —dije.

—*Yo también. Déjame entrar.*

Asentí. Su forma se disipó en un millón de luces centelleantes que descendieron sobre mí como una manta. Se filtraron en mí a través de mi piel, enviando cada una sacudidas de pura alegría mientras llenaban el vacío de mi alma. Cerré los ojos y acepté el fenómeno.

Cuando los abrí, Valena dormía acurrucada contra mí. Le aparté el pelo de la cara. Sus ojos

aletearon y luego se abrieron de golpe. Todo su cuerpo se tensó mientras me observaba con recelo.

—Me equivoqué —susurré—. Mis sentimientos han cambiado.

El miedo parpadeó en sus ojos.

—Pero en el buen sentido.

Contuvo el aliento.

—Ahora te amo el doble —dije antes de besar sus labios.



CAPÍTULO 23

LHOR

Me recosté en la silla junto al sofá donde Amalia y Valena intercambiaban historias de sus respectivas juventudes. Mi compañera y yo nos preguntábamos por la casi ausencia de guardias. Valena nos explicó que era lo habitual. En los complejos, ver a los guardias solía significar malas noticias. A las hembras se las dejaba prácticamente a su aire y libres para hacer lo que quisieran.

A pesar de sus circunstancias, las Veredianas querían dar a sus hijas una vida lo más normal posible. Las niñas asistían a clases impartidas por las hembras mayores, desde clases obligatorias de lengua Verediana y universal hasta matemáticas, historia Verediana y galáctica, y todo lo demás. Las únicas restricciones que les imponían sus captores eran las lecciones relacionadas con el combate—ya fuera ofensivo o defensivo—y el armamento de cualquier tipo. Sin embargo, a diferencia de nosotros, no tenían replicadores para la comida. Sería demasiado costoso e ineficaz para tanta gente. En su lugar, preparaban sus propias comidas con los ingredientes que les traían los guardias.

Mis ojos se desviaron hacia Zhul, sentado en el suelo, jugando a los bloques de construcción con Vahl. Dos días después del "reencuentro" de Zhul con su Gem, todos pudimos ver un cambio en él. Y sin embargo, era el mismo. Las diferencias, aunque sutiles, eran notables. El macho silencioso y melancólico que solía ser ahora parecía llevar una sonrisa permanente y discreta en los labios. Suavizaba sus rasgos y lo hacía más accesible. Su forma de moverse, de andar, de hablar e incluso de comer desprendía paz interior. Me recordaba a cómo Khel se había suavizado después de que yo dejara de bloquear nuestros lazos, lo que también le había hecho menos propenso a la ira.

Como la mayoría de los Xelixianos, Zhul siempre limitaba su contacto físico con otras personas. Y aunque antes abrazaba a Valena con frecuencia, ahora la tocaba constantemente, como si quisiera asegurarse de su presencia. Ya fuera una suave caricia, juguetear con un mechón de su pelo o cogerla de la mano, parecía ansiar el contacto. Y no solo de tipo físico...

Zhul era conocido por ser introvertido y apreciar su tiempo a solas.

Ahora ya no.

No solo buscaba nuestra compañía, sino que incluso expresó su deseo de jugar al Bakhol contra Amalia después de que ella le revelara lo mucho que disfrutaba con el estratégico juego de mesa.

Gran error.

Por mucho que quisiera a mi compañera, no podía negar que era una pésima ganadora. Ella misma no tenía vergüenza de admitirlo. Ghan había jurado no jugar con ella después de que se regodeó una vez demasiado a menudo. Sin embargo, Zhul simplemente parecía divertido y jugaba con entusiasmo otra partida.

Sin embargo, la forma en que miraba a Valena me conmovió hasta la médula. No solo la amaba, la adoraba. Por una de sus conversaciones con Amalia, supe que Valena temía que Zhul confundiera gratitud con amor. No podía culparla. ¿Cómo no iba a ponerla en un pedestal por haber hecho que volviera a estar completo? Durante las tres semanas en las que mi vínculo con Khel se había roto, me había sentido caer lentamente en la locura. Zhul había soportado este dolor durante dos décadas. Así que sí, no había duda de que sentía una eterna deuda de gratitud hacia su compañera.

Pero él la había amado antes de eso.

Lo curioso era que ahora me recordaba a Khel más que nunca. La suavidad de sus ojos cuando miraba a Valena, la forma cuidadosa y suave en que la tocaba, eran un eco de las interacciones de mi Gem con nuestra compañera.

Hablando de Khel, no podía esperar a que se enterara de que nuestro hijo había reclamado a Zhul como su nuevo mejor amigo. Le encantaría. Odiaba admitirlo, pero me estaba poniendo un poco celoso de la competencia.

Por horrible que fuera nuestro actual encarcelamiento, agradecí a la Diosa que Zhara hubiera evitado ser capturada. A diferencia de Vahl, nuestra pequeña hija infernal no habría soportado estoicamente que la Enfermera Rosthan le extrajera muestras de sangre o la escaneara. Apenas permitía que Minh lo hiciera, excepto cuando Khel o Ghan le dirigían una mirada severa.

Rosthan... No podía creer que esa desgraciada siguiera viva. Cuando los Guldanos nos llevaron al laboratorio y directamente a Rosthan, creí que Amalia mataría a la enfermera en cuanto la viera. Con razón, además, después de que Rosthan y el Dr. Lurphin drogaran y casi mataran a Amalia. Al día siguiente del arresto de Lurphin, lo encontramos muerto en su celda y a la Enfermera Rosthan desaparecida de la suya. Todos supusimos que había sido secuestrada por V y enviada a servir a una de las Casas de Sangre o asesinada tras ser interrogada. Si creíamos las “confesiones” que hacía cada vez que nos llevaban a ella para tomar más muestras de sangre y veneno, también era esclava de Varrek. No sabía si creerle o no, y no me importaba. Ella había intentado matar a mi compañera una vez. Eso la convertía en mi enemiga.

Al menos Amalia y yo no teníamos que aparearnos dos veces al día y enviar muestras después, no es que eso hubiera sido una faena. V quería comparar nuestras muestras con las de Valena y Zhul para entender cómo Amalia había conseguido curarnos y dar a luz a un macho.

Ver a Rosthan tomar muestras de nuestro hijo fue lo más difícil. Pensamos en contraatacar. Las habilidades de combate de Zhul eran limitadas, pero tanto mi compañera como yo dominábamos el combate cuerpo a cuerpo. Sin embargo, la previsión de Amalia confirmó que cualquier intento acabaría mal para nosotros, así que nos conformamos, esperando nuestro momento.

Observé a mi hijo, con su carita seria concentrada en los bloques que Zhul le ayudaba pacientemente a construir una casa. Necesitaba protegerlo, pero me sentía impotente. Me preocupaba que V no quisiera simplemente comprender el ADN de Vahl. Al espiar el futuro de Rosthan, Amalia había descubierto que intentaban clonarlo.

Necesitaba que destruyeran esas muestras.

La cabeza de Vahl se levantó de repente. Con los ojos muy abiertos y la boca abierta, se quedó quieto como si hubiera oído algo sorprendente y esperara a ver si se repetía.

Fruncí el ceño.

Todo su pequeño cuerpo se sacudió y chilló de sorpresa. Lo que le había afectado debía de haber vuelto a ocurrir. Con la cabeza girando en todas direcciones, Vahl parecía buscar la fuente de lo que le había perturbado. Las hembras se callaron y los cuatro nos quedamos mirando al niño.

—¡Vahl! —gritó nuestro hijo antes de estallar en carcajadas.

Amalia y yo intercambiamos una mirada de desconcierto. Las emociones más extremas de nuestro hijo solo habían sido la desesperación o una sonrisa. Nunca le habíamos oído reír.

Hasta ahora...

Vahl volvió a chillar de sorpresa y se levantó, tambaleándose sobre sus pies. Su risa resonó en la habitación y no pudimos evitar reírnos también, a pesar de nuestra confusión.

—¡Mamá! —dijo, volviéndose para mirar a Amalia—. Mamá... ¡Vahl!

—Sí, Vahl. Soy tu mamá.

Vahl volvió a reír y corrió hacia ella dando tumbos. Amalia lo levantó, pero cuando intentó estrecharlo contra su pecho, él se zafó de su abrazo. Confundidos, lo vimos acurrucarse en su regazo y rodearle la cintura con los brazos.

—Vahl... —susurró, y luego apoyó la mejilla en el vientre de ella.

Un silencio de sorpresa se apoderó de la habitación.

¡Por la Sangre de Gharah! ¿Cómo no nos hemos dado cuenta antes?

Vahl empezó a tararear contra la barriga de Amalia. Aunque la cantaba a medias, reconocí la nana que Khel solía cantarme de niño y que nosotros a su vez cantábamos a nuestros hijos todas las noches.

—Oooh mierda —susurró Amalia, poniendo una mano cuidadosa en la espalda de nuestro hijo.

Levantándome de la silla, me arrodillé a los pies de Amalia y acaricié la cabeza de nuestro hijo. Levantó la carita y me dirigió una mirada de pura alegría que me llegó al corazón.

Puso su manita en el vientre de Amalia.

—Papá... Vahl.

—¿Por eso estabas tan triste, mi pequeño guerrero? —le pregunté—. ¿Echabas de menos a tu Gem?

Me sonrió, cerró los ojos y apretó la cara contra su madre.

—Felicidades —dijo Valena.

Aunque parecía sincera, aún podía oírse la sutil tristeza en su voz. Se me partió el corazón por su reciente pérdida. Estaba extasiado ante la perspectiva de un nuevo hijo, pero contuve mi emoción por respeto a su dolor. Zhul se levantó del suelo donde seguía sentado y se acercó a su compañera. Se sentó a su lado y la estrechó entre sus brazos. Ella se inclinó hacia él y él le besó la frente.

Amalia agarró la mano de Valena, con una mirada seria.

—Ya llegará tu turno. Mis dos embarazos fueron concebidos durante mi período. Si Vahl siente su Gem ahora, supongo que es porque el bebé ha recibido sus primeras ondas cerebrales. Eso me sitúa de siete u ocho semanas, lo que coincide con el comienzo de mi período.

¡Oh Diosa!

¿Hicimos ese bebé durante nuestra tarde de sexo pervertido en nuestro apartamento del centro? Se me calentó la cara. El tono rosado de las mejillas de Amalia me hizo sospechar que sus pensamientos iban por el mismo camino. La mirada de "culpable de los cargos" que me lanzó lo confirmó segundos después. Khel podía ser el padre, pero como se había lesionado a los pocos días de empezar el período, las posibilidades eran escasas.

—¿El bebé? ¿Es un macho? —preguntó Valena.

Amalia frunció el ceño.

—Supongo que el bebé es un macho, ya que nunca he oído hablar de una Geminado hembra. Por otra parte, nuestra familia nunca parece hacer nada según las reglas —añadió con un bonito mohín.

—En efecto —dijo Zhul con una sonrisa burlona.

De repente me di cuenta...

—Con un embarazo de siete meses, eso te llevaría exactamente a un año del nacimiento de Vahl.

—¡Como tú y Khel! —exclamó Amalia.

—Sí.

Nos miramos fijamente y, una vez más, me di cuenta de lo mucho que amaba a aquella hembra. Nuestros labios se encontraron. Dejé que expresaran la profundidad de mis sentimientos por ella y mi júbilo por nuestro nuevo pequeño milagro.

El tintineo de la puerta de seguridad nos sacó de aquel momento mágico. Unos fríos zarcillos de terror se deslizaron por mi columna vertebral. ¿Se habían dado cuenta del comportamiento inusual de Vahl? ¿Se habían dado cuenta de que Amalia llevaba a nuestro hijo? Rosthan no había mostrado ningún interés ni en el aparato reproductor de Amalia ni en el mío. Solo pidió muestras

de mis venenos y de la oxitocina de mi compañera para comprobar cómo afectaba a la Mancha de otros machos.

Tomamos nuestras posiciones detrás de la línea. Para nuestra sorpresa, seis Guldanos entraron en la habitación, completamente armados. Un séptimo se interpuso entre ellos.

No, no era un Guldano, sino un híbrido Xelixiano-Guldano.

V.

¿Cuánto nos temía realmente para entrar con tantos guardaespaldas? ¿Y por qué? Nos tenía justo donde quería. A menos que pretendiera hacer algo contra lo que sabía que lucharíamos y viniera preparado para mantenernos a raya. Parecía la explicación más plausible y me dio un susto de muerte.

Amalia se tensó, agarrando con fuerza a nuestro hijo. La acerqué a mí y mantuve mi brazo alrededor de su cintura. Zhul rodeó a Valena con los brazos, con la espalda apoyada en su pecho.

—Qué bonitos retratos de familia.

Los ojos de Varrek nos recorrieron antes de posarse en Amalia. La rodeé con el brazo, carcomido por la preocupación.

—Amalia, por fin nos conocemos.

Dio un par de pasos hacia ella. Sus brillantes zapatos negros asomaban bajo su larga capa de Manchado. Cada paso resonaba con fuerza en las baldosas blancas. Los guardias no se movieron, pero acercaron las manos a sus blásteres.

Como el rostro de V no mostraba signos de la Mancha, solo podía suponer que llevaba la capa para ocultar sus cuernos en público.

—La pequeña que derribó al poderoso Gruuk Vrok.

—No soy pequeña —replicó Amalia.

Él sonrió satisfecho.

—Supongo que no lo eres, hermanita.

—No soy tu hermana.

—Padre no estaría de acuerdo.

Amalia resopló.

—¿Qué? ¿Vas a decirme que de alguna manera Gruuk era mi padre biológico?

—Por supuesto que no. Solo deseaba serlo.

Eso la dejó sin aliento... y a mí también.

Amalia negó con la cabeza.

—No. Gruuk no quería a mi madre.

—Él no tenía ningún uso para tu madre más allá de su capacidad. Pero estaba enamorado de tu gran madre. Y por lo que dicen, tú eres su réplica.

—Eso es una estupidez —dijo Amalia, fulminándole con la mirada—. Si la hubiera amado, habría....

—¿Mantenido a ella y a sus hijas a salvo de cualquier castigo por parte de los guardias? —

interrumpió V—. ¿Le habría permitido tener a su lado a una de sus hijas y a su bisnieta durante toda su vida? ¿Evitó que ella y su progenie fueran enguantadas?

A Amalia le tembló la mandíbula, pero acabó por cerrar la boca, privada de todo argumento. Varrek cruzó los brazos sobre el pecho e inclinó la cabeza, mirándola.

—Como sabes muy bien, según las reglas Guldanas, él debería haberte castigado con lo que más apreciabas. Cuando intentaste escapar, debería haberte obligado a ver cómo violaban y torturaban a tu gran madre, no a las demás cautivas.

Amalia se estremeció y bajó los ojos. Vahl frunció el ceño ante la angustia de su madre y le acarició la mejilla. Ella intentó sonreírle con valentía, pero fracasó.

—Intentó que me asesinaran.

—No, fui yo —Varrek no mostró signos de remordimiento—. Él te quería de vuelta, ilesa. Cuando no pudimos recuperarte en el hospital, me ordenó que te dejara en paz para que pudieras tener tu vida feliz con tu compañero. Eso mostró claramente su debilidad. Estabas amenazando nuestro negocio. Eliminarte era la forma Guldana de hacerlo. Dejó que los sentimientos le dominaran y fue su perdición.

—Gruuk está muerto —dije—. Lo que pueda o no haber sentido es irrelevante. Si tienes algo que decir, hazlo.

—Lhor Kirnhan... —sus ojos verdes me recorrieron lentamente, erizándome la piel—. Eres un macho de aspecto delicioso.

Sonrió ante mi incomodidad, pero para mi alivio, no siguió con el tema.

—Para responder a tu pregunta, sí, hay un punto —sacó de su bolsillo lo que parecía una gran moneda o un fino medallón—. ¿Recuerdas esto? —preguntó, agitando la moneda hacia Amalia.

Ella tragó saliva y asintió.

—No era solo un medallón fetiche —dijo Varrek, haciéndolo rodar entre los nudillos como Amalia había descrito que hacía Gruuk—. Cuando la nave de mi padre explotó en Zalgar, tu compañero y los Tuureanos no se molestaron en recuperar esta baratija. Sin embargo, este disco contenía la ubicación de todos los criaderos, contactos, compradores e incluso el nombre del dueño de tus tías.

A Amalia se le empañaron los ojos. Se le doblaron las rodillas. La sostuve. Vahl gimoteó, probablemente aplastado por lo fuerte que lo sujetaba su madre. Zhul extendió los brazos hacia ella y, para mi sorpresa, Amalia dejó que cogiera a nuestro hijo.

Varrek enarcó una ceja sorprendido, pero no hizo ningún comentario.

—Esos datos, por supuesto, han sido transferidos a un almacenamiento más seguro y borrados del disco —lo miró fijamente antes de volver a mirar a Amalia—. Había algo más en él que pensé que te interesaría.

Su pulgar dibujó una cruz en la cara del medallón antes de presionar su centro. Apareció una proyección holográfica que mostraba varias escenas breves de una Maheva más joven, luego una

Maheva mayor jugando con una niña que supuse que era Amalia y, por último, una Amalia joven sentada en el regazo de una hembra Verediana que no conocía y que le acariciaba suavemente el pelo.

—¡Mamá! —Amalia se atragantó, con los ojos llenos de lágrimas.

Se desplomó contra mí y Varrek puso fin a la proyección mientras empezaba a reproducirse una cuarta escena que no llegué a descifrar.

—El amor es una debilidad. Considéralo mi regalo de despedida, hermanita.

Lanzó la moneda hacia nosotros y yo la cogí en el aire.

—¿Regalo de despedida? —Zhul preguntó, su tono denotaba sospecha.

—Ya he conseguido todo lo que necesitaba de Amalia y Lhor —Varrek miró a su vez a Valena, Vahl y Zhul—. Para ustedes tres, sin embargo, tengo muchos más planes.

Zhul puso una mano protectora en la nuca de Vahl y dio un paso atrás.

—¡No me quitarás a mi hijo! —gritó Amalia, secándose las lágrimas furiosamente con el dorso de la mano.

Ambos adoptamos una posición defensiva frente a Zhul, y Valena se nos unió.

Varrek se rio.

—Qué cuchi. Tus amigos Tuureanos se están acercando demasiado. Es hora de que abandone esta roca.

—Nunca te escaparás. Te atraparán antes de que salgas de este mundo —dije.

Varrek agitó una mano desdeñosa.

—Los Tuureanos son buenos, pero no invulnerables. Es tecnología, no magia. Y la tecnología puede burlarse. Ahora entrégame al chico. No me gustaría dispararte en nuestro primer y último encuentro.

Por tonto que fuera, Amalia y yo nos lanzamos sobre los Guldanos en cuanto avanzaron. No podíamos simplemente entregar a nuestro hijo. A pesar de nuestra gran velocidad, apenas dimos tres pasos antes de que cayera un rayo. Amalia y yo nos desplomamos, aturdidos por los disparos de bláster. Cada músculo de mi cuerpo se contorsionó con dolorosos espasmos mientras las descargas eléctricas los atravesaban. Oí vagamente a Valena gritar. Y—¿Vahl?—emitir un siseo.

—¿Ves lo que me has hecho hacer? —dijo Varrek, sonando ligeramente molesto—. Ahora, ustedes dos también pueden recibir un disparo innecesario o pueden venir tranquilamente con el chico.

—Está bien, Vahl —dijo tranquilizadora la voz de Zhul—. Tus padres están bien.

El siseo continuó mientras Zhul entraba en mi línea de visión, cumpliendo. Giró la cabeza para mirarme.

—Lo siento.

No pude responder. Lo entendía, pero quería gritar de rabia. Peor aún, temía por nuestro hijo y envié una plegaria silenciosa a la Diosa para que nuestro hijo nonato, el Gem de Vahl, no hubiera resultado herido por el impacto.

Varrek se hizo a un lado para dejar pasar a Valena, Zhul y nuestro hijo, bajo la atenta mirada de sus seis guardias Guldanos. Vahl luchaba en los brazos de Zhul.

—¡Mamá! —gritó, tratando de trepar por encima del hombro de Zhul—. ¡Vahl!

¡Oh Diosa!

¡No podían separarse! Como Ancla, Vahl necesitaba permanecer cerca de su Gem o el Núcleo, nuestro hijo nonato, se marchitaría y moriría. Y yo necesitaba estar cerca de Amalia, o más específicamente del niño que llevaba. Sin contacto frecuente con su progenitor durante el embarazo, los fetos Xelixianos sufrían un desarrollo cerebral significativamente menor. También necesitaba inyectar a Amalia pequeñas dosis de veneno una vez cada dos días para fortalecer el sistema inmunitario del bebé e impulsar su crecimiento.

El pánico se apoderó de mí cuando se acercaron a la puerta, pero yo estaba atrapado en los confines de mi propio cuerpo.

—¡Vahl! ¡Vahl! —gritó nuestro hijo.

—Mierda... ¡Su Gem! —susurró Zhul, deteniéndose en seco.

¡Sí! Gracias a la Diosa.

—Sigue moviéndote —dijo Varrek—, y calla al niño.

—No podemos separar al niño de sus padres.

Con un suspiro exasperado, Varrek hizo un gesto con la cabeza para que uno de los guardias se llevara a Vahl. El guardia empujó su bláster en la cara de Zhul en señal de advertencia y arrancó a mi hijo de sus brazos.

Vahl rugió tan fuerte como le permitió su pequeña garganta. En lugar de luchar contra el guardia, se aferró a él y le mordió el cuello. El guardia gritó e intentó apartar a Vahl. Sus gritos se convirtieron en alaridos antes de transformarse en gorgoteos. La sangre le corría por los hombros, donde Vahl se aferraba a él.

¡Garras!

El guardia se tambaleó mientras Vahl mantenía la boca aferrada a su cuello. Los otros guardias hicieron ademán de intervenir, pero Varrek levantó la mano en un movimiento de detención. Los miró fijamente, con una expresión de mórbida fascinación en el rostro. El guardia cayó de rodillas, con los ojos en blanco. El Guldano se quedó inerte y Vahl finalmente lo soltó, cayendo la corta distancia que lo separaba del suelo. Vahl aterrizó de pie, pero sus rodillas se doblaron y cayó de culo. Sin pausa, volvió a ponerse en pie. Bajo otro silbido amenazador de mi hijo, el guardia se desplomó sobre su espalda, todavía respirando.

Entre los dientes de mi hijo, que gruñía, asomaban unos colmillos diminutos que goteaban sangre.

Es demasiado joven para tener colmillos.

Los machos Xelixianos no los tenían antes de los cinco años. Además, Vahl también era demasiado joven para tener veneno. Aparecía alrededor de los doce. El guardia no tuvo espasmos ni echó espuma por la boca. Solo podía suponer que eso significaba que el veneno de Vahl aún

no era tóxico, solo capaz de aturdir o noquear. Aunque mis músculos ya no me torturaban con espasmos, permanecí paralizado, impotente para intervenir.

Como si hubiera leído mi mente, Zhul aprovechó la conmoción general y alcanzó el bláster del macho inconsciente. Eso sacó a todos de su aturdimiento. Uno de los guardias apartó el bláster de una patada, golpeando la mano de Zhul en el proceso. Otro Guldano le tiró al suelo antes de darle un fuerte puñetazo en la cara.

—¡Sul! —Vahl gritó.

—¡No! —Valena gritó.

—¡No le hagas daño! —Varrek gritó.

La cabeza de Vahl se giró hacia Varrek. La mirada de mi hijo me asustó.

El guardia se bajó de Zhul y caminó hacia atrás para reunirse con sus camaradas, con todos sus blásteres apuntándole. Valena corrió hacia su compañero, comprobando que estaba bien.

Varrek y Vahl se enfrentaron.

—Tu turno, pequeño guerrero —dijo Varrek con una sonrisa burlona—. Creo que te has quedado sin veneno, y creo que tú también lo sabes.

Vahl ladeó la cabeza, como si sopesara las palabras de Varrek y reflexionara sobre su próximo curso de acción. Sus ojos púrpuras, idénticos a los de Khel, se oscurecieron mientras apoyaba ambas palmas en el suelo. Varrek entrecerró los ojos.

Entonces reinó el caos.

Varrek y los cinco Guldanos salieron volando hacia atrás como si hubieran sido derribados por un fuerte golpe. Se estrellaron en un amasijo de cuerpos y miembros contra la pared. La sangre estalló por la nariz y las orejas de mi hijo. Sus ojos se volvieron blancos y se desplomó.

¡NOOOOOOO!

Luché contra el entumecimiento que me mantenía inmóvil... en vano. La lenta subida y bajada del pequeño pecho de Vahl mientras respiraba me tranquilizó al saber que aún vivía. Sin embargo, solo la Diosa sabía qué clase de daño se había hecho a sí mismo. Al ver que Zhul estaba bien, Valena se acercó a mi hijo. Varrek y los guardias se pusieron de pie.

Arreglándose la ropa, con una expresión ilegible en su rostro, Varrek se enfrentó a Valena.

—Tráelo. Más problemas por parte de cualquiera de ustedes y lo lamentarán.

Valena tragó saliva, pero no obedeció.

—Amalia está embarazada del Geminado de Vahl. El bebé morirá si los separan —dijo Valena rápidamente, sosteniendo el cuerpo inerte de Vahl contra su pecho.

Varrek resopló y sacudió la cabeza. Su mirada oscura se posó en Amalia.

—Siempre llena de sorpresas, ¿verdad? —Volviéndose hacia sus guardias, dijo—: Tráiganla a ella también.

—El bebé necesita a Lhor —intervino Valena—. Ya sabes cómo funcionan los embarazos Xelixianos.

Varrek resopló exasperado. Nos miró a todos por turnos y luego a la puerta que tenía detrás.

El ceño fruncido y la mandíbula apretada revelaban el debate interno que le invadía. Reflexioné sobre cuál podía ser el problema. Entonces caí en cuenta.

No puede traer a tanta gente.

Claro que sí. No se me ocurría ninguna razón para que no se quedara con Amalia y conmigo. Aunque hubiera terminado con el experimento médico que había realizado con nuestras muestras, seguíamos siendo valiosas fichas comerciales.

Con otro suspiro de enfado, Varrek pulsó su comunicador.

—Cahla, ven a atender al bebé. Ocúpate de que mejore, si sabes lo que te conviene.

Giró sobre sus talones y salió de la habitación. Dos guardias sacaron a rastras a su camarada inconsciente, seguidos por los restantes.



CAPÍTULO 24

VALENA

Me senté acurrucada en el regazo de Zhul en el sofá de la sala de estar. Él jugaba distraídamente con el pelo de mi nuca. Miré por encima de su hombro hacia la celda de Amalia y Lhor. Estaban tumbados en la cama con su hijo, velando por él. No se había despertado desde su demencial exhibición de poder de la noche anterior. La Enfermera Rosthan, bajo la protección de Sheb y Ghil, había atendido al niño. Afirmó que solo se había sobrecargado y agotado su sistema. Necesitaba descansar para recuperarse.

Su diagnóstico no nos tranquilizó del todo. A pesar de su eficacia, Rosthan no era especialista en cerebros y su experiencia con pacientes psíquicos era bastante limitada. Para nuestro gran alivio, unas dos horas más tarde, una neuróloga velada que utilizaba un dispositivo de enmascaramiento de voz, apareció en la pantalla de video y guio a Rosthan a través de pruebas adicionales.

Le administró a Vahl una inyección de proteínas, ácidos grasos y antioxidantes para ayudar a reponer su sistema y estimular su cerebro.

Luego le administró un inhibidor neural.

Aunque era un método eficaz para amortiguar o anular las habilidades psíquicas, no podía utilizarse en las Veredianas como método de control debido a los efectos negativos de su uso a largo plazo. La duración de los efectos también variaba en función de demasiados factores de un individuo a otro. En Vahleryon, sin embargo, incluso sus padres estaban agradecidos.

El chico nunca debería haber sido capaz de desplegar tanto poder. Aunque no era raro que los infantes Korletheanos mostraran habilidades psíquicas a menudo tan pronto como días después de su nacimiento, tal fuerza y control raramente se manifestaban tan pronto. El pequeño cuerpo de Vahl no estaba preparado para ejercer tanta energía. Hasta que le enseñaran a controlar su don, sus padres tendrían que encontrar una forma de controlarlo para que no se causara daños permanentes.

Me preguntaba si su hermana gemela también sería así de precoz.

Pero los padres de Vahl no se limitaban a cuidar de él. Amalia había querido esperar hasta mañana para poner en marcha nuestro plan, ya que los viernes por la tarde solo quedaban dos

guardias en el lugar durante toda la noche. Con el deseo de Varrek de abandonar Xelix Prime lo antes posible, tuvimos que revisar nuestros planes. Lo más probable era que nos reubicaran, ya fuera al final del día de hoy o en algún momento de mañana.

Era ahora o nunca.

Por lo que Amalia había conseguido averiguar espiando a los guardias con su habilidad de previsión, los Guldanos estaban arreglando el dispositivo de ocultación de la nave de Varrek para adaptarse a la presencia adicional de Amalia y Lhor. Su tecnología no podía ocultar toda la nave, solo parte de la cabina de pasajeros. De ahí el retraso para intentar ampliar su capacidad. Rosthan dormía, tras haber permanecido despierta toda la noche para asegurarse de que Vahl no sufriera complicaciones. Sheb estaba fuera haciendo algún recado. Eso nos daba un margen de tres horas para actuar. Mientras yacía junto a Lhor, con su hijo entre ambos, Amalia leía en cadena a Ghil, repasando escenarios con la esperanza de encontrar el que permitiera que nuestro plan tuviera éxito.

Había pocas advertencias, así que todos estábamos preparados.

Zhul me acarició el cuello. Me volví hacia él. Me miró con la misma mirada increíblemente tierna que me había estado dando desde que se fusionó con su Gem. Me hizo sentir querida. ¿Pero era amor o gratitud? Al principio, temí su cambio. ¿Y si ya no sentía la misma atracción? El nuevo Zhul no era mejor y ciertamente no peor, pero definitivamente diferente.

Me gustaba tanto como siempre.

Su lado más suave ahora satisfacía otra parte de mí. Mi necesidad Verediana de contacto físico prosperó con esta nueva versión de él. Zhul también se mostraba muy juguetón, ya fuera intentando ligar conmigo a escondidas, construyendo mansiones de bloques con Vahl, enfrentándose a Amalia en un juego de mesa o burlándose de Lhor. Pero lo que más me divertía era jugar a los piecitos con él. Parecía que Zhul se había convertido a mis costumbres descalzas —y me encantaba.

La principal diferencia, sin embargo, estaba en la intimidad. Aunque Zhul seguía disfrutando de un poco de rudeza, como cuando le daba un pellizco o le arañaba suavemente, ya no ansiaba el dolor. Eso me aliviaba. Me gustaba ser un poco brutal con él y afirmar mi dominio de vez en cuando, pero no quería hacerle daño de verdad. Durante un tiempo, temí que fuera un verdadero masoquista y que intensificara nuestros juegos más bruscos y me pidiera que lo azotara o golpeara. Para mí, eso habría roto el acuerdo. El intercambio de poder se mantuvo, alternando quién dirigía y quién sometía. No había ningún plan, solo una decisión improvisada basada en cómo nos sentíamos.

Le pasé los dedos por el pelo y luego le acaricié la mejilla. Apoyé la palma de la mano en su hombro y mi pulgar trazó la línea de su clavícula. Me besó suavemente los labios y luego se inclinó hacia atrás para mirarme una vez más con su dulce fijeza. Quería saber lo que estaba pensando y luché contra el impulso de leerle.

—Ya han pasado tres días desde....

—¿Mi reunión con Rhal? —Zhul preguntó.

Asentí con la cabeza.

—¿Te... te ha vuelto a hablar?

Zhul negó con la cabeza.

—Ya te dije que no es así. Rhal es una parte de mí, pero no una entidad separada que comparte mi cuerpo. Nos fusionamos efectivamente en uno. No oigo voces. No es como antes de que muriera, cuando podía sentir sus emociones y sabía que venían de él. Lo que siento ahora son mis sentimientos, influenciados o no por la esencia de Rhal.

—¿Eso te molesta?

Zhul frunció los labios, sus ojos adoptaron una mirada lejana mientras reflexionaba.

—No, no exactamente. Echo de menos la compañía de Rhal siendo una entidad separada. Me encantaba saber cómo se sentía a través de nuestro vínculo y poder responder en consecuencia. Pero dudo que me hubiera encantado tener otra voz en mi cabeza intentando tomar el control de mi cuerpo o mis pensamientos.

—Eso es bueno entonces.

—Es muy bueno. Ya no estoy hueco, gracias a ti.

Mi piel se calentó y mi corazón se agitó ante su mirada cariñosa sobre mí.

—Me encanta cómo me miras.

—Me encanta mirarte. Me encanta imaginar todo tipo de lugares para mirarte aún más. Como en el que estoy pensando ahora mismo.

Imágenes de mí tumbada desnuda sobre la arena marfil de una hermosa playa desierta inundaron mi mente. El relajante sonido de las pálidas olas púrpuras cosquilleaba mis oídos. Zhul, también desnudo, se arrodilló a mi lado, con las yemas de sus dedos dibujando lentos y sensuales círculos sobre mi piel.

—*Kigamot Sek. Algún día te llevaré allí.*

Salí de mi ensoñación y me di cuenta de que le había estado leyendo. Avergonzada, intenté apartar la mano de él, pero me la agarró y la volvió a colocar contra su piel, manteniéndola allí. Mis ojos se clavaron en los suyos, la preocupación me hizo respirar entrecortadamente.

—No quería...

—Calla, amor —su suave sonrisa me tranquilizó—. Te puse un cebo. Quería que lo vieras.

Se llevó mi palma de la mano a los labios y la besó suavemente.

—Sé cuando me lees. Tu tacto hace que me tiemble la piel cuando lo haces. Lo había sentido antes, pero no entendía lo que significaba, hasta ahora.

Mis ojos se abrieron de par en par. No sabía que los demás pudieran sentirlo. Ninguna de las hembras me lo había dicho nunca. Me pregunté si lo sentía porque era mi alma gemela. Tendría que preguntarle a Amalia si consentiría que lo probara con ella.

—Sé que no intentaste deliberadamente invadir mi intimidad. Lo que importa es que paraste en cuanto te diste cuenta de que lo estabas haciendo. Entiendo que no controlas del todo tu

habilidad, por lo limitada que has estado. Trabajaremos juntos en ello.

—Pero me has provocado —dije con un leve mohín.

Se rio y me mordió el labio inferior.

—Como dicen los Terranos, todo vale en el amor y en la guerra. Y yo te amo.

Mi corazón se derritió y también mi cuerpo en su abrazo. Nuestros labios se encontraron antes de que nuestras lenguas exploraran, saborearan y acariciaran. Mis pezones se endurecieron y apreté mi pecho contra el suyo. Unos dedos fuertes me agarraron suavemente el pelo y me inclinaron la cabeza hacia un lado mientras nuestro beso se hacía más profundo. No entendía cómo podía ponerme tan excitada tan rápidamente. Mi período había terminado hacía unos días, pero aún teníamos que aparearnos dos veces al día para enviar las muestras. Debería estar harta de sexo, pero no me cansaba de él.

De mala gana, me aparté. Él no lo cuestionó. Teníamos que permanecer alerta. La plata oscurecida de sus ojos me decía cuánto ansiaba también llevarme a nuestra celda y ocluir las paredes para pasar un tórrido rato en privado.

Me aclaré la garganta mientras jugueteaba con el cuello de su túnica.

—Estoy deseando que volvamos a casa y vayamos a ver a esos Bhirrats otra vez. Quiero uno.

Zhul se rio, sacudiendo la cabeza.

—Te lo dije, pueden ser lindos y esponjosos, pero no son dulces ni mimosos.

Fruncí los labios en un mohín exagerado. Se echó a reír.

—Si de verdad quieres peluches y cariñitos, puedo conseguirte uno de esos desgraciados neptions. Le vendría bien a Pouki y le enseñaría que no es el dueño de la propiedad, ni de nosotros.

Su sonrisa vaciló ligeramente. No necesitaba leerle la mente para saber que se preocupaba por Zhenax. Amalia nos dijo que Lelah había confirmado que habían podido salvar la vida del cavas, pero que estaba en muy mal estado. Zhul nunca sería capaz de montarlo de nuevo. Lo que no le había dicho era que Amalia prometió tener una charla con su Nana una vez que fuéramos libres para preguntarle si le devolvería la salud a Zhenax.

Abrí la boca para decir lo mismo cuando la oímos gritar como si sufriera un terrible dolor.

Era nuestra señal.

Con el corazón palpitante, corrí hacia su celda mientras Zhul corría hacia el sistema de comunicaciones y llamaba al guardia. Oí el tintineo de la puerta de seguridad, seguido poco después por la voz de Ghil ordenando a Zhul que retrocediera tras la línea. Segundos después, Ghil apareció en el marco de la puerta, apuntando con su pistola bláster a Lhor, que sostenía a su hijo inconsciente.

—Fuera —Ghil estaba tenso, sus rasgos crispados—. Ve a ponerte detrás de la línea.

Lhor se arrinconó aún más, con una mirada obstinada.

—No voy a hacer ninguna estupidez mientras tengo a mi hijo en brazos. Algo le pasa al feto. Separar a Vahl de su Gem solo lo empeorará.

Los ojos saltones de Ghil parpadeaban entre Lhor y la forma tendida de Amalia. Parecía al borde del pánico, incapaz de decidir qué hacer. Amalia volvió a gritar y me agarró la muñeca con fuerza.

—¡Haz algo! —le grité a Ghil, y luego me incliné sobre Amalia, con la mano libre acariciándole el pelo mientras le susurraba palabras de aliento al oído.

Ghil, con perlas de sudor en la frente, tocó su comunicador.

—¿Dónde coño estás, Sheb?

—Voy para allá —respondió la voz de Sheb a través del comunicador.

Lanzando otra mirada cautelosa a Lhor, Ghil se acercó con cuidado a Amalia. Tiró de la mano que le sujetaba el estómago para apartarla. Amalia le agarró la mano, como buscando consuelo, pero en realidad manteniéndolo a mi alcance. En cuanto levantó la otra mano para pasarle la varita de exploración por el estómago, Amalia me soltó la muñeca y yo me agarré a la suya en su lugar.

—Sométete a mi voluntad. Quieto.

Ghil emitió un chillido ahogado y sus ojos se clavaron en los míos antes de volverse ligeramente vidriosos. Como estaba previsto, en su pánico no se había dado cuenta de que no me había vuelto a poner los guantes.

—Suéltalo —le dije a Amalia.

Ella le soltó la mano, pero permaneció tumbada en la cama para que él no notara nada raro una vez que le soltara y reanudáramos el fingimiento.

—Quítale los guantes.

Él obedeció y Amalia se quitó rápidamente los guantes.

—Dale tu comunicador.

Una vez más, obedeció.

Amalia lo rodeó con la palma de la mano y cerró los ojos. Los oídos se me llenaron de sangre al ver la intensa expresión de concentración en su rostro. Solo habíamos tardado unos segundos, pero solo la Diosa sabía cuánto faltaba para que Sheb nos alcanzara. Lhor y yo intercambiamos una mirada tensa, con el mismo miedo grabado en su rostro.

Los ojos de Amalia se abrieron de golpe.

—Hecho.

Exhalé con alivio. Volvió a ponerse los guantes.

—Guarda tu comunicador y vuelve a cerrarle los guantes.

Hizo lo que se le ordenó.

—Guarda el mando.

Una vez hecho esto, Amalia volvió a agarrarle la mano como había hecho antes.

—Dos segundos después de que te suelte la muñeca, reanuda tu examen de ella y olvida todo lo ocurrido desde el momento en que te toqué.

En cuanto lo solté, la mano de Amalia se aferró a mi muñeca y volvió a adoptar una

expresión de dolor. Tuve que admitir que su actuación merecía un premio. Pero bueno, había practicado mucho el juego de roles con todas las bromas que les hacía a sus compañeros.

Un segundo después, Ghil parpadeó y volvió a escanearla, lanzando miradas furtivas a Lhor de vez en cuando. El escáner emitió un pitido, indicando que había terminado. Ghil se apartó quitando la mano del agarre de Amalia. Ella la colocó sobre su estómago y se agarró la túnica. Ghil echó un rápido vistazo a la pantalla del escáner.

—No encuentra nada malo. ¿Ha comido suficiente ryspak?

—Hoy no ha comido mucho —dijo Lhor—. Ha estado demasiado preocupada por nuestro hijo.

—¡Por los dientes de Gharah! Dale algo de comida, y mucho ryspak. Tú lo sabes bien.

Ghil se pasó una mano nerviosa por el pelo. Sonó la campanilla y Sheb irrumpió en la habitación, con su bláster apuntando a Zhul. Los hombros de Ghil se hundieron y la tensión desapareció.

—Pondré un hipospray antihistamínico en la bandeja para que puedas inyectárselo. Luego aliméntala. La Enfermera Rosthan volverá en unas horas.

Caminando hacia atrás, salió de la celda y abandonó la zona de espera con Sheb. Zhul cogió el hipospray de la pequeña estantería junto a la puerta, donde solía dejar las muestras de veneno. Siguiendo con la farsa, entró en la celda y fingió inyectárselo a Amalia. Aunque no había cámaras dentro de las celdas privadas, las paredes no estaban ocluidas y no queríamos correr riesgos innecesarios.

Momentos después, Amalia dejó de fingir que tenía dolorosos calambres en el estómago gracias a los antihistamínicos. Zhul le quitó a Vahl a Lhor para que pudiera llevar a su compañera al comedor. Yo me adelanté para cortar algunos ryspak. Amalia los devoró con un apetito voraz. Al principio, pensé que se estaba superando a sí misma, pero luego me di cuenta de que su ansia de ryspak se había desatado de verdad. Zhul y yo observamos con mórbida fascinación cómo se atiborraba de la mitad de nuestras reservas. Su barriga, a punto de reventar, la obligó a parar. Miró las frutas restantes sin cortar con algo parecido a la tristeza.

Lhor escondió la risa detrás de la mano.

Nos acurrucamos en la sala de estar con el pequeño Vahl tumbado en su corral. Solo había pasado una hora desde que pusimos en marcha nuestro plan. Amalia confiaba en que su mensaje se hubiera difundido y siguiera haciéndolo a intervalos regulares. No contactó directamente con Khel—pues habría sido demasiado fácil de detectar. Los guardias nos habrían trasladado a una nueva ubicación y habríamos vuelto al punto de partida. En lugar de eso, encriptó un mensaje, que incluía nuestra ubicación, para captar la señal del rastreador geográfico del sistema de comunicaciones de Ghil. Nadie rastrearía esta comunicación bidireccional “normal” y aparentemente inofensiva. Pero, en efecto, actuaría como un faro para Khel.

Meses atrás, como parte de sus “medidas de seguridad sobreprotectoras” como las llamaba Amalia, Khel hizo que Ghan configurara varios métodos seguros para que ella pudiera pedir

ayuda en caso de que se metiera en problemas con frecuencias específicas que la Primera División vigilaba constantemente.

Según ella, Khel habría recibido el mensaje pocos segundos después de que ella lo enviara por primera vez. Dependiendo de lo lejos que estuvieran, podrían pasar hasta seis horas antes de que nos alcanzaran, sin contar el tiempo necesario para organizar una misión de rescate.

Así que esperamos, luchando por mantener oculta nuestra creciente excitación.

Al ver las noticias, nos sentimos aliviados al oír que hasta el momento se habían producido muy pocos incidentes negativos con los exploradores Tuureanos. Y los que se produjeron, afortunadamente, no fueron trágicos. En cuanto a las malas noticias, Whil Dervhen estaba de nuevo a la ofensiva. Haciendo campaña de cara a la próxima sesión pública del Consejo, intentó recabar apoyos con el argumento de que, si los Praghan hubieran estado en un laboratorio seguro como había sugerido anteriormente, los Guldanos no podrían haberlos secuestrado.

Cuanto más tiempo pasaban desaparecidos, más gente le apoyaba.

Pasó media hora más o menos cuando Lhor levantó la cabeza. Lanzó una mirada intensa a Amalia y una amplia sonrisa se dibujó en su rostro.

Le brillaron los ojos.

—¡Puedes sentirlo! —ella susurró.

Lhor asintió. Cerró los ojos y su rostro adoptó una expresión de profunda concentración. Agarré la mano de Zhul y él apretó la mía. Diosa, esto podría ser finalmente. Por fin, no me quedaría atrás. Todos seríamos libres.

Los ojos de Lhor se abrieron de golpe y sonrió.

—Khel está eufórico. Sabe que puedo sentirle. Cada vez es más fuerte. Están cerca.

Como para confirmar las palabras de Lhor, sonó la alarma. Todos nos pusimos en pie de un salto, con la misma emoción en nuestros rostros. Amalia dio la espalda a las cámaras y su rostro se desencajó. Se estaba fijando en alguien para ver su futuro.

Las paredes de duralium reforzado se cerraron frente a las puertas de cristal de nuestra zona de espera. Recordé las numerosas puertas de seguridad que había a lo largo del largo pasillo que conducía al laboratorio. Sin Amalia para burlar el sistema, al General le llevaría mucho tiempo atravesar cada una de ellas, incluso con un buen hacker.

A menos que los Tuureanos tuvieran sus propios trucos.

Amalia salió de su visión.

—Van a intentar colarnos por otra salida. Tenemos que crear un retraso.

Cogió una silla de la zona de juegos y nos hizo un gesto para que trajéramos la mesa. Siguiendo sus instrucciones, la dejamos caer debajo de la cámara. Ella colocó la silla encima de la mesa antes de subirse también. De pie en la silla, se estiró completamente para arrancar la cámara. Lhor le sujetó las piernas por si se caía.

Repitieron el proceso con las otras dos cámaras de ese lado de la pared mientras Zhul y yo nos ocupábamos de las del lado opuesto.

—Ahora tenemos que bloquear esas puertas —dijo Amalia en cuanto terminamos.

Se dirigió hacia los sofás de la sala de estar.

—Eso nunca aguantará —dije.

—No, pero será suficiente para que Khel llegue aquí.

No veía cómo podría atravesar las defensas del laboratorio tan rápido, pero no tenía motivos para dudar de ella. Cogimos todos los muebles y objetos móviles que pudimos y los apilamos delante de la puerta. Una vez que terminamos, Amalia volvió a fijar un objetivo mientras los demás ocluíamos las paredes de todas las celdas.

—Diez minutos —dijo.

Y así, esperamos.



CAPÍTULO 25

El tiempo no solo se había ralentizado, sino que parecía haberse detenido por completo. Mi corazón latía con tal ferocidad que podía sentirlo retumbar en mi piel y en cada terminación nerviosa. Lhor acostó a Vahl en medio de la cama de la celda más alejada de la puerta. Aunque Amalia era una luchadora fuerte, acordaron que se quedaría atrás con Vahl y conmigo. No podía arriesgarse a poner a su hijo nonato en peligro. Pero si nuestros captores lograban atraparnos, entre sus habilidades de combate y las mías podríamos defendernos.

Justo a tiempo, el fuerte ruido de la puerta reforzada al abrirse resonó por toda la habitación. Mis rodillas se sintieron acuosas. Zhul me dio un fuerte beso. No dijo una palabra, pero sus ojos lo decían todo.

—Te amo —susurré, parpadeando para contener las lágrimas.

—Y yo a ti, mi compañera.

Me acarició la mejilla y salió de la celda. Lhor se apartó del beso que había intercambiado con su propia compañera antes de seguir la estela de Zhul. Sonó la campanilla de la puerta de seguridad antes de que se abriera.

—¿Qué coño es esto? —gritó una voz con marcado acento Guldano.

No pude distinguir la respuesta de otro Guldano, con la voz apagada por la distancia.

—¡Contrólalo!

El miedo me oprimió tanto la garganta que no podía respirar. Miré a Amalia en busca de consuelo, pero estaba teniendo otra visión. Nos llegaron ruidos fuertes cuando los guardias rompieron nuestra barricada. Poco después, uno de los guardias gritó y el sonido de la batalla resonó en la sala.

—¡No los aturdan! Tienen que caminar solos. No podremos cargar con ellos.

La conmoción se prolongó unos segundos más en una cacofonía de gruñidos y gritos, entre los que reconocí las voces de Lhor y Zhul. Luego volvió el silencio.

Por favor, Diosa, no dejes que les hagan daño.

—¡Esclavas, salgan! —gritó el líder Guldan—. Tenemos a sus machos. No nos obliguen a hacerles daño.

Lancé una mirada temerosa hacia Amalia, agradecida de que estuviera fuera de su visión. Sacudió la cabeza y se inclinó para besar a su hijo. De puntillas, se acercó a mí y me dio un alentador apretón en el hombro.

—Prepárate —me dijo en silencio.

Siguió caminando hasta el otro lado de la puerta corredera y apoyó la espalda contra la pared. A pesar de mis temores, su serena confianza me dio fuerzas.

—Dispérsense. Encuentren a las hembras y al bebé —gritó el líder.

Entonces me di cuenta de que Amalia había sabido que estaba mintiendo cuando amenazó con hacer daño a nuestros machos. Por supuesto, dañarlos los retrasaría. V tendría sus cabezas si dejaban a alguno de nosotros atrás. Con Khel y los Tuureanos pisándoles los talones, no lo conseguirían si tenían que cargar con nosotros.

Apoyé la espalda contra la pared, como Amalia. Ella levantó la mano, con la palma hacia mí y los dedos separados. Luego dobló los dedos, uno a uno.

Cuenta atrás.

Un segundo después de que doblara el último dígito, la puerta se abrió. En cuanto la silueta oscura apareció en el marco de la puerta, Amalia giró el pie y le propinó una patada en las tripas. Él se dobló en dos y se quedó sin aliento. Sin pensarlo, le agarré la nuca.

—Duerme.

Se desplomó en el suelo sin hacer ruido. No se despertaría hasta dentro de unas horas, por muy ruidosa que fuera la batalla a su alrededor.

—¡Están atrás!

Amalia me hizo un gesto para que me acercara a ella. Obedecí, aterrorizada por el sonido de estampida de los pasos que corrían hacia nosotras. Un macho apareció en la puerta e inmediatamente apuntó al lado derecho de la habitación donde yo había estado hace unos momentos. Amalia le dio una patada en la espalda y lo lanzó contra la pared. Se dio de bruces contra ella y cayó de rodillas, aturdido.

Antes de que pudiera alcanzarlo, otro macho entró y dirigió su bláster hacia nosotras. Amalia le golpeó con los codos en los brazos extendidos y le quitó el arma de las manos. Agarré su garganta y lo mandé a dormir.

Un rugido animal resonó cerca de la entrada, provocándome escalofríos.

—¡Khel! —susurró Amalia, con el rostro iluminado.

De la nada, me empujó brutalmente hacia un lado. Retrocedí dando un traspié y golpeando la pared con la mano para no caerme. Desconcertada, vi cómo Amalia se lanzaba sobre el segundo Guldano que había entrado en la sala. Antes de que pudiera ponerse en pie, le agarró uno de los cuernos y le estampó la cabeza contra la pared. Hice un gesto de dolor al oír el sonido carnoso. Se quedó inerte y se desplomó parcialmente sobre sus camaradas caídos.

El tintineo de las espadas y el silbido de los disparos de bláster rebotaron por la sala.

La voz metálica del líder Tuureano se elevó por encima del caos.

—¡Rendíos o morid!

Se me cayó el estómago. Me intimidaba muchísimo.

El ruido disminuyó hasta que solo se oyó el choque de un par de espadas.

—¡No! ¡Es mío! —gritó la voz del General.

Amalia cogió a su hijo y salió de la celda. Yo la seguí, pero me quedé helada al ver lo que tenía delante. Dos Guldanos yacían muertos o inconscientes. Ghil, con la cara maltrecha y sangrando, estaba arrodillado junto a otro Guldano. Ambos estaban encadenados y enmarcados por un par de hembras Tuureanas. Sheb yacía muerto en un charco de su propia sangre. Parecía haberse cortado la garganta.

Una docena de guerreros Xelixianos cerca de la entrada formaban un semicírculo alrededor de Khel y el macho que supuse que era el líder Guldano. Frente a ellos, otros dos Tuureanos—un macho y una hembra—se situaron a cada lado del Almirante. Se dirigieron hacia nosotros mientras Ghan ayudaba a Lhor y Zhul a ponerse en pie.

—¡No! —susurró Amalia, mirando más allá de los Tuureanos a su compañero en pleno combate.

Apretó a su hijo contra su pecho, con la cara retorcida por el miedo.

—Amalia —dijo la voz metálica del Almirante. Para mi sorpresa, levantó una mano blindada y le acarició suavemente la cara—. ¿Estáis herida?

—No, estoy... estoy... —perdiendo el hilo de sus pensamientos, miró por encima de su hombro.

Él bajó la cabeza, hacia el niño que no respondía y que estaba acunado en sus brazos.

—¿Qué le pasa? —cuando Amalia no respondió, él volvió a mirarla—. Amalia, ¿qué le pasa a Vahleryon? —preguntó con más fuerza.

—¿Por qué está luchando? —preguntó Amalia—. No puede. Sus pulmones...

—Khel está bien —interrumpió el Almirante—. Lleva una armadura de celesio. Ahora, por favor, contestadme.

Entrando, le di un rápido resumen de lo sucedido. Zhul, Lhor y Ghan se acercaron a nosotros mientras yo hablaba. El alivio me inundó al ver que nuestros dos compañeros aparentemente no habían sufrido más que un par de magulladuras. Zhul me miró, asegurándose de que estaba bien mientras terminaba de relatar los hechos. Me abrazó y me besó la frente.

—Kamala —dijo el Almirante.

Sin necesidad de más instrucciones, una de las hembras a su lado sacó de su cinturón un dispositivo parecido a una varita y lo pasó por la cabeza de Vahl. Aunque el aparato no tenía pantalla, Kamala parecía capaz de ver sus lecturas. Solo podía suponer que los datos se transferían a la interfaz digital del interior del visor de su casco.

—Diosa —susurró su voz sintética—. Es demasiado joven para tanto poder.

—¿Está bien? —preguntó Lhor, rodeando a Amalia con sus brazos.

—Sí —respondió Kalama—. Necesita descansar.

Me alivió que confirmara el diagnóstico anterior.

Tranquilizados en cuanto a nuestro bienestar, nuestros rescatadores volvieron los ojos hacia la escena que mantenía a Amalia fascinada y aterrorizada a la vez.

Los dos machos se arremolinaban uno alrededor del otro en una ráfaga de espadas. Sus movimientos se difuminaban ante mis ojos. La armadura reforzada del Guldano ofrecía poca protección contra la espada de celesio de Khel. La sangre manaba de los múltiples cortes de su cuerpo.

En agudo contraste, la armadura Tuureana de Khel parecía intacta. El metal negro, tan flexible como el cuero, no le cubría la cara ni las manos. Aunque le daba una ventaja defensiva injusta en comparación con su oponente, en cuanto a habilidad, el Guldano no era rival para el General.

Cada vez que esquivaba uno de los ataques de Khel, la espada de celesio parecía morder la carne segundos después. Con un grito enfurecido, el Guldano cargó contra él. La suela de la bota de Khel le golpeó en el pecho, haciéndole retroceder. El General blandió su espada hacia arriba y la mejilla del Guldano se abrió.

Está jugando con él.

—Kuuruk... —Amalia susurró.

—¿Qué? —pregunté.

—Kuuruk Terk —con la mandíbula contraída, Lhor pronunció el nombre con desprecio—. El asesino que mató a los padres y al hermano pequeño de Khel.

Zhul me estrechó la mano. Así que este era el macho que había realizado gran parte del trabajo sucio de Varrek. El mismo macho que muchos creían que había sido contratado por Zhul.

Khel golpeó con el pomo de su espada la cara de Kuuruk. La sangre explotó de la boca del Guldano y éste se tambaleó sobre sus pies, con aspecto aturdido. Sacudió la cabeza y se limpió la sangre de la barbilla con el dorso de la mano.

Miró a Khel con cansancio. Sus ojos no reflejaban miedo ni súplica de clemencia, solo una tranquila aceptación.

—Termina con esto, Xelixiano.

Khel miró fijamente a su oponente, con el odio ardiendo en sus ojos púrpura. Acortando distancias con el asesino, Khel levantó la espada para asestarle el golpe final, cuando éste se dobló de repente. Jadeaba y parecía luchar por respirar. Aprovechando esta inesperada oportunidad, Kuuruk dio un revés a Khel, que se tambaleó hacia atrás.

—¡Khel! —gritó Amalia, inclinándose hacia delante en el fuerte abrazo de Lhor.

El Guldano blandió su espada en un intento de decapitar a su oponente, pero el General, aún jadeante, bloqueó el ataque. Los nanocitos de su traje de celesio se movieron alrededor de su cuello y pecho mientras rechazaba otro ataque del Guldano. Los jadeos cesaron y Khel inspiró profundamente. Cuando su respiración volvió a la normalidad, los nanocitos de su armadura se calmaron. Bloqueó otro tajo y, con un giro de muñeca, desarmó a su oponente. Antes de que

Kuuruk pudiera reaccionar, el General enterró su espada en las tripas del asesino. Su víctima se quedó paralizada, con la boca abierta y los ojos desorbitados.

—Esto es por mi hermano —siseó Khel en la cara del asesino.

Sacó la espada y volvió a clavársela en el estómago.

—Esto es por mi padre.

El Guldano cayó de rodillas ante Khel.

—Y esto es por mi madre —dijo Khel, decapitando al asesino con un poderoso golpe de espada.

Se quedó de pie junto al cadáver sin vida, respirando agitadamente.

—¡Khel! —gritó Amalia.

El macho giró la cabeza hacia ella. La furia asesina de sus facciones se desvaneció y se transformó en una expresión de puro amor y adoración. Se me cortó la respiración cuando soltó la espada y se dirigió hacia Amalia. Ella también se movió y le salió al encuentro. Le cogió la cara con increíble cuidado, como si temiera romperla.

—Mi corazón —exhaló, con la voz ligeramente temblorosa—. Mi amada compañera.

La estrechó entre sus brazos, con cuidado de no aplastar a su hijo. Se dieron un beso suave y tierno antes de apoyarse la frente. Lhor se unió a ellos y Khel se volvió para mirarle con una sonrisa afectuosa.

—Mi Gem.

Amalia y Khel atrajeron a Lhor hacia sí y se abrazaron en silencio. Conmovida por este cariñoso retrato, miré a Zhul. Al sentir mis ojos puestos en él, apartó la mirada de los Praghan y la dirigió hacia mí.

—Te amo —le dije, mis ojos parpadeando entre los suyos.

Él sonrió.

—Te adoro.

Me besó. Ajena a los Tuureanos y al ejército Xelixiano que nos rodeaba, me entregué a la sensación del momento.

Un carraspeo nos sacó de dudas.

—Si ya han terminado de hacerse los simpáticos —dijo Ghan—, quizá podamos salir de aquí.

Lhor se rio.

—Siempre con el papel de matón, ¿no?

Ghan le dirigió una mirada desdeñosa.

—Mejor que tú, siempre recibiendo palizas de niñitas.

Espera, ¿qué?

—A mí no me ha pegado ninguna niña.

—¿En serio? A ustedes dos los azotaron —dijo Ghan mirando a Lhor y Zhul—, pero las chicas noquearon a tres Guldanos. Son un asco.

Amalia resopló. Lhor la miró ofendido. Yo tampoco pude resistirme a soltar una risita, que Zhul no pareció apreciar. Todos los Tuureanos—machos incluidos—giraron sus rostros enmascarados hacia Ghan. Un sonido sintético parecido a una tos llegó a mis oídos.

¿Los Tuureanos pueden reírse?

—No son un asco —dijo Amalia, dándole a Lhor un suave beso en la mejilla—. Nosotras solo pateamos culos.

Hinché el pecho con orgullo, gratamente sorprendida por las ligeras bromas entre ellos. Nada en el temible y gigantesco Primer Oficial hacía pensar que tuviera sentido del humor.

Resopló con altanería ante el comentario de Amalia. Oí a Lhor murmurar algo sobre nuestras habilidades.

Ghan le echó un vistazo.

—Bonito vestido, por cierto.

—Vete a la mierda —murmuró Lhor, bajo la risa de su compañera y de su Gem.

Zhul lanzó una mirada de dolor a su propia túnica y tiró en vano del dobladillo para bajársela. Eso me hizo reír a carcajadas.

Los labios de Ghan se estiraron en una sonrisa apenas disimulada mientras caminaba junto a nosotros hacia la última celda donde se amontonaban nuestras víctimas. Un puñado de guerreros le siguieron.

—No es gracioso —dijo Zhul.

—Es muy gracioso —froté mi nariz contra la suya antes de besar sus labios.

Una conmoción en la celda de atrás nos sacó de nuestro tierno momento. El Guldano que Amalia había noqueado, pero que yo no había dormido, había vuelto en sí.

—¡Mueran, Xelixianos! —gritó.

No podía ver qué pasaba con tantos guerreros derribándolo. Una violenta explosión sacudió las paredes, los escombros volaron en todas direcciones. La puerta reforzada cayó, sellándonos de nuevo dentro de la sala. La voz robótica femenina que nos decía a Zhul y a mí que cargáramos nuestras muestras de sangre resonó a través del intercomunicador.

—Secuencia de autodestrucción iniciada. Tiempo hasta la explosión, T menos veinte minutos.

Oh, mierda.

—Amalia —dijo Khel, tirando del bebé de sus brazos.

—¡Necesito que me quites esto! —dijo, agitando sus manos enguantadas.

Una de las hembras Tuureanas le quitó el mando a Ghil y abrió los guantes. Amalia se los arrancó y corrió hacia el panel de control situado junto a la pared. Lo golpeó con la palma de la mano e intentó anular la orden. Otra violenta explosión sacudió la habitación, casi haciéndome caer.

—Intento de hackeo detectado —dijo el sistema—. Acelerando secuencia de autodestrucción. Tiempo hasta la explosión, T menos cinco minutos.

¡Oh Diosa!

—Joder —murmuró el Almirante Lee.

La palabrota pronunciada con su voz hueca y metálica lo hizo aún más inquietante.

Lee corrió hacia la puerta reforzada y apoyó ambas palmas contra ella. La armadura que rodeaba sus guantes se desdibujó y los nanocitos volvieron a darles forma de disco alrededor de sus manos extendidas. El Almirante deslizó las manos hacia los lados como si abriera puertas correderas. Apareció una costura en la pared reforzada, que se abrió como una boca vertical.

—Qué coño… —murmuró Zhul.

No me extraña que atravesaran las defensas de los laboratorios tan rápido. No necesitaron hackear cada puerta, literalmente las atravesaron. Pero ahora no era el momento de pensar en esto. Corrimos hacia la salida, empujados por los guerreros y los Tuureanos. Para mi sorpresa, incluso ayudaron a Ghil y al consciente Guldano. Aunque no merecían mi compasión, no pude evitar pensar en los dos Guldanos a los que había dormido y que, por tanto, no lograrían salir.

Con los brazos y las piernas en movimiento, corrí por el largo pasillo hasta el ascensor. Me ardían los pulmones al saltar por las aberturas que la tecnología del Almirante había dejado en las puertas reforzadas. Delante de nosotros, Amalia entró en el ascensor con Lhor y unos cuantos Tuureanos.

No vamos a caber.

Éramos demasiados y dudaba que hubiera tiempo para un segundo viaje hacia abajo antes de que todo estallara. Llegamos al ascensor mientras Khel colocaba al bebé en el brazo de Amalia.

—¡Khel, no! —gritó Amalia—. ¡Quédate con nosotros!

Unas manos poderosas nos empujaron a Zhul y a mí dentro del ascensor.

Me giré para ver que había sido Ghan. Ahora se enfrentaba a Khel.

—Entra, General.

—Ghan ...

—No discutas, Khel. No hay tiempo. La vida de un civil depende de que entres.

Khel miró por encima del hombro a Lhor antes de mirar a Ghan. Puso la mano en el hombro de su Primer Oficial y le dio un apretón.

—Saca tu culo de aquí. Es una orden —dijo Khel.

Ghan asintió con la cabeza y Khel entró en el ascensor. Las lágrimas empaparon las mejillas de Amalia mientras miraba al gigante.

—Te quiero, hermano mayor —le dijo.

Él le guiñó un ojo.

—¡Kamala, subid! —dijo el Almirante a la última hembra Tuureana que aún no había entrado en el ascensor.

—Lee...

—¡ENTRAD! —gritó.

Ella se coló en la plataforma.

Dándonos la espalda, el Almirante se colocó delante de los machos que seguían fuera del ascensor. Puso las manos sobre el suelo chapado de metal y empezó a darle forma. Las placas parecieron fundirse en acero líquido antes de elevarse lentamente ante él formando un muro protector. Si la Diosa quería—y suponiendo que consiguiera completarlo—esto los protegería de la explosión mientras esperaban a que volviera el ascensor.

—Tiempo hasta la explosión, T menos un minuto.

El ascensor comenzó su ascenso con catorce adultos y el bebé Vahl apretados en su interior. Pensando en los ocho guerreros Xelixianos, el Almirante Lee y otro macho Tuureano que habían quedado atrás, me pregunté por qué habían cedido dos de las plazas del ascensor a Ghil y al prisionero Guldano que quedaba. Cualquier información que pudieran obtener interrogándoles no parecía merecer la vida de dos buenos machos que podrían haber ocupado esas plazas en su lugar. Y lo que era peor, no valían las vidas de Ghan ni del líder militar Tuureano.

Aunque rápido, el ascenso fue doloroso. Al ser el ascensor una mera plataforma sin paredes, cada vez que mi piel rozaba las rápidas paredes del hueco, ardía. La fina capa de sudor que cubría mi piel tampoco ayudaba. Con tanta gente en el andén, era casi imposible evitarlo. Intentando recuperar el aliento entre otros muchos que también respiraban agitadamente, me sentí un poco mareada. Apoyé la frente en el hombro de Zhul y él me susurró palabras reconfortantes al oído.

Afortunadamente, recorrimos la gran distancia que nos separaba de las instalaciones subterráneas en cuestión de segundos. En cuanto la plataforma alcanzó el nivel del suelo del huerto, los cuatro guerreros que nos acompañaban arrastraron a los prisioneros fuera de la plataforma. Las tres hembras Tuureanas nos llevaron a toda prisa hacia una de las lanzaderas. Nada más bajar, la plataforma volvió a bajar volando por el pozo.

Cuando levanté el pie para subir a la rampa de la lanzadera, un violento temblor me desequilibró. Un dolor agudo estalló en mi sien cuando un lado de mi cara chocó con la dura superficie de la rampa. El suelo se agitó y emitió un gemido torturante y estruendoso.

—¡Valena! —Zhul gritó.

—¡Cuidado con los árboles! —gritó una voz masculina que no reconocí.

La vista se me nubló y dolorosas descargas eléctricas me picaron en los ojos. Unas manos fuertes me ayudaron a levantarme y un cuerpo firme se apretó contra el mío.

Zhul.

—Vamos, amor —dijo, con una voz llena de urgencia.

Me arrastró hasta el interior de la lanzadera. Los colores se desvanecieron a mi alrededor mientras el dolor de mis ojos se intensificaba. El sonido chirriante del metal chocando contra el metal se elevó por encima del sonido de tormenta del suelo que se movía y temblaba.

Zhul me ayudó a sentarme y me abrochó el cinturón.

—¡El ascensor se mueve! —gritó otra voz desde fuera de la lanzadera.

Por favor, Diosa, mantenlos a salvo.

Un dolor punzante en la parte posterior de los ojos, mezclado con una descarga eléctrica, me arrancó un grito de la garganta. Un líquido caliente me resbaló por un lado de la cara.

Mis ayudas visuales.

—Déjame quitártelas —dijo Zhul.

Apenas tocó una, ambos gritamos de dolor.

—Joder —murmuró—. Aguanta, amor.

Su silueta borrosa se alejó de mí. Quería volver a llamarle, pedirle que no me dejara. Haber sido ciega la mayor parte de mi vida debería haberme preparado para esto. Sin embargo, en el caos que reinaba a mi alrededor, estar sola me asustaba. Con la cabeza palpitando, gemí y me agarré al cinturón de seguridad.

Por fin cesó el chirrido metálico del exterior. Levanté la cabeza para mirar fuera, pero el resplandor de uno de los dos soles me clavó puñales en los ojos enterrándose hasta mi cerebro.

Entonces ya no supe más.

~

El pitido de algún aparato electrónico me sacó de mi letargo. Los párpados me pesaban una tonelada mientras luchaba por abrirlos. Estaba tumbada en una especie de cama razonablemente cómoda en lo que parecía ser un centro médico.

Colores... Vuelvo a ver colores.

Quise abrir más los ojos y observar lo que me rodeaba, pero tenía el cerebro nublado y la necesidad de seguir durmiendo me apremiaba. Al girar la cabeza hacia la izquierda, veo a dos guerreros tumbados en una camilla, inconscientes. Reconocí a uno de ellos. Era uno de los ocho Xelixianos que habían quedado en el laboratorio.

¡Lo han conseguido!

Cuando me giré a la derecha, casi se me sale el corazón del pecho.

Una figura sombría se inclinaba sobre el enorme cuerpo de Ghan, una oscura cortina de pelo ocultaba su rostro. Jadeé y el intruso levantó la cabeza. Amalia me miró, con un atisbo de preocupación en el rostro.

No, no es Amalia.

Los mismos ojos, rasgos inquietantemente parecidos, pero al menos diez años mayor.

La tensión la abandonó y me sonrió.

—Duerme, Hermanita —dijo su voz sintética—. Hablaremos más tarde.

Su mano blindada acarició el rostro de Ghan y besó suavemente sus labios antes de enderezarse. Los nanocitos de su traje cambiaron y se movieron alrededor de su cara, reformando su casco sin rostro. En la penumbra, no pude distinguir quién era. Parpadeé e intenté abrir la boca para preguntar algo, pero mis ojos no se mantenían abiertos. Dejé de luchar y el sueño se apoderó de mí.

Más tarde... hablaremos más tarde.



CAPÍTULO 26

ZHUL

Había sido un largo vuelo de vuelta de Xelhon al Distrito de Xelhan—algo más de siete horas. Los Tuureanos retiraron con éxito la ayuda visual dañada que estaba haciendo daño a Valena y le administraron un sedante. Sin embargo, mi preocupación no disminuyó hasta que aterrizamos en el complejo militar de Khel a altas horas de la madrugada y Maheva se ocupó de mi compañera. Entonces me di cuenta de que Varrek no había mentido cuando dijo que los Tuureanos se estaban acercando demasiado. Que nos hubieran alcanzado tan rápido después de que Amalia enviara la señal de socorro significaba que ya debían de estar buscándonos en la frontera del distrito de Xelhon.

A pesar de mi impaciencia por ver a mi familia, el Dr. Minh insistió en que me curaran las heridas y en que primero descansara. Accedí con la condición de permanecer al lado de Valena mientras la curaban.

Escoltado por un joven guerrero, entré en las sorprendentemente cómodas dependencias del búnker del complejo militar de Khel. Cuando entré en la habitación, Lelah se levantó del sofá donde estaba sentada y tiró a un lado el datapad que estaba leyendo.

—¡Zhul!

Corrió hacia mí y se arrojó a mis brazos. Con los hombros temblorosos por las lágrimas silenciosas, sus delgados brazos me estrecharon en un fuerte abrazo. Le besé la coronilla mientras la humedad se filtraba por la camisa limpia que me había prestado Lhor. Reunirme con mi familia con una túnica hasta los muslos y sin ropa interior habría sido, como mínimo, incómodo.

—No hay necesidad de llorar, cariño. Estoy bien.

Asintió contra mi pecho, pero siguió llorando un rato más. Recuperó la compostura, me soltó y se secó la cara con el dorso de la mano.

Me acunó la cara con ambas manos y me dedicó una sonrisa temblorosa.

—Te he echado mucho de menos, hermano mayor. Tenía miedo de que te hicieran daño.

—Como puedes ver, estoy bien. No me han hecho daño.

Bueno, casi nada. Gracias a las manos mágicas de Maheva, Lelah no necesitaba saber que

Lhor y yo recibíamos palizas mientras las chicas pateaban culos.

—*...recibiendo palizas de niñitas.*

Ese bastardo descarado...

A pesar de todo, me alegré de que el Primer Oficial hubiera salido con los otros guerreros. La explosión les golpeó bastante, pero el muro defensivo improvisado por el Almirante Lee absorbió la mayor parte, salvándoles la vida. En cuanto terminé de visitar a mi familia, tuve que volver a la enfermería para ver cómo estaba Valena.

Los ojos de Lelah se abrieron de par en par cuando miró por encima de mi hombro. Un delicado rubor cubrió sus mejillas. Se secó rápidamente la humedad que le quedaba en la cara y se acarició el pelo, cohibida.

¿Por el nombre de Gharah, qué...?

Miré detrás de mí y descubrí que el guerrero seguía presente, con una tierna sonrisa en los labios mientras miraba a mi hermana. Bajé los colmillos y se los enseñé. Sus ojos se cruzaron con los míos y los desvió rápidamente, con el calor subiendo por su rostro.

Carraspeó.

—Iré a buscar a tu sire.

Con una última mirada rápida a Lelah, se dio la vuelta y salió de la habitación. Miré a mi hermana y fruncí el ceño.

—Es demasiado mayor para ti.

Se mordió el labio inferior y se encogió de hombros.

—Solo tiene veintiuno.

—Son cinco años más.

—El General es siete años mayor que Amalia.

—Eres menor de edad.

Cruzó los brazos sobre el pecho y levantó la barbilla.

—Solo durante dieciocho meses más. Y solo para unirte a un compañero, no para salir con uno potencial.

Estuve a punto de utilizar su condición de Manchado como argumento, pero afortunadamente me contuve a tiempo. Los nobles se volverían locos si Lelah, una hembra Prime de una poderosa familia noble, se uniera a un Manchado. Me avergonzó darme cuenta de que mi reacción instintiva coincidía con la suya. Lhor y Khel habían sido Manchados. Sin embargo, no podía pensar en dos machos que merecieran una compañera más que ellos. No sabía nada de este joven guerrero. Que se uniera a las filas del Escuadrón de Élite de la Primera División a su edad hablaba muy bien de él.

Sin embargo...

Amalia tenía razón cuando dijo que los Manchados eran tratados como ciudadanos de segunda. Si hubiera sido Prime, mi reacción probablemente no habría sido tan agresiva. Nuestra sociedad estaba fundamentalmente rota. No éramos mojigatos sexuales. Nadie vería con malos

ojos que Lelah fuera sexualmente activa a su edad. Aunque la diferencia de edad recomendada con menores era de cuatro años, cinco no provocaría ningún alboroto.

La Mancha sí.

En cualquier caso, la idea de que un macho tocara a mi hermana hizo que mis glándulas de veneno se dispararan.

—Tranquilo, hermano mayor —sonrió con satisfacción y me dio un golpecito en la punta de la nariz, como he hecho a menudo con ella—. No tengo prisa por estar en la Sala de Unión. Tú, en cambio, me debes todo tipo de explicaciones. Suéltalo.

Mi rostro se suavizó al pensar en mi compañera. Cogí a Lelah de la mano y la conduje a uno de los múltiples sofás gris oscuro de la sala de estar. La gran sala, dividida entre el salón y el comedor, me recordaba al vestíbulo de un hotel y a una cafetería fundidos en un solo espacio. A lo largo de la pared del fondo, unas cuantas puertas daban a los dormitorios. No sabía cuántas personas podían vivir cómodamente en este búnker, pero parecían al menos cincuenta.

Nos sentamos en el gran sofá, Lelah dobló una de sus piernas bajo la otra.

—¿Y?

—La amo.

Me sonrió.

—¿De verdad se te propuso?

Sonreí.

—Sí. Intercambiamos votos.

Lelah chilló de alegría y aplaudió.

—¿Cuándo vas a ir a la Sala de Unión?

Intenté reprimir el ceño fruncido. Esto sería un poco más complicado. Los Tuureanos estaban poniendo muchas trabas para revelar la existencia de Valena. Nos reuniríamos esta tarde para hablar de ello y de otros asuntos delicados.

—Pronto, espero. Están pasando muchas cosas locas ahora mismo.

Locas y dolorosas.

Los Praghan estaban reunidos con Bhek Zirthen. No podía ni imaginar lo devastado que debía estar el viejo Consejero. Bhek y yo a menudo no estábamos de acuerdo, pero lo respetaba. Él adoraba a su compañera. Tan pronto como despegamos de la hacienda abandonada anoche, Khel envió una orden de búsqueda para Fhara Zirthen. En cuestión de minutos, recibimos la confirmación de que había escapado fuera de este mundo el día anterior. La hora coincidía extrañamente con la visita de Varrek para llevarnos a Valena, Vahleryon y a mí fuera del planeta.

La puerta se abrió y el joven guerrero acompañó a mi padre. Cuando me vio, su rostro se derrumbó en lágrimas de alegría.

—Hijo mío.

Me levanté de mi asiento y me encontré con él a medio camino. Nuestros pechos chocaron en un fuerte abrazo. No sé cuánto tiempo estuvimos abrazados. Cuando me soltó, me puso las

manos en los hombros y me examinó de pies a cabeza.

—Estoy bien, Padre.

Asintió e inspiró profundamente, tratando de contenerse. Nos reunimos con Lelah en la sala de estar. Volví a sentarme a su lado y ella se apretó contra mí. Mi padre se sentó frente a nosotros en el sillón. Me miraba fijamente, como si aún no pudiera creer que yo estuviera allí.

—¿Te tratan bien? —pregunté.

Mi padre volvió a asentir.

—Mucho mejor de lo que merezco, la verdad.

Dudé, luego me lancé.

—¿Madre? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—Se negó a venir al complejo. Sin embargo, el General le asignó un par de guardias por si V iba a por ella. Está bien.

Me sentí realmente aliviado. No odiaba a mi madre. Simplemente no la quería. O al menos, no estaba seguro de ello. Aun así, la idea de que alguien le hiciera daño me hacía hervir la sangre. La verdad era que mis sentimientos por ella me confundían. Antes de todo este lío, habría respondido sin dudar que no me importaba mucho lo que le ocurriera.

Ahora ya no tanto.

La influencia de Rhal brillaba por su ausencia. Había sido el favorito de nuestra madre. Como todo Ancla, yo había sido un niño salvaje, propenso a los excesos y al comportamiento temerario. Rhal había sido más introspectivo y moderado. Como conciencia de la pareja Geminada, los Núcleos eran criaturas calmadas, amables y cariñosas por naturaleza. Esta compasión infundía ahora cada célula de mi ser.

—Ella quiere volver con mi padre —dijo Lelah con cautela.

Miré fijamente a mi padre, con la preocupación floreciendo en la boca del estómago. Una parte de mí deseaba que mis padres resolvieran sus diferencias, pero mi madre era demasiado tóxica para él.

Mi padre me sostuvo la mirada, inquebrantable.

—Tu madre conoce mis condiciones para considerar siquiera darle otra oportunidad.

—¿Terapia? —pregunté.

Asintió con la cabeza. El peso en el pecho que me oprimía los pulmones disminuyó.

—Empezó hace un mes —dijo Lelah, observando mi reacción.

—¿Qué? —los miré a cada uno por turno, incrédulo.

—Lo ha hecho —dijo mi padre—. Tu secuestro la afectó mucho. A pesar de todos sus defectos, Ruthy te quiere. A los dos. Cuando se dio cuenta de que podría perderte para siempre, algo se rompió en su interior. Fue el shock que necesitaba para enfrentarse por fin a la muerte de tu hermano.

Me froté la frente y me pasé los dedos por el pelo.

—Entonces, ¿es una hembra cambiada? —pregunté, intentando dar sentido al caos de emociones que se arremolinaban en mi cabeza.

Mi padre resopló.

—Difícilmente. Tardará más de un mes en resolver todos sus problemas. Y la Diosa sabe que tiene muchos. Pero mientras se mantenga firme en su camino actual, yo la apoyaré. Suponiendo que yo esté aún por aquí....

Se me cayó el estómago. Técnicamente, mi padre no había participado en un delito sexual, aunque sus acciones lo habían facilitado. Las penas por corrupción eran mucho menos severas. En algunos casos, dependiendo de la naturaleza de la corrupción, el culpable podía librarse con un simple tirón de orejas. Si las hembras no hubieran sido masacradas en esta última redada, mi padre podría haberse librado con algo bastante leve. Pero el pueblo querría que alguien rindiera cuentas por esta tragedia. Que se presentara por su cuenta probablemente no le libraría.

—¿Te procesarán? —pregunté, odiando el temblor de mi voz.

Acababa de reencontrar a mi padre después de tantos años de sumisión sin sentido a mi madre. Perderlo ahora me parecía insoportable.

Suspiró.

—Probablemente.

~

Cuando entré en la enfermería, Valena estaba sentada al borde de la cama, sumida en una intensa conversación con Maheva. Me maldije interiormente por no haber estado a su lado cuando se despertó. Al oírme acercarme, giró su hermoso rostro hacia mí y se me cortó la respiración.

Unos brillantes ojos azules de circón me miraban fijamente, desprovistos del velo lechoso que antaño ocultaba su belleza. El contraste con su piel cobriza hacía que sus ojos parecieran aún más grandes y brillantes.

Valena saltó de la cama y se quedó inmóvil. Me observó mientras jugueteaba con la falda de su vestido blanco. El dobladillo le cubría parcialmente las rodillas, lo que resultaba poco natural para un vestido de Prime. Supuse que se lo había prestado Amalia, que era unos centímetros más alta que ella.

Maheva retrocedió unos pasos, dejándome su sitio frente a Valena. Acaricié el rostro soñador junto al que quería despertar el resto de mis días. Las manos de Valena rodearon mi muñeca, pero no sentí ningún cosquilleo.

—Has recuperado la vista —le dije en voz baja.

Ella asintió, con los labios temblorosos.

—Eres libre.

Me sonrió con lágrimas en los ojos y respiró agitadamente.

—Sí.

—Léeme.

Volví a sentir el cosquilleo y dejé traslucir todo mi amor por ella y mis esperanzas en nosotros. Ella rio con alegría desenfrenada y me besó. Le solté la cara, la estreché contra mí y ella me rodeó con sus brazos. La sangre se me calentó como siempre con Valena. El poder que ejercía sobre mí debería asustarme, pero yo solo quería entregarle todo lo que era.

El sonido de pasos que se acercaban nos devolvió a la realidad. Valena parecía tan incapaz como yo de mirar a Maheva. La hembra mayor mantenía la mirada baja y no conseguía ocultar su sonrisa. El Dr. Minh estaba junto a Maheva y entrelazó sus dedos con los de ella.

Me quedé boquiabierto.

Hinchó el pecho y lanzó una mirada orgullosa y cariñosa a su compañera.

—Por favor, vengan a mi despacho para que podamos hablar más cómodamente —dijo Minh.

Fruncí el ceño. ¿De qué quería hablarnos? Valena y yo intercambiamos una mirada de preocupación.

—No se preocupen —dijo Minh, percibiendo nuestra inquietud—, todo está bien.

Le seguimos hasta un pequeño despacho al fondo de la sala médica. Como todo lo Xelixiano, era funcional, anodino y, en su mayor parte, yermo. Un pequeño escritorio, apoyado contra la pared, estaba repleto de discos de datos y holotarjetas. El monitor del ordenador parecía ahogarse entre ellos. Una gran pantalla de video situada en la pared mostraba de forma rotativa diversos historiales médicos e informes de análisis.

Frente al escritorio había cuatro sillas enfrentadas.

Lo habían planeado.

Tomamos asiento, Valena a mi lado y la pareja de ancianos frente a nosotros. La noche anterior, mientras Maheva atendía a Valena, yo había explicado a la pareja lo que nos habían hecho durante nuestro cautiverio. La parte más dura había sido revelar cómo Valena había perdido a nuestro hijo hacía seis semanas debido a lo que supusimos que era inanición de ryspak.

—Siento saltar sobre ustedes tan pronto después de su terrible experiencia, pero es mejor que hablemos primero con ustedes antes de que se reunan con los Tuureanos —dijo Minh.

Valena y yo intercambiamos una mirada confusa. Me cogió de la mano y le di un apretón tranquilizador.

—¿Por qué?

—Los Tuureanos se han propuesto liberar a todas las Veredianas y restaurar nuestra especie —dijo Maheva—. Cualquier experimento médico realizado en una Verediana es de gran interés para ellos, especialmente de naturaleza reproductiva.

—¿Por qué? —esta vez le tocó preguntar a Valena—. ¿Qué ganan con ello? ¿Qué son?

Minh miró a Maheva, que bajó los ojos. Se mordió el labio inferior un momento, reflexionando. Volvió a mirar a Valena, con un brillo decidido en la mirada.

—Son amigos, Valena. Los amigos más leales y devotos que podríamos haber esperado.

—Pero, ¿por qué? —insistió—. ¿Qué ocultan bajo su armadura?

La mirada de Maheva se endureció. El fuerte contraste con la gentil anciana me desconcertó.

¿Por el nombre de Gharah, qué está pasando?

—Ese es su secreto, que revelarán cuando lo consideren oportuno.

—Los secretos son peligrosos.

—Los secretos nos han mantenido vivas —replicó Maheva—. Los secretos son la razón por la que somos libres y por la que el resto de nuestras Hermanas pueden esperar algún día una vida fuera de los complejos de cría. Dime, niña, ¿qué es más importante para ti? ¿Exponer su secreto a riesgo de hacer caer todo su imperio, o dejarlo en paz con la posibilidad de reunirte algún día con tu madre?

Valena tragó con fuerza y desvió la mirada. Minh frunció el ceño y agarró la mano de su compañera.

—Maheva —dijo Minh en tono ligeramente regañón.

—No, Minh. Hay que decir algunas verdades duras —Volvió a mirar a Valena, pero su expresión se suavizó—. No hay nada más doloroso que ocultar secretos a tus seres queridos, sobre todo sabiendo que más tarde podrían resentirse por ello. Pero es la carga que debemos llevar por el bien de nuestro pueblo.

Valena suspiró y asintió lentamente. En ese momento, me di cuenta de que algo había sucedido en mi ausencia. Aunque la necesidad de preguntar lo que me quemaba la lengua, como Consejero comprendía muy bien la necesidad de guardar el secreto por el bien de muchos.

—Una vez aclarado esto —dijo Maheva—, la información que has compartido con nosotros ya ha sido de gran ayuda.

Ambos nos animamos.

—A pesar de toda su crueldad, ese individuo Varrek nos ayudó a superar nuestro callejón sin salida —dijo Minh—. He sido incapaz de reproducir los resultados obtenidos por Khel y Lhor con la oxitocina de Amalia. Hasta esta mañana... El uso de su hormona en muestras de otros Geminados mostró un cien por cien de éxito cada vez.

—¿Qué significa eso? —pregunté, sintiendo que mi excitación aumentaba.

—Significa que los Geminados tienen algo que los otros Xelixianos no tienen. Una vez que lo encontremos y lo aislemos, quizá podamos idear una cura para la Mancha.

¡Por la Sangre de Gharah!

Me desmayé al darme cuenta de cómo esto cambiaría el curso de la historia Xelixiana.

—Oh Diosa —dijo Valena, poniendo su mano sobre su corazón—. ¡Es una noticia asombrosa!

—Sí —la sonrisa de Minh no llegó a sus ojos. Eso me hizo reflexionar—. No puedo mantener estos hallazgos en secreto. Sabes lo que eso significa, Zhul.

—Puede que el Consejo finalmente ceda a convertirnos a todos en ratas de laboratorio.

El miedo volvió a los ojos de Valena. No podía culparla. Después de toda una vida de esclavitud, lo último que necesitaba era que le arrebataran su recién encontrada libertad antes incluso de poder disfrutarla.

—Sí. Los Tuureanos no permitirán que ninguna Verediana vuelva a ser cautiva —dijo Maheva—, pero cuanto más dispuestos estén a colaborar, más fáciles serán las negociaciones.

—Por supuesto —dijimos Valena y yo simultáneamente.

Nos miramos y sonreímos.

—Los Tuureanos los protegerán aún más a los dos por la otra buena noticia —dijo Maheva, con los ojos brillantes.

Contuve la respiración, sabiendo lo que iba a decir. No entendía cómo, pero lo sabía.

—Tus gemelos han tenido su primer latido esta mañana, mientras dormías —dijo Minh—. Gemelos idénticos. Aunque mi equipo no puede confirmarlo con solo cuatro semanas, Maheva está cien por cien segura de que son varones.

Valena se tapó la boca con una mano y el estómago con la otra. La levanté de la silla y la subí a mi regazo. Se estremeció contra mí, el mismo miedo que nos corroía a los dos.

—Sé lo que estás pensando —dijo Maheva—, pero no tengas miedo. Los fetos son fuertes y sanos. Se sienten exactamente como se sintió el hijo de Amalia durante su embarazo y como se siente actualmente el Geminado de Vahl.

—¿No lo dices por decir? —pregunté.

Me sostuvo la mirada sin inmutarse.

—No lo haría. No sobre algo así.

—No sabemos si ser Geminado tiene algo que ver —dijo Minh—, pero algo que ayudaste a aclarar es que se requiere un consumo abundante de ryspak fresco antes del embarazo. También creo que la hembra Verediana necesita estar en su período.

—¿Pero por qué en el período? —preguntó Valena.

La cara de Minh se calentó.

—Zhul mencionó que parecías particularmente insaciable durante ese primer embarazo, a pesar de que tu período no había comenzado.

Valena me miró con cara de “no puedo creer que hubieras dicho eso” antes de volverse hacia el médico, con las mejillas coloradas. Me retorcí en la silla. Yo no solía jactarme con los demás después de mis relaciones sexuales. Pero era información relevante.

—Creo que el bebé necesita altos niveles de oxitocina en tu torrente sanguíneo para desarrollarse, como es el caso durante tu período —dijo Minh, atravesando nuestra vergüenza colectiva—. Durante tu primer embarazo, tus niveles eran normales y, por tanto, demasiado bajos. Creo que tus impulsos pretendían rectificar ese problema.

—Entonces, ¿van a estar bien? —preguntó Valena casi en un susurro—. ¿Nuestros bebés van a estar bien?

—Sí, querida —dijo Minh—. Tenemos motivos para creer que lo estarán.



CAPÍTULO 27

ZHUL

Nos reunimos en la Sala de Situación del complejo militar de Khel. ¿Quién en nombre de la Diosa me habría imaginado aquí? Más extraño aún, ahora estaba sentado frente a mi antiguo némesis y no me miraba como si quisiera masticar mis huesos. Había algo extraño en ser mutuamente cordial con alguien a quien habías pasado años convenciéndote de que despreciabas.

Las otras personas sentadas con nosotros en la mesa eran Valena, Amalia, Lhor, Maheva, Minh, el Almirante Lee, Kamala, el Primer Oficial Ghan y el Detective Gravhin.

Volví a echar un vistazo a Khel y no podía creer lo mucho que había mejorado desde su primera reaparición pública, ocho días atrás. La capacidad curativa de Maheva era realmente notable. Aparte de su única cresta *crihnin* torcida, el General casi había vuelto a ser el de antes. Fueran cuales fueran los sentimientos de Gruuk hacia ella, el talento de Maheva por sí solo la hacía inestimable. La gente codiciaría tal poder. Mantenerla oculta, por lo tanto, tenía sentido, pero ¿qué clase de vida era esa? Sus palabras a Valena sobre los secretos y la carga que representaban se hicieron más claras.

Khel se levantó de su silla para dirigirse a nosotros. Aunque no tenía el irresistible carisma de Lhor, el General poseía una presencia que imponía respeto y atención. En cierto modo, le echaba de menos en la Sala del Consejo. Meterse con él era muy divertido.

—En primer lugar, quiero agradecerles a todos sus incansables esfuerzos no solo por salvarme la vida, sino por ayudar a rescatar a mi familia y a nuestros dos invitados —dijo Khel haciendo contacto visual con todos antes de posarse en Valena y en mí—. Como pueden suponer, la explosión del laboratorio no ha pasado desapercibida. El Consejero Jormhon está fuera de sí y los medios nos acosan en busca de respuestas.

Apenas pude contener un bufido de diversión. Sin duda, al pintoresco Concejero del Distrito de Xelhon se le saldrían las venas en cuanto Khel confirmara que ni siquiera su virtuosa región se había librado de la corrupción de Varrek.

—Debemos presentar un frente unido en nuestra respuesta a las Casas de Sangre, los secuestros, Fhara Zirthen y el antiguo Consejero Nhed Dervhen.

Se me oprimió el corazón al oír el nombre de mi padre. No era una persona malvada, pero

había metido la pata hasta el fondo. Los que habían sufrido por sus acciones, aunque indirectamente, merecían una reparación.

—Behn, ¿quieres? —dijo Khel, antes de volver a sentarse.

El detective del Distrito Capital asintió a Khel.

—Según todos los indicios, las Casas de Sangre de Xelix Prime son por fin cosa del pasado. Nuestro interrogatorio de los Guldanos y Xelixianos capturados en la redada de anoche nos ha proporcionado las identidades de varios clientes y otros guardias que ya estamos acorralando.

Tocó los controles de la mesa de conferencias que tenía delante y apareció una pantalla holográfica en el centro de la mesa. Se alternaban las imágenes de Fhara Zirthen, Whil Dervhen, Varrek Vrok y la Enfermera Rosthan. Sobre sus cabezas aparecía la palabra “SE BUSCA”.

—Estos son los cuatro personajes clave que faltan. Estos carteles se pegarán en los Cuadrantes Occidental y Oriental. Tenemos un soplón entre nosotros. No sabemos si en el Consejo, en el departamento de policía o en el ejército. Pero estos criminales sabían que debían irse cuando lo hicieron. Ese soplón podría haber sido Fhara Zirthen, pero su compañero no sabía de la redada en el Centro de Convenciones, así que creemos que el soplón sigue suelto.

—¿Qué significa eso para el Consejero Bhek? —pregunté.

—Ha renunciado a sus funciones. Con su compañera bajo investigación, cree que no es apropiado continuar con su papel.

Aunque no me sorprendió, me entristeció. Bhek era un macho respetable y un gran Consejero.

—Pero eso nos lleva al problema planteado por ustedes dos.

—¿Problema? —pregunté, sintiendo que se me tensaban los nervios de la nuca.

El Detective Gravhin apagó el holograma.

—La gente querrá saber si se recuperaron sanos y salvos —dijo Behn—. Luego preguntarán si había otros prisioneros. ¿Qué les decimos? Hasta ahora, hemos mantenido su existencia en secreto. Y los Tuureanos...

El Almirante Lee le interrumpió.

—Nosotros nos encargamos a partir de ahora.

Valena mantuvo un rostro neutro, pero su mano encontró la mía bajo la mesa. Nuestros dedos se entrelazaron.

—Saludos, Valena Rounis —dijo el Almirante—. Pido disculpas por no haberme presentado correctamente ayer. Como sabéis, las cosas se calentaron un poco.

Todo un eufemismo.

—Un placer —dijo Valena.

—Como probablemente ya sepáis, un gran número de vuestras Hermanas se benefician de nuestra protección. Nos gustaría extender lo mismo a vos.

—¿Y cómo piensan hacerlo? —pregunté.

La cabeza sin rostro del Almirante se volvió hacia mí. Odiaba no poder ver su expresión ni

hacerme una idea de lo que estaba pensando.

—Hemos creado un refugio para todas las Veredianas. Queremos que Valena venga con nosotros, donde estará a salvo y entre los suyos.

—En. Tus. Sueños.

Una discreta sonrisa jugó en los labios de Khel.

Esperaba mi reacción.

Por alguna razón, sospeché que él podría haber pasado por lo mismo con su compañera. Me resultaba extraño tener una sensación de parentesco con él.

—Esa no es vuestra decisión —dijo Lee.

—Tampoco es tuya.

—Correcto, porque es mía —dijo Valena, mirándonos fijamente a los dos.

Apartó su mano de la mía y dobló la suya sobre la mesa. Una sensación de temor me recorrió la espalda.

—Amalia me ha hablado mucho de lo que has hecho por las Veredianas. Admito que suena maravilloso. Y quiero ir. Hace demasiado tiempo que no estoy entre mi gente.

El dolor que me desgarró fue como si una bomba de ácido explotara en lo más profundo de mi ser, haciéndome pedazos. Me quedé mirándola, incrédulo. ¿No me acababa de decir que me amaba? ¿Había sido todo una treta desde el principio? ¿Había caído una vez más en su engaño?

Amalia se tapó la boca con la mano y abrió mucho los ojos. La sorpresa inicial de Khel se convirtió en una mirada de lástima.

Eso también dolía.

—Pero no voy a cambiar una prisión por otra —dijo Valena—, por muy celestial que pueda ser. Ya nadie puede dictar cómo vivo, dónde vivo y con quién vivo. Ni los Tuureanos —dijo mirando al Almirante—, ni las Veredianas —miró a su vez a Amalia y Maheva.

Se volvió hacia mí. El corazón se me subió a la garganta.

—Por mucho que te ame, y te amo, ni siquiera tú puedes dictar mi vida. Nadie puede decidir por mí nunca más.

—¡Así se habla, chica! —susurró Amalia.

¿Pero qué coño...?

La fulminé con la mirada. Amalia arrugó la cara, se mordió el labio inferior y bajó los ojos.

—No pretendemos controlaros —dijo Lee—. Una vez que os establezcáis entre nosotros, encontraréis....

—No me voy a establecer con ustedes —interrumpió Valena, acomodándose un mechón de pelo detrás de la oreja—. He dicho que quiero ir, pero solo para ver a mis Hermanas. Llevo años aislada y echo de menos ese vínculo. Dicho esto, ahora tengo un compañero.

Me cogió la mano y la estrechó entre las suyas sobre la mesa. La esperanza surgió en mi pecho, pero la contuve. Todavía había demasiadas cosas inciertas.

—Le haremos un hueco.

Valena resopló con impaciencia, mientras yo me tragaba las ganas de darle un puñetazo al Almirante. Por mucho que me gustara darle un puñetazo, sería una estupidez.

—Estás asumiendo que queremos vivir allí. Donde Zhul y yo nos establezcamos será una decisión que él y yo tomaremos juntos de acuerdo a lo que sea mejor para nosotros y para nuestros gemelos.

—¿Qué? —dijo Amalia.

—¿Gemelos? —las palabras susurradas con la voz sintética del Almirante me erizaron la piel.

Aparte de Maheva y Minh, todos los demás alrededor de la mesa nos miraban asombrados, incluso el siempre estóico Ghan.

Valena asintió.

—Sí, estamos embarazados —lanzó una mirada insegura a Maheva, que le sonrió.

—¿Nana? —preguntó Amalia.

—Parece que la pobre Zharina pronto se verá invadida de testosterona —dijo Maheva con un brillo travieso en los ojos—. Valena nos está preparando otro par de chicos.

No hacía falta ser un genio para leer la pregunta tácita que la mirada recelosa de Amalia dirigía a su gran madre.

—Son fuertes y sanos —añadió Maheva—. En las próximas semanas, pueden empezar a hacer apuestas sobre cuál de las dos comerá más. Será mejor que se abastezcan de ryspak.

—Oh Diosa —dijo Lhor, mirándome—. Lo siento por ti. Guarda reservas en tu dormitorio si quieres dormir una noche entera.

Amalia le dio una palmada juguetona en el antebrazo.

—No es una apuesta justa. Ella tiene dos, y yo solo uno. ¡Claro que me ganará!

De todas las cosas ridículas por las que discutir...

Dicho esto, el recuerdo de la forma en que Amalia se atiborró de ryspak el otro día, casi poniéndose enferma con él, asomó la cabeza. Miré con recelo a Valena. En efecto, ¿qué haría con dos bebés en su vientre?

Las felicitaciones estallaron por todas partes. Acerqué la silla de Valena a la mía y la rodeé con el brazo. Ella se inclinó hacia mí.

Fue entonces cuando me di cuenta de que ambos Tuureanos habían permanecido inquietantemente callados, mirando fijamente a Valena.

—¿Vamos a tener algún problema, Almirante? —pregunté.

Eso pareció sacarlo de su aturdimiento.

—No. Claro que no. Es una noticia increíble —se volvió hacia Maheva y Minh—. ¿Habéis descubierto cómo?

Minh negó con la cabeza.

—No exactamente, aunque tenemos algunas nuevas pistas sólidas y un par de teorías. En cualquier caso, creemos que ahora estamos más cerca de la solución. Te daremos todos los

detalles más tarde.

Lee le dedicó una dura inclinación de cabeza antes de volverse hacia Valena.

—¿No veis entonces que esta es una razón más para que vengáis con nosotros? Seguro que entendéis lo importantes que son vuestros hijos.

—Ni más ni menos que los hijos de Amalia —dijo levantando la barbilla. Mi corazón se hinchó de orgullo por mi compañera—. No solo serán Veredianos, sino también Xelixianos. Si me preguntas a mí, Almirante, me gustaría que mis hijos crecieran entre otros como ellos. Y eso sería aquí mismo, con el pequeño Vahl y su Gem.

—Vahl se beneficia de la protección del General y su ejército que viven en la hacienda —intervino Kamala—. Zhul Dervhen no puede hacer tal alarde. Y, sin ánimo de ofender a tu compañero —dijo mirándome—, el Consejero no es un guerrero.

Eso me dolió, aunque era cierto.

—Tienes razón —dije—. No soy un guerrero. Nunca he necesitado serlo. Pero tengo los medios para contratar guerreros experimentados que mantengan a salvo a mi familia. Estoy seguro de que el General tendrá la amabilidad de darme recomendaciones.

Khel asintió con la cabeza.

—¿Qué estáis diciendo? —preguntó Lee.

—Lo que estamos diciendo es que queremos mantener nuestras opciones abiertas —dijo Valena—. No tenemos prisa por tomar una decisión ahora. No se trata solo de los bebés y de mí. Zhul también tiene familia aquí y responsabilidades. Todo esto está sucediendo demasiado rápido. Danos tiempo para resolverlo y tomar la mejor decisión para nuestra familia.

—Como deseéis.

A pesar de su amable concesión, era obvio que el Almirante no estaba contento con el resultado. Pero Valena tenía razón. Nunca se me pasó por la cabeza dejar Xelix Prime. Si era la única forma de estar con ella, lo dejaría todo, pero esperaba no tener que hacerlo. Necesitábamos tiempo para pensar las cosas.

—Lo que nos lleva de nuevo al último tema del Detective Gravhin. ¿Cómo manejamos a los medios? ¿Qué decimos de estos dos? —dijo Ghan, señalándonos.

—Celebrad el rescate del Consejero Dervhen y guardad silencio sobre Valena, como hicimos con Madre —dijo Lee.

Los ojos de Valena se desviaron hacia Lee. Una mirada extraña cruzó su rostro.

—Acabo de decirte que no quiero estar enjaulada. Vivir escondida es lo mismo. Quiero reclamar a mi pareja en la Sala de Unión e inscribir a nuestros hijos en la Sala de los Registros. Dondequiera que acabemos viviendo, mis hijos tendrán raíces.

—No se trata solo de vos, Valena Rounis —espetó Lee.

Kamala le puso una mano tranquilizadora en la muñeca.

—Cuidado con cómo te diriges a mi compañera —rechiné entre dientes.

El Almirante respiró hondo y exhaló lentamente.

Este no es el comportamiento de una inteligencia artificial.

—Los secretos son lo que mantiene a salvo a las Veredianas.

—Los secretos son los que mantienen a las Veredianas solas y atrapadas —replicó Valena—. Amalia me contó lo maravilloso que es tu refugio, pero también que allí no hay ni un solo macho. Muchas de las hermanas han expresado su deseo de conocer a machos Xelixianos. Pero se les niega.

Nos miró a cada uno de nosotros alrededor de la mesa antes de que sus ojos volvieran al Almirante. Le froté la mano con ánimo por la espalda, hipnotizado por la fuerza de mi compañera.

—Así que sí, están a salvo, pero también condenadas a una vida de soledad.

El Almirante se puso rígido ante sus palabras.

—No pongo en duda el bien que estás haciendo por nuestro pueblo —dijo Valena en tono conciliador—, pero preferiría llevar una vida arriesgada llena del amor de mi compañero y la risa de mis hijos que una segura llena de vacío y silencio. Apuesto a que si preguntas a las Hermanas qué preferirían, te sorprenderán los resultados.

—Si te sirve de algo, Lee —dijo la voz profunda de Ghan—, su existencia ya no es tan secreta.

Todos nos giramos para mirarle.

—Todas las hembras de las Casas de Sangre obviamente sabían de ella. Mientras estuvimos aquí, pudimos convencerlas de que guardaran silencio al respecto. En cuanto volvieron a sus mundos de origen, unas cuantas empezaron a hablar, algunas por cantidades ridículas de créditos de la prensa sensacionalista.

El Almirante bajó los hombros. Sentí una extraña lástima por él. Era una carga muy pesada para un solo macho.

—Peor aún, están empezando a difundir rumores de que Xelixianos y Tuureanos la tienen cautiva y experimentan con ella —continuó Ghan—. Lo siento Lee, pero en el caso de Valena, creo que es mejor que revelemos su existencia y disipemos cualquier rumor que pueda crecer desproporcionadamente y causar un problema mayor más adelante.

Ghan miró a Maheva.

—En cuanto a la gran madre Maheva, nadie sospecha aún de su existencia. Como quieras manejarlo, lo dejamos a tu discreción.

—Gracias Ghan, y a vos Valena —dijo el Almirante con voz cansada—. Nos habéis dado mucho en qué pensar —se volvió hacia el Detective Gravhin—. Parece que ya tenéis vuestra respuesta, Detective. El daño ya está hecho. Proceded como creáis conveniente y os daremos nuestro apoyo.

—Eso nos lleva a nuestro último tema —dijo Khel. Sus ojos púrpura se posaron en mí—. El ExConsejero Nhed Dervhen.

Tragué saliva y mantuve la boca cerrada.

—Por su propia admisión, Nhed Dervhen debería ser acusado de corrupción —dijo el Detective Gravhin—. La cantidad que recibió no era tan sustancial. Él creía que V solo quería importar algunos productos cuestionables, concretamente muebles teñidos para nobles y coleccionistas. De haber sido así, y teniendo en cuenta que confesó voluntariamente, probablemente se habría librado de un delito menor, un tirón de orejas y la revocación o limitación de su inmunidad diplomática... de haber seguido siendo Consejero.

Ese sería el mejor resultado posible. Pero con nuestra suerte...

—Pero, aunque no era su intención, de hecho permitió el tráfico de Terranas y Aveanas, la esclavitud sexual y de sangre, todo lo cual resultó en la muerte de muchos inocentes —dijo Lhor.

—Correcto —dijo Gravhin—. Y ese es el quid. El fiscal presionará para que se le acuse de delito grave y se le condene como delincuente sexual.

Se me heló la sangre. El castigo por delitos sexuales era extremo en Xelix Prime. Aunque no parecía funcionar como elemento disuasorio adecuado, ese castigo seguía aplicándose. Por eso, los que cometían esos delitos solían quitarse la vida antes que enfrentarse a la justicia. Mi padre no se merecía eso.

—Es un castigo demasiado duro —dijo Lhor. Ghan asintió—. Estábamos allí cuando confesó. También le hemos interrogado largamente. Nhed Dervhen no es un mal macho. Solo hizo una mala elección en un momento de debilidad.

—Pero una elección con graves consecuencias —dijo Khel, pasando los dedos por la cresta torcida de su *crihnin*.

Mi estómago se anudó y se revolvió dolorosamente. A pesar del trágico resultado de la incursión, los Xelixianos amaban a su General. Si Khel pedía el máximo castigo, mi padre estaba condenado.

—¿Crees que merece el máximo castigo? —pregunté, tratando de mantener la voz neutra.

Khel me sostuvo la mirada. Para mi sorpresa, la suya no era dura y condenatoria como esperaba.

—No. Estoy de acuerdo con ellos en que no lo merece. Sin embargo, ha cometido un crimen que ha tenido consecuencias. Ahora mismo, solo los presentes en esta sala, sus hijos y los abogados de su familia, que han jurado guardar el secreto, lo saben. Pero no nos corresponde actuar como juez, jurado y verdugo.

Eso me dejó sin aliento. En todos mis años interactuando con Khel Praghan, siempre pensé en él como un dictador. Como General de nuestro ejército y Consejero, siempre me pareció que tenía demasiado poder y que se consideraba por encima de la ley. Habría esperado que simplemente tomara las decisiones que considerara oportunas, sin importar las reglas.

—¿Por qué no? —preguntó Amalia—. Después de que Letha me envenenara, la dejamos ir con condiciones y ha cumplido su parte del trato.

—¿Qué? —preguntamos Valena, el Almirante y yo al mismo tiempo.

Amalia frunció el ceño e hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Es una larga historia. Se las contaré más tarde.

—Eso fue diferente, mi corazón —dijo Khel—. Su crimen fue solo contra ti. Como víctima, podías elegir si presentabas o no cargos contra ella. Decidiste no hacerlo, aunque todos estábamos en desacuerdo con tu decisión. Pero seguía siendo tu decisión.

Lhor asintió.

—Esta vez, sin embargo, hay innumerables víctimas indirectas. ¿No deberían tener voz?

—Pedirán sangre —dijo Valena—. Las hembras sufrieron muchísimo. Quieren que alguien sea castigado por su dolor —miró al General—. Si hubieran capturado a Varrek y a su madre, lo habrían descartado como una mera herramienta de Varrek. Pero si lo traes ante ellas ahora como único acusado, lo destruirán.

—No sería del todo el único acusado. Estamos reuniendo a algunos de los antiguos guardias y clientes —dijo Ghan—. Pero como víctima que eres, ¿qué crees que debería hacerse?

Le agradecí que hiciera esa pregunta. Hacía tiempo que me ardía en los labios.

—No soy la mejor referencia, me temo —dijo Valena con una sonrisa de disculpa—. He leído su mente. Conozco su corazón. Nhed Dervhen es un buen macho que también ha sufrido mucho. Yo lo dejaría ir.

Se me hizo un nudo en la garganta. La mano de Valena encontró la mía bajo la mesa. Le di un suave apretón de agradecimiento.

—En realidad, eso hace que tu testimonio sea aún más poderoso —dijo Lhor—. Estoy de acuerdo en que no podemos barrer esto debajo de la alfombra sin sentar un peligroso precedente. Sugiero que llevemos este asunto ante el Consejo y dejemos que ellos decidan, ya que esto también tiene serias ramificaciones diplomáticas. Si Valena responde por él ante ellos, podemos esperar un resultado más indulgente.

Todos asentimos.

La esperanza surgió de nuevo en mi corazón. Antes de su caída, mi padre tenía muchos amigos en el Consejo. Si la Diosa quería, le mostrarían misericordia.

—Eso es todo —dijo Khel—. Gracias a todos por su colaboración.

Todos nos levantamos de nuestras sillas. El Almirante y Kamala realizaron el tradicional saludo Verediano hacia Valena y hacia mí. Mi compañera lo devolvió con elegancia, mientras que yo lo hice un poco mal. Tuvieron la gentileza de no llamarme la atención. El Almirante acarició la mejilla de Amalia y luego saludó con la cabeza a sus compañeros y a los demás antes de abandonar la sala.

Ghan y Kamala le siguieron.

Cuando nos acercábamos a la salida, Khel se nos acercó. Rodeé la cintura de Valena con el brazo y esperé a ver qué quería.

Se detuvo ante mí, con una extraña sonrisa en los labios. No sabía si era con intensiones buenas o malas.

Sus ojos miraron a Valena antes de volver a mí.

—Has elegido bien, Dervhen.

Valena se sonrojó. El General era su héroe. Aunque se las apañaba muy bien para mantener el aplomo en su presencia, yo sabía que era un poco "fangirl" que él le hiciera semejante cumplido y sin duda hizo que le flaquearan las rodillas. Curiosamente, no sentí celos. Me pareció entrañable.

Hinché el pecho.

—Desde luego que sí. Valena es única.

Asintió lentamente y se encaró con Valena.

—Tú, en cambio, has elegido mal, *Seha* Rounis.

Valena se echó a reír.

Sacudí la cabeza.

—Encantador como siempre, Praghan.

Sonrió satisfecho.

—Más que nunca.

Valena se apoyó en mí y me puso la palma de la mano en el estómago.

—No es tan malo como crees —confió Valena burlonamente a Khel—. Es genial una vez que lo conoces.

—Eso he oído —dijo Khel, dirigiéndome una mirada de evaluación—. Parece que, por el bien de nuestras compañeras y nuestra descendencia, tú y yo deberíamos reconsiderar nuestra relación.

Aquello me golpeó como un puñetazo en las tripas. Khel no haría una oferta de paz a la ligera. Y menos a mí. Sabiendo que no era una oferta fácil para él, mi respeto por el General creció. Aún no estaba seguro de mis sentimientos hacia él, pero Lhor y Amalia sin duda me habían pintado un retrato muy diferente del que siempre había imaginado. El futuro de nuestras respectivas familias era lo único que importaba. En los meses y años venideros, las relaciones cordiales entre nosotros serían esenciales.

—Efectivamente, me parece lo más sensato.

Khel asintió.

—Como ya se está haciendo tarde, Amalia y Jhola han preparado una de las habitaciones de invitados de la hacienda para que tú y tu compañera pasen la noche. Xelhen es un vuelo demasiado largo a estas horas. Mañana, tú, Ghan y yo podemos discutir las medidas de seguridad en tu propiedad.

Eso me sorprendió. Abrumado por la sorpresa y la gratitud, me esforcé por mantener mi expresión neutral.

—Es una oferta muy generosa. Gracias, General.

Era más que generosa. Que me permitiera pasar la noche bajo su techo, donde dormían su compañera y sus hijos, era una enorme señal de confianza. Obviamente no pensé que confiaría ciegamente en mí. Sin duda, tendría algunas medidas de seguridad adicionales en caso de que

decidiera traicionar su hospitalidad. Eso no quitaba nada al cambio radical de nuestra relación.

Khel me dedicó una dura inclinación de cabeza.

—Si vamos a hacer esto, será mejor que me llames Khel.

Resoplé.

—¿Quién iba a pensar que llegaría este día?

Khel sonrió satisfecho.

—Los medios no sabrán qué hacer con esto.

Asentí.

—Entonces, por supuesto, llámame Zhul, por favor.

—Y a mí Valena, por favor.

Las facciones de Khel se suavizaron mientras sonreía a Valena.

—Bueno, Zhul, te enviaré los perfiles de algunos buenos candidatos para el destacamento de seguridad —miró por encima del hombro a Amalia, que se frotaba el estómago—. Eso, después de haber alimentado a mi compañera. Aquí viene la orgía de ryspak.

Con una última inclinación de cabeza, se dirigió hacia Amalia. Observé su retirada, perplejo.



EPÍLOGO

Los días siguientes fueron un torbellino de actividad. Nos despertamos en la lujosa habitación de invitados de la planta baja de la hacienda con gritos de emoción. El pequeño Vahl se había despertado por fin y quería ver al tío Sul. El afecto del niño le conmovió profundamente, pero preocupó a su sire, Khel. Gracias a la Diosa, Vahl no parecía sufrir ningún efecto negativo duradero por usar su habilidad. Sin embargo, sus padres permanecieron vigilantes y preocupados por su hijo. ¿Y si volvía a usarla y se hacía daño? Como broma, dije que quizá debería llevar guantes hasta que fuera mayor. Amalia pareció considerarlo seriamente. Aunque odiaba la idea, no podía culparla. Ella y sus compañeros estaban volando a ciegas intentando criar a sus hijos. Verlos enfrentarse a sus retos nos proporcionó buenas referencias para cuando tuviéramos que superar nuestros propios obstáculos una vez nacieran nuestros gemelos.

Eso influyó mucho en nuestra decisión de futuro. Zhul y yo hablamos largo y tendido sobre nuestra situación vital. Si no le hubiera conocido, habría aceptado la oferta de los Tuureanos sin dudarlo y me habría ido a su refugio Verediano para estar con mi gente. Yo no tenía hogar, pero él sí. Desarraigarlo de él me parecía cruel. Más importante aún, nuestros hijos serían especiales, como Vahl y Zhara. Queríamos que nuestros gemelos crecieran rodeados de otros como ellos. Fueran cuales fueran los retos que se nos presentaran—y no serían pocos—tendríamos más éxito manejándolos con los Praghan que por nuestra cuenta. Aunque decepcionado, nuestra decisión no sorprendió al Almirante Lee. En el fondo, creo que todos sabíamos cómo acabaría esto.

El anuncio a la prensa de la recuperación de Zhul y luego de mi existencia causó un gran revuelo. Aprendí ese día que la fama apestaba. Por qué la gente ansiaba la atención pública me desconcertó. Durante la rueda de prensa, Khel y el Detective Gravhin me llamaron al escenario. El aluvión de preguntas, fotos y videos me hizo desear meterme en un agujero y desaparecer. Zhul advirtió a uno de los periodistas que no dejaba de acosarme con preguntas bastante inapropiadas sobre lo ocurrido en los recintos de cría. Estaba claro que el periodista esperaba detalles escabrosos. Cuando insistió en su línea de preguntas, Khel intervino amenazándole con enseñarle modales. Eso le hizo callar.

Afortunadamente, Maheva también decidió levantar el silencio sobre su propia presencia en Xelix Prime. Eso desvió parte de la atención de mí. Cuando los medios de comunicación preguntaron por qué su existencia se había mantenido en secreto durante tanto tiempo, Maheva explicó que Amalia y sus compañeros solo habían respetado su petición de privacidad mientras ella superaba sesenta y un años de esclavitud.

Al día siguiente, se convocó una reunión privada y urgente del Consejo en relación con Nhed Dervhen. Lhor, Ghan, el Detective Gravhin y yo fuimos llamados a declarar. Lhor había tenido razón al decir que mi testimonio tenía un gran peso. Sin embargo, se preguntaban si esos eran mis verdaderos sentimientos o si mi relación con Zhul influía en mi opinión a favor de su padre. Cuando se puso en duda mi don psíquico, una rápida demostración de mi capacidad de lectura y control mental borró cualquier duda.

Tras un largo debate, el Consejo estuvo de acuerdo con nuestra conclusión de que Nhed no tendría un juicio justo si se le exponía en ese momento. A pesar de su disposición amistosa hacia él, lo habrían sacrificado de todos modos si no fuera por una serie de otros factores. La traición de Fhara Zirthen, que obligó a su compañero a renunciar a su función, la traición de Whil Dervhen y los anteriores Consejeros declarados culpables de utilizar los servicios de las Casas de Sangre habían hecho tambalearse la imagen moral del Consejo. No podían permitirse otro escándalo en el que se viera implicado uno de sus miembros, aunque fuera antiguo. Las relaciones diplomáticas con sus aliados ya eran bastante tensas. Esto podría ser un golpe de más para el órgano gubernamental.

Para nuestra mayor sorpresa, el Consejo solicitó que Nhed reanudara algunas de sus funciones diplomáticas en calidad de asesor. No gozaría de inmunidad diplomática y estaría bajo supervisión todo el tiempo. Después del difunto Dhak Pragrahn—el padre de Kel—y de Bhek Zirthen, Nhed era uno de los embajadores más respetados de Xelix Prime en el extranjero. Había renunciado a su cargo antes de que los destrozos de su vida personal pudieran hacerse públicos, preservando así su intachable imagen fuera del mundo. Sus numerosos contactos y amigos en el Consejo Galáctico le ayudarían a suavizar las cosas. Mientras tanto, estaba bajo arresto domiciliario.

Me ofrecí a ayudar a la madre de Zhul a superar su duelo y sus problemas mentales. Resultó que no era una compradora compulsiva ni una madre terrible, sino bipolar. Esto explicaba tanto su falta de culpa—e incluso de orgullo—por sus gastos excesivos como su hipersexualidad adúltera. *Seha* Dervhen padecía una forma más leve de esta enfermedad desde el principio de su relación. Sin embargo, el estrés provocado por la muerte de su hijo la llevó al borde de un comportamiento maníaco. Dudaba que yo pudiera curar la bipolaridad, ya que ella necesitaba medicación, pero podía ayudarla a hacer el duelo. Para mi sorpresa, se negó. Creía que sus acciones habían hecho daño a demasiada gente a lo largo de los años. Mi ayuda sería tomar atajos. Quería recuperar su vida por sí misma, por las malas.

Zhul no lo dijo en voz alta, pero eso le conmovió profundamente. Le dio la esperanza de que

algún día, podría tener una relación más sana con su madre.

A pesar de los rumores que circulaban sobre las habilidades de las Veredianas, en gran parte debido a que Amalia abrió la puerta del Centro de Convenciones para salvar a su compañero, decidimos mantener al mínimo las revelaciones sobre nuestros dones psíquico. Solo el Consejo y un número limitado de amigos de confianza conocían todo su alcance. Como siempre había sido su deseo, Maheva empezó a trabajar con su compañero en su clínica. Minh me presentó a uno de sus amigos psiquiatras especializado en trastornos mentales que afectaban a los Geminados. Yo esperaba especialmente hacer por otras parejas rotas lo que había conseguido por Zhul.

Eso no impidió que Khel y el Detective Gravhin me preguntaran sobre la posibilidad de trabajar con el ejército y las fuerzas del orden. Con mi ayuda, no habría necesidad de interrogatorios más “contundentes”, ya que cualquier confesión así extraída tendría la garantía de ser veraz. También podía implantar órdenes a los delincuentes y enviarlos de vuelta a sus organizaciones como soplones involuntarios. Aunque eso creaba grandes oportunidades para el lado de la justicia, también planteaba un gran número de cuestiones morales, éticas y de derechos de las personas. Tendríamos que discutir más a fondo cualquier posible colaboración y establecer límites.

Dicho esto, leí al preso Guldano y a Ghil. A través de Ghil pudimos detener a varios clientes, cuya culpabilidad fue confirmada por las muestras de ADN de las víctimas de las tres primeras Casas de Sangre. Sin embargo, aunque teníamos los nombres de algunos de los clientes del Distrito Capital, el ADN dañado de las hembras no pudo proporcionarnos pruebas suficientes para incriminarlos. Todos acabaron en una lista de vigilancia. El Detective Gravhin, Ghan y Lhor buscarían cualquier otra actividad delictiva en la que estuvieran implicados esos machos para inculparlos.

Aunque el Consejo no lo dijo abiertamente, esos arrestos también influyeron en la indulgencia mostrada hacia Nhed. Veintidós antiguos guardias y clientes—incluidos Lentín y Magnánimo—fueron detenidos. Casi me sentí mal por Mag. Con tanta gente para que la muchedumbre rabiosa destrozara, darles de comer también a Nhed no aportaría ningún valor adicional.

Por su parte, el prisionero Guldano no sabía mucho sobre el funcionamiento de las Casas de Sangre, pero era todo un experto en tecnología. Proporcionó amplia información sobre la tecnología que Varrek utilizó para engañar a los escáneres de los Tuureanos y salir del planeta, a pesar de las restricciones de vuelo.

No volvería a funcionar.

La semana siguiente, nuestro gran día llegó por fin. Sin el apoyo de Amalia, Maheva y Jhola, no sé cómo lo habría conseguido. Ya no era una cautiva, sino la compañera de una figura prominente de la sociedad Xelixiana. Entre encontrar el atuendo perfecto para mi Ceremonia de Unión y hacer de anfitriona de Ghan y los expertos en seguridad que nos ayudaron a asegurar la hacienda de Zhul—corrección, la hacienda de nuestra familia—me sentía abrumada. Al menos,

gracias a mi madre, dominaba la etiqueta adecuada.

Maheva y yo reclamamos a nuestros compañeros el mismo día. Aunque no lo habíamos anunciado públicamente, la gente sospechaba que yo podría unirme a Zhul en la siguiente Ceremonia de Unión, así que el récord de asistencia no fue ninguna sorpresa. La presencia de Maheva fue un extra inesperado para la estridente multitud y los ávidos medios de comunicación. Tuve que coincidir con la opinión de Amalia sobre el evento—una formalidad anodina y acelerada. Pero no me importaba. Zhul era oficialmente mío.

Los Tuureanos se presentaron en masa aquel día, con cuarenta de ellos vigilando todas las entradas, mezclándose entre los testigos y patrullando la periferia de la Sala. Su mensaje era claro para todos: métete con las Veredianas y te fastidiaremos. Mis sentimientos hacia el Almirante seguían siendo dudosos, pero agradecí a la Diosa que contara con un protector tan poderoso.

Para la ocasión especial, al padre de Zhul se le dio permiso para asistir a la ceremonia con su hija. No fue por compasión hacia él. Su ausencia plantearía demasiadas preguntas que el Consejo preferiría evitar. De cualquier manera, funcionó para nosotros. Incluso la madre de Zhul hizo acto de presencia.

A pesar de nuestras ansias por volver a casa, no pudimos rechazar la invitación a la hacienda de Khel, donde Jhola preparó un banquete posterior a la ceremonia en honor de ambas parejas unidas. A pesar de lo maravillosa que resultó ser la comida, Amalia y yo nos lanzamos a nuestro primer—y sin duda muchos más—concurso de comer ryspak.

Perdí por un estrecho margen.

Pero no me preocupé; mis bebés aún eran pequeños. Un par de semanas más y le enseñaría quién manda.

Después del festín, pasamos una hora más juntos antes de despedirnos. Amalia y Maheva me abrazaron y besaron, y luego intercambiaron el saludo Verediano con Zhul. El Almirante Lee, que había estado hablando con Lhor, se acercó a nosotros.

—Me temo que nosotros también debemos despedirnos.

—Aww —dijo Maheva—. ¿Cuándo te volveremos a ver?

—Pronto, Madre.

Mis ojos parpadearon entre los dos. Miró por encima del hombro a Kamala hablando con Ghan.

—Hermana —dijo Lee—, debemos irnos.

Kamala asintió y se despidió de Ghan al estilo Verediano antes de unirse a nosotros. Lee vio la expresión de mi cara mientras la veía acercarse y soltó una risita. Con una última inclinación de cabeza, ambos Tuureanos se alejaron.

Zhul y yo nos despedimos y nos fuimos también.

Fue un largo vuelo de vuelta a casa. Xelix Prime se extendía ante nosotros en todo su esplendor. Nunca me cansaría de ver toda esta belleza con mis propios ojos. Cada color era más

rico, más lleno. Muchos pequeños detalles que antes no podía ver ahora saltaban a la vista. Como las pequeñas crestas entre las crestas más grandes alrededor de las orejas de Zhul. Amalia me dijo que las orejas de los Xelixianos eran particularmente sensibles. Incluso podías hacer que alcanzaran el clímax estimulándolas. ¿Cómo no me había dado cuenta de eso todavía? Solo la Diosa lo sabía. Pero tenía la intención de remediar este descuido.

—¿Qué? —Zhul preguntó, notando mi mirada persistente.

—Quiero violarte.

Su mandíbula cayó, y sus ojos plateados se oscurecieron.

—Creo que tienes que acelerar.

Se lamió los labios y tragó saliva.

—Ya estoy un poco por encima del límite de velocidad, mi amor.

Eso no era suficiente.

Me desabroché el cinturón y puse el piloto automático.

—¿Qué estás haciendo?

—Violándote —dije, subiéndome a su regazo, frente a él.

Pulsé los controles del brazo de su asiento, haciendo que se deslizara hacia atrás para dejarnos más espacio.

—¿Estás segura de que es una buena idea?

—Dímelo tú.

Le agarré la cabeza y le pasé los pulgares por las crestas de las orejas. Zhul se agitó debajo de mí, siseando de placer.

¡Oh, vaya! ¿En serio?

Volví a frotárselos. Se estremeció y un profundo gemido retumbó en su pecho. Sus manos me agarraron por el trasero y me apretaron contra su vástago cada vez más duro. Lo besé y sus labios se separaron de inmediato para dejarme entrar. Sabía al dulce vino ryspak añejo que servían en la hacienda Praghan. Me encantaba la textura ligeramente áspera de su lengua cuando se burlaba de la mía. Pensar en lo increíble que se sentía cuando la usaba en mi parte más íntima hacía que la humedad se acumulara entre mis piernas.

Me levantó la falda. El aire frío sobre mi piel caliente me puso la piel de gallina. Deslizó su mano entre nosotros y apartó mi ropa interior. Sus dedos acariciaron mi capullo, haciéndome gemir contra sus labios.

Le saqué la camisa de los pantalones y le metí la mano por debajo, acariciándole el vientre antes de rodearle los pezones con las yemas de los dedos. Gruñó cuando se los pellizqué, y su polla se sacudió dentro del pantalón. Rompió el beso y me agarró del pelo. Me tiró de la cabeza hacia un lado, dejándome el cuello al descubierto. El calor húmedo y áspero de su lengua acariciando la longitud de mis marcas casi me pone al límite.

Tanteé la abertura de sus pantalones.

—Te necesito dentro de mí, ahora.

Levantándome un poco, liberé su polla. Estaba orgullosa y dura. Si no fuera por el espacio reducido, me habría arrodillado ante él y lamido la cresta ondulante a lo largo de sus lados. Pensar en cómo se sentirían contra mis paredes internas hizo que se contrajeran de anticipación.

—Quítamelas —le dije cuando Zhul intentó apartarme las bragas.

No necesité decirlo dos veces. El sonido del desgarro confirmó la desaparición del molesto obstáculo. Zhul sumergió sus dedos dentro de mí, recogiendo un poco de humedad. Lubricó la cabeza de su polla con mi esencia antes de alinearla con mi abertura. Incapaz de esperar más, me empalé en su gloriosa verga.

Ambos gritamos cuando nuestros cuerpos se unieron. Lo cabalgué con fuerza, y cada embestida me producía descargas de fuego. Mis pezones palpitaban, deseando ser tocados. Como si leyera mi mente, Zhul levantó mi vestido. Levanté los brazos para ayudarle a quitármelo. Sus manos encontraron fácilmente el cierre magnético de mi sujetador y lo dejó a un lado. Se aferró a mi pecho y su boca succionó el duro nódulo. Eché la cabeza hacia atrás y el sonido áspero de mi gemido se mezcló con mi respiración agitada.

Las manos de Zhul apretaron mi culo, manteniéndome quieta. Empezó a bombear dentro y fuera de mí desde abajo. Grité cuando la cabeza encontró mi punto dulce. Mis uñas se clavaron en la suave piel de sus hombros. Zhul volvió a gruñir y frotó su cara contra mi pecho. Sus labios gordos y firmes dejaron un rastro ardiente entre mis pechos, por mi cuello y a lo largo de la mandíbula.

Le pasé los dedos por el pelo húmedo por el sudor. Se me apretó el estómago. Sentí un cosquilleo eléctrico por toda la piel. Mi cuerpo tembló y se estremeció. Entonces cayó un rayo en lo más profundo de mí. Mis labios se entreabrieron en un grito silencioso, con la garganta demasiado constreñida por la violencia de mi orgasmo para emitir sonido alguno.

Zhul me aplastó contra su pecho, meciéndose rápida y furiosamente en el agarre mortal de mis convulsas paredes internas.

El rugido primitivo de su liberación resonó en mis oídos. Sus dedos se clavaron casi dolorosamente en la tierna carne de mi trasero. Enterrado hasta el fondo, me sujetó firmemente contra él mientras su semilla se derramaba en mi interior.

Con los ojos demacrados, respirando agitadamente por la boca, Zhul se desplomó contra el respaldo de su asiento. Apoyé la cabeza en su hombro. Pecho contra pecho, los latidos erráticos de nuestros corazones tronaban y se aceleraban antes de establecerse en un apacible decrescendo en el que latían como uno solo. Solo la Diosa sabe cuánto tiempo permanecimos así. El movimiento relajante de las yemas de sus dedos recorriendo mi espalda desnuda me adormeció.

La voz sintética del sistema de navegación me sacó de mi placentera neblina.

—Iniciando secuencia de aterrizaje.

Zhul besó mi frente.

—Bienvenida a tu hogar, *Seha* Dervhen.

Hogar.

Con un movimiento lánguido, miré por encima de mi hombro el contorno de la casa y el interminable campo más allá.

Mi hogar. Mi hogar libremente elegido, con mi compañero libremente elegido.

Me volví hacia él.

—¿Tienes idea de cuánto te amo?

Sonrió y puso la palma de mi mano en su mejilla. No necesité preguntarle qué quería.

—Ni la mitad de lo que yo te amo.

FIN.

OTRAS OBRAS DE REGINE ABEL

AGENCIA PRIMARIA

Casada Con Un Hombre Lagarto

Casada Con Un Naga

Casada Con Un Hombre Pájaro

Casada Con Un Minotauro

Casada Con Wonjin

Casada Con Un Tritón

Casada Con Un Dragón

Casada Con Una Bestia

Casada Con Un Dríade

Casada Con Un Íncubo

LOS GUERREROS XIAN

Doom

Legion

Raven

Bane

Chaos

Varnog

Reaper

Wrath

Xenon

Nevrik

Rogue

CRÓNICAS VEREDIANAS

Escapando Del Destino

Destino Ciego

LOS REINOS DE LAS SOMBRAS

Destinata Al Espectro

LA NIEBLA

El Mistwalker

La Pesadilla

VALOS DE SONHADRA

La Ciudad de Hielo

La Prisión de Hielo

CUENTOS OSCUROS

La Maldición de Barba Azul

El Jorobado

DONCELLAS DE SANGRE DE KARTHIA

Seduciendo A Thalia

OTROS

Un Alien Para Navidad

Despertar Alienígena

El Hombre de Acero



ACERCA DE REGINE

La autora de best-sellers de acuerdo a USA Today, Regine Abel, es una adicta a la fantasía, lo paranormal y la ciencia ficción. Todo lo que tenga un poco de magia, un toque inusual y mucho romance la hará saltar de alegría. Le encanta crear guerreros alienígenas y heroínas sin pelos en la lengua que se desenvuelven en nuevos mundos fantásticos mientras se embarcan en aventuras llenas de acción, misterio y giros inesperados.

Pero antes de dedicarse a la escritura a tiempo completo, Regine se había entregado a sus otras pasiones: ¡la música y los videojuegos! Tras una década trabajando como ingeniera de sonido en el doblaje de películas y en conciertos en directo, Regine se convirtió en diseñadora profesional de juegos y directora creativa, una carrera que la ha llevado desde su casa en Canadá hasta los Estados Unidos y varios países de Europa y Asia.

Facebook
Sitio web
Grupo de lectores Regine's Rebels
Boletín informativo
Goodreads
BookBub
Amazon